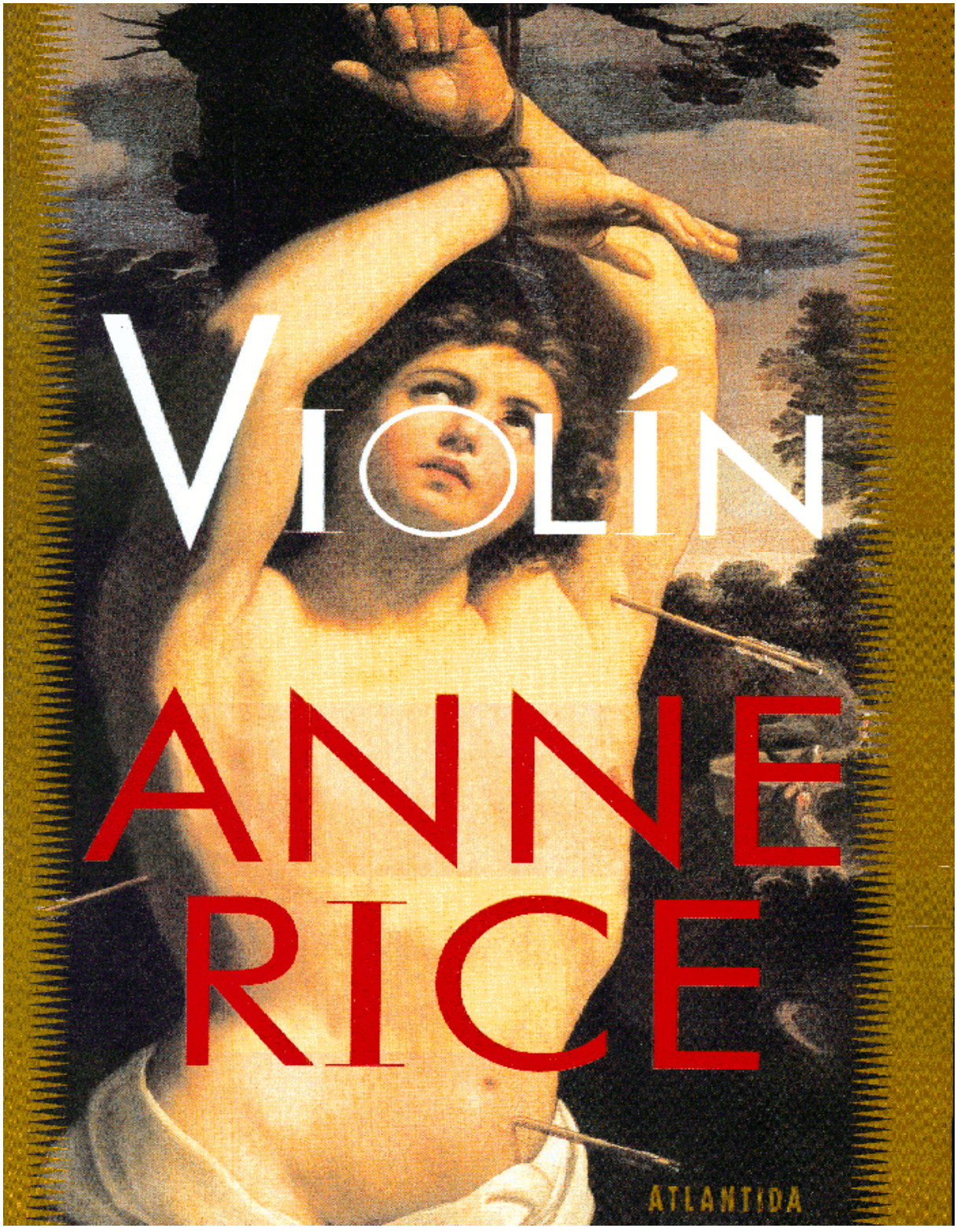
Violín
Anne Rice



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para la doctora Annelle Blanchard,
para Rosario Talara,
para Karen,
y como siempre, eternamente,
para Stan, Christopher y Michele Rice,
John Preston y Victoria Wilson.
Y como tributo al talento de Isaac Stern
y Leila Josefowicz

Y el ángel del Señor se apareció a María
y ella concibió por obra del Espíritu Santo.

PRÓLOGO

Lo que intento hacer aquí quizá no pueda hacerse con palabras. A lo mejor sólo se lo puede hacer con música, pero yo quiero intentarlo con palabras. Quiero darle al cuento la arquitectura que sólo puede brindar la narrativa -el comienzo, el medio y el final-, el apasionado desarrollo de acontecimientos pintado en frases que reflejen fielmente su repercusión sobre el autor.

No es preciso que el lector conozca a los compositores que a menudo menciono en estas páginas -Beethoven, Mozart, Tchaikovsky-, los insólitos acordes de los violinistas melódicos ni la música espectral de los violines gaélicos. Mis palabras tendrían que transmitir al lector la esencia misma del sonido.

Si no lo hacen, quiere decir que hay algo que realmente no puede escribirse.

Pero puesto que es la historia que está dentro de mí, la historia que me siento obligada a desarrollar -mi vida, mi tragedia, mi triunfo y su precio-, no me queda más remedio que intentar narrarla.

Una vez que comencemos, no trate el lector de vincular los hechos de mi vida pasada y crear una cadena semejante a las cuentas de un rosario. Yo eso no lo he hecho. Las escenas surgen con cierto desorden, como cuentas arrojadas sueltas a la luz. Y si estuvieran unidas y formaran un rosario -y la cantidad de años que tengo es la misma que las cuentas de un rosario, o sea cincuenta y cuatro-, mi pasado no formaría un conjunto de misterios gozosos, dolorosos ni gloriosos. No hay en el extremo un crucifijo que redima esos cincuenta y cuatro años. Por eso brindo al lector los rutilantes momentos que importan para este relato.

Byron en un acantilado junto al precipicio, la personificación meditativa y secreta del romance, cosa que él era, y muy merecidamente. Era fiel a su grandioso tipo, exquisito y profundo, trágico y fascinante como una Mater Dolorosa, y terminó pagando por lo que era. Pagó.

Esto es... lo que sucedió.

Pido que no se me tome como una anciana. Hoy en día, cincuenta y cuatro años no son nada. Prefiero que me imaginen, si se quiere, como una mujer de uno cincuenta y cinco de estatura, rellenita, con un torso deforme que ha sido el sufrimiento de mi vida adulta, pero con cara aniñada y pelo oscuro, grueso y largo, como también muñecas y tobillos delgados. La gordura no me ha cambiado la expresión facial que tenía a los veinte años. Cuando me oculto bajo ropa amplia, parezco una campanita.

Mi rostro fue una amabilidad que tuvo Dios conmigo, pero no tan notable. Es la típica cara cuadrada germano-irlandesa, *y* mis ojos son grandes *y* castaños; el pelo, que llevo cortado recto sobre las cejas -una especie de flequillo, por así decirlo-, disimula mi peor rasgo, la frente angosta. "Qué linda cara", le dice la gente a las regordetas como yo. Bajo la carne, apenas si aparecen los huesos para embellecerme. Mis facciones son insignificantes. Si alguien que pasa a mi lado me mira, lo hace atraído por cierta agudeza de mi mirar, una inteligencia pulida y fomentada, y porque, cuando sonrío parezco, sólo por ese instante, sumamente joven.

Hoy en día no es raro ser tan juvenil a los cincuenta y cuatro, pero lo hago notar porque, cuando yo era chica, una persona que superaba el medio siglo era vieja, y actualmente no es así.

Cuando se llega a los cincuenta, a los sesenta, no importa qué edad, nos movilizamos como nos lo permite el físico -libres, fuertes, vestidos como jóvenes si así lo deseamos, informales, poniendo los pies en alto cuando nos sentamos-; somos los primeros beneficiarios de una salud sin precedentes, seres que a menudo conservan hasta el final mismo de la vida la fe en el descubrimiento.

Bueno, ésta es la heroína, si es que heroína he de ser. ¿Y el héroe? Ah, él vivió más de un siglo.

El relato comienza cuando él llegó -como el cuadro del hombre moreno y seductor pintado por una niña-, Lord

1

Llegó antes del día en que murió Karl.

Era ya entrada la tarde, y la ciudad tenía cierto aspecto soñoliento; el tránsito pasaba, rumoroso como de costumbre, por la avenida St. Charles, y las lajas se hallaban cubiertas de hojas de magnolia pues yo no había salido a barrerlas. Lo vi venir caminando por la avenida; cuando llegó a mi esquina, no cruzó la calle Tres sino que se detuvo en el puesto del florista, dio vuelta la cabeza y me miró.

Yo estaba detrás de las cortinas de la ventana del frente. Mi casa tiene muchas ventanas largas como ésa, y porches de generosas dimensiones. Me hallaba simplemente parada allí, observando la avenida, sus coches y su gente, sin ninguna razón en especial, como he hecho toda la vida.

No es muy fácil divisarme tras las cortinas. La esquina tiene mucho movimiento, y el encaje, si bien está roto, es grueso porque el mundo siempre está allí, girando por derecho propio alrededor de uno.

No traía un violín visible en aquel entonces, sino apenas una mochila colgada del hombro. Se quedó ahí, no más, mirando la casa, y giró como si hubiera llegado al final de su caminata y quisiera regresar lentamente, a pie, tal como había llegado. Una persona más de las que paseaban de tarde por la avenida.

Era alto y muy delgado, pero no carente de atractivo. El pelo negro, del largo típico en los roqueros, no estaba muy prolijo. Llevaba dos trenzas atadas atrás para mantener el pelo retirado de la cara, y recuerdo que me gustó la forma en que le caían sobre la espalda cuando dio vuelta la cabeza. Por la misma razón recuerdo también su abrigo, un abrigo negro viejo y sucio, como si su dueño se hubiese quedado dormido en algún lugar polvoriento. Esto lo recuerdo debido al pelo negro brilloso, y a la forma en que terminaba, irregular, largo, bello.

Tenía ojos oscuros (hasta ahí alcanzaba a distinguir desde la distancia que me separaba de la esquina), el tipo de ojos profundos, esculpidos bajo unas cejas arqueadas que le dan cierto aire reservado, hasta que uno se acerca y nota la calidez que ellos transmiten.

Era delgaducho pero no desgarbado. Me miró y miró luego la casa. Después se marchó con pasos serenos, demasiado parejos quizá. Pero, ¿qué sabía yo en esa época sobre fantasmas o sobre la forma en que suelen caminar los fantasmas cuando se corporifican?

No regresó sino hasta dos noches después de morir Karl. Yo no le había contado a nadie que Karl había muerto, y el contestador automático mentía por mí.

Esos dos días fueron solamente míos.

Las primeras horas posteriores a su partida -es decir, cuando estuvo muerto de verdad, con la sangre que le chorreaba hasta los pies, cuando la cara y las extremidades se le ponían muy blancas- sentí un gran alborozo como uno suele sentir luego de una muerte, y bailé al compás de Mozart.

Mozart fue siempre mi guardián feliz, el Pequeño Genio le decía yo, el maestro de su coro de ángeles; pero Beethoven es el maestro de mi corazón recóndito, el capitán de mi vida quebrantada y de todos mis fracasos.

Esa primera noche en que Karl llevaba apenas cinco horas de muerto, después de que cambié las sábanas, que le limpié el cuerpo y le coloqué las manos a los costados, ya no pude escuchar más los ángeles de Mozart. Que Karl se reuniera con ellos, por favor, después de tanto sufrir. Y el libro que Karl había compilado, que estaba casi concluido aunque no del todo... con sus páginas e ilustraciones desparramadas sobre su mesa, que esperara. ¡Cuánto dolor!

Me volví hacia mi Beethoven.

Me tendí en el piso de la sala de la planta baja, la habitación de la esquina, donde la luz de la avenida entra por el frente y por el lado, y puse la Novena de Beethoven. Escuché la parte de la tortura, el segundo movimiento. Mozart no podía transportarme, sacarme de la

muerte; era una hora de dolor, y Beethoven lo sabía, y el segundo movimiento de la sinfonía lo sabía.

Con independencia de quién muera o cuándo muera, el Segundo Movimiento de la *Novena* sinfonía sigue su curso.

Cuando era niña, me encantaba el último movimiento de la Novena sinfonía de Beethoven, como le sucede a todo el mundo. Me gustaba el coro que cantaba el "Himno a la alegría". No sé cuántas veces lo he visto -aquí, una vez en Viena, varias veces en San Francisco- durante los fríos años en que estuve lejos de mi ciudad.

Pero en estos últimos años, incluso antes de conocer a Karl, lo que sentí verdaderamente mío fue el segundo movimiento.

Es como si fuera una música caminante, la música de alguien que trepa obstinada, casi vengativamente la montaña. Sigue y sigue sin cesar, como si la persona no dejara de caminar. Luego llega a un sitio silencioso, semejante a los bosques de Viena, y de pronto esa persona se siente jadear, exultante, como si tuviera una vista de la ciudad que quiere, y me hiciera levantar los brazos y bailar en círculo. Se oye ahí el corno francés, que siempre nos hace pensar en bosques, valles y pastores, y uno siente la paz y la quietud de los bosques, y la meseta de felicidad de esa persona, pero después...

... después vienen los tambores, y se reanuda el ascenso, el andar decidido, el caminar sin pausa.

Se puede, si uno quiere, bailar con esa música, mecerse desde la cintura, y yo lo hago, me echo hacia adelante y hacia atrás como loca, como cuando uno se marea, dejo caer mi pelo a diestra y siniestra. Se puede dar vueltas y vueltas por la habitación, formando con la marcha un sombrío círculo, con los puños apretados, cada vez más rápido, y de vez en cuando rotar, y proseguir caminando. Uno puede sacudir la cabeza hacia arriba y abajo, dejar que el pelo se levante y vuelva a caer, oscuro, sobre los ojos, hasta que desaparece y nos permite ver de nuevo el techo.

Es una música implacable. Esta persona no se va a dar por vencida. Avanza, sube, ahora no importa... bosques, árboles, no importa. Lo único que importa es que uno camina... y cuando vuelve a haber un poquito de felicidad -la felicidad dulce y jubilosa de la meseta- se la experimenta en los pasos de la marcha. Porque es imposible detenerse.

Hasta que ella se detiene.

Y eso ocurre al concluir el segundo movimiento. Y yo puedo rodar sobre el piso, y volver a apretar el botón, y agachar la cabeza, y dejar que continúe el movimiento, independiente de todo lo demás, incluso de las grandiosas y magníficas afirmaciones que Beethoven al parecer quiso hacernos, en el sentido de que algún día todo sería comprendido, y que esta vida bien lo valía.

Esa noche, la noche después de morir Karl, estuve escuchando el segundo movimiento hasta entrada la mañana, hasta que la habitación quedó iluminada por el sol y el piso de parquet refulgía. Y el sol entraba en grandes haces por los agujeros de la cortina. Y arriba, el techo, habiendo perdido los faros del tránsito de la larga noche, se volvió de un blanco liso, como una página nueva en la que aún no se ha escrito nada.

En una oportunidad, escuché la sinfonía entera al mediodía. La tarde estaba vacía, apenas con los autos de afuera, los interminables autos que pasaban raudamente por la avenida St. Charles, demasiados para sus angostos carriles, demasiado de prisa para sus viejos robles y sus faroles de formas delicadas, autos que, con su extraño estruendo, ahogaban hasta el runrún bello y regular del viejo tranvía. Una campanada, un traqueteo, un ruido que tendría que haber sido un estrépito, y supongo que en algún momento lo fue, aunque no recuerdo que nunca en mi vida -que ya ha pasado el medio siglo- la avenida haya estado realmente silenciosa, salvo en las horas de la madrugada. Ese día me quedé tendida en silencio porque no me podía mover. No podía hacer nada. Sólo cuando volvió a oscurecer subí a la planta alta. Las sábanas todavía estaban limpias; el cadáver estaba rígido. Yo sabía que era el rigor monis. La cara no le había cambiado mucho; yo se la había atado dándole varias vueltas con un trapo

blanco para mantenerle cerrada la boca, y le cerré yo misma los ojos también. Y si bien permanecí allí, acurrucada a su lado, la noche entera, apoyando mi mano sobre su pecho frío, no era lo mismo que cuando él era blandito.

La blandura, un aflojarse de todo el cuerpo, regresó a media mañana. Las sábanas quedaron inmundas, olorosas, pero yo no tenía intención de reconocerlas. Luego me resultó fácil levantarle los brazos e higienizarlo una vez más. Cambié todo como lo haría una enfermera, dando vuelta el cuerpo hacia un lado para poner la sábana limpia, y luego hacia el otro para terminar de calzarla.

Estaba blanco y demacrado, pero de nuevo maleable. Y aunque la piel se le hundía, se retiraba de las facciones de su rostro, seguían siendo sus facciones, las de mi querido Karl, y alcancé a ver que no se habían modificado las pequeñas arrugas de sus labios ni las puntitas descoloridas de sus pestañas cuando les daba el sol.

La habitación de la planta alta, la que da al oeste, era donde él quería que durmiéramos, y donde murió, porque el sol entra allí hasta tarde por las ventanitas del altillo.

Esta inmensa casa es un chalet, esta inmensa casa con seis columnas corintias y rejas negras de hierro fundido. En realidad no es más que un chalet, con grandes espacios en un piso, y dormitorios pequeños que se hicieron aprovechando el altillo, antes cavernoso. Cuando yo era niña no era más que un ático que tenía siempre un bello olor a madera y ático. Los dormitorios se hicieron cuando llegaron mis hermanas pequeñas.

Este pequeño cuarto del ala oeste era muy lindo. Karl había tenido razón en elegirlo, en adornarlo tan profusamente, en arreglar todo. Le había resultado muy fácil.

Yo nunca supe dónde guardaba el dinero, cuánto era ni qué fin habría de tener después. Nos habíamos casado apenas unos pocos años antes, y no me pareció una pregunta adecuada para formular. Yo ya era vieja para tener hijos, pero él me daba todo con generosidad, todo lo que se me ocurría. Así era él.

Pasaba los días trabajando en sus cuadros y comentarios sobre un santo que despertaba su imaginación: San Sebastián. Tenía la esperanza de poder terminar su libro antes de morir, y casi lo logra. Lo único que quedaba eran tareas académicas. Ya me pondría a pensar en eso después.

Llamaría a Lev y le pediría consejo. Lev había sido mi primer marido, un profesor universitario. Él me ayudaría.

Largo rato permanecí tendida junto a Karl, y al caer la noche me dije: "Bueno, ya lleva dos días muerto y seguramente has infringido la ley".

¿Pero qué importa? ¿Qué me pueden hacer? Ellos saben de qué murió, saben que tenía sida y que no le quedaban esperanzas, y cuando vengan destruirán todo. Se llevarán el cadáver y lo incinerarán.

Creo que ésa fue la principal razón por la que lo conservé tanto tiempo. No me daban miedo los fluidos ni nada por el estilo, y él además había tenido mucho cuidado durante los meses finales, hasta el punto de que pedía mascarillas y guantes. Incluso en medio de la inmundicia que lo rodeaba después de muerto me quedé ahí acostada, envuelta en mi bata de terciopelo, mientras mi piel sana me encerraba, me salvaba de cualquier virus que pudiera haber quedado a su alrededor.

Los momentos eróticos los teníamos con las manos, piel contra piel, todo lo que pudiera lavarse... nunca la temida unión.

El sida jamás había entrado en mi cuerpo. Y sólo ahora, transcurridos dos días, cuando pensé que debía llamarlos, que debía avisar, sólo ahora me daba cuenta de que deseaba que me hubiese entrado, o al menos eso creía.

¡Es muy fácil desear la muerte cuando uno está totalmente sano! Es muy fácil enamorarse de la muerte, y yo lo he estado toda mi vida, y he visto cómo sus más fieles adoradores aflojan al final, cómo piden a gritos poder vivir, como si todos los velos oscuros, los lirios y el olor a velas, como si las grandiosas promesas de la tumba no significaran nada.

Yo sabía eso, pero siempre deseé morir. Era una forma de seguir viviendo.

Llegó el atardecer. Miré un rato por la ventanita y vi que se encendían los faroles de la calle, que se encendían las luces de la florería coincidiendo con el momento en que se cerraban sus puertas al público.

Vi las lajas más cubiertas que nunca con hojas de magnolia. Vi en qué pésimo estado se hallaban los ladrillos laterales del cerco, que debía hacer arreglar para que nadie se cayera sobre ellos. Vi los robles cubiertos con una pátina de polvillo proveniente de los autos que pasaban.

Pensé: bueno, despídete con un beso. Sabes lo que viene después. El ahora está blando, pero después viene la podredumbre, y un olor que no debe tener nada que ver con él.

Me agaché y le di un beso en los labios. Lo besé una y otra vez -compañera suya de apenas unos pocos años, y de un deterioro consideradamente veloz-, lo besé, y pese a que

Hasta me parecía un buen momento para el Pequeño Genio, Mozart quizás, el resplandor intenso de ángeles dedicados a charlar, a reír, a hacer piruetas en la luz celestial. Yo quería... Pero no me moví... durante horas. Oía a Mozart en mi mente; oía el ímpetu de su violín. Siempre era el violín, el violín sobre todo, lo que más me gustaba.

De tanto en tanto oía a Beethoven, la felicidad más firme de su inigualable *Concierto para* violín que hacía tanto tiempo me había aprendido de memoria, es decir las suaves melodías de los solos. Pero no se oyó música alguna en la casa donde yo yacía tendida, con el muerto en la planta alta. El piso estaba frío. Estábamos en primavera, y el tiempo esos días variaba entre muy cálido y frío invernal. Y pensé: "Bueno, está refrescando, y eso viene bien para conservar el cadáver, ¿no?".

Alguien golpeó; después se fue. El tránsito llegó a su pico máximo. Después vino el silencio. El contestador automático decía mentira tras mentira. Clic, clic, clic y clic.

Luego me quedé dormida, quizá por primera vez. Y tuve el más hermoso de los sueños, deseaba volver a la cama, bajé y comí rebanadas de pan blanco sacadas del paquete, y bebí una gaseosa dietética, caliente, de la caja que había en el suelo, por pura indiferencia, o más bien por la certeza de que el placer en cualquier forma estaba vedado.

Música. Podía intentarlo nuevamente. Una sola noche más para escuchar mis discos yo sola antes de que llegaran ellos a los gritos. Antes de que su madre dijera, entre sollozos, hablando por teléfono desde Londres: "¡Gracias a Dios que nació el bebé! ¡Esperó hasta que naciera el bebito de su hermana!".

Yo sabía que eso era exactamente lo que iba a decir, y supongo que era cierto; Karl había esperado que naciera el bebé, pero no lo suficiente como para que la hermana volviera a su casa. Ésa era la parte que haría gritar a la madre más de lo que yo estaba dispuesta a soportar. Una vieja bondadosa. ¿A la cabecera de qué cama vas, a la de tu hija, que da a luz en Londres, o a la de tu hijo moribundo?

La casa estaba llena de basura por todas partes.

Ah, qué licencia me había tomado. Las enfermeras en realidad no querían venir los últimos días. Algunas santas se quedan con los moribundos hasta el último momento, pero en este caso estaba yo, y no hacían falta santas.

Todos los días, mis viejos asistentes, Althea y Lacomb, habían venido a golpear, pero yo no cambié la nota de la puerta: "Todo está bien. Deje un mensaje".

Por eso la casa estaba llena de residuos, migas de galletitas y latas vacías, tierra y hasta hojas, como si en alguna parte hubiera una ventana abierta, probablemente en el dormitorio principal que nunca usábamos, y el viento hubiera hecho entrar las hojas depositándolas sobre la alfombra color naranja.

Me dirigí al cuarto de adelante y me acosté. Me dieron ganas de estirar el brazo, apretar el botón y poner de nuevo el segundo movimiento, ganas de que Beethoven estuviera solo conmigo, capitán de este dolor. Pero no fui capaz de hacerlo.

2

Soñé con el mar bajo la luz plena del sol, pero era un mar como jamás he visto. La tierra parecía una inmensa cuna dentro de la cual se movían las olas, como lo hacen en Waikiki o a lo largo de la costa sur de San Francisco. Es decir, yo alcanzaba a ver los distantes brazos de tierra a derecha e izquierda que se estiraban, desesperados, para contener esa agua.

Pero qué mar feroz y rutilante era, bajo qué sol inmenso y puro, aunque al sol mismo no alcanzaba a verlo, sino sólo su luz. Las grandes olas llegaban rodando, encrespadas, llenas de luz durante un instante antes de romper; después, cada una realizaba una danza - una danza, sí- que yo jamás había visto.

Cada ola que moría producía una gran espuma, pero esa espuma se dividía en inmensos picos hasta siete u ocho por ola, y tenían más bien aspecto de personas, personas hechas de brillosas burbujas de espuma, que tendían los brazos hacia la tierra firme, hacia la playa, hacia el sol quizá.

En el sueño, yo miraba el mar una y otra vez. Me daba cuenta de que lo observaba desde una ventana. Maravillada, trataba de contar las figuras danzarinas antes de que murieran inevitablemente, perpleja de ver lo bien que se formaban con la espuma, con sus cabezas que hacían gestos de asentimiento, sus brazos desesperados, y después cómo caían como si el aire les hubiese asestado un golpe mortal, cómo se arrastraban y volvían de nuevo en la verde onda encrespada, con toda una exhibición nueva de gráciles movimientos implorantes.

Personas de espuma, fantasmas salidos del mar...eso era lo que me parecían, y a lo largo de la playa, hasta donde alcanzaba a ver desde el refugio de mi ventana, las olas hacían todas lo mismo; se encrespaban, verdes y brillantes, rompían, se transformaban en figuras suplicantes, algunas haciéndose movimientos de cabeza unas a otras, otras haciéndolo hacia el costado y volviendo luego a confundirse dentro del gran océano impetuoso.

Mares he visto, pero nunca uno cuyas olas formaran bailarines. Y cuando se ponía el sol, una luz artificial inundaba la arena, los bailarines se quedaban inmóviles, con la cabeza en alto, erguidos, sacudiendo implorantes los brazos en dirección a la costa.

Ah, esos seres espumosos me parecían muy semejantes a fantasmas, a espíritus demasiado débiles como para adquirir forma en el mundo concreto, pero con fuerza suficiente como para cubrir, un instante, la espuma indómita que se desintegraba y obligarla a tomar forma humana antes de que la naturaleza se la llevara de vuelta.

Cómo me encantaba. Me quedaba toda la noche mirando, o al menos eso me decía el sueño, de la manera en que lo dicen los sueños. Después me veía yo, y ya era de día. El mundo estaba en movimiento, pero el mar seguía siendo tan inmenso y tan azul que de sólo mirarlo por poco me daban ganas de llorar.

¡Me veía a mí misma en la ventana! ¡En mis sueños, casi nunca tengo tal perspectiva! Pero ahí estaba yo, y me reconocía a mí misma, con mi misma cara cuadrada, el pelo negro con flequillo cortado derecho, y lo demás que me caía recto, largo. Me hallaba de pie ante una ventana cuadrada de una fachada blanca de algo que parecía un edificio magnífico. Veía mis propios rasgos, pequeños, indefinidos, con una sonrisa, rasgos comunes, poco interesantes, carentes por completo de peligro o desafío, mi rostro con flequillo largo casi hasta las pestañas, y mis labios de fácil sonrisa. Tengo una cara que vive en sus sonrisas. E incluso en el sueño, pensé: "Ah, Triana, seguramente eres muy feliz. Pero en realidad nunca costó mucho hacerme sonreír. ¡Conozco íntimamente el sufrimiento y la felicidad!".

Todo eso lo pensaba en el sueño. Pensé en las dos cosas, en el sufrimiento y la felicidad, y me sentía dichosa. En el sueño veía que sostenía en mi brazo izquierdo un

enorme ramo de rosas rojas, y con el derecho saludaba a gente que se hallaba en un nivel más bajo.

Pero dónde será esto, me dije, acercándome cada vez más al filo del despertar. Nunca duermo mucho tiempo, nunca duermo profundo. La temida sospecha ya se había dado a conocer. ¡Esto es un sueño, Triana! No estás ahí. No estás en un sitio cálido, frente a un anchuroso mar. No tienes rosas.

Pero el sueño no se interrumpía, no se esfumaba ni demostraba el menor error.

Yo me seguía viendo en la ventana, saludando, sonriendo, sosteniendo el enorme ramo de flores, y después me daba cuenta de que estaba saludando a muchachos y chicas jóvenes que se hallaban en la acera, allá abajo -niños altos, muchachos de veinticinco años o menos, nada más-, chicos, no más, y me daba cuenta de que eran ellos quienes me habían enviado las rosas. Sentía un gran afecto por ellos. Los saludaba sin cesar, *y* ellos, en su exuberancia, daban saltos *y* más saltos, y yo les tiraba besos.

Beso tras beso arrojaba con los dedos de la mano derecha a esos admiradores, al tiempo que a sus espaldas refulgía el inmenso mar azul *y* caía la noche, nítida *y* repentina; *y* detrás de esos jóvenes que danzaban sobre la acera de diseño blanco y negro, bailó también el mar una vez más, produciendo infinitas figuras que se elevaban de las olas espumosas, y todo me parecía un mundo tan real que no acertaba a calificarlo de apenas un sueño.

"Esto te está sucediendo de veras, Triana. Estás ahí."

Traté de razonar con sensatez. Conocía los trucos hipnológicos que suelen hacer los sueños; conocía los demonios con que uno se enfrenta cara a cara en las márgenes mismas del dormir. Lo sabía, y me di vuelta, y traté de ver la habitación donde me hallaba. "¿Dónde queda esto? ¿Cómo pude imaginarlo?"

Pero sólo vi el mar. La noche era negra, con estrellas. El delirio de los fantasmas de espuma se extendía hasta donde llegaba mi vista.

Oh, almas perdidas -entoné en voz alta-, ¿son más felices ahora que en la vida, que produce tantos sinsabores y sufrimientos? Los fantasmas no me respondieron; se limitaron a tender los brazos, pero eran arrastrados de vuelta al interior del agua deslumbrante.

Me desperté. Con cuánta nitidez.

Karl me dijo al oído:

-¡Así no! No entiendes. ¡No lo hagas más!

Me incorporé. Me impresionó tremendamente haber recordado su voz, haberla imaginado tan cerca de mí. Pero no me resultó desagradable. No había en mí el menor miedo.

Me hallaba sola, en la sucia habitación del frente. Los faros de los autos dibujaban encaje por todo el techo. En el cuadro de San Sebastián que había sobre la chimenea, la aureola dorada brillaba. La casa crujía, y el tránsito pasaba produciendo un rumor sordo.

"Estás aquí. ¡Y fue un sueño muy vívido, y Karl estaba a mi lado!"

Por primera vez capté cierto aroma en el aire. Sentada de piernas cruzadas en el piso, inundada aún por el sueño y por el tono estricto de la voz de Karl -" ¡Así no! No entiendes. ¡No lo hagas más!"-, inundada por sus palabras, percibí en la casa el olor que me indicaba que su cuerpo había empezado a descomponerse.

Conocía ese olor. Todos lo conocemos, aun cuando no hayamos estado nunca en una morgue o un campo de batalla. Lo conocemos cuando muere una laucha y no la podemos encontrar.

Percibí, entonces, el olor... que, aunque tenue, inundaba la casa entera, sus inmensas puertas trabajadas, inundaba incluso esa sala donde San Sebastián miraba ceñudo desde su marco dorado, y la cajita de música descansaba a escasos centímetros. Y una vez más el teléfono hacía su clic, dejaba pasar tiempo para la mentira, clic otra vez. Un mensaje, quizá.

Pero lo importante, Triana, es que lo soñaste. Y ese olor resultaba insoportable. No, eso no, porque ése no era Karl, ese hedor espantoso no era suyo. Ése no era Karl; era apenas un cadáver.

Pensé que debía moverme. Luego algo me dejó paralizada. Era música, pero no provenía de mis discos desparramados por el piso ni tampoco era una música que yo conociera, pero sí conocía el instrumento.

Sólo un violín puede cantar así, sólo un violín puede gemir y llorar en la noche de esa manera. Oh, cómo ansiaba en mi infancia poder producir yo un sonido semejante con un violín.

Había alguien tocando el violín. Alcanzaba a oírlo. Oía la música elevarse y sobresalir contra el telón de fondo de los sonidos de la avenida. La oía, desesperada y conmovedora, como guiada por Tchaikovsky. Oía una seguidilla de notas ejecutadas con maestría, tan rápidas y diestras que parecían mágicas.

Me puse de pie y fui hasta la ventana de la esquina.

Él estaba allí. Me refiero al alto, con su pelo de músico de rock y el abrigo sucio. El mismo que había visto antes. Se hallaba en mi lado de la esquina, en la acera rota de ladrillos junto a mi verja de hierro, y al mirarlo desde arriba vi que estaba tocando el violín. Solté la cortina. La música me daba ganas de llorar.

Pensé: esto me va a hacer morir. Moriré de muerte, del hedor que hay en esta casa, de la belleza prístina de esta música.

¿Por qué había aparecido? ¿Por qué a mí? Y nada menos que tocando el violín, que tanto me encantaba, que tanto había deseado aprender siendo chica, ¿pero quién no ama el violín? ¿Por qué tuvo que venir y ponerse a tocar justo bajo mi ventana?

¡Ah, querida, estás soñando! Es la trampa hipnótica más profunda y también la peor. Sigues soñando. Todavía no te despertaste. Regresa y mira dónde estás. Estás... tendida en el piso. Mírate.

-¡Triana!

Giré en redondo.

Karl se hallaba en la puerta. Traía la cabeza envuelta en el lienzo blanco, pero su rostro tenía una blancura de piedra, y su cuerpo era casi un esqueleto enfundado en el pijama de seda negra que yo le había puesto.

-¡No, no lo hagas! -exclamó.

Se elevó la voz del violín. El arco se abatió sobre las cuerdas bajas, el re y el sol, produciendo ese latido doliente *y* sentimental que es casi una disonancia, *y* que en ese momento se convirtió en la expresión viva de mi desesperación.

-Ah, Karl -clamé. Seguramente lo hice.

Pero Karl no estaba. No estaba ahí. El violín siguió tocando, sin cesar, y cuando me di vuelta y miré, volví a ver a Karl con su pelo negro brilloso, sus hombros anchos, y el violín, sedoso y marrón bajo la luz de la calle, en el momento en que él bajaba el arco con tal violencia que me hizo sentir escalofríos por la espalda y los brazos.

-¡No te detengas, no te detengas! -le imploré.

Se balanceaba como enloquecido, solo en la esquina, bajo el resplandor rojo de las luces del florista, bajo la luz apagada del farol curvo de la calle, bajo la sombra de las ramas de la magnolia que se enredaban sobre los ladrillos.

Siguió tocando, y transmitiendo amor y pesar, y todas las cosas de este mundo en las que yo más deseaba creer, y seguía tocando. Eché a llorar.

Una vez más sentí el mal olor.

Estaba despierta; tenía que estar despierta. Golpeé el vidrio, pero no con fuerza suficiente como para quebrarlo. Miré al hombre.

Se volvió hacia mí, con el arco ya ubicado, y luego, mirándome directamente, por sobre el cerco, interpretó una canción más suave, con tal delicadeza que los autos que pasaban por poco ahogaban el sonido.

Un ruido fuerte me sobresaltó. Alguien golpeaba la puerta del fondo, y lo hacía con tantos bríos que podía romper el vidrio.

Me quedé inmóvil, sin deseos de irme de allí, pero sabiendo que cuando alguien golpea así, tarde o temprano va a entrar; y alguien se había dado cuenta de que Karl estaba muerto, seguramente, y eso me obligaba a ir y hablar con cordura. No había tiempo para música.

¿Que no había *tiempo para eso?* El hombre produjo notas bajas, quejumbrosas, luego intensas, y por último altas y estridentes con las cuerdas.

Me retiré de la ventana.

Había una silueta en la habitación, pero no era Karl sino una mujer. Entró desde el vestíbulo y la reconocí. Era mi vecina, la señorita Nanny Hardy.

-Triana, querida, ¿ese hombre la está molestando? -se interesó, y enfiló hacia la ventana.

La sentí totalmente fuera de esa canción. A ella la conocía con otra parte de mi cerebro, porque el resto de mi persona se movía con él, y de pronto tomé conciencia de que él era real.

Ella acababa de demostrármelo.

"Triana, hace dos días que no contesta el timbre. Hoy empujé fuerte la puerta. Me tenían preocupada, Triana.

Usted y Karl. Dígame si quiere que haga marcharse a ese hombre antipático. ¿Quién se cree que es? Mírelo. Se instala frente a la casa, y escuche cómo toca el violín a esta hora de la noche. ¿No sabe que hay un enfermo en esta casa...?

Pero las palabras eran apenas sonidos pequeñísimos, minúsculas piedras que caían de la mano de alguien. La música proseguía, dulce, recatada, y remataba en un compasivo final. *Conozco tu dolor, lo conozco. Pero* la *locura no es para* ti; nunca *lo fue. Eres* la única *persona que* nunca *pierde* la *razón.*

Posé mis ojos en él y luego en la señorita Hardy, que estaba de camisón. Había venido en chinelas, cosa rara en una mujer tan correcta. Me miró. Paseó sus ojos por la habitación, circunspecta y gentil, como lo hace la gente distinguida, pero seguramente vio desparramados los discos y las latitas de gaseosa, el bollo con la envoltura del pan, las cartas sin abrir.

Sin embargo no fue eso lo que le cambió el rostro cuando volvió a contemplarme. Algo la había tomado de sorpresa, algo desagradable.

Había percibido el olor. El cadáver de Karl.

La música se interrumpió. Me di vuelta.

-¡No deje que se vaya! -dije.

Pero el hombre alto y delgado, de pelo negro lustroso, ya se alejaba llevando en la mano el violín y el arco, y al cruzar la calle Tres, se dio vuelta para mirarme y se detuvo en el puesto del florista, y me saludó con la mano, y con mucho cuidado, sosteniendo el arco en la mano izquierda, junto al mango del violín, levantó la derecha y me tiró un beso, premeditado y cariñoso.

Me tiró un beso como hacían esos jóvenes en mi sueño, los chicos que me habían llevado las rosas.

Rosas, rosas, rosas... Casi oí alguien que pronunciaba esas palabras, pero en una lengua extranjera, y casi me río al pensar que una rosa, en cualquier otra lengua, sigue siendo una rosa.

-Triana -dijo muy suavemente la señorita Hardy, estirando una mano para tocarme el hombro-, permítame llamar a alguien.

-En realidad no fue un pedido.

-Sí, tengo que llamar.

Me retiré el flequillo de los ojos. Parpadeé, tratando de recibir más luz de la calle y verla mejor, muy prolija, con su camisón floreado.

-Es el olor, ¿no? Usted también lo siente.

Asintió muy despacio.

-¡Cómo se atrevió la madre de él a dejarla aquí sola!

-Porque nació un bebé, señorita Hardy, en Londres, hace unos días. Todo eso puede escucharlo en el contestador; está el mensaje grabado. Yo insistí para que la madre se fuera. Ella no quería dejar a Karl. Y claro, nadie puede saber con exactitud cuándo se va a morir un moribundo, ni cuándo va a nacer un bebé, y además era el primer hijo de la hermana de Karl, *y* Karl le dijo que se fuera, *y yo* insistí, y después... después me cansé de todos los que venían.

No pude leerle el rostro. No pude siquiera imaginar lo que pensaba. A lo mejor ni ella misma lo sabía en un momento así. La vi linda de camisón blanco con florcitas y tablas en la cintura; además tenía también chinelas de raso, como correspondía a una dama de Barrio Jardín, y era muy rica, eso siempre se había dicho. El pelo canoso le enmarcaba el rostro con rizos suaves.

Volví a mirar hacia la avenida. El hombre alto y delgado ya no se veía. Volví a oír las palabras: ¡*Tú eres la única persona que nunca pierde la razón!* No recordaba la expresión de su rostro. ¿Había sonreído? ¿Había movido los labios? Y de sólo pensar en la música se me caían las lágrimas.

Era una música vergonzosamente emocional, propia de Tchaikovsky, una música que parecía decir: Que el mundo se vaya al diablo, y luego dejaba surgir el dolor más dulce y triste, como nunca lo hacían mi Mozart y mi Beethoven.

Contemplé la acera vacía, las casas lejanas. Un tranvía se acercaba hamacándose lentamente hacia la esquina. *¡Dios* santo, estaba ahí! El violinista. Había cruzado a la isleta del medio y se hallaba en la parada de autos, pero no se subió al auto. Como estaba demasiado lejos no alcanzaba a verle la expresión ni darme cuenta de si aún podía verme él a mí; al instante dio vuelta y se alejó.

La noche era la misma. El hedor era el mismo.

La señorita Hardy se hallaba en atemorizante quietud.

La noté muy triste. Pensaba que yo estaba loca, o a lo mejor era sólo que le desagradaba ser ella la que me encontraba así, la que tuviera que hacer algo. No sé.

Se marchó, a buscar el teléfono, me dije. No me dirigió más palabras. Creía que yo estaba loca y que no valía la pena gastar en mí ni una palabra más de sensatez. ¿Y quién podía culparla?

Al menos era cierto lo del bebé nacido en Londres. Pero yo habría dejado su cuerpo ahí tendido aunque hubieran estado todos en la casa. Solamente habría sido más difícil.

Giré en redondo, salí de prisa de la sala y crucé el comedor. Atravesé el comedor de diario y subí corriendo. Era una escalera pequeña, no la típica escalinata de una mansión sino una escalera de peldaños curvos que subía hasta el ático, propia de un chalet.

Cerré con fuerza su puerta e hice girar la llave de bronce. El siempre se preocupaba de que cada puerta tuviera su propia llave, y por primera vez en la vida me alegré de ese detalle.

Ahora la mujer no podría entrar. Nadie podría.

La habitación estaba helada pues las ventanas se hallaban abiertas de par en par, y estaba impregnada del olor, pero respiré hondo y me metí bajo las mantas, me tendí a su lado por última vez, una vez más, unos minutitos antes de que ellos incineraran hasta el último de los dedos de sus manos y pies, sus labios, sus ojos. Déjenme estar con él.

Déjenme estar con todos.

Desde lejos me llegó el clamor de la voz de la mujer, pero también algo más. El sonido amortiguado y respetuoso de una pavana en violín. *Estás ahí afuera, tocando.*

Para ti, Triana.

Me acurruqué contra el hombro de Karl. Estaba tan muerto, tanto más que el día anterior. Cerré los ojos y nos tapé a los dos con el acolchado -él tenía mucho dinero, le gustaban las cosas lindas- en la cama con dosel, nuestra cama estilo Príncipe de Gales que él me había permitido tener, y por última vez soñé con él: el sueño de la tumba.

Intervenía también la música, un sonido tan tenue que me impedía saber si sólo lo estaba recordando por haberlo oído abajo, pero lo cierto era que estaba.

Karl. Apoyé la mano sobre sus mejillas huesudas, desvanecida ya toda la blandura.

Que se me permitiera regodearme en la muerte una última vez, pero esta vez con la música de mi nuevo amigo que llegaba a mí como si el diablo lo hubiese enviado desde el infierno, me refiero al violinista, para los que, como yo, estamos "medio enamorados de la muerte liberadora".

Papá, mamá, Lily, denme sus huesos. Denme la tumba. Introduzcamos dentro de ella a Karl con nosotros. Qué nos importa a nosotros, los difuntos, que él haya perecido a causa de una enfermedad virulenta; estamos todos juntos aquí adentro de la tierra húmeda; estamos muertos juntos.

3

Escarba hasta lo profundo, alma mía, para buscar el corazón, la sangre, el calor, el templo y sitio de descanso. Escarba, penetra bien hondo en el suelo húmedo y llega hasta donde yacen los seres que amo: ella, mi madre, ya sin su pelo negro, sus huesos que quedaron amontonados en el fondo de la bóveda cuando vinieron a descansar otros ataúdes en su mismo sitio, pero en este sueño yo los acomodo a mi alrededor como si ella, mamá, estuviera aquí, con su vestido rojo oscuro, con su pelo negro, y él, mi padre, muerto hace poco, quizá todavía de cera, enterrado sin corbata porque no le gustaban; por eso se la saqué ahí no más, junto al cajón, y le desprendí la camisa, sabiendo cuánto odiaba las corbatas, y sus piernas estaban enteras y bellas debido a los líquidos que les ponían los enterradores o quién sabe, a lo mejor ya estaban plagadas de todas esas bocas blandas de la tierra, que habían venido a llorar, a devorar y luego partir, y también ella, la más pequeña, mi preciosa, calva debido al cáncer pero encantadora como un ángel nacido sin pelo y perfecto, pero permítaseme devolverle la cabellera larga y rubia que perdió a causa de las drogas, ese pelo tan lindo para cepillar, color rubio ceniza, la niña más hermosa del mundo, carne de mi carne, mi hija, muerta hace tantos años que sería toda una mujer si hubiera vivido...

Cava hasta lo hondo... permítanme yacer con ustedes, que nos quedemos aquí tendidos todos juntos.

Acuéstate con nosotros, con Karl y conmigo. ¡Karl ya es un esqueleto!

Abierta se halla esta tumba, con todos nosotros tan tierna y alegremente juntos. No existe palabra que defina esta unión tan feliz y total, la unión de nuestros cuerpos, nuestros cadáveres, nuestros huesos, tan apretados unos contra otros.

No conozco lo que es estar separada de nadie. De mamá, de papá, de Karl ni de Lily, de todos los vivos y de los muertos con quienes somos uno -parientes- en esta sepultura húmeda y ruinosa, este lugarcito secreto nuestro, esta profunda cámara de la tierra donde quizá nos pudramos y entremezclemos cuando lleguen las hormigas, cuando la piel se cubra de moho.

Eso no importa.

Que estemos juntos, que no se olviden los rostros, la risa de cada uno nítida como lo era hace veinte años o el doble de tiempo, la risa alegre como la música de un fantasmal violín, un violín incierto, un violín perfecto, nuestra risa en tanto música que mezclaba mentes y corazones, que nos unía a todos en armonía para siempre.

Cae, dulcemente, sobre esta tumba grande, suave y secreta, tibia lluvia cantarina. ¿Qué es esta tumba sin nuestra mansa lluvia del sur?

Cae con besos tiernos para no desarmar este abrazo en que vivimos, *yo y* ellos, los muertos, como una sola persona. Esta grieta es nuestro hogar. Que las gotas sean lágrimas semejantes a una canción, más sonido y arrullo que agua, porque no quiero que nada se perturbe, sino que caigas, lustrosa y dulce, sobre todos, eternamente. Lily, arrímate a mí;

mamá, deja que me acurruque contra tu cuello, pero ya somos uno, y Karl nos rodea a todos con sus brazos, lo mismo que papá.

Flores, vengan. No hay necesidad de desparramar tallos quebrados ni pétalos color carmesí. No hay necesidad de traer enormes ramos atados con cintas vistosas.

Aquí la tierra celebrará esta tumba; la tierra hará brotar su hierba, sus capullos de sencillas flores, de margaritas y amapolas color azul, amarillo y rosado, los tonos suaves del jardín eterno, exuberante, silvestre.

Déjenme acurrucarme, yacer en brazos de ustedes, asegurarles que ningún signo exterior de muerte significa, para mí, algo más valioso que el amor que vivimos, ustedes y yo, alguna vez, cuando estábamos vivos, y que no deseo estar en ningún otro sitio como no sea aquí, en medio de esta lenta, húmeda y segura corrupción.

El hecho de que la conciencia me siga hasta este abrazo final es un don. Tengo trato íntimo con los muertos, y sin embargo lo conozco y lo saboreo porque estoy viva.

Que se inclinen los árboles para ocultar este lugar; que formen sobre mis ojos una red densa y gruesa, no verde sino negra, como si hiciera caer la noche en su lazo; que se cierre hasta el último ojo inquisidor, o puesto de observación, mientras el pasto crece y se vuelve alto, para que podamos quedar solos, ustedes y yo, sola con los seres a quienes tanto amé, de quienes no puedo prescindir.

Húndete, húndete en las entrañas de la tierra. Siente la tierra en derredor. Que los terrones encierren nuestra quietud. No pretendo nada más.

Y ahora, ligada a ustedes, ya segura, puedo decir: "Al diablo con todo lo que trate de interponerse entre nosotros".

Vengan, lleguen pasos de extraños por la escalera.

Rompan la cerradura, sí, quiebren la madera, retiren los tubos y llenen el aire de humo blanco. No magullen mis brazos porque yo no estoy aquí, estoy en la tumba; y con quien se están entremetiendo es con una enfurecida imagen rígida de mí. Sí, ya ven que las sábanas están limpias, ¡yo podría habérselo dicho!

Envuélvanlo, háganle un grueso envoltorio de sábanas, que a mí no me importa. Ya ven ustedes que no hay sangre, no hay nada virulento que puedan extraerle, pues no murió de llagas abiertas sino que murió por dentro como les sucede a los enfermos de sida, de modo que hasta el hecho de respirar le dolía. ¿Y ahora qué queda para que le teman?

No estoy con ustedes ni con los que hacen preguntas sobre el momento y el lugar, sobre sangre, sobre cordura y números adonde llamar; no puedo responder a las personas dispuestas a ayudar. Me siento a salvo en la fosa. Rozo con mis labios el cráneo de mi padre. Estiro un brazo y tomo la mano huesuda de mi madre. ¡Déjame abrazarte!

Todavía alcanzo a oír la música. Dios santo, me parece increíble que ese violinista solitario haya llegado atravesando pastos altos, lluvias y el humo denso de la noche imaginada, de la penumbra visualizada, para estar conmigo e interpretar su canción lastimera, para expresar las palabras encerradas en mi mente, al tiempo que la tierra se vuelve cada vez más húmeda, y todas las cosas con vida que la pueblan parecen naturales, bondadosas y hasta bellas.

Toda la sangre que había en nuestra tumba oscura y placentera ya no existe más, no existe más, salvo la mía, y en nuestra morada de muerte me desangro tan fácilmente como suspiro. Si en este momento hiciera falta sangre por cualquier motivo, tengo una cantidad suficiente para todos.

Aquí no va a llegar el miedo. El miedo desapareció. Hagan ruido con las llaves, golpeen las ollas sobre la cocina de hierro en la planta baja. Llenen la noche de sirenas si lo desean. Hagan correr y correr agua, llenen la bañera. Yo no los veo, no los conozco.

Ninguna preocupación trivial vendrá aquí, a esta tumba donde yacemos. El miedo ya desapareció -como la juventud misma y toda la angustia que sentí al observar cómo los recluían dentro de la tierra-, ataúd tras ataúd, el de papá hecho de una madera tan bella, y el

de mamá no me acuerdo, y el de Lily tan pequeño y blanco, y ese señor que no quiso cobrarnos un centavo porque ella era apenas una niñita. No, todo ese dolor ya no existe más.

La preocupación cierra nuestros oídos y nos impide oír la verdadera música. La preocupación no nos permite rodear con nuestros brazos los huesos de los seres queridos.

Estoy viva, y ahora, con ustedes; ¡sólo ahora me doy cuenta de lo que significa que siempre los tendré conmigo! ¡Papá, mamá, Karl, Lily, abrácenme!

Ah, me parece un pecado pedir compasión a los muertos, a los seres que murieron en medio del dolor, a aquéllos a los que no pude salvar, a los que, por no tener yo la adecuada despedida o hechizo, no pude evitarles el sufrimiento o el pánico, a aquellos que en sus últimos momentos disonantes no vieron lágrimas ni me oyeron jurar que siempre lamentaría su pérdida.

¡Ahora estoy aquí, con ustedes! Sé lo que significa estar muerto. Me dejo cubrir por el barro, dejo que mi pie se hunda en el costado esponjoso de la sepultura.

Mi casa es apenas una visión. Ellos no importan.

-Esa música... ¿alcanzas a oírla?

-Creo que tendríamos que meterla ya mismo bajo la ducha. ¡Hay que desinfectarla de pies a cabeza!

-Quememos todo lo que hay en el cuarto.

-Ah, no, esa hermosa cama con dosel no; sería una tontería. En los sanatorios no incineran la habitación entera cuando alguien se muere de esto.

-... y el manuscrito de él no lo toques.

¡No se atrevan a tocar su manuscrito!

-Shh, no lo hagas delante de...

-Está loca, ¿no te das cuenta?

-La madre de él tomó el vuelo de la mañana desde Londres.

-... loca rematada.

-Por favor, ustedes dos, si quieren a su hermana, cállense por el amor de Dios. Señorita Hardy, ¿usted la conocía bien?

-Bebe esto, Triana.

Ésta es mi visión, mi casa. Estoy sentada en la sala, bañada, refregada, como si fuera yo a quien van a enterrar, con el pelo chorreando agua. Que el sol mañanero dé sobre los espejos. Saquen de la urna de plata las luminosas plumas de pavo real y desparrámenlas por el piso. No cuelguen un espectral velo que cubra todos los objetos brillosos. Fuercen la vista para divisar al fantasma dentro del cristal.

Ésta es mi casa. Y éste es mi jardín, y mis rosas trepan por las barandas de afuera, y estamos dentro de nuestra tumba, también. Estamos aquí y estamos allá, y ellos son uno.

Estamos en la tumba y dentro de la casa, y todo lo demás es una falla de la imaginación.

En este bello reino lluvioso, donde el agua canta al caer desde las hojas que se tornan oscuras, a medida que cae la tierra desde los bordes desparejos de allá arriba, yo soy la novia, la hija, la madre, mientras todos esos venerables títulos forman para mí las valiosas reivindicaciones que afirmo me pertenecen.

¡Los tengo a ustedes para siempre! Jamás dejaré que me abandonen, que se alejen de mí.

De acuerdo, volvimos a cometer un error. Les hicimos el juego. Le dimos un codazo a la locura como si se tratara de una gruesa puerta y luego nos azotamos contra ella, tal como ellos se precipitaron sobre la puerta de Karl, pero la puerta de la locura no se quebró, y esa tumba desconocida es el sueño.

Bueno, alcanzo a oír su música a través de ella.

Ni siquiera creo que ellos la oigan. Ésta es mi voz, que siento dentro de mi cerebro, y el violín es la voz de él que se oye afuera, y juntos mantenemos el secreto de que esta tumba es una visión mía, y que en realidad yo no puedo estar ahora con ustedes, mis muertos. Los vivos me necesitan.

Los vivos me necesitan ahora, me necesitan tanto, como siempre necesitan a los deudos después de la muerte, necesitan a quienes más los cuidaron, quienes más tiempo estuvieron sentados en la quietud, están tan necesitados al haber tantas preguntas y sugerencias, afirmaciones y declaraciones, tantos papeles que firmar. Precisan que yo contemple las más extrañas sonrisas y busque la manera de recibir con gracia las más torpes condolencias.

Pero iré con el tiempo, iré. Y cuando vaya, la fosa nos contendrá a todos. Y crecerá el césped encima de nosotros.

Les brindo amor, amor y más amor. Que la tierra se humedezca. Que mis piernas vivas se hundan. Dénme cráneos como piedras sobre los cuales apoyar mis labios; dénme huesos para sostener entre mis dedos, y si el pelo, semejante a fina seda hilada, desapareció, no importa. Pelo largo tengo yo como para envolvernos a todos en una mortaja, ¿no es cierto? Mírenlo, miren este pelo largo. Déjenme que nos tapemos todos con él.

La muerte no es como yo antes creía que era, cuando el miedo resultaba pisoteado. Lo mejor que pueden hacer los corazones dolidos es golpear eternamente el ventoso cristal de la ventana.

Abrácenme, abrácenme aquí. Que no me demore nunca en ningún otro sitio.

Olvídate del hermoso encaje, de las paredes diestramente pintadas, las brillosas incrustaciones del escritorio. La vajilla de porcelana que con tanto cuidado sacan ahora, pieza por pieza, y colocan sobre la mesa, tazas y platitos con diseños de guardas azul y oro. Las cosas de Karl. Date vuelta. No sientas esos brazos vivientes.

Lo único de importante que tiene el hecho de que el café que se sirve salga de un pico de plata es la forma en que se refleja la temprana luz, la forma en que el marrón oscuro del café se vuelve ámbar, oro y amarillo, y gira y se retuerce como una bailarina cuando va llenando la taza; luego se detiene, como un espíritu que en el acto regresa al interior de la jarra.

Regresa al sitio donde el jardín se vuelve una ruina. Nos encontrarás a todos juntos. Nos encontrarás allí.

De la memoria, una imagen perfecta: el crepúsculo; la capilla del Barrio Jardín; Nuestra Señora del Perpetuo Socorro; nuestra capilla dentro de una antigua mansión. Para llegar, sólo hay que caminar una cuadra desde el portón de mi casa. Queda sobre la calle Prytania. Las altas ventanas rebosan de luz rosada. Hay velas chorreantes en recipientes de vidrio rojo ante una santa sonriente a quien amamos y reverenciamos como "La Florecilla". La penumbra es como polvo en este sitio. Uno puede atravesarla.

Mamá, mi hermana Rosalind y yo nos arrodillamos ante el comulgatorio de frío mármol. Dejamos allí los ramos -pequeñas flores tomadas, aquí y allá, de las paredes, del otro lado de verjas de hierro como la nuestra-, indómitas coronas de novia, bellas dentelarias azules, la pequeña lantana oro y marrón. Nunca las flores de los jardineros; sólo las ramas sueltas que nadie puede echar de menos en un portón con enredaderas. Éstos son nuestros ramos, y no tenemos nada con que atarlos, salvo nuestras manos. Dejamos los ramos en el comulgatorio, y cuando nos persignamos y rezamos nuestras plegarias, me asalta una duda.

-¿Estás segura de que la Santa Madre y Jesús recibirán estas flores?

Debajo del altar, dentro de un nicho cubierto de vidrio, se encuentran las tallas de madera que representan la última cena, y arriba, sobre el mantel bordado, los ramos propios de la capilla, que tienen un gran tamaño, autoridad y enormes flores con forma de lanza y capullos blancos como la nieve. ¡Son flores poderosas! Tanto como lo son los altos cirios de cera.

-Sí, claro -responde mi madre-. Cuando nos vayamos, vendrá el hermano, se llevará las flores y las pondrá en un jarrón que luego colocará allí, delante del Niño Jesús, o de la Virgen.

El Niño Jesús está bien a la derecha, junto a la ventana, a oscuras, pero todavía puedo ver el mundo que sostiene en sus manos *y* el oro que reluce en su corona, *y* sé que tiene la mano levantada en gesto de impartir la bendición, y que es el Niño Jesús de Praga, con su fino manto acampanado de color rosado y sus mejillas regordetas.

Pero lo de las flores no lo creo. Son demasiado humildes. A quién le van a importar unas flores como ésas, dejadas así, en la oscuridad, ahora que la capilla está llena de sombras que alcanzo a percibir porque mi madre tiene un poco de miedo, y aferra las manitos de sus dos hijas, Rosalind y Triana, vengan, cuando hacemos la genuflexión y nos damos vuelta para marcharnos. Llevamos puestos zapatos de charol que resuenan sobre el piso de linóleo. El agua bendita de la pila está tibia. La noche respira luz, pero no alcanza para entrar e introducirse entre los bancos.

Me preocupan las flores.

Bueno, ya no me aflijo más por esas cosas.

Revivo el recuerdo de haber estado allí, porque si soy capaz de ver, de oír y sentir el violín que desgrana esta melodía, quiere decir que estoy de nuevo allá, y como dije... Mamá, estamos juntas.

No me preocupo por nada de lo demás. ¿Habría vivido mi hija si yo hubiese movido cielo y tierra para llevarla hasta una clínica lejana? ¿No se habría muerto mi padre si se le hubiera suministrado más oxígeno? ¿Sentía miedo mi madre cuando anunció: "Me muero" delante de las primas que la cuidaban? ¿Quería que estuviera alguno de nosotros? ¡Dios santo! ¡Basta ya!

¡No voy a revivir las acusaciones por los vivos, por los muertos ni por las flores de cincuenta años atrás!

Los santos alumbrados por la luz titilante de la capilla no responden. El icono de nuestra Madre del Perpetuo Socorro sólo brilla en solemne penumbra. El Niño Jesús de Praga preside un tribunal ostentando una corona con incrustaciones de piedras y ojos no menos brillosos.

Pero ustedes, mis muertos, mi carne, mis tesoros, los seres a quienes amé con todo mi corazón, todos ahora conmigo en la tumba, sin ojos, sin carne queme dé calidez... ¡ustedes están conmigo!

Todas las despedidas fueron ilusiones. Todo está perfecto.

-La música cesó.

-Gracias a Dios.

-¿Realmente lo crees? -Ésa fue la hermosa voz grave de Rosalind, mi hermana, que no tiene pelos en la lengua.

-El tipo era genial. Eso no era sólo música.

-Es bueno; eso hay que reconocérselo.

-Quien habló fue Glenn, su marido, mi querido cuñado.

-Él estaba aquí cuando llegué. -Era la señorita Hardy la que hablaba.

-En realidad, si no hubiera venido a tocar el violín, yo jamás la habría encontrado. ¿Lo ven desde aquí arriba?

Mi hermana Katrinka:

-Creo que tendríamos que ir ya mismo al sanatorio y hacerle una batería entera de estudios para asegurarnos de que no contrajo...

-¡Silencio! ¡No quiero que hablen así!

-Gracias, perfecto extraño.

-Triana, soy la señorita Hardy Míreme, por favor. Perdóneme por pelear tanto con sus hermanas. Perdóneme, querida, pero ahora quiero que beba esto. No más que una taza de chocolate. ¿Recuerda aquella tarde en que vino, y bebimos chocolate, y usted comentó que le encantaba, y le puse mucha crema?, y ahora quiero que lo beba...

Alcé mis ojos. Qué bonita y fresca parecía la sala bajo el temprano sol, y cómo brillaba la vajilla de porcelana sobre la mesa redonda. Siempre me gustaron las mesas redondas. Habían retirado de allí todos los discos, los envoltorios de galletitas y las latas. Las flores de yeso blanco del techo formaban su propia corona, ya no degradada por los detritos que había debajo.

Me levanté, fui hasta la ventana y descorrí una vez más la pesada cortina amarillenta. El mundo entero se hallaba afuera, hasta el cielo mismo, hasta las hojas que corrían por el porche seco frente a mis ojos.

Había comenzado la matinal carrera por llegar al centro. Me llegaba el traqueteo de los camiones. En la copa del roble, las hojas temblaban con el trueno de tantas ruedas. Sentí que la casa entera se estremecía, pero eso mismo había hecho durante cien años o más, y no se vendría abajo. La gente eso ya lo sabía ahora. Ya no se presentaban a demoler las espléndidas casas con columnas blancas. No vomitaban mentiras asegurando que esas casas eran imposibles de mantener, o de caldear. Se esforzaban por salvarlas.

Alguien me sacudió. Era mi hermana Katrinka. La noté muy alterada, su cara angosta presa del enojo. El enojo la acompañaba siempre, subía y bajaba dentro de sí, esperando poder aflorar en cualquier momento, y en este instante estaba afuera, y ella apenas si podía hablar de furiosa que estaba.

-Quiero que te vayas arriba.

-¿Para qué? -repliqué, fría. Hace años que no te tengo miedo, pensé. Desde que se fue Faye, supongo. Faye era la más pequeña de nosotras, la que todos amábamos.

-Quiero que te laves de nuevo, entera, y luego vayas al sanatorio.

-Eres una tonta -dije-. Lo fuiste siempre. No tengo que hacerlo. -Miré a la señorita Hardy.

En algún momento u otro de esa larga y cacofónica noche, ella se había ido a su casa a cambiarse, y volvió con un bonito vestido camisero y el pelo recién peinado. Su sonrisa me transmitió alivio.

-¿Se lo llevaron? -le pregunté.

-El libro que estaba escribiendo él sobre San Sebastián, lo guardé, salvo las últimas páginas. Estaban sobre la mesa, cerca de la cama...

Mi amoroso cuñado Glenn tomó la palabra:

-Las llevé yo abajo y las guardé, con las demás.

Ah, cierto, yo le había mostrado a Glenn dónde se guardaba la obra de Karl, por si acaso... *quemaran todo lo de la* habitación.

Detrás de mí, la gente se peleaba. Alcancé a oír a Rosalind tratando de acallar las largas diatribas de Katrinka, expresadas apretando los dientes. Algún día Katrinka se quebraría los dientes al hablar.

-¡Está loca! -exclamó Katrinka-. ¡Y probablemente tenga el virus!

-Basta ya, Trink, por favor, te lo suplico. -Rosalind ya no sabía no ser amable. Cualquier cosa que hubiese aprendido en la infancia ya hacía tiempo había sido erradicada, y reemplazada por otra.

Me di vuelta y miré a Rosalind. La vi arrumbada ante la mesa, robusta y adormilada, enarcando sus cejas oscuras. Hizo un pequeño ademán y dijo con su voz gruesa y sincera:

-Lo van a cremar. -Suspiró. -Lo exige la ley. No te preocupes. Me cercioré de que no fueran a desmantelar la habitación tabla por tabla. -Lanzó una risa complacida, de sabelotodo, lo cual vino perfecto.

-Si la dejamos a Katrinka, va a tirar abajo la manzana entera. -Se desternillaba de risa.

Yo le sonreí a Rosalind. Me pregunté si no estaría preocupada por dinero. Karl era tan generoso con el dinero. Sin duda, todos estaban pensando en ese tema. Las dádivas de Karl.

Habría discusiones respecto de la organización del sepelio. Siempre las hay, con independencia de lo que se hubiera hecho antes, y Karl había hecho de todo. La cremación.

¡Yo no podía tolerarlo! En mi tumba, entre esos seres a los que amaba, no hay cenizas no diferenciadas.

Rosalind nunca lo iba a confesar, pero seguramente estaba pensando en dinero. Era Karl quien le daba a ella y su marido, Glenn, lo necesario para vivir, para atender el pequeño negocio de libros y discos antiguos que nunca les dejaba ni un centavo, que yo supiera. ¿Tenía miedo de que fuera a acabarse el dinero? Me propuse tranquilizarla.

La señorita Hardy levantó la voz. Katrinka cerró la puerta con un golpe. Katrinka es una de las únicas dos personas adultas que conozco que azotan la puerta cuando están enojadas. La otra se hallaba a kilómetros de distancia, dasaparecida de mi vida mucho tiempo atrás, recordada con cariño por cosas mejores que por tan despreciable violencia.

Rosalind, la mayor de nosotras, la más robusta, con su cabellera canosa, pero que conservaba las mismas ondas hermosas de siempre -era la que tenía pelo más bonito-seguía sentada allí, haciendo el mismo gesto de encogerse de hombros, con la misma sonrisita.

-No tienes por qué salir corriendo al sanatorio -dijo-. Eso lo sabes. -Rosalind durante mucho tiempo había sido enfermera, había tenido que arrastrar tubos de oxígeno y limpiar sangre.

-No hay ninguna prisa -me aseguró, en tono firme.

Yo conozco un lugar mejor que éste, dije o pensé. No tenía más que cerrar los ojos, y la habitación comenzaba a flotar, y aparecía la tumba, y se me planteaba la dolorosa duda: ¿Cuál es el sueño y cuál la realidad?

Apoyé la frente contra el cristal de la ventana y lo sentí frío, y llamé a la música de mi violinista vagabundo... *Estás ahí, ¿no? Vamos, que yo sé que no te fuiste. ¿Creías que no estaba escuchando? Y* el violín vino de nuevo. Florido pero con sonido débil, angustiado, aunque pleno de ingenua alegría de festejo.

Y detrás de mí, Rosalind comenzó a tararear una melodía, retrasada una o dos frases con respecto a él... a seguir la melodía, a unir su voz a la voz distante del violinista.

-¿Alcanzas a oírlo ahora? -le pregunté.

-Sí -me respondió con su gesto característico de encoger los hombros-. Tienes todo un amigo ahí afuera, un perfecto ruiseñor. Y el sol no lo acobardó. Sí, claro que lo oigo.

Me chorreaba agua del pelo, y caía al piso. Katrinka lloraba en el pasillo, y me costaba distinguir las otras dos voces, aunque me daba cuenta de que eran de mujer.

-No puedo pasar por semejante cosa en este momento, no puedo -decía Katrinka-. Está loca, ¿no lo ves? No puedo, no puedo, no puedo.

Parecía una bifurcación del camino. Yo sabía dónde quedaba la tumba, *y a* qué profundidad, *y* podía irme allí. ¿Por qué no lo hacía?

La música se había vuelto una melodía lenta pero excelsa, algo que se fusionaba con la mañana misma, como si estuviéramos abandonando juntas la tumba. En un perturbador aunque vívido fogonazo, rememoré nuestros pequeños ramitos de flores sobre el comulgatorio de mármol blanco de la capilla.

"¡Vamos, Triana!" Mi madre estaba tan hermosa, con su pelo enfundado en una boina, su voz tan paciente, sus ojos tan grandes. "¡Vamos, Triana!"

Morirás separada de nosotras, mamá. Bella y sin canas. Cuando llegue el momento, no tendré ni siquiera la sensatez de darte un beso de despedida por el hecho de verte por última vez. Me alegraré de que te vayas porque eres una borracha y estás enferma, y yo estoy harta de cuidar a Katrinka y Faye. Madre, tendrás una muerte horrible, una borracha que se traga su propia lengua. Y yo daré a luz a una niñita que se parecerá a ti, con tus mismos ojazos redondos, el bello corte de la frente y las sienes, y ella morirá, madre, morirá antes de los seis años, rodeada de máquinas en sus últimos minutos, los mismos minutos en que yo traté, según dicen, de dormir un poco.

Atrás, quede atrás semejante tormento. Rosalind y yo nos adelantamos corriendo; mamá, una mujer sonriente, camina muy despacio sobre las lajas, detrás de nosotras. No se teme al crepúsculo; el cielo está palpitante. Ésos son nuestros años. La guerra no ha

terminado. Los autos que avanzan lentamente por la calle Prytania parecen grillos o cascarudos jorobados.

-¡Dije que basta ya! -Hablé sola, y me llevé las manos a la cabeza mojada. Qué espantoso estar en esta habitación con semejante ruido, y encima, chorreando agua. Escuchar la voz de la señorita Hardy, que se está haciendo cargo de la situación.

Afuera, el sol caía sobre los porches, sobre los autos que pasaban, sobre los tranvías viejos y descascarados que cruzaban delante de mí, el que iba hacia el sector alto de la ciudad y hacía sonar su campana, con todo el dramatismo de un tranvía de San Francisco.

-¿Cómo puede hacernos esto? -se preguntó Katrinka entre sollozos. Pero eso sucedía detrás de la puerta, la puerta que ella había cerrado con un golpe. Gritaba en el pasillo.

En ese momento sonó el timbre. Yo me encontraba demasiado lejos, en el costado de la casa, como para divisar siquiera quién había subido la escalinata de entrada.

Lo que vi, contra la cerca, fueron las azaleas blancas que daban toda la vuelta por la esquina, donde gira también la cerca. Qué preciosas, qué sublimes. Karl había pagado por todo eso, jardineros y estiércol, carpinteros, clavos y martillos, pintura blanca para las columnas, ah, y los chapiteles corintios restaurados, las hojas de acantos que se elevaban para sostener el techo, y miren, el techo del porche de color celeste para que las avispas creyeran que era el cielo y no hicieran nido ahí arriba.

-Vamos, querida. -Ésa era una voz de hombre, de un hombre que yo conocía, aunque no tanto, un hombre que me inspiraba confianza, cuyo nombre no me venía a la mente, tal vez porque se oían, en el fondo, los gritos de Katrinka.

-Triana, querida -dijo él. Grady Dubosson, mi propio abogado. Estaba muy elegante de traje y corbata, y no parecía tener nada de sueño, y parecía dominar perfectamente su cara seria como si supiera, como tantas de las personas que allí estaban, cómo manejar la muerte y no poner cara falsa ni de negación. -No te preocupes, querida -dijo con su voz más natural y confiada-. No permitiré que toquen ni un tenedor de plata. Ve con el doctor Guidry, y descansa. No se puede hacer la ceremonia hasta que los otros regresen de Londres.

-El libro de Karl... había unas páginas en la planta alta. Una vez más el consuelo de la voz gruesa y sureña de Glenn:

-Las tengo yo, Triana. Recogí sus papeles, y nadie va a incinerar nada allá arriba...

-Siento mucho por los problemas que estoy causando -susurré.

-¡Totalmente loca!

-Ésa fue Katrinka.

Rosalind suspiró.

-Él no da la impresión de haber sufrido, sino más bien de haberse quedado dormido. -Eso lo decía para tranquilizarme. Me di vuelta y le hice un pequeño gesto de agradecimiento. Ella lo pescó y me obsequió su sonrisa dulce.

Yo la quería muchísimo. Empujó el grueso marco de sus anteojos para calzárselo más alto sobre la nariz. Durante sus años jóvenes, mi padre solía gritarle que se subiera más los anteojos, pero nunca le daba resultado porque, a diferencia de él, ella tenía nariz pequeña. Y tenía el aspecto que a él nunca le gustó: el de una mujer soñadora y desprolija, pero amorosa, con los lentes que se le bajaban, fumando un cigarrillo, con cenizas caídas sobre su abrigo, pero llena de amor, robusta y deforme por la edad. Yo la quería entrañablemente.

-No creo que haya sufrido en absoluto -dijo-. No le hagas caso a Trink. Eh, Trink, ¿alguna vez te pusiste a pensar en todas las camas de hotel donde dormiste con Martin... por ejemplo, quiénes habrán dormido en ellas, como tú, si no habrán tenido sida?

Me dieron ganas de reír.

-Vamos, querida -dijo Grady.

El doctor Guidry me tomó la mano entre las suyas. Qué joven era. No me acostumbro a que los médicos sean más jóvenes que yo. Y el doctor Guidry es tan rubio y prolijo, y siempre lleva, en el bolsillo superior del saco, una pequeña Biblia. No puede ser católico si lleva una

Biblia así. Debe de ser bautista. Yo me siento tan eterna. Pero eso se debe a que estoy muerta, ¿verdad? Estoy en la tumba.

No. Eso nunca funciona mucho tiempo.

-Quiero que siga mi consejo -dijo el doctor Guidry cariñosamente, como si me estuviera besando-, y permita que Grady se haga cargo de todo.

-Ya se detuvo -afirmó Rosalind.

-¿Qué cosa? -quiso saber Katrinka-. ¿Qué es lo que se detuvo? -Se hallaba parada en la puerta del vestíbulo, sonándose la nariz. Hizo un bollito con el pañuelo de papel y lo arrojó al piso. Luego me miró indignada.

-¿Nunca se te ocurrió pensar cómo nos afectaban estas cosas a los demás?

No le respondí.

-El violinista, tu trovador. Creo que se marchó.

-Yo nunca oí a ningún violinista -sostuvo Katrinka de mala manera, apretando los dientes-. ¿Por qué hablan de eso? ¿Acaso creen que ese tal violinista es más importante que lo que yo intento decirles?

En ese momento entró la señorita Hardy, y pasó junto a Katrinka como si ésta no existiera. La señorita Hardy vestía zapatos de un blanco reluciente. Tenía que ser primavera, entonces, porque las damas de Barrio Jardín nunca se ponen zapatos blancos si no es en la época del año que corresponde. Pero no me quedaba duda de que hacía frío.

Trajo abrigo y bufanda para mí.

-Venga, querida, permítame que la ayude a vestirse.

Katrinka se quedó mirándome. Le temblaba el labio, y tenía los ojos enrojecidos de las lágrimas. Cuánto había sufrido en la vida. Al menos mamá no había estado ebria cuando ella nació. Katrinka era sana y hermosa, mientras que Faye apenas si sobrevivió, una cosita chiquitita y sonriente que tuvo que estar varias semanas metida en una máquina, un ser que nunca creyó tener su propio atractivo de duendecillo.

-¿Por qué directamente no te vas? -le propuse a Katrinka-. Somos demasiados aquí. ¿Dónde está Martin? Llámalo y dile que venga a buscarte. -Martin era el marido, un genio de los bienes raíces y a veces abogado de renombre en la zona.

Rosalind se rió con una expresión complacida, casi riéndose sola, pero en realidad dirigiéndose a mí. Entonces me di cuenta, desde luego.

También lo sabía Rosalind, quien en ese momento cruzó los brazos y se inclinó hacia adelante en su asiento hasta apoyar sus voluminosos pechos sobre la mesa. Luego se calzó más arriba los anteojos.

-Tendrías que estar en un manicomio -expresó Katrinka, trémula-. ¡Enloqueciste cuando murió tu hija! Tenías una enfermera aquí las veinticuatro horas del día. Tenías médicos que iban y venían. Estás loca, y no puedes quedarte en esta casa...

Se interrumpió; ella misma sintió vergüenza de su propia torpeza.

-Yo diría que usted no tiene pelos en la lengua -comentó la señorita Hardy-, si me disculpa...

-Señorita Hardy, le estoy muy agradecida -dije-. Sumamente agradecida...

Con un gesto me hizo callar, dándome a entender que todo estaba perdonado.

Miré a Rosalind y vi que seguía soltando risitas suaves, moviendo la cabeza de un lado a otro, espiando a Katrinka por encima de los anteojos, una mujer fornida, autoritaria y hermosa con todo su peso y su edad.

Y Katrinka, tan atlética y hermosamente delgada, con sus pechos enhiestos bajo la seda de su blusa de mangas cortas. Bracitos muy pequeños. En cierto sentido, de nosotras cuatro, Katrinka era la que había sacado un cuerpo perfecto, y era la única rubia, rubia natural.

Silencio. ¿Qué pasaba? Rosalind se había enderezado, y levantaba el mentón.

-Katrinka -dijo por lo bajo, colmando la habitación entera con la solemnidad de su tono-, no te vas a quedar con esta casa. -Dio un golpe sobre la mesa y soltó una risa sonora.

Yo eché a reír, aunque no en voz muy alta, desde luego. Todo era muy divertido.

-¡Cómo te atreves a acusarme de semejante cosa! -Katrina se dirigió entonces a mí. -Tú te quedas dos días aquí con un muerto, yo trato de hacerles comprender que estás enferma, que hay que recluirte, que hay que atenderte, que deberías estar en cama, y piensas que quiero quedarme con esta casa, crees que vine aquí, en un momento como éste, como si yo no tuviera mi propia casa hipotecada hasta el mango, mi propio marido, mis hijas, y te atreves a decirme delante de gente a la que casi no...

Grady le habló en tono bajo pero apremiante. El médico trataba de tomar a Katrinka del brazo.

Rosalind se encogió de hombros.

-Trink -dijo-, lamento tener que recordártelo, pero esta casa es de Triana hasta el día de su muerte. Es de ella y de Faye, si es que Faye está viva. Y Triana puede ser que esté loca, pero no muerta.

Luego no pude contenerme y volví a reír con picardía, y Rosalind también rió.

-Ojalá Faye estuviera aquí -le dije a Rosalind.

Faye era nuestra hermana menor, de madre y padre. Era una mujer con aspecto de niñita abandonada, un ángel, nacida de un vientre enfermo y hambriento.

Hacía más de dos años que nadie veía a Faye, ni sabía ni una palabra de ella, por carta ni por teléfono. ¡Faye!

-Pero tú sabes, a lo mejor ése fue siempre el problema -confesé, casi llorando, secándome los ojos.

-¿A qué te refieres? -preguntó Rosalind. Se la veía demasiado amorosa y serena para ser una persona normal. Se puso de pie levantando torpemente su voluminosa figura del asiento, vino hacia mí v me dio un beso en la mejilla.

-Cuando hay problemas, siempre queremos ver a Faye -respondí-. Siempre. Siempre la hemos necesitado. Llama a Faye. Dile a Faye que nos ayude con esto o con lo otro.

Todo el mundo necesitó siempre a Faye, dependía siempre de Faye.

Katrinka se plantó delante de mí, y pude sentir, con espanto, la medida cabal del desagrado, el desprecio que se pintaba en su expresión. ¿Es que nunca yo me iba a acostumbrar? Desde niña había advertido ese desdén impaciente, feroz, ese intenso desagrado personal, esa aversión reflejada en su rostro, por lo cual me daban ganas de encerrarme, de ceder, de girar en redondo, quedarme callada y no tratar de ganar una pelea ni un tema de discusión.

-Bueno, Faye podría estar viva ahora -dijo Katrinka-, si tú no le hubieras financiado su huida, su desaparición sin dejar rastros, tú y tu difunto marido.

Rosalind le ordenó lisa y llanamente que se callara la boca. ¿Faye muerta?

Ya era demasiado. Sonreí para mis adentros. Todos se daban cuenta de que ya era demasiado. Faye había desaparecido, sí, ¿pero haberse muerto? Y sin embargo, ¿qué sentía yo, la hermana mayor? Un miedo protector, miedo por Trink, porque en efecto se había pasado de la raya, y ahora recibiría insultos, pobre Katrinka. Seguramente lloraría sin parar, y nunca comprendería. Todos la iban a despreciar por esto, y ella se sentiría muy ofendida.

-Ni se te... -comencé a decir.

El doctor Guidry me hizo señas de que me apresurara a salir de la habitación, y Grady me tomó del brazo.

Yo me sentía confundida. Rosalind se hallaba a mi lado.

Katrinka seguía gimoteando. Se estaba haciendo pedazos ahí mismo. Alguien tenía que ayudarla. Quizá Glenn... Glenn siempre ayudaba a las personas, incluso a Katrinka.

La insinuación que contenían sus palabras me impresionó una vez más: "Podría estar viva".

-Faye no murió, ¿verdad? -pregunté. Si yo lo hubiese sabido con certeza al cabo de tantos años de sufrimiento mientras esperaba a Faye, podría haberla invitado a la tumba húmeda con nosotros, y podríamos haber estado todos allí, Faye, Lily, mamá, papá y Karl, Faye incluida en mi letanía. Pero ella no podía haber muerto. No mi adorada Faye.

Eso desmentía toda mi excentricidad, mi aparente excesiva sabiduría y sentimientos profundos.

"Faye no."

-No tenemos ni la menor noticia de ella -me confesó Rosalind al oído-. Probablemente esté bebiendo tequila en una parada de camiones, en México. -Me dio otro beso, y yo sentí su brazo pesado y tierno.

En la puerta del frente nos hallábamos parados Grady *y yo,* la viuda demente y el afable *y* anciano abogado de la familia.

Me encanta la puerta del frente de mi casa. Es muy grande, de dos hojas, está ubicada en el medio de la casa, y uno sale al ancho porche delantero y puede caminar hacia ambos lados, y el porche da la vuelta y circunda todos los costados de la edificación. Es muy bonito. Ni un solo día de mi vida pasa sin que piense en esta casa y en lo hermosa que es.

Años atrás, Faye y yo solíamos bailar en el porche. Ocho años más joven que yo, Faye era menuda como para que me resultara fácil llevarla en mis bazos, como un mono, y juntas entonábamos: "Casey danzaba y danzaba con la muchacha de su corazón, y la orquesta seguía tocando.

¡Y qué hermosas están las azaleas color rojo sangre, junto a los escalones! ¡Y qué abundantes! Desde luego era primavera, y por todas partes florecían esas plantas tan mimadas... una verdadera casa de Barrio Jardín, con sus columnas color blanco nieve.

Y miren, los zapatos de la señorita Hardy no eran blancos. Eran grises.

En el interior de la casa, Rosalind increpaba a Katrinka.

-¡No hables de Faye! Ahora no. No hables de Faye.

Y las palabras de Katrinka me llegaron en un largo y dramático rezongo...

Alguien me había levantado un pie. Era la señorita Hardy, que me calzaba una chinela. Allá abajo, el portón estaba abierto. Grady me sostenía del brazo.

El doctor Guidry se hallaba de pie, junto a una ambulancia abierta.

Grady retomó la palabra, y me dijo que si estaba dispuesta a ir al Sanatorio de la Merced, podía irme de allí cuando quisiera. Lo único que iban a hacerme era administrarme algunos líquidos y alimentos.

El doctor Guidry se acercó y me tomó la mano.

-Está deshidratada, Triana; no ha comido. Nadie habla de recluirla en ningún lado. Quiero que se interne en el sana-torio, no más, que descanse, y le prometo que no le harán nada ni le harán ningún tipo de estudios.

Lancé un suspiro. Todo se ponía más radiante.

-Ángel de Dios -susurré-, dulce guardián que por el amor de Dios...

De pronto los vi claramente a mi alrededor.

-Lo siento mucho -dije-. Lo siento muchísimo... Lamento tanto todo esto... lo lamento tanto -clamé-. Pueden hacerme análisis, sí, análisis. Que hagan lo necesario. Lo siento, lo siento mucho...

Me detuve en el sendero del frente.

Junto al portón se hallaban mis queridos Althea y Lacomb, y les vi cara de preocupación. A lo mejor todas esas personas blancas -médico, abogado, mujer de zapatos grises- los detenían.

Althea, con sus gruesos brazos cruzados, hizo un mohín como si estuviera por llorar, e inclinó la cabeza.

Lacomb habló con su voz grave:

-Estamos aquí, patrona.

Yo estaba por responderle.

Pero en ese momento vi algo cruzar la calle.

-¿Qué pasa, querida? -se interesó Grady. Simpático tonito de Misisipí en su acento.

-Ése es el violinista. -Apenas una distante silueta de negro, del otro lado de la avenida, a mitad de camino por la calle Tres hacia Carondelet, y se daba vuelta para mirar.

En el acto había desaparecido.

O puede haber sido que el tránsito y los árboles hayan dado la impresión de que desaparecía. Sin embargo, había alcanzado a distinguirlo nítidamente, a ver que llevaba el instrumento, ese extraño vigilante de la noche que se daba vuelta y caminaba dando grandes zancadas.

Subí a la ambulancia y me tendí en la camilla, lo que al parecer no es la manera normal de hacerlo, porque lo hice con cierta torpeza, pero lo hicimos de esa manera, obviamente porque me apresuré a subir al vehículo sin que nadie tuviera tiempo de detenerme. Me tapé con la sábana y cerré los ojos. El Sanatorio de la Merced. Todas mis tías que durante tantos años habían sido monjas allí ya no vivían. Me pregunté si mi violinista vagabundo sería capaz de encontrar ese sanatorio.

-¡Sabes que ese hombre no es de verdad! -Me desperté conmocionada. La ambulancia se internaba en el tránsito.

-Pero es cierto que Rosalind, y la señorita Hardy lo habían oído.

¿O acaso eso también era un sueño, en una vida donde sueño y realidad se entretejían formando una trama tan apretada que inevitablemente lo uno triunfaba sobre el otro?

4

-Fueron tres días de sueño insomne de hospital, liviano y lleno de padecimientos y de horrores.

¿Habían cremado ya a Karl? ¿Se cercioraron de que estuviera realmente muerto antes de introducirlo en la horrible caldera? No podía sacarme ese interrogante de la cabeza. ¿Se había convertido mi marido en cenizas?

De regreso de Inglaterra, la madre de Karl -la señora de Wolfstan- lloraba desconsoladamente junto a mi cama, y decía que ella me había dejado con su hijo agonizante. Una y otra vez le aseguré que para mí había sido un gusto cuidarlo, que no debía afligirse. El nacimiento de un niño encerraba belleza, y tan próximo a la muerte de Karl...

Sonreímos observando fotos del bebé nacido en Londres. Los brazos me dolían por las agujas. Veía borroso.

-Nunca tendrás que volver a preocuparte por nada -afirmó la señora, y yo entendí lo que me quería decir. Quise darle las gracias, decirle que Karl en una oportunidad me lo había explicado todo, pero no pude. Eché a llorar. Volvería a preocuparme. Volvería a preocuparme por cosas que la generosidad de Karl no pudo modificar.

Me quedaban hermanas a quienes amar y perder. ¿Dónde estaba Faye?

Yo me había enfermado por mi propia culpa... una persona que pasa dos días sobreviviendo con apenas unos tragos de gaseosa y alguna que otra rebanada de pan podía causarse ella sola una arritmia cardíaca.

Martin, mi cuñado -el marido de Katrinka-, vino y dijo estar muy preocupado, pero que no juntaba coraje para poner un pie en un sanatorio.

Se me hicieron los estudios.

Por la noche me desperté vivamente, pensando. Esto es una habitación de sanatorio, y en la cama está Lily. Yo estoy durmiendo en el piso. Tengo que levantarme e ir a fijarme si mi hijita está bien. Entonces me acometió uno de esos recuerdos punzantes como astillas de vidrio, tan intenso que me dejó descolocada: yo había entrado de la lluvia, ebria, y la vi ahí tendida en la cama, mi niña de cinco años, calva, enflaquecida, casi muerta, y prorrumpí en llantos, un mar de lágrimas.

-Mami, mami, ¿por qué lloras? ¡Mami, me asustas! ¡Cómo pudiste hacer eso, Triana!

Una de esas noches, influida por las altas dosis de drogas que me daban para tranquilizarme y hacerme dormir, para que dejara de hacer preguntas tontas sobre si la casa estaba bien cerrada con llave y qué había pasado con el trabajo sobre San Sebastián que estaba haciendo Karl, pensé que la maldición de la memoria es esto: *que todo queda siempre presente.*

Me preguntaron si podían llamar a Lev, mi primer marido. De ninguna manera, respondí; no se atrevan a molestar a Lev. Lo llamaré yo, cuando se me ocurra.

Pero drogada como estaba, realmente no me hacía entender.

Volvieron a hacerme los estudios. Una mañana me puse a caminar y caminar por los pasillos, hasta que una enfermera me dijo:

-Tiene que volver a la cama.

-¿Y por qué? ¿Qué enfermedad tengo?

-Usted no tiene nada. Bastaría con que dejaran de bombardearla con tranquilizantes. Tienen que ir bajándole la dosis.

Rosalind trajo un pequeño tocadiscos negro y lo dejó junto a mi cama. Me puso los audífonos en la cabeza, y suavemente me llegaron las voces de Mozart, los ángeles que entonaban sus disparates en *Cosi fan tutte.* Dulces sopranos al unísono.

Mentalmente vi una película: *Amadeus.* Una película vívida y maravillosa. En ella, el maléfico compositor Salieri -admirablemente interpretado por F. Murray Abraham llevó a la muerte a un Mozart risueño e infantil. En determinado momento, desde un dorado palco de teatro revestido en pana, Salieri contempló a los cantantes, y a ese querubín histérico que era Mozart director, y la voz de E Murray Abraham afirmó: "Oí la voz de los ángeles".

Ah, sí, por Dios. Sí.

La señora de Wolfstan no quería partir. Pero ya todo estaba hecho, las cenizas se hallaban en el panteón de Metairie, todos los estudios que me realizaron para detectar el VIH dieron negativo (en realidad negativo con respecto a cualquier enfermedad). Yo era la imagen de la salud y había perdido apenas tres kilos. Mis hermanas estaban conmigo.

-Váyase, no más, señora. Usted sabe cuánto lo amaba yo. Lo quería de todo corazón; no estaba con él por lo que él me daba a mí ni a nadie.

Besos, olor a perfume de ella.

Sí, dijo Glenn. Deja de preocuparte por eso. El libro de Karl estaba en manos de los académicos que Karl había designado en su testamento. Gracias a Dios, no hay necesidad de llamar a Lev, pensé. Que se quedara entre los seres vivos.

Todo lo demás se hallaba en manos de Grady; y Althea, mi querida Althea, se había puesto directamente a trabajar en la casa, lo mismo que Lacomb, que lustraba la platería para "la señorita Triana". Althea había llenado de bellas almohadas, como me gustaba a mí, mi vieja cama del dormitorio grande de la planta baja.

¡No, la cama matrimonial estilo Príncipe de Gales no se había quemado! No, nada más que las mantas. La señora de Wolfstan había hecho venir al simpático muchacho de Hurwitz Mintz con nuevos almohadones de seda lavada y colchas de pana, y le encargó un nuevo volado de muaré festoneado para el dosel.

Al regresar a casa, volvería a mi antigua habitación, a mi vieja cama con los cuatro postes tallados con incrustaciones de arroz, símbolo de la fertilidad. El cuarto de la planta baja era el único dormitorio verdadero que tenía el chalet.

Cuando me sintiera lista.

Una mañana me levanté. Rosalind dormía muy cerca, en uno de esos enormes sillones con apoyabrazos de madera, siempre vencidos, que facilitan en los hospitales a los familiares acompañantes.

Sabía que habían pasado cuatro días, que la noche anterior había comido una cena completa y que las agujas me pinchaban como insectos en el brazo. Me quité la cinta adhesiva, retiré las agujas, me levanté de la cama, fui al baño, saqué mi ropa del armario y me vestí, y sólo entonces desperté a Rosalind.

Rosalind se despertó adormilada, y se limpió unas cenizas de cigarrillo de su blusa negra.

-El resultado del VIH te dio negativo -dijo en el acto, como si no pudiera contener el deseo de contármelo y no recordara que ya todos me lo habían dicho, contemplándome con los ojos muy abiertos tras las gafas. Soñolienta, se incorporó. -Katrinka les hizo hacer de todo, salvo cortarte un dedo.

-Vamos -le dije-, huyamos de aquí.

Recorrimos de prisa el pasillo, que estaba vacío. A nuestro lado pasó una enfermera que no sabía quiénes éramos, o no dio muestras de que le importara.

-Tengo hambre -dijo Rosalind-. ¿Sientes hambre... de comida verdadera?

-Quiero volver a casa, no más.

-Bueno, vas a tener una sorpresa agradable.

-¿Por qué lo dices?

-Bueno, tú conoces a la familia Wolfstan. Te compraron una limusina de las más largas y contrataron a un nuevo chofer, Oscar. Éste sabe leer y escribir... sin querer ofender a Lacomb...

-Lacomb sabe escribir -repliqué. Eso lo he dicho mil veces, porque Lacomb realmente sabe escribir, pero cuando habla usa un marcado dialecto del jazz de los negros que casi nadie le entiende.

-... también volvió Althea, y no hace más que hablar, insulta a la mujer de la limpieza, y a Lacomb le prohíbe fumar dentro de la casa. ¿Alguien le entiende lo que dice? ¿Acaso sus hijos le entienden?

-Nunca lo supe.

-Pero tendrías que ver la casa. Te va a encantar. Yo traté de decírselo a ellos.

-¿A quiénes?

Llegó el ascensor y subimos. Espanto. Los ascensores de hospital son tan inmensos... tienen capacidad para llevar a los vivos o a los muertos estirados cuan largos son, acompañados por dos o tres asistentes. Estábamos solas en ese amplio compartimiento de metal que bajaba con suave andar.

-¿Decirle a quién, qué cosa?

-A la familia de Karl, que después de una muerte, siempre volvemos a la misma casa, que seguramente tú no querrías un bello piso en el centro de la ciudad ni una suite en el Windsor Court. ¿De veras son tan ricos los Wolfstan o sólo locos? Me dejaron dinero en efectivo para ti, le dejaron también a Althea, a Lacomb, a Oscar...

Las puertas del ascensor se abrieron.

-¿Ves ese auto negro y largo? Es tuyo. Y el que está al lado es Oscar... conoces a ese tipo de hombre, el típico chofer antiguo. Lacomb hace gestos de extrañeza a sus espaldas, y Althea no tiene intenciones de cocinar para él.

-No hará falta que lo haga -dije, con una sonrisita.

En efecto, yo conocía ese tipo de hombre, de piel color caramelo, menos clara que la de Lacomb, una voz suave, pelo entrecano y brillosos anteojos con marco plateado. Muy viejo -demasiado, quizá, para conducir-, pero excelente, y muy tradicional.

-Suba, señorita Triana -dijo Oscar-; póngase cómoda, que la llevo a su casa.

-Sí, señor.

Rosalind se distendió apenas se cerró la puerta.

-Tengo hambre -dijo.

Se había subido el vidrio que nos separaba de Oscar y nos daba intimidad. Eso me gustó. Iba a ser lindo ser dueña de un auto, aunque yo no sabía manejar. Karl nunca conducía. Siempre había preferido alquilar limusinas, hasta para la salida menos importante.

-Ros -le pregunté con la mayor delicadeza-, ¿no quieres que él te lleve a comer cuando yo me haya instalado en casa?

-Sí, sería lindo. ¿Seguro que quieres quedarte sola allí?

-Como tú misma dijiste, siempre volvemos a casa después de una muerte. No huimos. Yo dormiría en ese dormitorio de la planta alta, pero sucede que nunca fue mío. Ésa era nuestra cama, de Karl y mía, en la enfermedad y en la salud. Él quería estar donde el sol de la tarde diera en las ventanas. Yo me hacía un ovillo a su lado. Quería estar sola.

-Me lo imaginaba. Katrinka va a estar acallada un tiempito. Grady Dubosson mostró un papel en el que dice que todo lo que Karl te regaló es tuyo; además, el día en que se mudó a tu casa, él ya firmó todo lo necesario para que nadie pudiera reclamar nada de la casa, y ante eso ella no pudo decir nada.

-¿Pensaba que la familia de Karl trataría de quedarse con la casa?

-Alguna locura por el estilo, pero Grady le mostró el título de propiedad. Tú sabes lo que ella realmente quiere.

Sonreí.

-No te preocupes, Rosalind. No te preocupes.

Se volvió para mirarme, se inclinó hacia adelante y adoptó su actitud más seria, al tiempo que me tomaba la mano con la de ella, áspera y suave a la vez. El auto avanzaba por la avenida St. Charles.

-Mira -dijo-, no te aflijas por el dinero que Karl nos daba. Su mamá me dio una buena cantidad, y además ya es hora de que Glenn y yo tratemos de que nos vaya bien con el negocio, que realmente vendamos libros y discos... -Lanzó una risa profunda. -Tú conoces a Glenn, pero vamos a valernos por nuestros propios medios, así yo tenga que volver a trabajar de enfermera. No me importa. Haré lo que haga falta.

Mi mente andaba por otra parte. Era una cantidad irrisoria, apenas mil por mes para mantenerlos a flote. Ella no sabía. Nadie sabía cuánto había dejado realmente Karl, salvo su madre, quizá.

Por un parlante oculto oí una voz amable.

-Señorita Triana, ¿quiere que vayamos al cementerio de Metairie?

-No, gracias, Oscar -respondí, viendo el pequeño parlante.

Él y yo tenemos nuestra tumba, junto con Lily, mamá y papá.

-Ahora quiero ir a casa, no más, Rosalind -agregué-. Eres amorosa, como siempre. Llama a Glenn. Ve a buscarlo, cierra el negocio y ve luego al Commander's Palace. Hazte servir un banquete mortuorio en mi lugar, te lo pido. Come tú por las dos.

Habíamos cruzado la avenida Jackson. Los robles se veían renovados con el verde de primavera.

Me despedí de ella con un beso y le indiqué a Oscar que la llevara, que hiciera lo que ella quisiese, que se quedara con ella. Era un hermoso auto, una enorme limusina tapizada en pana gris como las que usan las empresas fúnebres.

"Así que, al fin de cuentas, llegué a andar en este auto -me dije cuando vi que ellos seguían viaje-. Pese a que me perdí el sepelio."

Qué radiante me pareció mi casa. Mi casa. ¡Ay, pobre Katrinka!

Los brazos de Althea eran como de seda negra, y siempre que nos abrazamos, me da la sensación de que nada en el mundo puede hacerle daño a nadie. De nada vale que trate de escribir aquí lo que dijo, porque no se le entiende más que a Lacomb, y pronuncia apenas una sílaba de cada palabra multisilábica que articula, pero me di cuenta de que decía bienvenida de vuelta a la casa, me tenía preocupada, la eché mucho de menos, y habría hecho cualquier cosa esos últimos días, tendría que haberme llamado, le podría haber lavado las sábanas, no le tengo miedo a lavar sábanas, ahora acuéstese, déjeme que le preparo un chocolate caliente, mi querida.

Lacomb apareció furtivamente por la puerta de la cocina, un hombre bajo, calvo, que pasaría por blanco en cualquier parte salvo en Nueva Orleáns, pero después se le oía la voz, claro, y eso siempre lo traicionaba.

-¿Cómo anda, patrona? La noto delgada. Tiene que comer algo. Althea, ni se te ocurra darle a esta mujer comida que hayas hecho tú. Patrona, salgo y le compro alguna cosa. ¿Qué tiene ganas de comer? Esta casa está llena de flores, patrona. Yo podría venderlas en el frente y ganarme unos dólares.

Me reí. Althea lo reprendió enérgicamente con las adecuadas subidas y bajadas de tono, acompañadas de varios ademanes.

Yo me dirigí a la planta alta a verificar que la cama con dosel, estilo Príncipe de Gales, siguiera estando en su lugar. Lo estaba, y con su nuevo volado de raso.

La madre de Karl había puesto un cuadro con la foto de él junto a la cama, no el esqueleto que se habían llevado en un carro sino el hombre bondadoso, de ojos castaños, que alguna vez se sentó conmigo en la escalinata de la biblioteca del sector alto de la ciudad, y conversó de música, de la muerte, de la idea de casarse, el hombre que me llevó a Houston a ver la ópera y a Nueva York; el hombre que tenía todas las imágenes de San Sebastián jamás pintadas por un artista italiano o siguiendo el estilo italiano, el hombre que hacía el amor con las manos y los labios, y no toleraba discusión al respecto.

El escritorio de Karl estaba vacío. Habían desaparecido todos sus papeles. No te preocupes por eso ahora. Glenn te dio su palabra, y Glenn y Ros jamás le fallaron a nadie.

Bajé de nuevo la escalera.

-Yo podría haberla ayudado con ese hombre -dijo Lacomb, y Althea lo regañó, pues según pensaba, él ya había hablado por de más, y yo estaba de nuevo en la casa, así que mejor te quedas callado, o limpias el piso, cualquier cosa, pero vete.

Mi cuarto estaba limpio y silencioso, la cama preparada, los más bellos y aromáticos lirios en el florero. ¿Cómo lo supieron? Claro, Althea se los dijo. Lirios.

Me subí a la cama, mi cama.

Como he dicho, ese cuarto es el dormitorio principal de la casa, el único dormitorio verdadero, y queda en la planta baja, sobre el lado matinal de la casa; se trata de un ala octogonal que se extiende y penetra en un bosquecillo de laureles que ocultan el mundo.

Es la única ala del edificio, que por lo demás es rectangular. Y las galerías envolventes, los porches profundos que tanto nos gustan, rodean este dormitorio, mientras que en el otro lado, sencillamente se detienen delante de las ventanas de la cocina.

Es muy lindo caminar desde la propia cama y salir por una alta puerta ventana a un porche, retirado de la calle, y contemplar a través de las hojas siempre brillosas de los laureles la reconfortante agitación que no se fija en uno.

Jamás cambiaría la avenida por los Campos Elíseos, la Vía Veneto ni el Camino al Cielo. Pero a veces es agradable estar aquí atrás, en este dormitorio del sector del este, o pararse junto a la baranda, demasiado lejos como para que nos noten, y mirar las alegres luces que se desplazan.

-Althea, abre las cortinas así puedo mirar por mi ventana.

-Hace demasiado frío para abrirlas.

-Ya sé, pero quiero ver, nada más...

-... nada de chocolate ni de libros... usted no debe escuchar música, ni la radio... yo levanté sus discos del piso y guardé todo... vino Rosalind y puso todo eso en orden... ella decía Mozart con Mozart, Beethoven con Beethoven, y me mostró dónde...

-No, lo único que quiero es descansar. Dame un beso. Se agachó y apretó su mejilla sedosa contra la mía.

-Mi bebita -dijo.

Me tapó con dos gruesos acolchados, ambos de seda y sin duda rellenos con plumas de ganso, muy al estilo de la señora de Wolfstan, y del mismo Karl, que todo fuera de plumas de ganso verdaderas, que disfrutaran del peso tan liviano. Me tapó bien los hombros.

-Señorita Triana, ¿por qué nunca nos llamó a Lacomb y a mí cuando ese hombre se estaba muriendo? Nosotros hubiéramos venido.

-Lo sé. Te eché de menos. No quería que te asustaras.

Movió la cabeza con gesto de pesar. Su rostro era muy bonito, mucho más oscuro que el de Lacomb, de hermosos ojos grandes, y el pelo era rizado y suave.

-Dé vuelta la cabeza hacia la ventana -dijo-, y duérmase. Nadie va a entrar en esta casa, se lo prometo.

Quedé acostada de mi lado mirando directo a la ventana, y a través de sus doce relucientes paños de vidrio, los lejanos robles, los otros árboles, el color del tránsito.

Una vez más disfruté viendo las azaleas, rosadas, rojas y blancas, amontonadas a lo largo de la cerca, y la delicada baranda de hierro recién pintada de negro, y el porche mismo, tan limpio.

Qué maravilloso que Karl me regalara esto antes de morir, mi casa restaurada. Mi casa donde hasta la última puerta funcionaba a la perfección, lo mismo que las cerraduras, y donde hasta el último grifo dejaba caer el agua a la temperatura adecuada.

Cinco minutos, quizá, me quedé mirando como en sueños por la ventana, tal vez más. Pasaban los tranvías. Los párpados empezaron a pesarme.

Sólo por el rabillo del ojo distinguí una silueta parada afuera, en el porche, mi violinista alto y demacrado, con su pelo sedoso que le llegaba hasta el pecho.

Se hallaba cerca del borde de la ventana como si él mismo fuese una enredadera, sumamente delgado, casi cadavérico como es la moda, pero con una gran vitalidad. El pelo negro le colgaba muy lacio y lustroso. Esta vez no traía trencitas atadas; sólo pelo.

Vi su ojo izquierdo castaño, y sobre él, la gruesa ceja negra. Sus mejillas eran blancas en exceso, pero sus labios tenían vida; eran labios suaves, muy suaves, vivientes.

Durante un minuto, apenas un minuto, tuve miedo. Sabía que eso estaba mal. No, no era que estuviese mal, sino que era peligroso, antinatural, algo imposible.

Yo me daba cuenta cuándo soñaba y cuándo no, por difícil que me resultara moverme entre uno y otro estado. Y ese hombre estaba ahí, en mi porche. Estaba parado, mirándome.

Después, se me fue el miedo. No me importaba. Fue un placentero estallido de indiferencia total. No me importaba. ¡Ah, qué celestial sensación de vacío se experimenta cuando desaparece el miedo! Y ése era un punto de vista bastante práctico, me pareció en ese momento.

Porque en cualquiera de los dos casos... fuese él real o no... se trataba de algo hermoso y placentero. Sentí que se me erizaban los brazos. De modo que igual se nos eriza el pelo cuando estamos acostados, aplastando nuestro propio pelo contra la almohada, con un brazo afuera, mirando por la ventana. Sí, mi cuerpo emprendió una pequeña batalla contra mi mente. Ten cuidado, ten cuidado, clamaba el cuerpo, pero mi mente es muy rebelde.

Mi voz interior sonó muy decidida, y me maravillé de mí misma, de cómo uno puede oír un tono dentro de su propia cabeza. Uno puede gritar o susurrar sin mover los labios. Le dije:

Toca para mí. Te eché de menos.

Se acercó más al vidrio, muy alto y delgado, puro hombros -me pareció-, con esas cataratas de pelo tan tentador, y me dieron ganas de acariciárselo y peinárselo, y él me miró por los vidrios más altos, y no era un indignado Peter Quint ficticio que buscaba un secreto más allá de mí sino que observaba exactamente lo que buscaba, o sea a mí.

Crujieron las maderas del piso. Alguien recorrió el caminito que llegaba hasta la puerta.

Althea volvió a entrar con la misma naturalidad como si fuera un momento como cualquiera.

No me di vuelta para mirarla. Ella simplemente entró en el cuarto como hacía siempre.

La oí a mis espaldas. Oí que dejaba una taza. Alcancé a sentir el olor a chocolate caliente.

Pero nunca aparté mis ojos de él, con sus hombros altos y sus polvorientas mangas de sastre, y él jamás me sacó sus ojos luminosos de encima, mirándome sin interrupción por la ventana.

-Dios mío, está ahí de nuevo -dijo Althea.

Él no se movió. Tampoco yo.

Las palabras de Althea me llegaron presurosas, casi ininteligibles. Discúlpeseme esta traducción: "Usted se atrevió a llegar hasta la ventana de la señorita Triana. Qué atrevido es. Veo que le gusta asustarme. Señorita Triana, este hombre ha estado esperando todo el tiempo, noche y día, diciendo que iba a tocar para usted, diciendo que no podía acercársele, que a usted le gusta cómo toca el violín, que no puede vivir sin él, dice. ¿Y bien? ¿Qué va a tocar ahora que ella volvió a casa... acaso cree que puede tocar algo que le guste, así como está ella, mírela, le parece que puede hacerla sentir bien?".

Se acercó hasta el pie de la cama, corpulenta, de brazos cruzados, levantando la barbilla.

-Vamos, toque algo para ella -dijo-. ¿Me oye, a través de ese vidrio? Ella ya está de vuelta en casa... muy triste... y usted... mírese... ¿acaso cree que le voy a limpiar ese saco? Otra cosa le voy a hacer...

Debo de haber sonreído. Debo de haberme hundido más en la almohada.

¡Ella lo veía!

Los ojos masculinos no se apartaron nunca de mí. A ella no le prestó ni la menor atención. Su mano se hallaba sobre el vidrio como si fuera una enorme araña blanca. Pero allí, a su lado, en la otra mano, estaba el violín, y el arco. Vi las elegantes curvas oscuras de la madera.

Le sonreí a Althea sin mover la cabeza, porque ella ahora se hallaba parada entre medio de los dos, audaz, mirándome, ocultándolo. Una vez más traduzco; lo que dijo no es un dialecto sino más bien una canción:

-Él habla y habla, dice que sabe tocar y quiere hacerlo para usted, porque a usted le encanta. Usted lo conoce. Yo nunca lo vi entrar aquí por el porche. Lacomb tendría que haberlo visto llegar. No le tengo miedo. Lacomb puede obligarlo a irse en este mismo momento. Usted no tiene más que decírselo. A mí no me molesta. Una noche tocó música... le aseguro que usted nunca escuchó nada igual... y yo pensé, Dios mío, va a venir la policía y acá estamos solos, Lacomb y yo. Entonces le dije, Ahora se calla, y él se molestó mucho, nunca vi ojos así... Me miró y dijo, No le gusta lo que toco, y yo le dije Sí, me gusta, pero no quiero oírlo. Dijo todo tipo de locuras sobre mí y lo que tengo que soportar, hablaba como un demente, *y* seguía hablando sin parar, *y* Lacomb lo amenazó, ¡Si está buscando una limosna le vamos a dar de comer el arroz con habas de Althea y se morirá envenenado! ¡Pero usted, señorita Triana, sabe que no es verdad!

Lancé una carcajada pero no llegó a oírse mucho. Él seguía ahí; sólo alcanzaba a distinguir un poco de su oscuridad alta y delgada detrás de ella. Yo no me había movido. La tarde se iba ahondando.

-A mí me encanta el arroz con habas que cocinas, Althea.

Se marchó, y antes de salir acomodó el viejo encaje de Battenburg sobre la mesita de noche; a él lo miró seria y a mí me sonrió, y con una mano de seda me hizo una breve caricia en la mejilla. Qué amorosa... ¿cómo puedo vivir sin ti?

-Está todo bien. Vete, no más, Althea. Yo a él lo conozco. Y a lo mejor, toca algo, ¿quién sabe? No te preocupes; voy a estar atenta a él.

-Para mí es un vagabundo -murmuró por lo bajo, cruzando nuevamente los brazos en gesto más que elocuente, cuando salía de la habitación. Siguió hablando, entonando su propia canción. Ojalá yo pudiera transcribir mejor para la posteridad su manera rápida de hablar, con tantas sílabas que pronunciaba de menos, pero fundamentalmente su inagotable entusiasmo y sensatez.

Me acomodé mejor sobre la almohada, calzando un brazo debajo de ella, y contemplé la silueta que, desde la ventana, me espiaba por el vidrio de más arriba.

Las canciones se encuentran dondequiera que uno mire, en la lluvia, en el viento, en el gemido de los que sufren, canciones, sí.

Althea cerró la puerta, y se oyó un doble clic lo cual, tratándose de una puerta de Nueva Orleáns, invariablemente combada, quiere decir que la cerró de verdad.

El silencio volvió a reinar en la habitación, como si nunca se lo hubiera perturbado. La avenida dejó escapar un repentino crescendo de su continuo rumor.

Detrás de él, del amigo que me espiaba con sus ojos negros y me mostraba su boca seria, los pájaros cantaban en un arrebato vespertino que se produce todos los días según su reloj, y que siempre me sorprende. El tránsito producía su placentero canto fúnebre.

Movió su silueta alta y desprolija hasta quedar totalmente visible en la ventana. Camisa blanca, sucia y desprendida; en el pecho, vello oscuro que parecía un sombreado. Un chaleco de lana negra abierto porque le faltaban todos los botones.

Eso es lo que me parecía ver, al menos.

Se apoyó contra la ventana de doce rectángulos de vidrio. Qué flaco era... ¿enfermo, quizá? Sonreí al pensar que todo podía volver a revelarse una vez más. Pero no, eso ahora parecía muy lejano, y él muy vívido en el acto de mirarme, muy alejado de la verdadera debilidad de la muerte.

Me dirigió una mirada de reproche, como diciendo: "Tú sabes que no es así." Luego sí sonrió, y sus ojos despidieron un brillo más íntimo, puesto que me miraron con expresión más posesiva.

Sobre sus párpados, la frente era blanca y huesuda, pero daba a los ojos una bella impresión de profundidad furtiva, y el pelo negro le crecía hermoso y abundante desde el nacimiento, y junto con las sienes bien proporcionadas, le confería una robusta belleza incluso en su delgadez. ¡Sus manos parecían arañas! Con la mano derecha acarició los vidrios superiores. Dejó huellas que yo vi en el polvo, cuando la luz realizó minúsculos pero inevitables cambios, al tiempo que el jardín que se extendía a espaldas de él, con sus densos laureles *y* magnolias, respiraba con la brisa *y* el tránsito.

El ancho puño blanco de su camisa estaba sucio, y su chaqueta, gris de polvillo.

Un lento cambio se advirtió en su expresión. Ya no sonreía, pero no se notaba en él animosidad, y comprendí entonces que nunca había exhibido eso. Cierto aire de superioridad, de íntima superioridad, era lo que lo distinguía antes, pero esta expresión era serena y espontánea.

Un tierno sentimiento de desconcierto cruzó por su rostro, permaneció allí un instante y luego se tradujo en algo parecido al enojo. Después él se puso triste, no pública ni artificialmente triste, sino triste en lo profundo, en privado, como si estuviera a punto de perder el control de ese pequeño espectáculo fantasmal realizado en el porche. Dio un paso atrás. Yo oí las tablas del piso. Mi casa proclama cualquier movimiento.

Después, desapareció.

Así, no más. Se fue de la ventana, del porche. Ya no pude oírlo detrás de las persianas, en la esquina más lejana de la casa. Sabía que no estaba ahí. Sabía que se había marchado, y tenía la más sincera convicción de que, de hecho, se había esfumado.

El corazón me latía con demasiada fuerza.

"Ojalá no fuera un violín -pensé-. Pero gracias a Dios que es un violín, porque no hay sobre la tierra un sonido que se le asemeje..."

Mis palabras se fueron perdiendo.

Música tenue, su música.

No se había ido muy lejos. Había elegido, simplemente, un sector lejano del jardín, bien retirado, cerca de los fondos de la vieja mansión de la Capilla, sobre la calle Prytania. Mi propiedad linda con la Capilla. La cuadra nos pertenece a la Capilla y a mí, por la calle Tres desde Prytania hasta St. Charles. Desde luego la manzana tenía otro costado, donde se levantan otras edificaciones, pero esta magnífica mitad es nuestra, y él sólo se había alejado tal vez hasta los viejos robles que crecen detrás de la Capilla.

Me dieron ganas de llorar.

Hubo un momento en que el dolor de su música y mi propio sentimiento se habían aunado tan a la perfección, que me parecía imposible tolerarlo. Sólo un tonto no buscaría un revólver, se lo pondría en la boca y apretaría el gatillo, imagen que a menudo me atormentaba antes, en mis años mozos, cuando era una borracha empedernida, y después también, continuamente, hasta que llegó Karl.

Se trataba de una canción gaélica, en tono menor, grave, palpitante, llena de desesperanza y de anhelos, y él le había incorporado el sonido del violín irlandés, la áspera armonía de las cuerdas más bajas todas juntas, en una especie de súplica que sonaba más humana que cualquier otro sonido puramente humano emitido por niño, hombre o mujer.

Me llamó la atención -en una especie de enorme pensamiento que no podía adquirir forma dentro de esa atmósfera de música lenta y preciosa que me abrazaba- que fuera tal el poder del violín, ¡que sonara humano de una manera en que no podíamos hacerlo los humanos! Hablaba por nosotros de una manera en que nosotros no podíamos hacerlo. Ah, sí, de eso se trató toda la vida la reflexión y la poesía.

Me arrancó lágrimas esa canción, el fraseo musical gaélico antiguo y nuevo, las dulces escalas ascendentes que se desplomaban inevitablemente en un interminable testimonio de aceptación. Tan tierna preocupación, tan perfecto consuelo.

Me di vuelta sobre la almohada. Su música me resultaba maravillosamente clara. Seguramente la oía toda la manzana, la oían los transeúntes, como también Lacomb y Althea en la mesa de la cocina, con sus naipes o sus epítetos; también los pájaros debían de oír el arrullo.

El violín, el violín.

Rememoré un día de verano, de treinta y cinco años atrás. Yo tenía mi propio violín en su estuche, entre mi cuerpo y el de Gee, que iba en su motocicleta, y yo aferrada a su espalda, cuidando el violín. El violín que luego le vendí al hombre de la calle Rampart por cinco dólares.

"Pero usted me lo vendió en veinticinco hace apenas dos años", protesté.

Y ahí se fue, no más, mi violín, con estuche y todo. Los músicos tal vez sean el soporte principal de las casas de empeño. En ellas cuelgan por doquier instrumentos en venta; o quizá sea que la música atrae a muchos soñadores como yo, con grandiosos planes y nada de talento.

Yo había vuelto a tocar el violín apenas en dos ocasiones desde aquel momento... ¿hace ya treinta y cinco años? Casi. Salvo una vez, totalmente ebria, y la resaca posterior, jamás volví siquiera a tomar un violín en mis manos, nunca quise tocar la madera, las cuerdas, la resina, el arco, no, nunca.

Pero, ¿por qué me tomaba el trabajo de pensar esto? Se trataba de una vieja desilusión de adolescente. Había ido a ver al gran Isaac Stern interpretar el *Concierto para* violín, de Beethoven, en nuestro Auditorio Municipal. ¡Y me dieron ganas de reproducir esos gloriosos sonidos! Quería ser esa silueta que se balanceaba sobre el escenario. ¡Quería cautivar! Producir sonidos como los que oigo ahora, que traspasan las paredes de esta habitación...

El *Concierto para* violín, de Beethoven... la primera pieza de música clásica que después llegué a conocer íntimamente en discos.

Yo me convertiría en Isaac Stern. ¡Tenía que hacerlo!

¿Por qué pensar en eso? Hace cuarenta años, sabía que no tenía talento, que no tenía oído, no podía distinguir los semitonos, no tenía la destreza ni la disciplina, cosa que los mejores profesores me decían con la mayor amabilidad posible.

Después estaba también el coro familiar: "¡Triana hace unos ruidos horribles con el violín!". Y la severa opinión de mi padre, de que las clases costaban demasiado, sobre todo para una persona tan poco disciplinada, tan haragana y de naturaleza tan inconstante.

Eso debería ser fácil de olvidar.

¿Acaso no han pasado, fulminantes, suficientes tragedias por el camino desde entonces, madre, hija y primer marido muertos años ha, Karl muerto, el paso del tiempo, la comprensión más profunda...?

Sin embargo, qué nítido aquel día de antaño, la cara del dueño de la casa de empeños, mi último beso al violín -mi violín- antes de que éste se deslizara sobre el sucio mostrador de cristal. Cinco dólares.

Todas tonterías eso de llorar por no ser alta, no ser esbelta ni agraciada, no ser bonita, no tener voz para cantar y no tener la decisión necesaria como para estudiar piano, lo suficiente para interpretar aunque más no fuera villancicos navideños.

Yo tomé esos cinco dólares, les agregué cincuenta más con ayuda de Rosalind y me fui a California. El colegio había terminado. Había muerto mi madre. Mi padre había encontrado una nueva amiga, una protestante con quien salía "de vez en cuando a almorzar", y que preparaba suculentas comidas para mis desatendidas hermanas menores.

"¡Jamás te ocupaste de ellas!"

Basta, ya, no quiero recordar esas épocas, no pensaré en eso, ni en la pequeña Faye y Katrinka aquella tarde en que me marché, Katrinka demostrando escaso interés, pero Faye

obsequiándome una sonrisa tan hermosa, y tirándome besos... no, no quiero. No puedo. No voy a pensar.

Toca el violín para mí, de acuerdo, pero yo ahora voy a olvidar cortésmente el mío.

Escúchalo.

¡Es como si estuviera discutiendo conmigo! ¡Qué hijo de puta! Seguía y seguía con la canción, concebida en medio del dolor y pensada para que se la interpretara con dolor, con la intención de volver dulce el sufrimiento, o de volverlo dulce y legendario a la vez.

El mundo del presente retrocedió. Yo tenía catorce años. Isaac Stern tocaba en el escenario. El gran concierto de Beethoven ascendía y descendía bajo las arañas del auditorio. ¿Cuántos otros niños embelesados había sentados allí? ¡Dios santo, poder ser así! ¡Ser capaz de tocar de esa manera!...

Me parecía muy remoto el hecho de haber crecido, de haber vivido toda una existencia, de haberme enamorado de Lev, mi primer marido, haber conocido a Karl, que él hubiera vivido o muerto, que Lev y yo hubiéramos perdido a una hijita llamada Lily, que yo hubiera sostenido en mis brazos a una niñita tan pequeña que sufría, su cabecita pelada, sus ojos cerrados... ah, no, llega un punto en que el recuerdo se vuelve un sueño.

Debería haber alguna ley médica que lo prohibiera.

Nada tan espantoso podría haber sucedido, como que esa rubiecita muriera como una niña abandonada, o que Karl clamara, Karl que nunca se quejaba, o mamá, que imploraba que no se la llevaran aquel último día, y yo, la egocéntrica hija de catorce años, que no se percató de que jamás volvería a sentir los brazos tibios de su madre, jamás volvería a besarla, jamás diría mamá, sea lo que fuere lo que haya pasado, te quiero, te quiero. Te quiero.

Mi padre estaba sentado erguido en la cama, luchando contra la morfina, y exclamaba, sobrecogido: "¡Triana, me muero!".

Miren qué pequeño es el ataúd blanco de Lily en la tumba de California. Mírenlo. Allá lejos, donde fumábamos marihuana, bebíamos cerveza y leíamos poesía en voz alta, beatniks, hippies, los que íbamos a cambiar el mundo, padres de una niña tan bendecida por la gracia que hasta los desconocidos se detenían -incluso cuando ya el cáncer había hecho presa de ella- para comentar lo hermosa que era su carita redonda y blanca, y esos hombres pusieron el minúsculo ataúd dentro de un cajón de secoya en la fosa, pero no lo cerraron clavando las maderas.

El padre de Lev, un texano amable y cordial, tomó un puñado de tierra y lo arrojó dentro de la fosa. La madre de Lev lloraba sin cesar. Luego los demás hicieron lo mismo -costumbre que yo no conocía-, y mi padre observaba todo con aire solemne. Qué habrá pensado: ¡Esto es un castigo por tus pecados, por haber abandonado a tus hermanas, por haberte casado con alguien que no pertenece a tu iglesia, por haber dejado morir a tu madre sin amor!

¿O acaso pensó cosas más triviales? Lily no era una nieta que él hubiera amado mucho. Tres mil kilómetros los habían separado, y muy pocas veces la había visto él antes de que el cáncer se llevara las rubias guedejas e hinchara las pequeñas mejillas, pero no existía pócima conocida capaz de empañar su mirada ni su coraje.

¡Tu padre ya no importa, no importa a quién amaba o dejaba de amar!

Me di vuelta en la cama aplastando la almohada bajo mi peso, maravillándome de que, hasta con mi oreja izquierda hundida en las plumas de ganso, así y todo siguiera oyendo el violín.

Estás en tu casa, y algún día todos volverán a casa. ¿Eso qué significa? No tiene por qué tener significado. Sólo hay que susurrarlo... o cantar, cantar una canción sin letra con su violín.

Entonces llegó la lluvia.

Y me sentí humildemente agradecida.

Llegó la lluvia.

Tal como yo podría haberlo deseado, y cae sobre las viejas tablas del porche y sobre el deteriorado techo de lata de este cuarto; salpica contra los amplios antepechos y se introduce por los resquicios.

Y sin embargo él siguió tocando sin parar, con su pelo de raso y su violín de raso, como desenrollando en la atmósfera una cinta de oro tan delgada que se convertirá en bruma una vez que haya sido oída, conocida y amada, y bendecirá al mundo entero con una mínima fracción de gloria luminosa.

¿Cómo puedes sentirte tan satisfecho -me pregunté-que te ubicas entre medio de ambos mundos, entre la vida y la muerte, la cordura y la demencia?

Su música hablaba; las notas fluían lentas y graves, anhelantes, antes de remontarse hacia lo alto. Cerré los ojos.

Se lanzó entonces a una movida danza, con deleite, con disonancia, con una suprema seriedad. Tocaba con tal fuerza, que pensé que seguramente alguien saldría. Era lo que la gente llama una música del demonio.

Pero seguía lloviendo sin cesar, y nadie lo detuvo. Nadie quiso hacerlo. ¡Entonces comprendí algo que me espantó! Me encontraba adentro de mi casa, y la lluvia rodeaba como un velo la larga habitación octogonal, pero no estaba sola:

Ahora te tengo.

Le hablé en susurros, pero desde luego él no se hallaba en el cuarto. Hubiera jurado que, a lo lejos y también muy cerca, él se reía. Me lo hizo oír. La música no reía. La música debía por fuerza seguir su curso intenso, perfectamente afinado, como si la intención fuese enloquecer a un conjunto de bailarines de las praderas. Pero él se reía.

Comencé a dejarme ganar por el sueño, no el sueño negro y sin comienzo, inducido por las drogas de hospital, sino el verdadero sueño profundo y placentero, y la música se elevó *y* se apretó, *y* luego dejó escapar una monumental inundación como si él me hubiera perdonado.

Parecía que la lluvia y esa música me matarían. Yo habría de morir sin una protesta. Pero sólo soñaba, al tiempo que caía y me internaba cada vez más en una ilusión total, como si ésta me hubiese estado esperando.

5

Otra vez el mismo mar, ese océano claro y azul, la espuma bravía que producía fantasmas corcoveantes con cada ola que llegaba a la playa. Tenía el hechizo de un sueño lúcido, que me decía: "No estás soñando, ¡estás aquí de veras!". Eso es lo que siempre nos transmite un sueño lúcido. Uno da vueltas *y* más vueltas, *y* no se puede despertar. Y nos hace creer: "No, no puede ser producto de tu imaginación".

Pero teníamos que alejarnos de la brisa tranquilizadora proveniente del mar. La ventana estaba cerrada. Había llegado el momento.

Vi una alfombra gris salpicada de rosas, rosas con tallos largos que remataban en un pequeño recipiente con agua para mantenerlas frescas, rosas de pétalos oscurecidos y suaves, y se oían voces que hablaban en un idioma extranjero, un idioma que yo debía conocer pero no conocía, un idioma inventado, al parecer, para este sueño, nada más. Porque no cabía duda de que era un sueño. Tenía que estar soñando. Pero yo estaba ahí, prisionera, como si hubiese sido transportada en cuerpo *y* alma hasta allí, *y* algo dentro de mí anhelara: "Que no sea un sueño".

-¡Eso es! -exclamó Mariana, la bella morena. Tenía pelo corto, y una blusa blanca que no le cubría los hombros, cuello de cisne, voz ronroneante.

Abrió las puertas que daban a un vasto sitio. Yo no podía creer lo que veían mis ojos. Me costaba creer que un objeto sólido pudiese llegar a ser tan hermoso como el mar y el cielo, y eso era... un templo de mármol policromático.

No es un sueño, pensé. ¡Imposible soñarlo! Uno no tiene dentro de sí las necesarias visiones como para armar semejante sueño. ¡Estás aquí, Triana!

Mira las paredes con incrustaciones de mármol de Carrara color crema, los paneles enmarcados en oro y los zócalos de mármol en un tono más oscuro de marrón, no tan lustroso, no tan veteado, no menos maravilloso. Mira las pilastras de sección cuadrada y sus capiteles con volutas.

Y cuando llegamos al frente del edificio, el mármol cambia al verde, en tiras largas a lo largo del piso, y el piso mismo es un mosaico intrincado y siempre cambiante. Advierto el antiguo diseño griego. Veo los dibujos tan preciados para Roma y Grecia, cuyos nombres no recuerdo, pero los conozco.

Y al darme vuelta veo que estamos ante una escalera como jamás he visto otra. No se trata sólo del tamaño y la majestuosidad sino, una vez más, del color: oh Dios, cómo refulge el rosa del mármol de Carrara.

Pero veamos primero estos rostros, estas figuras de bronce paradas en posición de firmes, los cuerpos hechos de madera finamente tallada, que se curvan y convierten en patas de leones sobre su base de ónix.

¿Quién construyó este lugar? ¿Con qué fin?

De pronto me llaman la atención las puertas de vidrio que tengo enfrente. Es tanto lo que hay por ver, que me deslumbro. Miren, tres enormes pórticos estilo renacimiento clásico, de cristal biselado y tragaluces semicirculares, parteluces negros en forma de rayos en lo alto, y todo para dejar pasar la luz, aunque el día o la noche, lo que fuere, queda fuera de esas puertas y no puede ingresar.

La escalera aguarda. Mariana dice: "Venga". Lucrecia es tan buena. La balaustrada es de mármol verde, verde como el jade, con venas semejantes al mar, con balaustres de un tono más claro, y todas las paredes recubiertas en mármol rosado o marfil, rodeadas por marcos de oro.

Miren esas lisas columnas redondas de mármol color rosado, con sus capiteles dorados de hojas dobles de acanto, y muy en lo alto, los arcos quebrados de la bovedilla, y entre cada

uno de ellos, una figura pintada; vean los marcos artesonados en torno de la alta ventana con vitrales.

Sí, es de día. ¡Ésta es la luz del día que se filtra a través del vitral! Ilumina las ninfas diestramente pintadas en el artesonado superior, las ninfas que danzan para nosotros, que danzan también en el vidrio mismo. Cierro los ojos y luego los abro. Acaricio el mármol. Es real, real.

Estás aquí. Imposible despertarte o sacarte de este lugar; ¡es cierto, lo estás viendo!

Subimos la escalera, ascendemos en medio de este palacio de piedra italiana y nos paramos en un entrepiso, delante de tres gigantescas ventanas con vitrales, cada una de ellas con su propia diosa o reina vestida con diáfana túnica, bajo un arquitrabe, rodeada de querubines y de flores dibujadas en cada borde, con guirnaldas. ¿Qué símbolos son éstos? Oigo las palabras, pero veo; eso es lo que me hace temblar.

Y en cada extremo de este largo espacio de ensueño hay una cámara ovalada. Vengan a mirar. Miren los murales, estos cuadros tan altos. Sí, son profundamente narrativos, y una vez más las audaces figuras clásicas bailan, con la cabeza rodeada de laurel, el contorno generoso. Veo la magia de los prerrafaelistas.

¿Es que no termina nunca esta combinación de belleza entretejida en más belleza? ¿No terminan nunca cornisas y frisos, molduras de espigas *y* saetas, paredes de *boiserie?*

Hablaban en el idioma de los ángeles, Mariana y la otra, Lucrecia; hablaban en esa lengua dulce, cantarina. Y allí, señalé: las máscaras de oro bruñido de los seres que amé. Medallones enclavados en lo alto de la pared: Mozart, Beethoven, otros... ¿pero qué es esto, un palacio en honor a cada canción que uno alguna vez oyó y que no puede escuchar sin lágrimas? El mármol reluce bajo el sol. Semejante suntuosidad no puede ser obra de manos humanas. Éste es el templo del cielo.

Bajo la escalera, bajo *y* bajo, *y* me doy cuenta, sintiendo un vuelco del corazón, que esto debe de ser un sueño.

Si bien este sueño no puede medirse por los abismos de mi imaginación, es improbable hasta el punto de lo imposible.

Porque abandonamos el templo de mármol y música y llegamos a una inmensa habitación persa de mosaicos azules esmaltados, repleta de ornamentos orientales que compiten con la belleza de arriba en su majestuosidad. Ah, no quiero despertar. Si esto es producto de mi mente, que continúe.

No puede ser que este esplendor babilónico venga después de la intrépida gloria barroca, pero me encanta.

Sobre estas columnas se hallan los antiguos toros con sus rostros furibundos, y miren, la fuente, en esa fuente Darío asesina al león. Sin embargo, esto no es un mausoleo, no es un monumento a los muertos, a cosas perdidas.

Miren, las paredes están cubiertas de luminosos estantes que contienen los más bellos objetos de cristal. Se ha construido un café dentro de estos decorativos relieves. Una vez más veo un piso de incomparable mosaico. Pequeñas sillas doradas rodean una multitud de mesitas. La gente aquí habla, se mueve, camina, respira, como si la magnificencia fuese algo que tomaran con la mayor naturalidad.

¿Qué lugar es éste, qué país, qué tierra, donde estilo y color pueden fusionarse con tanta audacia? Donde lo convencional ha sido superado por los maestros de todas las artes. Hasta las arañas son de estilo persa, grandes planchas de plata con tallado de complicado diseño.

¡Sueño o realidad! Me doy vuelta y golpeo un puño contra la columna. ¡Maldita sea, si no estoy aquí, prefiero despertarme! Luego viene la certidumbre. Decididamente, estás aquí. Eres cuerpo y alma, y estás en este lugar, en la habitación babilónica, bajo el templo de mármol.

Librodot

-Ven, ven. -Su mano se apoya en mi brazo. ¿Es Mariana, o acaso la otra bella, Lucrecia, la de la cara redonda y ojos grandes, generosos? Ambas expresan conmiseración en una lengua que se asemeja al latín.

Nuestro secreto más oculto.

Las cosas cambian. Sé que estoy aquí, porque esto nunca lo soñaría.

No sé soñarlo. Yo vivo para la música, para la luz, vivo para los colores, sí, cierto, pero qué es esto, este sucio y maloliente pasillo de azulejos blancos, el agua sobre los pisos negros, tan inmundos que no son ni siquiera negros, y miren, las máquinas, las calderas, los gigantescos cilindros con casquetes y precintos atornillados, tan ominosos, cubiertos con pintura descascarada, en medio de un ruido ensordecedor que es casi silencio.

Bueno, esto se asemeja a la sala de máquinas de un barco viejo, de ésos que uno recorría cuando era niño y Nueva Orleáns era aún un puerto vivo. Pero no, no estamos a bordo de una embarcación. Las proporciones de este corredor son demasiado imponentes.

Quiero regresar. No quiero soñar esta parte, pero a esta altura sé que no es un sueño. ¡De alguna manera he sido traída aquí! Esto es una especie de castigo que me merezco, algún atroz ajuste de cuentas. Quiero volver a ver el mármol, el suntuoso mármol color fucsia en los paneles laterales de la escalera; quiero memorizar a las diosas de los vidrios.

Pero caminamos en medio de este pasillo húmedo, rancio, resonante. ¿Por qué? Los hedores se elevan por doquier. Veo viejos armarios de metal, como si hubieran sido abandonados por soldados de algún campamento ya desierto, deteriorados, adornados con chicas recortadas de revistas viejas, y una vez más contemplo este infierno de máquinas que traquetean, rechinan, hierven con ruido mientras nosotros caminamos junto a la baranda de acero.

-¿Pero adónde vamos?

Mis acompañantes sonríen. Consideran que esto, este lugar al que me llevan, es un secreto divertido.

¡Portones! Unos inmensos portones de hierro nos encierran afuera, ¿pero afuera de qué?

-Un pasaje secreto -confiesa Mariana con inocultable placer-. ¡Cruce por debajo de la calle! Un pasaje subterráneo secreto...

Me esfuerzo por ver del otro lado del portón. No podemos cruzarlo, pues está trancado con cadenas. Pero miren allá atrás, donde brilla el agua, miren...

-Allá hay alguien, ¿no ven? Dios santo, hay un hombre tendido. Está sangrando, moribundo. Tiene cortes en las muñecas y sin embargo sus manos yacen juntas. ¿Se está muriendo?

¿Dónde están Mariana y Lucrecia? ¿Regresaron volando a los techos abovedados del templo de mármol donde las bailarinas griegas realizan sus primorosas evoluciones en círculos en los murales?

Estoy desguarnecida.

El hedor es insoportable. ¡El hombre está muerto! ¡Dios santo! Sé que lo está. No, se mueve, levanta una mano y le chorrea sangre de la muñeca. ¡Dios mío, ayúdalo!

Mariana emite la risita más suave, y sus manos acarician el aire al hablar.

-¿No ves que está muerto, santo cielo, y está tendido en medio del agua inmunda...?

-... pasaje secreto que unía este lugar con el palacio y..

-Escúchenme las dos, el hombre está ahí y nos necesita. -Me aferré del portón. -¡Tenemos que llegar hasta él! -El portón que nos impide el paso es como todo lo de aquí: inmenso. Está hecho de hierro pesado, va del piso al techo y lo trancan cerrojos y cadenas.

¡Despierta! ¡No lo voy a tolerar!

¡Un torrente de música acallado de golpe! Me incorporé en mi propia cama.

-¡Qué atrevimiento!

6

Estaba sentada en mi cama. A mi lado se hallaba él, con sus piernas tan largas que, incluso en esta alta cama con dosel, le permitían sentarse a la manera masculina, y me miraba fijo. El violín estaba listo. Él, con el pelo chorreante, también lo estaba.

-¡Qué atrevimiento! -repetí. Me eché hacia atrás encogiendo las piernas. Traté de tironear de las mantas, pero el peso suyo las sujetaba.

-¡Entras en mi casa, en mi propio dormitorio! ¡Te metes en este cuarto y me indicas lo que debo y no debo soñar!

Estaba tan sorprendido que no me respondió. El pecho se le hinchaba. Del pelo le caía agua. ¿Y el violín, por Dios? ¿Acaso no se preocupaba en absoluto por el violín?

-¡Silencio! -dijo.

-¡Silencio! -le espeté-. ¡Pienso despertar a toda la ciudad! ¡Éste es mi dormitorio! ¡Y quién te crees que eres para indicarme lo que debo soñar! ¿Qué es lo que quieres?

Tan azorado estaba que no encontraba palabras. Yo percibía su incertidumbre, su consternación. Dio vuelta la cabeza hacia un costado, lo cual me dio oportunidad de mirarlo con detenimiento, de observar sus mejillas hundidas *y* su piel suave, los enormes nudillos de sus manos *y* el contorno delicado de su larga nariz. Era, desde todo punto de vista -y pese a estar mugriento y chorreando agua- muy apuesto. Veinticinco años, le calculé, aunque era difícil saberlo. Un hombre de cuarenta también podía parecer así de joven si tomaba las píldoras adecuadas, corría los kilómetros adecuados y visitaba el adecuado cirujano plástico.

¡De un sacudón dio vuelta la cabeza y me miró con furia!

-¿Piensas porquerías como ésa mientras yo estoy sentado aquí? -Su voz era grave y fuerte, una voz de muchacho joven. Si las voces al hablar tuvieran nombre, él sería un potente tenor.

-¿Porquerías como qué? -Lo miré de arriba abajo. Delgado o no, lo cierto es que era un hombre de gran tamaño. No me importaba. -¡Sal de mi casa! ¡Vete de mi cuarto y de mi casa ya mismo, y no vuelvas si no te invito especialmente! ¡Te retiras de aquí! ¡Me enfurezco de sólo pensar que tuviste la audacia de entrar aquí sin mi permiso! ¡En mi propio dormitorio!

En ese momento se oyeron golpes en la puerta, y la voz atemorizada de Althea.

-¡Señorita Triana, no puedo abrir! ¡Señorita Triana!

Miró la puerta, que quedaba a mis espaldas; luego volvió a posar sus ojos en mí, movió la cabeza y murmuró algo. Acto seguido se pasó la mano derecha por el pelo pegajoso. Cuando abrió totalmente los ojos vi que eran grandes, y la boca era lo mejor que tenía, pero ninguno de esos detalles hizo disminuir mi enojo.

-¡No puedo abrir la puerta! -gritaba Althea.

Le grité que no se preocupara, que todo estaba bien, que necesitaba estar un rato sola, que el que estaba conmigo era mi amigo músico, que no había problema, que se fuera, no más. Oí sus protestas, y detrás, los sensatos rezongos de Lacomb, pero ante mi insistencia, todo eso finalmente se fue apagando hasta desaparecer, y volví a quedar sola.

La madera crujiente del piso fue siguiendo el rumbo de la retirada de ambos.

Me dirigí a mi acompañante.

-¿La cerraste tú clavándola? -le pregunté. Obviamente me refería a la puerta, que ni Lacomb ni Althea pudieron forzar.

Su rostro era sereno, y esa serenidad se asemejaba, quizás, a lo que fuera que Dios y su madre hubiesen querido que ese rostro fuese: joven, serio, sin vanidad ni artificio. Sus inmensos ojos negros me recorrieron, como queriendo descubrir, en los detalles sin importancia de mi apariencia, algún secreto vital. No se quedó cavilando. Parecía un ser sinceramente cuestionador.

-No me tienes miedo -murmuró.

Librodot

-Por supuesto que no. ¿Por qué habría de tenerlo? -Pero eso era jactancia de mi parte, ya que hubo un instante en que sentí miedo... o no, no era miedo. ¡La adrenalina había disminuido en mis venas, y eso me dio una sensación exultante!

¡Me hallaba mirando a un fantasma! Un fantasma de verdad. Lo sabía, sí, y nada en el mundo me quitaría ese saber. ¡Lo sabía! Durante mis paseos entre los muertos, les había hablado a recuerdos y reliquias, y les había dado respuestas como si fuesen muñecos que yo tuviera sentados en mi mano.

Pero él era un espíritu.

Luego vino un gran alivio.

-Siempre lo supe -dije, y sonreí. Imposible definir esa convicción. Lo que quise decir fue que por fin comprobaba que la vida era algo más, algo que no podíamos dirigir, que no podíamos soslayar, y la fantasía del Big Bang y del universo sin Dios no era más real ahora que los cuentos de la resurrección de entre los muertos y de los milagros.

Sonreí.

-¿Pensaste que iba a tenerte miedo? ¿Era eso lo que querías? ¿Vienes a mí cuando mi marido está agonizando en la planta alta y te pones a tocar el violín para atemorizarme? ¿Eres el tonto de todos los fantasmas? ¿Cómo se te ocurre que semejante cosa pudiera atemorizarme? ¿Por qué? Medras gracias al temor...

Hice una pausa. No era sólo la vulnerable suavidad de su rostro, el seductor temblor de su boca ni el modo en que sus cejas se unían para fruncirse pero no para condenar ni prohibir; era otra cosa, algo analítico y vital que se me había ocurrido. Ese ser, en efecto, prosperaba gracias a algo, ¿pero qué era ese algo?

Una pregunta fatal, comprendí. El corazón me dio un vuelco, cosa que siempre me asusta. Me llevé la mano al cuello como si mi corazón estuviera allí, como siempre parece estar, bailoteándome en la garganta más que dentro del pecho.

-Voy a entrar en tu cuarto -susurró- cuando se me ocurra. -Su voz adquirió fuerza, joven y masculina, segura de sí misma.

-No puedes hacer nada por impedírmelo. ¿Crees que porque te pasas todas las horas del día realizando tu danza macabra con tus muertos -sí, sí, sé que supones haberlos matado a todos, a tu madre, a tu padre, a Lily, a Karl, qué egoísmo monstruoso- supones que fuiste tú la causa de todas esas muertes espectaculares, las tres tan espeluznantes, tan prematuras, crees que por eso eres capaz de darle órdenes a un fantasma, un fantasma de verdad como soy yo?

-Tráeme a mis padres -dije-. Eres un fantasma. Tráemelos. Hazlos pasar la línea divisoria. Trae a mi pequeña Lily. Tráelos en forma de fantasma si es que tú también lo eres, ¡y qué fantasma! Conviértelos en espíritus, devuélveme a Karl sin dolor, aunque más no sea un momento, un único y sagrado momento. Dame a Lily, para poder tenerla en mis brazos.

Mis palabras lo hirieron. Yo me sentía sorprendida, pero no di el brazo a torcer.

-Sagrado momento -repitió, amargamente.

Hizo un movimiento de negación con la cabeza, y apartó sus ojos de mí como desilusionado, aunque en realidad trastornado por el comentario; luego volvió a parecer pensativo. Yo no podía dejar de mirar sus manos, la delicadeza de sus dedos, el aspecto juvenil de su rostro que, pese a las mejillas hundidas, era perfecto.

-Eso no puedo dártelo -dijo, pensativo-. ¿Crees que Dios me hace caso? ¿Crees que mis plegarias influyen sobre los santos y los ángeles?

-¿Acaso debo creer que rezas? -le pregunté-. ¡Qué estás haciendo aquí! ¿Por qué viniste? ¡Por qué! Y estás aquí sentado, indolente, desafiante, en mi lado de la cama. ¿Por qué estás tan cerca, dentro de mi campo visual y auditivo?

-¡Porque yo quise venir! -se enojó, y por un instante lo noté dolorosamente joven y desafiante-. Además, voy adonde quiero y hago lo que quiero, como seguramente habrás notado. ¡Me presenté en el pasillo de tu sanatorio, hasta que unos idiotas mortales armaron

tanto revuelo que no me quedó más remedio que retirarme y venir a esperarte! Podría haberme metido en tu habitación, y dentro de tu cama.

-Quieres estar en mi cama.

-¡Ya estoy! -afirmó-. Ni siquiera pienso en eso. ¡No soy un íncubo: no te haré concebir un monstruo! Yo quiero algo que es mucho más vital en tu existencia que meterme a jugar entre tus piernas. ¡Te quiero a ti!

Quedé estupefacta.

Furiosa, sí, todavía furiosa, pero estupefacta.

Él se echó hacia atrás y miró adelante de sus piernas. Sus rodillas se veían muy cómodas sobre el costado de la alta cama. Sus pies tocaban el piso. Los míos nunca tocan; soy una mujer baja.

Dejó que su pelo grasiento le cayera en mechones sobre la cara blanca, y cuando volvió a mirarme, puso expresión de curiosidad.

-Pensé que esto sería mucho más fácil -dijo.

-¿Qué cosa?

-Volverte loca. -Esbozó una sonrisa cruel pero poco convincente.

-Creía que ya estabas loca. Pensé que iba a ser... cuestión de días, a lo sumo.

-¿Por qué diablos quieres enloquecerme?

-Me gusta hacer esas cosas. -Una pincelada de tristeza pasó como una ráfaga por su rostro y frunció su entrecejo antes de que él pudiera borrarla.

-Creí que estabas loca. Eres casi... lo que algunos denominan demente.

-Y al mismo tiempo terriblemente cuerda. Ése es el problema -agregué.

A esa altura ya me sentía totalmente subyugada. No podía dejar de analizar todos los detalles suyos, su abrigo viejo, el polvillo húmedo que le había formado barro sobre los hombros, la forma en que los ojos grandes y soñadores se endurecían y luego se suavizaban con sus pensamientos, el modo en que de vez en cuando se humedecía los labios con la lengua como si fuera un ser humano.

De pronto me asaltó una idea con pasmosa claridad.

-¡El sueño! El sueño que tuve...

-¡No lo menciones! -exclamó. Se inclinó hacia adelante con aire amenazador, y quedó tan cerca que su pelo húmedo cayó sobre la manta, justo al lado de mis manos.

Yo me eché hacia atrás contra la cabecera de la cama para sostenerme mejor, y con toda mi fuerza de la mano derecha le di una bofetada. ¡Dos veces lo abofeteé antes de que él tomara conciencia! Empujé las mantas para destaparme.

Él se puso de pie y se alejó de mí con torpeza, contemplándome con desconcierto.

Estiré un brazo pero él ni parpadeó. Cerré el puño y le asesté un golpe en el pecho que lo hizo retroceder unos pasos, aunque no se lo notaba más preocupado por un golpe tan débil de lo que podría haberlo estado un humano.

-¡El sueño provino de ti! -dije-. Ese lugar que vi, el hombre con...

-¡Te lo advierto: no digas nada! -Lanzó una maldición, y con un dedo me apuntó a la cara al tiempo que se erguía como un enorme pájaro. -No hables sobre eso, porque de lo contrario causaré tales estragos en tu rinconcito físico del mundo que lamentarás haber nacido... -Su voz se fue apagando.

-Crees que conoces el dolor, estás tan orgullosa de tu sufrir...

Levantó la mirada y la apartó de mí. Se colocó el violín contra el pecho y lo envolvió con sus brazos. Había dicho algo que a él mismo le desagradaba. Sus ojos recorrieron la habitación como si él realmente pudiera ver.

-¡Por supuesto que veo! -se enojó.

-Ah, me refiero a ver como un mortal.

-Y yo también lo digo en ese sentido -añadió.

Afuera, la lluvia amainó, se volvió suave y tenue, de modo que los diversos hilillos y goteras crecieron en volumen. Parecía que nos hallábamos en un mundo mojado, aunque tibio y seguro, él y yo.

Yo sabía, con la misma certeza con que sabía que él estaba ahí, que rara vez me había sentido con tanta vida como en ese momento, que el solo hecho de verlo, de su presencia allí, me había devuelto el fuego de la vida como hacía décadas que no experimentaba. Mucho tiempo atrás, antes de tantas derrotas, cuando era joven y estaba enamorada, tal vez entonces me había sentido con esa misma vida, cuando lloré por mis fracasos y pérdidas en aquellos vivaces años, cuando todo era luminoso y cálido al tacto, quizás en aquella época me había sentido así de vital.

En el dolor más intenso no había ese tipo de vitalidad. Era algo más cercano al júbilo, a la danza, al poder hipnótico y penetrante de la música.

Y ahí estaba él, con cara de perdido, y de pronto me miraba como si me fuera a preguntar algo, y después desviaba sus ojos, con el entrecejo fruncido.

-Dime qué es lo que quieres. ¿Dijiste que deseabas volverme loca? ¿Por qué? ¿Por qué razón?

-Bueno, verás -dijo en rápida respuesta, aunque las palabras le salían lentas-, estoy confundido. -Hablaba con franqueza, enarcando las cejas, de una manera reposada.

-¡Ni yo mismo sé lo que quiero! Enloquecerte. -Se encogió de hombros.

-Ahora que sé lo que eres, o lo fuerte que eres, no sé con qué palabras expresarlo. Hay algo que quizá sea mejor que volverte loca, suponiendo, desde luego, que yo hubiera podido hacerlo, y veo que te sientes superior en este sentido por el hecho de haber sostenido tantas manos en lechos de muerte y haber observado al marido que perdiste hace tanto tiempo -Lev- bailar inducido por las drogas con sus amigos mientras tú te limitabas a beber sorbos de vino, temerosa de ingerir drogas, ¡temerosa de las visiones! ¡Las visiones como yo! Me asombras.

-¿Visiones? -murmuré.

Sujeté el poste de la cama con mi mano izquierda. Me temblaba el cuerpo, y sentía los latidos de mi corazón. Todos esos síntomas de miedo me recordaron que tenía motivos para sentir miedo, pero desde luego, ¿qué podía ser peor que tantas cosas de las que habían sucedido? ¿Que le temiera a lo sobrenatural, al titilar de las velas y las sonrisas de los santos? No, creo que no.

Ya bastante temor inspira la muerte. Los fantasmas... ¿qué son los fantasmas?

-¿Cómo hiciste para burlar a la muerte?

-Mujer impertinente y cruel -dijo en susurros, precipitadamente-. Tienes un aspecto angelical, con tu manto de pelo oscuro, tu carita dulce y tus ojos grandes. -Lo decía con sinceridad. Estaba ofendido, y había inclinado la cabeza hacia el costado.

-Yo no estafé a nada ni a nadie. -Me miró desesperado.

-Tú querías que yo viniera, tú querías...

-¿Eso creíste cuando me pescaste pensando en los muertos? ¿Es eso lo que pensaste? ¿Y a qué viniste? ¿A consolarme, a hacer más hondo mi dolor? ¿Qué pasó?

Sacudió la cabeza y dio varios pasos atrás. Se puso a mirar por la ventana trasera, y al hacerlo, dejó que la luz quitara el velo que oscurecía un costado de su rostro. Parecía tierno.

En un fogonazo de furia, se volvió hacia mí.

-Todavía tan bella... -dijo-, incluso a tu edad, re-llenita y todo. Tus hermanas te odian por tu cara linda, lo sabes, ¿no? Katrinka, la hermosa, de silueta esbelta y marido apuesto, y antes que él, la sarta de amantes, tantos que ni los puede contar. Piensa que tienes un tipo de belleza que ella jamás podrá producir, pintar ni tener. Y Faye, Faye te amaba, como amaba a todas, pero ella tampoco te perdonaba la hermosura.

-¿Qué sabes de Faye? -le pregunté, sin poder contenerme-. ¿Sigue viva? -Traté de callarme, pero no pude.

-¿Dónde está Faye? ¿Y cómo puedes hablar por Katrinka, qué sabes sobre ella o sobre cualquiera de mi familia?

-Sé lo que digo. Veo los tenebrosos pasajes de tu mente, conozco los sótanos donde tú no has estado. Veo en esas sombras que tu padre te amaba demasiado porque te parecías a tu madre. El mismo pelo oscuro, los ojos castaños. Y sé que tu hermana Katrinka alegremente se acostó una noche con tu joven marido, Lev.

-¡Basta ya! ¿Acaso viniste para convertirte en mi diablo personal? ¿Me merezco semejante cosa? ¿Y con la misma soltura dices que no soy ni por asomo responsable por todas esas muertes como creo pensar? ¿Cómo harás para volverme loca, me gustaría saber? ¿Cómo? No estás seguro de ti mismo. Mírate. Tiemblas, y eso que eres el fantasma. ¿Qué eras cuando vivías? ¿Un muchacho? Quizás hasta de naturaleza afable, y ahora retorcido...

-Basta -imploró-. Ya está clara tu idea.

-¿Cuál?

-Que me ves con nitidez, tal como te veo yo -respondió, frío-. Que el recuerdo y el temor no te harán vacilar. Me equivoqué mucho contigo. Parecías una niña, una eterna huérfana, parecías tan...

-Dilo. ¿Tan débil? -pregunté.

-Eres amarga.

-Tal vez. No es una palabra que me agrade. ¿Por qué quieres hacerme sentir dolor o miedo? ¿Para qué? ¡Por qué! ¿Qué significaba el sueño? ¿Dónde queda ese mar?

Su rostro estaba demudado del espanto. Enarcó las cejas, trató de hablar y una vez más cambió de idea, o será que no encontró las palabras adecuadas.

-Podrías ser hermosa -pronunció con voz queda-. Casi lo fuiste. ¿Fue por eso que empezaste a alimentarte con porquerías y cerveza, y que arruinaste la bella figura que Dios te dio? De niña eras delgada, delgada como Katrinka y Faye, por naturaleza. Pero te recubriste con un manto grueso que te esconde, ¿no? ¿Para ocultarte de quién? ¿De Lev, tu propio marido, cuando se lo entregaste a mujeres más jóvenes y seductoras? Lo empujaste a acostarse con Katrinka.

No le respondí.

En mi interior fue creciendo una fortaleza cada vez más intensa. Pese a sentir un estremecimiento, sentí también esa fuerza, esa gran excitación. Hacía mucho tiempo que no experimentaba una emoción como ésa, y la sentía, mientras lo miraba, azorado como estaba.

-A lo mejor eres incluso algo bella -murmuró sonriendo, como si expresamente se propusiera atormentarme-. ¿Pero te pondrás tan gorda como tu hermana Rosalind?

-Si conoces a Rosalind y no eres capaz de ver su hermosura, no mereces que pierda el tiempo contigo. Y Faye posee una belleza que supera toda comprensión.

Él contuvo el aliento, hizo un ademán despectivo y me miró, obcecado.

-No sabes reconocer el poder de un ser puro como la Faye que guardo en mi memoria -dije-. Pero sigue estando allí. En cuanto a Katrinka, le tengo lástima. Faye era suficientemente joven como para danzar y danzar, por oscuras que fuesen las tinieblas. Katrinka sabía cosas. A Rosalind la quiero de corazón. ¿Y qué?

Me miró como queriendo adivinar mis pensamientos más recónditos, y nada dijo.

-¿Adónde conduce todo esto? -pregunté.

-En el fondo, eres una niña perversa y mala como suelen serlo las niñitas, sólo que ahora más amarga, y necesitada de mí, aunque lo niegas. Tú impulsaste a tu hermana Faye a irse, y lo sabes.

-Cállate.

-Cuando te casaste con Karl, la hiciste irse. No fueron las dolorosas páginas del diario de tu padre que ella leyó después de morir él. Lo que pasó fue que trajiste un nuevo amo a la casa que tú y ella compartían.

-Cállate.

-¿Por qué?

-Pero, ¿qué significa todo esto para ti, y por qué tenemos que hablarlo ahora? Chorreas agua de lluvia pero no estás frío. Tampoco estás caliente, ¿no? Por tu aspecto pareces un adolescente fanático del rock, de ésos que siguen a los conjuntos famosos con una guitarra en la mano, mendigando monedas en la entrada de las salas de conciertos. ¿De dónde sacaste la música, esa música increíble, desgarradora...?

Se puso furioso.

-Lengua viperina -musitó-. Tengo más edad de la que supones. Llevo más años en el dolor que tú. Soy mejor. Aprendí a tocar este instrumento a la perfección antes de morir. Aprendí, y tenía talento para ello cuando habitaba mi cuerpo vivo de una manera que tú nunca comprenderás con todas tus grabaciones, tus sueños y tus fantasías. Estabas dormida cuando tu hijita Lily murió, ¿lo recuerdas? En el sanatorio de Palo Alto, te quedaste dormida y..

¡Me tapé los oídos! Me sentí rodeada por el olor, la luz, la habitación de hospital de veinte años atrás. ¡No!, exclamé.

-Te deleitas con estas acusaciones -dije. El corazón me latía demasiado fuerte, pero a la voz la tenía dominada. -¿Por qué? ¿Qué soy yo para ti y tú para mí?

-Yo creía que eras tú la que hacía eso.

-¿Qué cosa?

-La que se deleitaba con las acusaciones. Creía que te acusabas a ti misma, y que eso te complacía tanto, pues lo mezclabas con miedo, con frialdad e indolencia, que nunca te sentías sola, pues te sentías tomada de la mano de algún muerto querido, entonando mentalmente tus poemas de contrición, manteniéndolos siempre cerca, alimentando su recuerdo para no tomar conciencia de la verdad: que la música que amas jamás podrás producirla. El sentimiento que ella arranca de tu alma jamás será satisfecho.

No pude responderle.

Y él prosiguió, envalentonado.

-Tanto te has saciado de acusaciones, para usar tu misma palabra, tanto te has saciado de culpa, que me pareció que podía ser fácil enloquecerte, hacerte... -Se interrumpió. En realidad hizo algo más que interrumpirse. Se contuvo, se puso rígido.

-Ahora me voy -dijo-. Pero volveré cuando me venga en gana, puedes estar segura.

-No tienes derecho. Quienquiera que te haya enviado debe llevarte de vuelta. -Me persigné.

Él sonrió.

-¿Te hizo algún bien esa pequeña plegaria? ¿Recuerdas la espantosa misa fúnebre por tu hija, realizada en California, lo forzado y fuera de lugar que fue todo... esos amigos intelectuales de la costa Oeste obligados a asistir a algo tan terriblemente estúpido como un responso de verdad en una iglesia de verdad... lo recuerdas? Y el cura aburrido, apresurado, que sabía que nunca habías ido a su iglesia antes de morir Lily. Y ahora te haces la señal de la cruz. ¿Por qué no toco para ti un cántico religioso? El violín puede interpretar música llana. No es común, pero puedo encontrar en tu mente el *Veni Creator e* interpretarlo, y así podemos orar juntos.

-De modo que orar a Dios no te ha servido de nada -dije. Traté de que la voz me saliera firme pero suave, de dar verdadera significación a mis palabras: -Nadie te envió. Andas errante.

Quedó azorado.

-¡Vete ya mismo de aquí!

-No lo dices en serio -sostuvo, con un gesto de displicencia-, y no me digas que no te late el pulso como un reloj con demasiada cuerda. ¡Tenerme a mí aquí te produce éxtasis! Karl, Lev, tu padre. En mí tienes a un hombre como jamás has visto, y ni siquiera soy un hombre.

-Eres atrevido, grosero y mugriento. Y no eres hombre. Eres un fantasma, el espíritu de alguien joven y moralmente torpe y horrible.

Eso lo hirió. En su rostro se pintó una expresión más profunda que de vanidad herida.

-Sí -dijo, luchando por contenerse-, y tú me amas por la música, a pesar de todo.

-Eso puede ser cierto -repuse, asintiendo-. Pero también tengo un gran respeto por mí misma. Tal como dijiste, calculaste mal. Fui dos veces esposa, una vez madre, huérfana quizá... pero débil, no, ¿y amarga? nunca. Carezco del sentido que se requiere para ser amargo.

-¿Cuál?

-La idea de merecer algo, la idea de que las cosas tendrían que haber sido mejores. Es la vida, nada más, y te alimentas de mí porque estoy viva. Pero no me siento tan carcomida por la culpa como para que puedas presentarte aquí y empujarme a la locura. No, en absoluto. Creo que no alcanzas a entender verdaderamente la culpa.

-¿No? -Era sincero.

-El terror incontenible, el "mea culpa, mea culpa" es apenas el primer paso. Después viene algo más duro, algo capaz de convivir con errores y limitaciones. El remordimiento no es nada, absolutamente nada...

Fui yo ahora quien dejó apagarse las palabras porque de pronto sentí la tristeza de mis más recientes recuerdos, de ver a mi madre alejarse ese último día, oh mamá, déjame abrazarte. La tumba el día de su entierro. Cementerio de San José, y todas esas sepulturas pequeñas, de los irlandeses pobres y los alemanes pobres, y las flores apiladas... y yo miré el cielo, y pensé que nunca, nunca iba a cambiar... ese sufrimiento no desaparecería nunca; jamás volverá a haber luz en este mundo.

Me desprendí del recuerdo.

Levanté los ojos y vi que él me estudiaba con la mirada, y parecía casi dolorido. Eso me entusiasmó.

Regresé a la idea central, la busqué en lo profundo, hice todo a un lado, salvo aquello que quería realizar y transmitir.

-Creo que ahora a esto lo entiendo -dije. Una espectacular sensación de alivio me serenó. Un sentimiento de amor.

-Y tú no, ésa es la lástima. Tú no.

Bajé totalmente la guardia. Sólo pensaba en lo que estaba tratando de desentrañar, y no en lo que podía ser agradable o desagradable. Lo único que quería era acercarme a él en cuanto a eso. Y eso él lo querría saber; seguramente comprendería, si fuese capaz de reconocerlo.

-Por favor, ilústrame -dijo, en tono de sorna.

Un terrible dolor me inundó, un dolor demasiado amplio y total como para ser penetrante. Levanté mis ojos a él y lo miré con aire suplicante; entreabrí los labios como si estuviera a punto de hablar, a punto de confiar, a punto de intentar comentar en voz alta con él lo que era ese dolor, esa sensación de responsabilidad, de darse cuenta de que, en efecto, uno ha causado un sufrimiento innecesario, que no puede revertirlo, que jamás se habrá de revertir, que esos momentos se perdieron para siempre, que no quedaron registrados, que sólo son recordados de una manera cada vez más distorsionada y penosa, que sin embargo existe algo mucho más significativo, más apabullante e intrincado que ambos sabíamos, él y yo...

Se esfumó.

Desapareció de la manera más obvia y total, y lo hizo con una sonrisa, dejándome con mis emociones desplegadas. Lo hizo astutamente, con la intención de que yo me quedara sola con ese momento de dolor, ¡y lo que es peor, con esa abrumadora necesidad de compartirlo!

Le di un instante a las sombras, el suave oscilar de los árboles allá afuera, la lluvia ocasional.

Se había marchado.

-Conozco tu juego -musité-. Lo conozco.

Fui a la cama, metí la mano bajo la almohada y saqué el rosario, un rosario de cristal con la cruz de plata. Estaba en la cama porque la madre de Karl siempre dormía en esa cama cuando venía, y mi madrina querida, la tía Bridget, siempre durmió allí después de mi matrimonio con Karl, cuando venía, o también puede ser que el rosario estuviera allí porque era mío y yo distraídamente lo había puesto en ese lugar. Mío. De mi primera comunión.

Lo miré. Luego de morir mi madre, Rosalind y yo habíamos tenido una pelea espantosa.

El motivo fue el rosario de mamá, y literalmente lo destrozamos, pues cayeron los eslabones y las perlas de fantasía: era un rosario ordinario que le había hecho yo a mamá y lo reclamé, yo, la que lo fabricó, y después de que lo rompimos, cuando Rosalind se abalanzó sobre mí, le cerré con tanta fuerza la puerta contra la cara, que los anteojos se le incrustaron en la frente. Cuánta furia. De nuevo sangre en el piso.

De nuevo sangre, como si mi madre estuviera viva aún, cayéndose de la cama, golpeándose la frente como se golpeó dos veces sobre la estufa a gas, sangrando, sangrando. Sangre en el piso. ¡Oh, Rosalind, mi Rosalind de duelo e indignada! El rosario roto en el piso.

Miré ese otro rosario y realicé el acto infantil que me vino a la mente; es decir, besé el crucifijo, el diminuto y detallista cuerpo de Cristo sufriente, y luego volví a guardarlo bajo la almohada.

Me sentía ferozmente despierta, como preparada para una batalla, como en un antiguo momento de ebriedad, cuando la cerveza me subía divinamente a la cabeza, y yo salía a correr por la calle con los brazos desplegados, cantando.

Los poros de mi piel sintieron un hormigueo, y la puerta se abrió sin el menor esfuerzo.

Los bellos adornos de la glorieta y el comedor me parecieron nuevos. ¿Acaso las cosas relumbran para quienes están al borde de la batalla?

Althea y Lacomb se hallaban en el otro extremo del comedor, cerca de la puerta de la alacena, atendiéndome. Althea parecía realmente atemorizada, y Lacomb, cínico y curioso como de costumbre.

-¡Usted iba a gritar desde ahí adentro! -dijo.

-No precisé ayuda, pero sabía que ustedes estaban aquí.

Me di vuelta y eché un vistazo a las manchas húmedas sobre la cama, el agua sobre el piso. No era tanto como para molestarlos a ellos, pensé.

-Tal vez salga a caminar bajo la lluvia -anuncié-. Hace años mil que no camino bajo la lluvia.

Lacomb se adelantó.

-¿Va a salir a la intemperie a esta hora de la noche, con esta lluvia?

-Tú no tienes que venir. ¿Dónde está mi impermeable? ¿Althea, hace frío afuera?

Me fui a caminar por la avenida St. Charles.

La lluvia era apenas leve, y muy bonita para mirar. Hacía años que no hacía eso de pasear por mi avenida, caminar no más, como acostumbrábamos cuando éramos niños o adolescentes, rumbo al *drugstore* K&B a tomar un helado. Apenas un pretexto para pasar frente a casas hermosas con puertas de cristal tallado, para ir charlando.

Caminé sin cesar hacia el sector alto de la ciudad; pasé por casas que conocía y terrenos llenos de malezas, donde en una época se levantaban grandes mansiones. Esa calle... siempre trataron de matarla, ya fuera mediante el progreso o el abandono, y en qué peligroso equilibrio parecía siempre -entre uno y otro-, como si un homicidio más, un balazo más, una casa más que se incendiara fuera a marcarle su derrotero sin concesiones.

Casa que se incendia. Me estremecí. Casa que se incendia. Cuando tenía cinco años, un día una casa se incendió. Era de estilo victoriano, oscura, lóbrega, y se levantaba en la esquina de St. Charles y Philip, y recuerdo que mi padre me llevó en brazos "a ver el incendio", y al mirar las llamas me puse como loca. Vi, por encima del gentío y de las autobombas, una llamarada tan enorme que parecía capaz de abarcar la noche.

Hice un esfuerzo por eliminar ese miedo.

Librodot

Vago recuerdo de personas lavándome la cabeza, tratando de serenarme. A Rosalind le pareció una experiencia maravillosa y emocionante. A mí me pareció una revelación de tal magnitud, que ni siquiera el hecho de enterarme de la mortalidad misma fue peor.

Una sensación agradable me recorrió. Ese miedo antiguo y horroroso -de que esta casa también se quemara- se me había ido en mis años mozos, como muchos otros miedos semejantes. Tomemos, por caso, las enormes cucarachas negras que solían corretear por las aceras: a mí me hacían retroceder aterrada. Ese miedo se me había ido casi del todo, como se habían ido ellas también, en esta era de bolsas plásticas y mansiones frías como heladeras.

De pronto tomé conciencia de lo que él había dicho sobre mi joven marido, Lev, y mi hermana Katrinka, más joven aún, en el sentido de que él, el marido a quien yo amaba, y ella, la hermana a la que también amaba, habían compartido la cama, pero yo siempre me había culpado a mí misma por eso. Marihuana hippie y vino ordinario, charla demasiado rebuscada. Culpa mía, culpa mía. Yo era una esposa cobardemente fiel, enamorada de corazón. Katrinka era la audaz.

¿Qué había dicho mi fantasma? *Mea culpa. ¿O* acaso lo había dicho yo?

Lev me amaba. Yo lo seguía amando. Pero claro, en aquel entonces me sentía muy fea e inadecuada, y ella –Katrinka era tan fresca *y* vigorosa, *y* en esa época había un gran desenfreno de música oriental y liberación.

Dios santo, ¿era real ese ser, el hombre con quien acababa de hablar, el violinista que otras personas veían? En ese momento no se lo veía por ninguna parte.

Por la mano de enfrente de la avenida, mientras yo iba caminando, el enorme auto alquilado avanzaba a mi misma velocidad, y alcancé a ver a Lacomb que, mascullando, se asomaba por la ventanilla trasera para escupir al viento el humo de su cigarrillo.

Me pregunté qué pensaría Oscar, el nuevo chofer. Me pregunté si Lacomb desearía conducir el coche. Lacomb no hace nada de lo que no le gusta hacer.

Me parecía muy gracioso verlos a los dos, mis custodios, dentro del auto negro de los Wolfstan, pero eso también me autorizaba a alejarme caminando todo lo que me viniera en gana.

Es lindo ser rica, pensé con una sonrisa. Karl, Karl.

Me dio la sensación de estar tratando de aferrarme de lo único que podía evitarme caer, y luego me detuve, "ausentándome un rato de esa melancólica felicidad" para pensar en Karl y sólo en Karl, a quien hacía tan poco tiempo habían introducido dentro de una caldera.

-Sabes, no es en absoluto seguro que yo vaya siquiera a evidenciar los síntomas. -La voz de Karl, tan protectora. -Cuando me notificaron lo de la transfusión... bueno, eso fue hace ya cuatro años, y ahora dos más...

¡Sí, sí, y con mi cariño y mis cuidados vivirás eterna-mente! Yo le pondría música, si fuera Haendel o Mozart, o cualquier persona que supiera escribir... o interpretar música.

-El libro -dije-. El libro es maravilloso. San Sebastián atravesado por flechas, el santo enigmático.

-¿De veras lo crees? ¿Lo conoces? -Cómo disfrutaba Karl cuando yo relataba las historias de los santos.

"Nuestro catolicismo -decía yo- era tan pesado, tan lleno de ornamentos y atenido a normas estrictas en aquellos primeros tiempos, que nos parecíamos a los hasidistas.

¡Cenizas, ese hombre! ¡Cenizas! Y sería un libro para poner en una mesita, un regalo de Navidad, un libro de biblioteca que los alumnos de bellas artes con el tiempo destruirían porque le recortarían las ilustraciones. Pero conseguiríamos que viviera para siempre. El San Sebastián de Karl Wolfstan.

Me hundí en la melancolía. Me hundí en la sensación de la escasa envergadura de la vida de Karl, una vida honrada y meritoria pero no grandiosa, no una vida de dones como la

que había soñado yo cuando ponía tanto empeño en el violín, como la que Lev, mi primer marido, aún trataba de llevar con cada poema que escribía.

Me detuve y me esforcé por escuchar.

El violinista no se hallaba en las cercanías.

No alcancé a oír música alguna. Miré hacia atrás y luego hacia adelante. Me fijé en los autos que pasaban. Nada de música, ni el más mínimo sonido.

Pensé expresamente en él, mi violinista, pensé que con su nariz larga y angulosa, y esos ojos enclavados tan en lo hondo de sus cuencas, podría haber parecido menos seductor para alguna otra persona... tal vez. Pero tal vez para nadie. Pensé en lo bien formada que estaba su boca, y en cómo los ojos angostos, los párpados minuciosos y profundos le daban un gran marco expresivo, la posibilidad de ampliar su mirada, o darle un tono artero de secreto.

A cada rato sentía la amenaza de antiguos recuerdos, los más angustiantes trozos de recuerdos que me asaltaban: mi padre, enloquecido y agonizante, arrancándose el tubo plástico de la nariz, empujando a la enfermera... todas esas imágenes me llegaban como impelidas por el viento. Sacudí la cabeza y miré en derredor. Luego la trama entera del presente quiso envolverme.

Pero lo impedí.

Volví a pensar muy concretamente en él, el fantasma, reconstruyendo en mi imaginación su silueta alta y el violín que sostenía, intentando -como mejor podía mi mente poco musical- rememorar las melodías que él interpretaba. Un fantasma, viste un fantasma, me decía a mí misma.

Seguí caminando, pese a tener los zapatos húmedos, y luego empapados, y la lluvia volvió a ser intensa una vez más, *y* el auto se me acercó *y yo* le dije que se fuera. No paré de caminar. Caminaba porque sabía que, en la medida en que siguiera caminando, ni el recuerdo ni el sueño se apoderarían verdaderamente de mí.

Pensé mucho en él. Recordé lo máximo posible: que él llevaba puesta ropa de vestir como la que se consigue en las tiendas de segunda mano, y no ropa sport ni de moda; que era muy alto, por lo menos un metro noventa, según calculé, recordando cómo tenía que mirarlo hacia arriba, aunque en su momento no me sentí empequeñecida ni de ninguna manera intimidada.

Debe de haber sido después de medianoche cuando por fin llegué de vuelta a la escalinata del frente, y oí, a mis espaldas, que el auto se detenía junto al cordón.

Althea tenía una toalla entre las manos.

-Entre, mi pequeña -dijo.

-Tendrías que haberte acostado -le recriminé-. ¿No viste a mi amigo músico, el violinista?

-No, señora ¯respondió, al tiempo que me secaba el pelo-. Creo que usted lo echó para siempre. Le juro por Dios que Lacomb y yo ya estábamos por tirar abajo esa puerta, pero lo que había que hacer ya lo hizo usted. ¡Y él desapareció!

Me quité el impermeable, se lo entregué y subí a la planta alta.

La cama de Karl. Nuestro dormitorio de arriba, siempre iluminado por la luz roja del florista de enfrente que se filtraba entre encaje y más encaje.

Almohadas y colchón nuevos, por supuesto, colchón sin la parte hundida de mi marido, ni un pelo suyo por ninguna parte. Pero el armazón de madera finamente tallada donde habíamos hecho el amor... esa cama que él me había comprado en aquella época feliz en que disfrutaba tanto regalándome cosas... ¿Por qué, le había preguntado yo, por qué eso te daba tanto placer? Me había sentido avergonzada de que los bellos muebles tallados y la tela excepcional me hicieran tan feliz.

Mentalmente vi, con nitidez, al violinista fantasma, aunque él no estaba allí. En esa habitación yo me encontraba absolutamente sola.

-No, no desapareciste -murmuré-. Sé que no.

¿Pero por qué no debería haberse ido? ¿Qué obligación tenía conmigo, un espectro a quien yo había insultado y maldecido? Y mi difunto marido incinerado tres días atrás... ¿O acaso eran cuatro?

Eché a llorar. No quedaba en el cuarto el olor dulce del pelo de Karl, de su colonia. No había olor a tinta ni papel. Tampoco a Balkan Sobranie, el tabaco al que no quiso renunciar, el que Lev, mi primer marido, le enviaba siempre desde Boston. Lev. Llama a Lev. Habla con él.

¿Pero por qué? ¿De qué obra era la cita que me venía a la mente?

"Pero eso fue en otro país; y además, la muchacha está muerta."

Palabras de Marlowe que habían inspirado tanto a Hemingway como a James Baldwin, y quién sabe a cuántos más...

Comencé a susurrar una línea de Hamlet para mis adentros: "... 'esa ignorada región cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno".

Se oyó un agradable murmullo en la habitación, el simple agitarse de las cortinas, y luego los crujidos de los pisos de esta casa, que pueden producirse cuando hay un mero cambio de la brisa contra los tragaluces del altillo.

Después llegó, bruscamente, la quietud, como si él hubiera venido y se hubiese marchado, drásticamente; y para mí, el vacío y la soledad del momento fueron insoportables.

Toda convicción filosófica que alguna vez tuve quedó arrasada. Me sentía sola. Estaba sola, y eso era peor que la culpa y el dolor, y tal vez era lo que... no, no me atrevía a pensarlo.

Me tendí sobre el nuevo cubrecama de raso blanco y traté de llegar a una oscuridad total de cuerpo y alma, de impedir todo pensamiento. Que esa vez siquiera la noche fuese mi techo, y tras ella, un cielo simple y sereno, de estrellas sin sentido, sencillamente incitantes. Pero así como no podía detener mi propio aliento, tampoco podía detener mi mente.

Me aterraba que mi fantasma hubiera podido irse para siempre. ¡Yo lo había echado! Lloré, me limpié la nariz. Me aterraba no volver a verlo nunca, nunca más, que se hubiera marchado como se marchan los seres vivos, ¡haber lanzado yo a ese monstruoso tesoro a los vientos!

Dios mío, ay, no, no, Dios, déjalo regresar. Si a los demás tienes que quedártelos tú por todos los tiempos, lo entiendo, siempre lo entendí, pero él es un espíritu, Dios mío. Permite que regrese a mí...

Sentí que descendía a un nivel más bajo que el de las lágrimas y los sueños. Y después... ¿qué puedo decir? ¿Qué sabemos cuando no sabemos ni sentimos nada? Si al menos despertáramos de estos estados de olvido con cierta sensación de que la vida no tiene misterios, de que la crueldad es puramente impersonal, pero eso no ocurre.

Durante horas, no sería ésa mi preocupación.

Dormí.

Esto es lo único que sé. Dormí, alejándome lo más posible de todos mis temores y mis pérdidas, elevando una plegaria desesperada: "Dios mío, que vuelva".

¡Ah!, qué blasfemia.

7

Al día siguiente, la casa estaba llena de gente. Se abrieron todas las puertas para que los dos saloncitos del frente, ubicados a ambos lados del amplio vestí-bulo, quedaran a la vista desde el comedor, y la gente pudiera transitar fácilmente sobre las variadas alfombras, conversando con voz alegre como suelen hacerlo las personas en Nueva Orleáns con posterioridad a un deceso, como si eso fuese lo que quería el muerto.

Una pequeña nube de silencio me rodeaba. Todos pensaban que yo estaba mentalmente cansada, por así decirlo, por el hecho de haber pasado dos días con un cadáver, y también estaba la cuestión de haberme fugado del sanatorio sin decir una palabra, acto por el cual Katrinka reprendía una y otra vez a Rosalind, como si ella me hubiese asesinado, cuando nada podría estar más lejos de la verdad.

Con su voz grave y amodorrada, Rosalind no cesaba de preguntarme si me sentía bien, a lo cual yo no hacía más que repetirle que sí. Katrinka hablaba irónicamente de mí con su marido. Glenn, mi querido cuñado y esposo de Rosalind, parecía quebrado, herido en lo más profundo por mi pérdida, pero al mismo tiempo incapaz de hacer otra cosa como no fuera quedarse cerca de mí. Pensé casi sin darme cuenta en lo mucho que los quería a ambos, a Rosalind y Glenn, matrimonio sin hijos, que dirigían entre los dos el negocio Libros y Discos, donde se podía encontrar una versión en rústica de Edgar Rice Burroughs o una canción grabada por Nelson Eddy en un disco de 78.

La casa estaba cálida y reluciente, como sólo ella podía relucir, con sus numerosos espejos y ventanas y la posibilidad de mirar en todas las direcciones. Eso era lo genial: que, estando uno parado en el comedor como lo estaba yo, podía mirar por puertas y ventanas abiertas hacia los cuatro puntos cardinales, pese a que a través de ellas se veía la maraña de árboles y la tarde impetuosa. Me parecía bellísimo que se hubiera hecho una casa con tanta amplitud.

Se encargó una suculenta comida. Llegaron los encargados del servicio, a quienes yo conocía. Una mujer famosa por un pastel de chocolate. Y ahí estaba Lacomb, con las manos detrás de la espalda, mirando desdeñoso al barman negro, de traje. Sin embargo, después se haría amigo de él. Lacomb se hacía amigo de todo el mundo, al menos de todos los que lograban entenderle lo que hablaba.

En determinado momento se me acercó tan calladamente que me sobresaltó.

-¿Quiere algo, patrona?

-No -le respondí con una sonrisita-. No te emborraches demasiado pronto.

-Patrona, sus palabras no me causan gracia -dijo, al tiempo que se alejaba con una expresión de picardía.

Nos reunimos en torno de la larga mesa ovalada.

Rosalind y Glenn, al igual que Katrinka, sus dos hijas, el marido y muchos de nuestros primos comieron con fruición, cada cual acarreando su plato porque había muchos más comensales que sillas. Mi familia confraternizaba fácilmente con los sociables Wolfstan.

Karl les había suplicado a esos parientes que no lo visitaran durante sus meses finales. Ya cuando nos casamos él sabía que estaba enfermo, y quiso que todo quedara en la intimidad. Y ahora que la madre había regresado a Inglaterra, y todo había terminado, los Wolfstan -personas afables, de rostro algo brilloso y evidente ascendencia alemana- parecían un poco sorprendidos, con una especie de embotamiento como cuando a uno lo despiertan de un sueño profundo, pero de todos modos se los notaba como pez en el agua en medio de los bellos muebles que Karl me había comprado: las sillas de patas torneadas, las mesas con incrustaciones de nácar, los escritorios y cómodas con incrustaciones de

nácar y bronce, y las antiguas alfombras Aubusson genuinas, tan delgadas bajo nuestros pies que a veces ya parecían de papel.

Ese lujo era muy propio del estilo Wolfstan.

Todos tenían dinero. Siempre habían poseído casas sobre la avenida St. Charles. Eran descendientes de alemanes ricos que emigraron a Nueva Orleáns antes de la Guerra Civil, e hicieron fortunas en el rubro de la fabricación de cigarros y de la cerveza, mucho antes de que llegaran a nuestras costas todos los que padecieron la hambruna de la papa, es decir mis antepasados irlandeses y alemanes. Estos Wolfstan eran propietarios de bloques de edificios en sitios clave, y tenían en alquiler viejas tiendas y negocios.

Mi prima Sarah estaba sentada con la vista clavada en su plato. Era la nieta menor de la prima Sally, en cuyos brazos había muerto mi madre. Yo no guardaba una imagen mental de ello. Sarah ni siquiera había nacido en aquel entonces. Los otros primos Becker, y los parientes míos de apellidos irlandeses, parecían un tanto desconcertados en medio del esmerado esplendor.

La casa me pareció intensamente bella durante toda la tarde. Constantemente me daba vuelta para captar el reflejo del grupo entero en el inmenso espejo del comedor, el espejo que queda en línea directa con la puerta de entrada, y que a todos los fines prácticos abarcaba al grupo entero.

El espejo era antiguo; mi madre sentía por él un enorme gusto. Yo no podía dejar de pensar en ella, y en varias oportunidades me dije que a la primera persona a la que yo le había fallado realmente era a ella, no a Lily. Había cometido un error de cálculo, un error terrible, el error de una vida.

Permanecí absorta en mis pensamientos, a veces murmurando disparates a cualquier persona para que dejaran de dirigirme la palabra.

No podía sacarme de la cabeza la idea de mi madre abandonando esa casa esa última tarde, llevada por mi padre contra su voluntad para ir a quedarse con su abuela y su prima irlandesas. Ella no quería sentirse humillada. Estaba borracha desde hacía varias semanas, y nosotros no podíamos cuidarla porque a Katrinka, en ese entonces una niña de ocho años, se le había reventado el apéndice, y técnicamente estaba muriéndose en el Sanatorio de la Merced, aunque yo en aquel entonces no lo sabía.

Katrinka, desde luego, no se murió, y a veces me pregunto si el hecho de que ella se haya perdido totalmente la muerte de mamá -que la muerte hubiera sucedido durante una enfermedad tan prolongada, cuando ella estuvo internada-, me pregunto si no fue eso lo que la hizo retorcida, una persona que eternamente dudaba de todo. Pero no podía pensar en Katrinka. Las inseguridades de mi hermana yo las llevaba puestas como un pesado collar. Sabía lo que ella andaba susurrando por los rincones de los cuartos, y no me importaba.

Pensé en mi madre, en papá que la sacó por el caminito del costado a la calle Tercera, y ella que le imploraba que no la obligara a ir a casa de esos parientes. No quería que su querida prima Sally la viera en ese estado. ¡Y yo ni siquiera estuve ahí para despedirme, para darle un beso o decirle algo! En aquel entonces tenía catorce años. Ni siquiera sé por qué yo entraba por ese sendero en el momento en que papá se la llevaba. No pude entenderlo, y siempre sentí como un golpe dentro de mí el horror de la situación, el hecho de que ella hubiera muerto con Sally, Patsy y Charlie, sus primos, y de que, si bien los quería y ellos a su vez le retribuían el cariño, ¡no hubiera estado ninguno de nosotros acompañándola!

Me dio la sensación de que se me iba a cortar la respiración.

La gente paseaba por la amplia casa. Salían por las puertas-ventana a las galerías. Parecía simpática y alegre esa reunión postergada por mi culpa, porque eso es lo que supuestamente era. Me encantaba el lustre de las cómodas y los sillones de alto respaldo tapizados en pana que Karl había diseminado por doquier.

Karl le había legado una superficie sumamente lustrosa al viejo parquet, con manos y más manos de laca, bajo la imponente araña de cristal de Baccarat que mi padre se había negado a vender en los viejos tiempos, incluso cuando "no teníamos nada".

Para la comida se sacaron los cubiertos de plata de Karl. Los nuestros, supongo que debería decir, puesto que yo era su mujer, y ese diseño él me lo había comprado a mí. Se llama "Amor Sereno", y lo fabricaban Reed & Barton muy a principios de siglo. Una empresa antigua, un diseño antiguo. Hasta las piezas nuevas tenían un bello grabado porque, en algún momento de la historia, las novias habían dejado de preferirlo. Se lo podía comprar nuevo o viejo. Karl tenía baúles llenos de esas piezas, que coleccionaba.

Se trata de uno de los pocos diseños de platería que presenta una figura entera; en este caso, un hermoso desnudo de mujer en cada pieza de plata, por pequeña o grande que fuere.

A mí me gustaba mucho. Teníamos más objetos de ésos de los que jamás habíamos usado, porque Karl los coleccionaba. Me dieron ganas de decirles algo a los presentes, como por ejemplo, que cada uno podía llevarse un cubierto en recuerdo suyo, pero no lo hice.

Comí y bebí sólo porque, cuando uno lo hace, tiene que hablar menos. Sin embargo, el hecho en sí de ingerir alimentos me parecía una traición monstruosa.

Sentimientos igualmente intensos me habían acometido tras la muerte de mi hija Lily. Después de haberla enterrado en Oakland, en el cementerio de Santa María -un sitio remoto y poco importante, muy lejos de aquí- fuimos a comer y beber con mis suegros, los padres de Lev, y a mí casi se me atraganta la comida. Recuerdo perfectamente que se había levantado viento, que los árboles se sacudían, y yo no podía dejar de pensar en Lily dentro de su cajoncito.

Lev parecía ser el fuerte en ese momento, valiente y hermoso con su pelo largo, el impetuoso profesor-poeta. Recuerdo queme aconsejó que comiera y me quedara callada, y él se ocupó de llevar la conversación con los afligidos abuelos, incluidos entre ellos también mi entristecido padre, que casi no abrió la boca.

Katrinka quería mucho a Lily, recordé. ¿Cómo pude olvidarlo? Me pareció pésimo haberlo olvidado. Y cómo amaba Lily también a la bella y rubia tía Katrinka.

Katrinka había sufrido la muerte de Lily como cualquier otro. Faye se asustó con todo el episodio de la enfermedad y muerte de Lily, Faye, la dulce y generosa Faye. Pero Katrinka estuvo ahí, con un corazón intuitivo, en la habitación del sanatorio, en los pasillos, siempre lista. Ésos eran los años de California, encapsulados por el hecho de que todos, con el tiempo, regresamos.

Abandonamos nuestra vida californiana en las ciudades de la bahía, y vinimos a parar de vuelta al pago o bien partimos con otros rumbos. Faye se había ido, nadie sabía adónde, y tal vez para siempre.

Hasta Lev se marchó por fin de California, mucho después de haberse casado con Chelsea, su bonita novia y amiga íntima mía. Creo que tuvieron su primer hijo antes de que él fuera a trabajar de profesor en una universidad de Nueva Inglaterra.

De pronto, pensando en Lev me sentí feliz de que tuviera tres hijos, todos varones, de que, aun cuando Chelsea llamaba a menudo y se quejaba de que él era insoportable, en realidad no lo era, y pese a que él a veces llamaba, lloraba y decía que tendríamos que haber sobrellevado juntos la situación, yo no me arrepentía de nada, y además sabía que él tampoco. Me gustaba mirar las fotos de sus tres hijos, y también leer sus libros, delgados y elegantes volúmenes de poesía que se publicaban cada dos o tres años y recibían grandes elogios.

Lev. Mi Lev era el muchacho al que había conocido en San Francisco, con quien me había casado en los tribunales, el estudiante rebelde, afecto al vino, que improvisaba alocadas canciones y bailaba a la luz de la luna. Acababa de empezar a dictar clases en la universidad cuando Lily se enfermó, y la verdad es que nunca pudo superar su muerte. Jamás volvió a ser el de antes, y lo que buscó en Chelsea fue consuelo, y de mí esperaba una actitud de fraternal aprobación con respecto al cariño de Chelsea y la sexualidad que necesitaba con tanta desesperación.

Pero, ¿por qué pensar en todas esas cosas? ¿Acaso son distintas de las tragedias de cualquier otra vida? ¿La muerte impera más aquí que en cualquier otra familia extendida?

Lev ahora era profesor titular, y feliz. Si yo se lo hubiese pedido, habría venido. Casualmente anoche, cuando salí a caminar por la avenida bajo la lluvia, tonta y loca, podría haberlo llamado. No le había contado a Lev lo de la muerte de Karl. Hacía meses que no charlaba con él, aunque había una carta suya sobre el escritorio del living, sin abrir.

No podía desprenderme de todos esos recuerdos, que me afectaban produciéndome estremecimientos. Cuanto más profundo caía en esos pensamientos acerca de mamá, de Lily, de Lev, el esposo que había perdido, más volvía a rememorar su música, el violín desesperado, y me daba cuenta de que a todas esas vivencias dolorosas las recordaba compulsivamente, como quien está obligado a mirar las heridas de las víctimas que uno mismo asesinó. Eso era un trance.

Pero a lo mejor siempre se me presentarían trances después de una muerte. Al llorar por alguien, lloraba por todos. Y una vez más, me dije, qué tontería pensar que Lily hubiera sido mi primera víctima de homicidio... por el hecho de haberla dejado morir. ¡Estaba totalmente claro que, años antes incluso de haber muerto Lily, yo ya había traicionado a mi madre!

Se hicieron las cinco de la tarde, y afuera ya había sombras. La avenida se volvió más ruidosa. Las amplias habitaciones adquirieron un aspecto más festivo, y la gente, por la cantidad de vino que había bebido, ya hablaba con más soltura, como suelen hacerlo en Nueva Orleáns después de una muerte, como si el difunto se pudiera ofender si uno se pone a hablar en susurros, como hacen en California.

California. Lily allá, en una colina, ¿por qué? No había nadie que pudiera visitar su tumba. ¡Dios santo, Lily! Pero cada vez que pensaba en traer sus restos, se me cruzaba una idea horrible: que cuando llegara el ataúd a Nueva Orleáns, yo tendría que mirar su interior. Lily, muerta antes de cumplir los seis años, llevaba más de veinte sepultada. No podía imaginarme semejante espectáculo. ¿Una niña embalsamada, cubierta de moho verde?

Me estremecí, y estuve a punto de lanzar un grito.

Había llegado Grady Dubosson, amigo y abogado mío, confiable asesor de Karl y de su madre. También estaba la señorita Hardy -era la que hacía más tiempo que estaba-, lo mismo que varias mujeres más del Preservation Guild, todas ellas elegantes y refinadas.

Connie Wolfstan dijo:

-Queremos algo, algún objeto pequeño que pudiéramos guardar como recuerdo suyo... no sé... algo para nosotras cuatro, nada más.

Sentí un profundo alivio.

-Los cubiertos de plata -respondí-. Hay tantos... y a él le gustaban mucho. Se carteaba con vendedores de platería de todo el país para comprar piezas del modelo Amor Sereno. ¿Ves ese tenedorcito? Se llama en realidad tenedor para frutillas.

-¿No te molestaría si cada una de nosotras se llevara...?

-Dios mío, yo temía que ustedes tuviesen miedo a causa de su enfermedad. Hay tantos cubiertos... alcanzan para todas.

Un fuerte ruido nos sobresaltó. Alguien se había caído. Yo sabía que ese primo era uno de los pocos que era pariente de los Becker de mi familia y de los Wolfstan, de Karl, pero no me acordaba de su nombre.

Se había emborrachado, el pobre, y noté que su mujer estaba furiosa. Lo ayudaron a levantarse. Tenía largas manchas húmedas en los pantalones grises.

Sentí deseos de hablar, de formar palabras acerca de los cubiertos de plata. Oí que Katrinka preguntaba: "¿Qué están tratando de llevarse?", y de mi boca salió la respuesta a Althea, cuando ella pasó a mi lado: "Sus cubiertos, todos esos cubiertos de plata. Que sus familiares se lleven uno cada uno".

Me di cuenta de que me subían los colores cuando Katrinka me lanzó una mirada furibunda. Dijo que esos cubiertos eran bienes gananciales.

Por primera vez tomé conciencia de que, tarde o temprano, todas esas personas se irían y yo me quedaría sola ahí, y a lo mejor él no regresaría, y me desesperé al pensar cómo me

había reconfortado su música, cómo me había guiado recorriendo recuerdo tras recuerdo, y ahora en cambio estaba endemoniada, y movía la cabeza a uno y otro lado, y obvia-mente presentaba un aspecto extraño.

¿Qué tenía puesto? Me miré. Una falda amplia de seda, blusa con volados y un chaleco de terciopelo que disimulaba mi peso; el uniforme de Triana, le decían.

Se produjo un gran alboroto en la alacena. Habían sacado los cubiertos. Katrinka le decía en ese momento algo punzante y terrible a la pobre y apesadumbrada Rosalind, y Rosalind, con sus cejas oscuras formando un arco hacia arriba y los anteojos que se le deslizaban por la nariz, parecía perdida, necesitada de ayuda.

Mi prima Barbara se agachó para besarme. Tenían que irse; su marido no podía conducir más cuando se ponía oscuro, o al menos no debería. Yo entendía. La abracé un instante y apreté mis labios contra su mejilla. Cuando le di el beso, fue como besar a su madre, mi tía abuela muerta hacía tanto tiempo, y mi abuela, que había sido hermana de ella.

Katrinka de pronto me obligó a darme vuelta, y me hizo doler el hombro.

-¡Están saqueando la alacena!

Me levanté y le indiqué que se callara llevándome el dedo a los labios, gesto que, sabía positivamente, la pondría furiosa. En efecto, la enfureció. Una de las tías de Karl se acercó a besarme y agradecerme la cucharita de té que traía en la mano.

-A él lo haría tan feliz -dije. Vivía enviando como regalos piezas de Amor Sereno, y escribiendo: "Dime con confianza si no te gusta este modelo, porque puede ser que te inunde con envíos". Creo que intenté explicar eso, pero me costaba pronunciar palabras claras. Me alejé, utilizando a esa persona en cierto modo como vía de escape, acompañándola hasta la puerta, y si bien otros me saludaron con la mano cuando bajaban la escalinata, yo salí al porche y me puse a mirar la avenida.

Él no estaba allí; probablemente no hubiera existido nunca. Con apabullante fuerza pensé en mi madre, pero no en el día previo a su muerte. Me refiero a otra ocasión, en que di una fiesta de cumpleaños para una amiga. Mi madre llevaba ebria varias semanas, y se hallaba encerrada en el dormitorio del costado, borracha como siempre se ponía, y a última hora del día recuperaba la conciencia, ¡y se presentó en la fiesta!

Apareció en el porche, trastornada, y ante todos quedó como la extraña rival de Jane Eyre, la loca del altillo de Rochester. La llevamos de nuevo adentro, pero yo la traté con amabilidad... ¿la besé? No me acordaba. Era muy desagradable pensar en ser tan joven y tan despreocupada, y luego volví a tomar conciencia con una enorme pesadumbre que yo la había dejado marchar, que la dejé morir de ebriedad, sola, con primos ante quienes se sentía avergonzada.

¿Qué era el asesinato de Lily, el no haberla salvado, comparado con eso?

Me aferré de la baranda. La casa se iba quedando vacía.

¡El violinista había sido un rasgo de locura, la música imaginada! Música loca, divina, tranquilizadora, producida por el subconsciente de una persona común, desesperada, sin talento, demasiado pedestre en todo sentido como para disfrutar de la fortuna que le habían dejado en herencia.

Dios santo, quería morirme. Sabía dónde estaba el revólver, y pensé: "Si esperas apenas unas semanas, todos se sentirán mejor. Si lo haces ahora, pensarán que fue culpa de él o de ella. ¿Y si Faye está en alguna parte, viva, y regresa y se encuentra con que su hermana mayor hizo semejante cosa... y si Faye se echa ella misma la culpa? ¡Impensable!

Besos, saludos agitando las manos. Un repentino torrente de perfume delicioso... Gertrude, la tía de Karl, y luego la mano suave, arrugada, de su marido.

Karl, cuando ya no se podía dar vuelta sin ayuda, me había murmurado: "Al menos no voy a saber lo que es volverse viejo, ¿no, Triana?".

Giré y me puse a mirar el césped del costado de la casa. Las luces del florista se reflejaban en el pasto húmedo, y más allá, en los ladrillos húmedos también, y yo traté de calcular dónde estaba antes el sendero que mi madre había recorrido ese último día que la vi.

Había desaparecido. Durante los años de California, cuando mi padre estaba casado con su mujer protestante -aunque todas las noches, como alma condenada, rezaba el rosario, con lo cual la hacía sufrir enormemente, sin duda-, habían edificado un garaje. La moda del automóvil había descendido incluso sobre Nueva Orleáns. 0 sea que no quedaba un viejo portón de madera que pudiera ser el mausoleo de mi madre, su puerta de ingreso en la eternidad.

Asfixiada, casi jadeante, me di vuelta. Miré el largo porche. Gente por doquier. Pero recordaba la imagen de mi madre la noche en que salió de su encierro, perfectamente. Mi madre había sido preciosa, mucho más linda en todo sentido que cualquiera de sus hijas. Apareció con una expresión tan alocada en el rostro, perdida en medio de todos esos adolescentes de fiesta, despertada de un sueño alcoholizado, sin saber dónde estaba, sin amigos, a escasas semanas de morir.

Traté de recobrar el aliento.

-... todo lo que hiciste por él -pronunció una voz.

-¿Por quién? -quise saber.

-Por papá -me respondió Rosalind-, y después, ocuparte de Karl.

-No hables de eso. Cuando me muera, quiero internarme y perderme yo sola en los bosques. -O usar el revólver muy pronto.

-¿Acaso no queremos todos eso? Pero así es -dijo Rosalind-. Te caes y te quiebras la cadera como le pasó a papá, alguien te ata a una cama con agujas y tubos, o como Karl, te dicen que te van a dar otra dosis de drogas y a lo mejor...

Siguió así, por el hecho de ser Rosalind, la enfermera, la que compartía conmigo cosas morbosas, puesto que somos dos hermanas nacidas en diferentes años pero en el mes de octubre.

Vi muy vívidamente a Lily en su ataúd, imaginé cómo estaría ahora con moho verde, su carita redonda, su preciosa manito, regordeta y bella sobre su pecho, su vestido campestre, el último vestido que le planché, y mi padre que me decía: "Eso lo harán en la empresa fúnebre," pero igual quise plancharlo yo, el último vestido, el último vestido.

Lev dijo después con respecto a Chelsea, su nueva novia: "La necesito tanto, Triana, la necesito. Para mí es como Lily de nuevo. Es como tener a Lily".

Yo le dije que comprendía. Creo que estaba atontada. Esa palabra es la única que se me ocurre para describir cómo me sentía, sentada en el otro cuarto mientras Chelsea y Lev hacían el amor, y después venían y me daban un beso, y Chelsea me decía que yo era la persona más insólita que conocía.

¡Eso sí que es gracioso!

Estaba sintiendo deseos de llorar. ¡Desastre! Ruido de puertas de auto que se cerraban, sombras oscuras contra el puesto del florista, de personas que se despedían agitando la mano.

Grady llamó desde el interior de la casa. Alcancé a oír a Katrinka. O sea que había llegado el momento.

Di media vuelta y recorrí toda la extensión del porche húmedo; pasé junto a los sillones de hamaca que ostentaban gotitas de lluvia, y me puse a contemplar el ancho vestíbulo. Era la vista más hermosa, pues el enorme espejo que había en la pared del fondo del comedor reflejaba ambas arañas, la pequeña del pasillo y la grande del comedor, y realmente daba la impresión de estar mirando un vestíbulo suntuoso.

Mi padre solía pronunciar discursos sobre la importancia de esas arañas, sobre lo mucho que las había amado mi madre, y cómo él no las vendería nunca. Nunca, jamás. Lo curioso es que no recuerdo quién le pidió que lo hiciera, ni cómo ni cuándo. Porque luego de morir mamá, cuando llegó un momento en que todos nos habíamos ido, a él le fue muy bien, y antes que eso, mamá jamás habría permitido que nadie tocara esos tesoros.

La casa se hallaba casi vacía.

Fui adentro. Me sentía perdida, inmovilizada dentro de una forma física ajena a mí, y la voz que me salía no era de confiar. Katrinka lloraba y había convertido su pañuelo en un nudo.

Entré detrás de Grady en la habitación de adelante, donde estaba el alto escritorio, entre medio de las dos ventanas del frente.

-No hago más que recordar cosas... y qué cosas -dije-. A lo mejor lo hago para alejar el presente, pero él murió en paz, no sufrió tanto como temíamos... él... todos...

-Querida, siéntese -dijo Grady-. Su hermana decidió que vamos a tratar ya mismo el tema de esta casa. Al parecer, quedó un poco resentida por el testamento de su padre, tal como usted dijo, y se siente con derecho a una parte de la venta de esta casa.

Katrinka lo miró azorada. Martin, su marido, movió la cabeza a uno *y* otro lado, *y* lanzó una miradita al bondadoso Glenn, marido de Rosalind.

-Bueno, Katrinka tendrá derecho -dije-, cuando yo me muera. -Alcé mis ojos. Las palabras acallaron a todos. Haber arrojado el "me muera" con tanto abandono, supongo.

Katrinka se llevó las manos a la cara y dio vuelta la cabeza. Rosalind sólo había pestañeado, y luego declarado con su voz más estentórea: "¡Yo no quiero nada!".

Glenn le hizo algún comentario por lo bajo a Katrinka, que provocó la airada reacción de Martin.

-A ver, quiero que concretemos -dijo Grady-. Triana, usted y yo hemos hablado con respecto a este momento. Estamos preparados; diría que bien preparados.

-¿Ah, sí? -Yo estaba como en sueños. No me encontraba ahí. Los veía a todos, sabía que no había peligro de que nadie vendiera la casa. Lo sabía. Sabía cosas que no sabía nadie más, salvo Grady, pero lo que importaba no era eso sino mi violinista, que me había consolado cuando me puse a pensar en todos los muertos dentro de la tierra blanda.

Había habido algunas conversaciones, por cierto algún indicio de demencia. Y lo que él dijo que quería era precisa-mente demencia, pero era mentira. Lo que me trajo fue un bálsamo, un ungüento, un cubrirme de besos. ¡Su música lo sabía! Su música no mentía. Su música...

Grady me tocó la mano. Martin, el marido de Katrinka, dijo que ése no era un momento propicio, y Glenn opinó lo mismo, que no era un momento propicio, y esas palabras no me produjeron impresión alguna.

Dios santo, nacer sin talento ya de por sí es una desgracia, pero tener además una imaginación febril y macabra es una maldición. Contemplé el enorme retrato de San Sebastián que colgaba sobre la chimenea, uno de los bienes más preciados de Karl, el original de la reproducción que pondrían en la tapa de su libro.

El santo sufriente estaba maravillosamente erótico, atado al árbol, traspasado por tantas flechas.

Y allí, en la otra pared, encima del diván, el enorme cuadro de flores. Tan parecido a Monet, decían.

Era una tela que Lev había pintado para mí, y me la había enviado desde Providence (Rhode Island) en la época en que era profesor en Brown. Lev y Katrinka. Lev y Chelsea.

Katrinka en aquel entonces tenía apenas dieciocho años. Yo no debería haber permitido, jamás, que las cosas llegaran a ese punto; fue culpa mía que Katrinka se metiera con Lev, y él quedó muy avergonzado, y ella, qué fue lo que dijo después, que cuando una mujer tenía un embarazo avanzado como tenía yo, que esas cosas... No, eso se lo había dicho yo, que no se preocupara, que yo lo lamentaba, que él...

Levanté mis ojos y la miré. Esa mujer esbelta y ansiosa era tan distinta de lo que era mi hermanita Katrinka, solemne, callada. Cuando Katrinka era chica, un día volvió a casa con mi madre, y mi madre, borracha, perdió el sentido en el porche, con las llaves de la casa adentro de la cartera; y la pobrecita Katrinka, de apenas seis años, se quedó ahí sentada cinco horas esperando que llegara yo, sin atreverse a pedir ayuda a nadie, sentadita, al lado de esa

mujer desmayada en el porche, una criatura ahí sentada, esperando. "Se cayó cuando nos bajamos del tranvía, pero se levantó."

¡Vergüenza, culpa, dolor, mezquindad!

Miré la superficie de la mesa y me vi las manos. Vi la chequera que había allí, de plástico azul o de algún otro material resbaladizo, resistente y feo como ése, una chequera larga y rectangular de las más sencillas, con los cheques a un costado, y en el otro, el formulario con renglones finos para llevar las cuentas.

Yo soy una persona que nunca se molesta en anotar un cheque en ese formulario, pero eso ya no importaba más. Ni el menor talento para los números, ni el menor talento para la música. Mozart podía interpretar de derecha a izquierda. Probablemente era también un genio matemático, pero en cambio Beethoven no era tan inteligente, un tipo muy distinto de...

-Triana.

-Sí, Grady.

Traté de prestar atención a sus palabras.

Katrinka pretendía que se vendiera la casa, dijo, y se dividiera la herencia. Quería que yo cediera el derecho a quedarme en la casa hasta mi muerte -el "usufructo", como se le dice judicialmente-, es decir, el derecho a usar la casa hasta mi muerte, derecho que en realidad compartíamos Faye y yo. Y cómo suponen que yo podría hacerlo siendo que Faye desapareció, me dije, y Grady explicaba la cuestión con su manera característica de arrastrar las palabras, decía que se habían hecho varios intentos de encontrar a Faye, como si ella realmente estuviera bien. El acento de Grady era en parte típico de Misisipí y en parte de Luisiana, y siempre melodioso.

Una vez Katrinka me contó que mamá metió a Faye en la bañera -Faye no tenía ni dos años en ese entonces; apenas si podía sostenerse sentada- y mamá "se durmió", es decir que estaba borracha, y Katrinka encontró a Faye sentadita en la bañera llena de excrementos... la caca flotaba en el agua, y la criatura que chapoteaba feliz... bueno, cosas que pasan, ¿no? y Katrinka que era tan chica. Yo volví a casa cansada, dejé mis libros del colegio. ¡No quise enterarme! No quise. La casa estaba tan oscura y fría... Eran tan pequeñas, las dos, que no podían encender las estufas, que no tenían llama piloto, ni tampoco encender el fuego en la chimenea por el peligro de que incendiaran la casa. ¡No había calefacción! El riesgo de un incendio estando solas, y ella borracha...

¡Ahora ya no es así!

-Faye está viva -musité-. Está... por alguna parte. Nadie me oyó.

Grady ya había redactado el cheque.

Me lo puso ante mí.

-¿Quiere que yo diga lo que me pidió que dijera? -me preguntó en tono confidencial, una amabilidad de su parte.

De pronto me sobresalté. Claro. Si yo lo había planeado, en medio de la angustia, fríamente, una sombría tarde en que Karl sufría con cada respiración, yo había planeado que, si alguna vez mi hermana Katrinka, mi pobre hermana perdida y huérfana, tenía esta actitud, yo le haría esto. Lo habíamos planeado. Se lo había dicho a Grady, y a él no le había quedado más remedio que obedecer mis instrucciones, y le pareció lo más prudente, y tenía un pequeño texto que leer.

-¿En cuánto calcula usted el valor de esta casa, señora de Russell? -le preguntó a Katrinka-. ¿Qué cifra diría?

-Bueno, por lo menos un millón de dólares -respondió Katrinka, lo cual era absurdo pues en Nueva Orleáns había en venta casas mucho más grandes y soberbias por mucho menos dinero. Karl solía maravillarse de eso. Y Katrinka y Martin, su marido, que vendían propiedades, lo sabían mejor que nadie, pues les iba maravillosamente bien en el sector alto de la ciudad; tenían su propia empresa inmobiliaria.

Me quedé mirando a Rosalind. En aquel entonces, en los años lóbregos, ella leía sus libros y soñaba. Echó un solo vistazo a mamá, que estaba ebria en la cama, y luego se encerró

Librodot

en su cuarto con sus libros. Leía *John Carter of Mars,* de Edgar Rice Burroughs. En esa época ella era tan proporcionada. Tenía un pelo negro y ondulado, bellísimo. No estábamos mal, y cada una tenía un tono distinto de pelo.

-Triana.

Mi madre fue hermosa hasta el momento de morir. Llamaron de la casa de sepelios y dijeron: "Esta mujer se tragó la lengua". ¿Eso qué quería decir? Los primos con quienes murió llevaban varios años sin verla, y en brazos de ellos falleció, con su pelo largo y castaño aún castaño, sin siquiera una hebra gris, eso lo recuerdo, su frente de huesos altos... no es fácil ser hermosa teniendo frente alta, pero ella lo era. Ese último día, cuando recorrió el sendero, llevaba el pelo cepillado y recogido. ¿Quién se lo había hecho?

Sólo una vez se lo había cortado bien corto, pero eso había sido años antes. Yo volví del colegio. Katrinka todavía era una bebita que andaba correteando por las lajas con un calzoncito rosa como usaban los niños en aquel entonces, el día entero, en el calor sureño. A nadie se le ocurría vestirlos con trajecitos de marca. Y mi madre me contó, serena, que se había cortado el pelo, que lo había vendido.

¿Qué le respondí? ¿Le dije que estaba bien, que le quedaba lindo? No la recordaba en absoluto con el pelo corto. Y sólo años más tarde comprendí: ella había vendido su pelo, lo había vendido, para comprar bebidas alcohólicas. ¡Dios mío!

Quería preguntarle a Rosalind qué pensaba ella, si había sido un pecado imperdonable no despedirse de nuestra madre. ¡Pero yo no podía cometer acto tan egoísta! Ahí estaba Rosalind, atormentada, mirando de Grady a Katrinka.

Rosalind tenía sus propios recuerdos terribles, que la mortificaban mucho y la llevaban a beber y llorar. En una oportunidad, antes de morir mi madre, Rosalind se encontró con mamá, que venía subiendo la escalinata del frente. Mamá traía una botella de vino envuelta, como lo hacían en aquel entonces en los negocios, en papel marrón, y Rosalind la llamó "borracha", y posteriormente me lo confesó entre sollozos, y yo le dije una y otra vez: "Ella comprendía, Rosalind, y perdonaba". Mi madre, que nunca vacilaba sin encontrar las palabras, en este triste episodio se limitó a sonreír a Rosalind, que en ese momento contaba apenas diecisiete años, apenas dos más que yo.

¡Mamá! ¡Me voy a morir!

Contuve el aliento.

-¿Quiere que lea el informe? -preguntó Grady-. Quería clausurar el tema. ¿No preferiría...?

-Clausurar el tema, una expresión moderna.

-Estás loca -dijo Katrinka-. Estabas loca cuando dejaste ir a Lev... lo que hiciste fue entregar a tu marido a Chelsea, y lo sabes... estabas loca cuando cuidaste a papá, no tenías que tener todos esos remedios para él, no te hacían falta las máquinas de oxígeno, *y* las enfermeras, *y* gastar hasta el último centavo suyo, no tenías que hacer todo eso, lo hiciste por remordimiento, porque sentías culpa, lisa y llanamente, por lo de Lily... -Al pronunciar el nombre de Lily se le quebró la voz.

Miren sus lágrimas.

Ni siquiera ahora soportaba pronunciar el nombre de Lily.

-Hiciste huir a Faye -prosiguió, con la cara enrojecida, hinchada, infantil-, ¡y estabas loca cuando decidiste casarte con un moribundo! Traer aquí a un moribundo, no interesa si te dejó dinero, no me importa si arregló la casa, no me importa... No tienes derecho, no tienes derecho a hacer estas cosas...

Un rumor de voces se alzó para acallarla. ¡Se la veía tan indefensa! Hasta Martin, su marido, estaba enojado con ella ahora, y la intimidaba; ella no podía soportar una actitud de desaprobación por parte de él. Qué pequeña parecía; Faye y ella, siempre con aspecto de niñitas desvalidas. Sentí deseos de que Rosalind, tal vez, se levantara y la abrazara. Yo no podía... no podía tocarla.

-Triana -dijo Grady-, ¿quiere leer esta declaración, tal como lo planeamos?

-¿Qué declaración? -Miré a Grady. Era algo pérfido y cruel. Entonces hice memoria. La declaración, esa declaración tan importante, que habíamos preparado redactando borradores y más borradores.

Katrinka no tenía idea de cuánto dinero me había dejado Karl. Katrinka no tenía idea de cuánto dinero yo podría algún día compartir con ella, Rosalind y Faye, y yo había jurado que si ella hacía eso, eso innombrable, si lo hacía, le entregaríamos un cheque, un muy impresionante cheque por un millón de dólares redondos, pero le exigiría la promesa de que jamás volvería a dirigirme la palabra. Una trama urdida en lo más recóndito e implacable del corazón.

Ella sabría, en ese momento, qué excesiva importancia le había dado a las cosas mínimas y qué tonta había sido con lo verdaderamente importante. Sí, y yo la miraría a los ojos para recriminarle todas las cosas crueles que me había dicho a lo largo de la vida, las vilezas, los comentarios punzantes propios de hermanas, y su encariñamiento con Lev, su actitud de "consolar" a Lev cuando murió Lily, tan ciertamente como Chelsea... pero no.

-Katrinka -dije, y la miré. Se volvió hacia mí, colorada, soltando lágrimas como un bebé, todo otro color, salvo el rojo, borrado de su cara, tan parecida a cuando era niña. Una niña así de pequeña sentada en el patio de la escuela con su mamá, y su mamá ebria, y todos que lo sabían, lo sabían, y la niña aferrándose a la madre, y luego volviendo a casa con esa mujer beoda en el tranvía, y…

Un día, yo llegué al sanatorio y encontré a Katrinka igual que ahora, colorada, llorando. "Veinte minutos antes del análisis de sangre, le avisaron a Lily que se lo harían. ¡Por qué hicieron eso! Este lugar es una cámara de tortura. No tendrían que haberle anunciado con tanta anticipación..." ¡Cómo lloraba, y por mi hija!

Lily estaba dada vuelta hacia la pared, Lily, mi hijita de cinco años, casi muerta al cabo de escasas semanas. Katrinka la quería muchísimo.

-Grady, quiero que le entregue el cheque -dije rápidamente, levantando la voz-. Katrinka, es un obsequio que

Karl dejó dispuesto para ti. Grady, no voy a pronunciar ninguna declaración, no tiene sentido, déle no más el regalo que él dejó para ella.

Noté que Grady soltaba un profundo suspiro de alivio de que no habría palabras cáusticas ni melodramáticas, aunque él sabía perfectamente que Karl jamás había posado sus ojos en Katrinka y jamás había dispuesto semejante obsequio...

-¿Pero no quiere que ella sepa que es un regalo que usted le hace?

-No, no quiero -le contesté con un hilo de voz-. Ella no podría aceptarlo, no lo aceptaría. Usted no entiende. Déle su cheque a Rosalind, también. -Ése no acarreaba ninguna condición, era sólo una sorpresa espléndida, y Karl sentía un enorme aprecio por Rosalind y Glenn, y les alquiló el pequeño negocio que tenían, Libros y Discos de Rosalind.

-Dígale que se lo regala Karl -le pedí-. Dígaselo.

Katrinka sostenía el cheque en la mano. Se acercó a la mesa. Sus lágrimas seguían siendo un torrente infantil, y advertí lo delgada que se había puesto, luchando como estaba contra la edad como lo estábamos todas. Se le notaba un aire muy marcado a la familia de papá, los Becker, con sus ojos levemente protuberantes y su nariz pequeña pero con cierta forma de gancho. Katrinka tenía un toque de belleza semita, cierto matiz solemne en su rostro surcado por las lágrimas. Tenía pelo rubio y ojos azules. Temblorosa, movía la cabeza a uno y otro lado. Los ojos los tenía cerrados con fuerza, pero igual le caían las lágrimas. Mi padre nos había dicho infinitas veces en la vida que ella era la única de nosotras verdaderamente hermosa.

Seguramente perdí el equilibrio, porque sentí que Grady me sostenía. Y Rosalind murmuraba algo que se perdió por falta de autoconfianza. Pobre Ros, soportar esto.

-No puedes firmar un cheque como éste -dijo Katrinka-. ¡No puedes firmar, así no más, un cheque por un millón de dólares!

Librodot

Rosalind sostenía en la mano el cheque que le había entregado Grady. Parecía estupefacta, lo mismo que Glenn que, de pie, lo observaba desde arriba como si se tratara de una maravilla del mundo, un cheque por un millón de dólares.

La declaración, el discurso, las palabras ensayadas, furiosas, contra Katrinka, "que nunca vuelvas a intentar acercárteme, que nunca vuelvas a poner un pie en este umbral, que nunca..." Todas murieron, se esfumaron.

Fue en el pasillo del sanatorio. Katrinka lloraba. En la habitación, el extraño sacerdote californiano bautizó a Lily con agua de un vasito de papel. ¿Ley, mi adorado ateo, me habrá considerado una perfecta cobarde? Y Katrinka lloró como lloraba ahora, lágrimas de verdad por la hija que perdí, nuestra Lily, nuestra madre, nuestro padre.

-Siempre fuiste muy buena con ella -dije.

-¿De qué hablas? -reaccionó Katrinka-. ¡No tienes un millón de dólares! ¿Qué está diciendo? ¿Acaso se cree que...?

-Señora, si me permite -intervino Grady, y me miró, tras lo cual continuó incluso antes de que yo hiciera un gesto de asentimiento.

"Su hermana ha quedado en una posición sumamente cómoda gracias a su difunto marido, con todas las disposiciones que él tomó antes de morir con el conocimiento de su madre, disposiciones que no incluyen un testamento ni ningún otro instrumento legal, que podría ser impugnado por cualquier pariente de él.

"Y por cierto, la señora de Wolfstan firmó numerosos documentos antes de morir Karl, garantizando que este acuerdo no sería cuestionado de forma alguna al morir su hijo, Karl Wolfstan, y que podía llevarse a la práctica con toda celeridad.

Prosiguió:

-No hay la menor duda acerca de la validez ni confiabilidad del cheque que tiene usted en su mano. Se trata de un regalo que su hermana desearía que usted aceptara, como la parte que pudiera corresponderle sobre esta casa, y le aseguro, señora de Russell, que no creo que esta casa, por bonita que sea, pudiera valer un millón de dólares y, desde luego, el cheque que usted tiene es por el valor total, aunque como sabe, usted tiene tres hermanas.

Rosalind lanzó un pequeño gemido.

-No tienes por qué hacerlo -dijo.

-Karl quería que yo pudiese...

-Ah sí, hacerlo posible -terminó de decir Grady, cumpliendo con tropiezos lo último que yo le había encomendado, comprendiendo que no había cumplido las instrucciones que le susurré, y ahora algo perdido. -Fue deseo de Karl que Triana pudiese ofrecer un obsequio a cada una de sus hermanas.

-¿Cuánto hay? -dijo Ros-. No tienes por qué darnos nada a nosotras. No tienes que darle nada a ella, a mí ni a nadie. No... Si él te dejó...

-Ni te imaginas -le respondí-. Te aseguro que hay de sobra. Es tanto lo que hay, que esto es muy sencillo.

Rosalind se apoyó en su respaldo, enarcó las cejas y espió el cheque con sus anteojos. Su marido alto y cimbreño no encontraba las palabras, emocionado, impresionado, confundido por lo que veía a su alrededor.

Yo posé mis ojos en la temblorosa y ofendida Katrinka.

-No te preocupes más, Trink -le dije-. No vuelvas a preocuparte nunca más... por nada.

-¡Estás loca! -exclamó, y el marido le tomó la mano.

-Señora -le dijo Grady a Katrinka-, le recomiendo que lleve el cheque mañana mismo al banco Whitney, lo endose *y* lo deposite como cualquier cheque, *y* estoy seguro de que tendrá la alegría de descubrir que puede disponer libremente de los fondos. Es una donación, y como tal no está gravada con impuestos. Ni el menor impuesto. Ahora bien, le agradecería que se comprometiera por escrito, con respecto a esta casa, a no reclamar en el futuro...

-Ahora no -dije-. No importa.

Rosalind volvió a inclinarse hacia mí.

-Quiero saber la cifra. Quiero saber cuánto te cuesta hacer esto por mí y por ella.

-Señora de Bertrand -le habló Grady-, créame que su hermana quedó en muy buena situación económica. Además, y quizás este dato me ayude a hacerle comprender la idea con la mayor delicadeza, el señor Wolfstan también legó bienes para una nueva sala del museo de la ciudad totalmente dedicada a cuadros de San Sebastián.

Sumamente consternado, Glenn meneaba la cabeza.

-No, no podemos.

Katrinka entrecerró los ojos como si presintiera una trama.

Yo trataba de emitir palabras pero no lograba hacerlo. Le hice una seña a Grady y articulé la palabra "explique". Luego me encogí de hombros.

-Señoras -dijo él-, quiero asegurarles que el señor Wolfstan dejó a su hermana en una excelente posición económica. Para serles sincero, estos cheques no le hacen la menor mella.

Y así pasó el momento.

Así, no más. Terminado.

No se le había pronunciado a Katrinka el terrible discurso... toma este millón y no vuelvas a..., o sea que ella no había tomado conciencia en un acto sobrecogedor de haber perdido para siempre la posibilidad de participar de algo mucho mayor.

El momento había pasado. La oportunidad se había perdido.

Sin embargo fue antipático, mucho más de lo que pude haberlo planeado, porque ella se quedó furiosa del odio, y quería escupirme en la cara, pero por nada del mundo se iba a arriesgar a perder un millón de dólares.

-Bueno, Glenn y yo estamos agradecidos -dijo Rosalind, con su voz intensa-. Yo sinceramente no esperaba ni un centavo de Karl... es una amabilidad el solo hecho de que haya... ¿pero está usted seguro, Grady? ¿Seguro de que nos está diciendo toda la verdad?

-Sí, por supuesto, señora. Su hermana está en una excelente situación económica...

Tuve una visión de billetes de dólar que volaban hacia mí, cada uno de ellos con minúsculas alitas. La visión más loca, pero creo que por primera vez en la vida comprendí serenamente lo que estaba diciendo Grady, que ya no hacía falta ese tipo de preocupación, que ese tipo de sufrimiento ya no formaba parte del panorama más amplio, que ahora la mente podía, con total paz y serenidad, replegarse sobre sí misma... de eso se había encargado Karl, y su familia... para ellos no había sido problema encargarse de eso, la mente podía ahora ocuparse de temas más excelsos.

-Entonces eso es lo que fue -dijo Katrinka mirándome, con ojos deslucidos y cansados, como suelen ponerse tras largas horas de furia.

No le respondí.

-Todo fue un árido arreglo económico entre tú y él -prosiguió-, y nunca tuviste la decencia de contárnoslo. Nadie abrió la boca.

-Y mientras él se moría de sida, podrías haber tenido la decencia de ponernos al tanto.

Le indiqué que no moviendo la cabeza. Abrí la boca, empecé a decir no, no, eso que dices es abominable, pero de pronto me di cuenta de que era lo más perfecto que haría Katrinka, y en cambio esbocé una sonrisa y luego me reí.

-Querida, no llore -dijo Grady-. Ya va a estar bien.

-Pero lo que pasa es que eso es perfecto, es...

-Todo este tiempo -continuó Katrinka, una vez más con lágrimas- ¡dejaste que nos preocupáramos, que nos tiráramos de los pelos! -La voz de Katrinka predominó sobre la de Ros, que imploraba silencio.

-Yo te quiero -declaró Rosalind.

-Cuando Paye vuelva -le susurré a Ros en una actitud de hermanas, como si ambas tuviéramos que ocultarnos del resto de las personas que se hallaban alrededor de la mesa redonda, en la sala del frente-, cuando Faye vuelva, le va a encantar cómo está la casa, no te parece, todo esto, y lo hizo Karl... es tan bonito...

-No llores.

-No, no estoy llorando, ¿verdad? Creí que me estaba riendo. ¿Dónde está Katrinka? -Varias personas se habían marchado de la habitación.

Me levanté y retiré yo también. Fui al comedor, el corazón y el alma de la casa, el cuarto donde hace tantos años Rosalind y yo nos habíamos peleado por el rosario. Dios santo, es un empacho de recuerdos lo que lleva a las personas a beber, a veces pienso. Mi madre tiene que haber recordado cosas muy, muy terribles. ¡Hicimos pedazos el rosario de mamá! Un rosario.

-Tengo que irme a la cama -anuncié-. Me duele la cabeza y no hago más que rememorar cosas, todas malas. No puedo sacármelas de la mente. Quiero pedirte algo, Ros...

-Sí -respondió en el acto, con ambas manos extendidas y sus ojos oscuros fijos sobre los míos con total conmiseración.

-El violinista... ¿recuerdas la noche que murió Karl? Había un hombre ahí afuera, en la avenida St. Charles y..

Los demás se habían congregado bajo la pequeña araña del vestíbulo. Katrinka y Grady discutían acaloradamente. Martin se mostraba severo con Katrinka, y ésta por poco gritaba.

-Ah, sí, el tipo del violín. -Se rió. -Sí, lo recuerdo. Tocaba Tchaikovsky. Claro que lo embellecía, como si alguien tuviera que improvisar con Tchaikovsky, pero lo cierto es que tocaba Tchaikovsky.

Crucé con Rosalind el comedor. Ella hablaba... y yo no le entendía. De hecho, era tan raro lo que decía que supuse que lo estaba inventando, pero luego recordé. Pero fue una clase muy distinta de recuerdo, sin la menor fuerza ni la pasión de otros recuerdos; se trataba de algo un tanto pálido, generado mucho tiempo atrás, algo a lo que se permitió deslizarse alejándose, o que quedó ex profeso oculto bajo el polvo. No sé. Pero en este momento no lo aparté de mí.

-Ese picnic que hubo allá en San Francisco -dijo-, al que fueron todos ustedes, hippies y beatniks, y yo tenía un miedo tremendo de que cayera la policía y termináramos todos presos, y tú en ese momento sacaste el violín, tocaste sin parar, ¡y Lev bailó! Fue como si el demonio hubiera entrado dentro de tu cuerpo, esa vez y aquella otra, cuando eras chica y tomaste ese violín en Loyola, ¿te acuerdas? Y tocaste, tocaste, pero...

-Sí, pero nunca pude volver a hacerlo. Después de esas dos veces lo intenté muchísimo...

Rosalind se encogió de hombros y me estrechó en sus brazos.

Me di vuelta y miré nuestra imagen en el espejo, no las chicas hambrientas, delgadas, amargas que se peleaban por un rosario. Nos vi reflejadas como éramos ahora, mujeres estilo Rubens. Rosalind me dio un beso en la mejilla. Vi el reflejo de nosotras dos, las dos hermanas, ella con sus rulos canosos, abultados, naturales que le enmarcaban el rostro, y su cuerpo robusto y blando bajo un vestido suelto de seda negra; yo con mi flequillo y mi pelo lacio, la blusa con volados y mis feos brazos gordos, pero no me importaron las imperfecciones de nuestro cuerpo, nos vi a las dos, y sentí deseos de estar ahí, en ese mismo sitio, con ella, aliviada, experimentando la sensación gloriosa del alivio, pero no pude.

Sencillamente no pude.

-¿Crees que mamá nos quiere en esta casa? -Empecé a llorar.

-Ah, por el amor de Dios, ¡a quién le importa! Vete a la cama. No tendrías que haber dejado nunca de beber. Yo me pienso tomar seis botellas de cerveza. ¿Quieres que nos quedemos en la planta alta?

-No. -Ella sabía la respuesta de esa pregunta.

Al llegar a la puerta del dormitorio, me volví y la miré.

-¿Qué pasa?

Tiene que haberse asustado de mi cara.

-El violinista, lo recuerdas... el que tocaba en la esquina cuando Karl... es decir, cuando todos...

-Ya te dije que sí, claro. -Volvió a afirmar que era decididamente Tchaikovsky, y me di cuenta por la forma en que levantaba la cabeza que se sentía muy orgullosa de poder identificar la música, y por supuesto tenía razón, o al menos eso me parecía. Tenía un aspecto muy soñador, compasivo y bondadoso para conmigo, como si no hubiese sobrevivido en ella nada de maldad, y ahí estábamos las dos, y no éramos viejas.

Yo no me sentía más vieja que cualquier otro día. No sabía lo que era sentirse vieja. Vieja. Los miedos se van, la maldad se va. ¡Si oras, si eres bendecida, si lo intentas!

-Venía constantemente aquí... el tipo del violín, mientras estabas en el sanatorio. Esta noche lo vi ahí afuera, mirando, no más. A lo mejor no le gusta tocar para grandes multitudes -dijo-. ¡Si quieres saber mi opinión, es excelente! Es bueno como cualquier violinista que yo haya escuchado alguna vez en persona o en algún disco.

-Sí. Es él, ¿no?

Esperé que se hubiera cerrado la puerta para volver a llorar.

Me gusta llorar sola. Llorar sin pausa me hacía sentir maravillosamente bien, totalmente lejos del menor atisbo de censura. Nadie que me dijera sí ni no, nadie a quien pedir disculpas, nadie que interviniera.

Llorar.

Me tiré en la cama y lloré, y los escuchaba a ellos afuera, y de pronto me sentí agotada, como si hubiera acarreado yo misma todos esos ataúdes a la tumba... Imagínelo, atemorizar así a Lily, haber entrado en la habitación del sanatorio y haberme puesto a llorar, y dejar que ella me viera, y Lily que me decía: "¡Mami, me asustas!". Y en ese momento, yo venía tarde del bar, y estaba borracha, ¿no? Todos esos años me los pasé borracha, pero nunca del todo, nunca lo suficiente como para no darme cuenta... y después ese momento horrible, espantoso, en que vi su carita blanca, sin pelo, su calvicie producida por el cáncer pero igualmente bella como un capullo de flor, y mi reacción tonta e inoportuna de echarme a llorar. Cruel, cruel. Dios querido.

¿Dónde estaba ese mar de un azul luminoso con su espuma fantasmal?

Cuando me di cuenta de que él había estado tocando, tiene que haber sido después de un largo rato.

La casa se había acallado.

Seguramente comenzó en tono bajo, y esta vez tuvo la dulzura típica de Tchaikovsky, la elocuencia civilizada, podríamos decir, más que el horror descarnado de los violinistas gaélicos que tanto me habían apasionado anoche. Me zambullí en la música, y la sentí más cerca, más nítida.

-Sí, toca para mí -musité.

Soñé.

Soñé con Lev y Chelsea, nosotros dos peleando en el café, y Lev que decía: "Tantas mentiras, tantas", y yo que comprendía lo que me quería decir, que él y Chelsea... y ella tan alterada, tan fundamentalmente buena, y desde luego, enamorada de él, deseándolo, y amiga mía, y luego me volvieron las cosas más terribles, recuerdos de los furiosos discursos de mi padre, de mamá llorando en esta casa, esta misma casa, llamándonos, y yo que no iba a su lado, pero todo eso estaba entremezclado con el sueño. El violín cantaba, y contribuía al dolor, como sólo Tchaikovsky podría hacerlo, me introducía en lo profundo del sufrimiento, dentro de su dulzura y nitidez rojo rubí.

¿Enloquecerme? Ni por asomo, ¿pero por qué quieres que sufra, por qué quieres hacerme recordar esas cosas, por qué tocas tan bellamente cuando hago memoria?

Aquí viene el mar.

El dolor iba entremezclado con sopor; el poema de mamá sobre la noche, tomado del viejo libro: "Las flores asienten, las sombras avanzan lentamente, aparece una estrella sobre el cerro".

El dolor iba entremezclado con el sueño, con su música exquisita.

8

La señorita Hardy se hallaba en el vestíbulo. Althea traía el café justo en el momento en que yo entraba.

-Jamás se me habría ocurrido molestarla a esta hora -dijo la señorita, incorporándose en su asiento cuando me incliné para darle un beso. Llevaba puesto un sentador vestido de color durazno, y el pelo peinado hacia atrás, formando un marco perfecto de rizos disciplinados aunque naturales. -Pero lo que pasa es que él lo pidió. Nos pidió concretamente que la invitáramos a usted porque siente un gran respeto por su persona, por su gusto musical, por la amabilidad con que lo trata.

-Señorita Hardy, estoy con mucho sueño y medio adormilada. Téngame paciencia. ¿De quién está hablando?

-De su amigo, el violinista. Yo no sabía siquiera que usted lo conociese. Como le digo, pedirle que salga en un momento como éste es algo que yo nunca haría, pero él dijo que "usted querría ir.

-¿Adónde? Es decir, perdone, pero no entiendo bien.

-A la capilla de aquí a la vuelta, esta noche. A un pequeño concierto.

-Ah.

La capilla.

Consternada, evoqué todos los objetos conocidos de la capilla, como si una descarga repentina de la memoria hubiera liberado detalles imposibles de recuperar hasta ese momento... la capilla. La vi, no como estaba ahora, después del Concilio Vaticano II y de una remodelación radical, sino como era antiguamente, cuando íbamos allí, juntas, a misa. Cuando mamá nos llevaba a Ros y a mí, tomadas de la mano.

Seguramente puse cara de perplejidad. Oí los cánticos en latín.

-Triana, si esto la molesta, voy y le digo que usted todavía no sale, que es muy pronto.

-¿Va a tocar en la capilla? -pregunté-. Esta noche. -Asentí, junto con ella, en gesto de confirmación.

-¿Un pequeño concierto? Una especie de recital.

-Sí, a beneficio de la capilla. Usted sabe en qué condiciones está. Le hace falta pintura, un techo nuevo... Todo fue muy sorprendente. Él se presentó un día en la oficina del Preservation Guild y se ofreció para dar un concierto, y que todos los fondos recaudados fuesen para el edificio. Nunca habíamos oído hablar de él, ¡pero cómo toca! Solamente un ruso podría hacerlo de esa manera. Desde luego, dice ser un emigrado. Nunca vivió en Rusia tal cual es ahora, lo cual resulta obvio... es muy europeo, claro, pero únicamente un ruso podría tocar así.

-¿Cómo se llama?

Quedó sorprendida.

-Creí que usted lo conocía -dijo, suavizando su voz, frunciendo el entrecejo en gesto de preocupación-. Discúlpeme, Triana. Él dijo que usted lo conocía.

-Sí, lo conozco muy bien. Me parece maravilloso que toque en la capilla. Pero no sé su nombre.

-Stefan Stefanovsky -respondió lentamente-. Lo memoricé, lo escribí y controlé con él cómo se escribía. Nombres rusos. -Lo repitió pronunciándolo de manera sencilla, acentuando la primera sílaba de Stefan. El hombre tenía un encanto innegable, con violín o sin él. Cejas oscuras muy características, muy rectas, un pelo excéntrico, al menos en aquellos tiempos, para un músico clásico.

Sonreí.

-Ahora todo cambió. Los que usan el pelo largo son los intérpretes de rock, no los de música clásica, qué extraño. Y lo curioso es que, cuando evoco todos los conciertos a los que

concurrí en mi vida -incluso el mismísimo primero, que dio Isaac Stern-, no recuerdo que nadie tuviera pelo largo...

Mis palabras le estaban causando preocupación.

-Con todo gusto -agregué, poniendo orden en mis pensamientos-. ¿Así que a usted le pareció atractivo?

-¡Todas se desmayaron cuando lo vieron entrar! Un porte tan teatral. Además, su acento. Y cuando realizó el simple acto de levantar el violín y el arco, y empezó a tocar, creo que afuera se detuvo el tránsito.

Me reí.

-La música que interpretó para nosotros fue muy distinta -dijo- de la que tocó... -Amablemente se detuvo y bajó la mirada.

-... la noche que usted me encontró aquí, con Karl -concluí yo.

-Sí.

-Era una música bellísima.

-Sí, supongo que sí, porque en realidad no la oí, por así decirlo.

-Es comprensible.

De pronto se la notó confundida, como si dudara de lo adecuado o sensato de nuestra charla.

-Después, habló de usted muy elogiosamente; dijo que era la única persona que comprendía su música. Y lo dijo delante de una habitación llena de mujeres de todas las edades que desfallecían por él.

Me reí, y no sólo para tranquilizarla. Me hacía gracia la imagen de mujeres jóvenes y viejas, conmocionadas por el fantasma.

Qué impresionante el giro de los acontecimientos, la invitación.

-¿A qué hora es lo de esta noche, señorita Hardy? -le pregunté-. ¿A qué hora toca? No pienso perdérmelo.

Se quedó un instante mirándome con cierta sensación incómoda que le perduraba; luego, con gran alivio procedió a brindarme los detalles.

Salí para el concierto cinco minutos antes de la hora.

Estaba oscuro, desde luego, por ser la estación en que oscurecía a las ocho, pero esa noche no llovía sino que había un aire afable, casi cálido.

Crucé mi propio portón, giré a la izquierda en la esquina de la Tercera avenida y regresé lentamente hasta la calle Prytania por las viejas aceras rotas de ladrillo, disfrutando cada desnivel, cada bache, cada peligro. El corazón me latía con fuerza. De hecho, era tal la expectativa que sentía, que por poco no la toleraba. Las últimas horas me habían resultado larguísimas, y lo único que hice fue pensar en él.

¡Hasta me vestí para él! Qué tontería. Desde luego, eso para mí sólo significó una blusa mejor, color blanco, con encaje más abundante y de mejor calidad, una falda de seda negra mejor, larga hasta los tobillos y un chaleco de terciopelo negro. El Uniforme Triana mejor; eso fue lo único que significó. Y el pelo suelto y limpio, nada más.

Un mortecino farol alumbraba la calle cuando llegué al final de la cuadra y volvía más opresiva la penumbra en derredor. ¡Además, por primera vez tomé conciencia de que ya no había un roble en la esquina de Tercera y Prytania!

Creo que hacía años que no caminaba por esa parte de la manzana, que no me paraba allí. Antes había en ese lugar un roble, por cierto, porque recordé que la luz del farol alumbraba en medio del árbol y daba sobre la alta cerca negra de hierro y sobre el césped. Robustas ramas oscuras de roble, retorcidas y no demasiado gruesas, no tan pesadas que pudieran desplomarse.

¿Quién te hizo esto? Le hablé a la tierra, al lugar partido que quedaba entre los ladrillos. Vi entonces el sitio donde antes estaba el roble, pero habían desaparecido las raíces. Sólo se

percibía la tierra, la inevitable tierra. ¿Quién se llevó ese árbol, que podría haber durado siglos?

Del lado de enfrente de Prytania, las regiones más profundas de Barrio Jardín parecían negras y huecas, las mansiones cerradas y trancadas.

Pero a mi izquierda, sobre Prytania, antes de la capilla, había luces intensas, y se alcanzaba a oír un ameno entremezclarse de voces alegres.

El lote de la esquina lo ocupaba únicamente el templo, tal como mi casa ocupaba el que estaba ubicado al fondo y llegaba hasta la avenida St. Charles, pasando laureles, robles y hierbas silvestres, bambúes y adelfas.

La capilla era la planta baja de una inmensa casa, mucho más amplia y hermosa que la mía. La casa era vieja como la mía, pero había nacido infinitamente más grandiosa, hecha de mampostería y circundada por verjas de bello diseño.

En una época había tenido -no me cabe duda- el clásico vestíbulo central con salas a ambos lados, pero todo eso había sido modificado antes de que yo naciera. Toda la planta principal había sido vaciada y adornada con estatuas, cuadros de santos y un magnífico altar. El sagrario de oro. ¿Qué más? Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, un icono ruso.

Ésa era la Virgen a la que antes llevábamos las flores.

Irónico, pero absolutamente sin la menor importancia.

Desde luego, él sabía lo mucho que me gustaba ese lugar, ese edificio, ese jardín, esa verja, la capilla misma, y sabía lo de los pequeños ramos de flores ajadas sobre el comulgatorio, los tallos aplastados por nuestras manitos, los pequeños ramos que dejábamos allí en nuestras caminatas nocturnas, Rosalind, mamá y yo, antes de que terminara la guerra, antes de que llegaran Katrinka y Faye, antes de que llegara la bebida. Antes de que llegara la muerte. Antes del miedo, del dolor.

Él sabía. Sabía cómo era antes esa enorme casa que aún tenía aspecto de suntuosa residencia, con sus porches delanteros paralelos y anchos, sus columnas hechas de hierro, sus chimeneas mellizas rectas, firmemente emplazadas sobre el gablete del segundo piso, siguiendo el inconfundible esquema de Nueva Orleáns.

Chimeneas que flotaban, juntas, bajo las estrellas. Chimeneas para hogares ya desaparecidos, quizás.

En esas habitaciones de la planta alta, mi madre había ido a la escuela de niña. En la capilla propiamente dicha había yacido el ataúd de mi madre sobre sus andas. En la capilla misma yo había tocado el órgano en la penumbra, las noches de verano, cuando los sacerdotes me permitían encerrarme y no había nadie allí. Yo trataba por todos los medios de producir música.

Sólo el Santísimo Sacramento podría haber tenido tanta paciencia con los deplorables trozos sueltos de canción que yo interpretaba, los acordes, los cánticos religiosos que intentaba aprender con la vaga promesa de que algún día podría tocar cuando la organista me lo permitiera, cosa que nunca ocurrió porque nunca llegué a tener suficientes condiciones, ni tampoco el coraje necesario de intentarlo.

Las mujeres de Barrio Jardín se ponían hermosos sombreros para ir a misa. Creo que nosotros éramos las únicas que usábamos pañuelo como las campesinas.

No me hizo falta una muerte que me trajera recuerdos, un responso que me hiciera evocar, ni siquiera las agradables visitas en el crepúsculo llevando flores en las manos, como tampoco la foto de mi madre con un puñado de chicas, graduadas de colegio secundario -cosa excepcional para aquella época, pelo batido y medias blancas-, paradas con sus ramos florales a la izquierda de este mismo portón.

¿Quién oró alguna vez en esta capilla que luego lo haya olvidado?

Ese viejo catolicismo poseía siempre el aroma de las velas de cera pura de abeja, y el incienso que perduraba eternamente en toda iglesia donde se exhibiera la Custodia; además estaban, en la penumbra, los rostros plácidos de los santos, artistas del dolor como Santa Rita,

Librodot

con su herida en la frente, y el penoso camino de Jesucristo hasta el Calvario ilustrado en las estaciones de las paredes.

El rosario no era una plegaria que se dijera de memoria, sino un cántico a través del cual nos representábamos al Cristo sufriente. Para la Oración del Silencio había que quedarse muy callado en el banco, dejando que Dios nos hablara directa-mente. Yo sabía de memoria el ordinario de la misa en latín. Entendía lo que significaban los cánticos.

Todo eso había sido eliminado por el Concilio Vaticano II. Pero la capilla seguía existiendo para los católicos que ahora rezaban en inglés.

Solamente una vez la había visitado yo en su versión moderna: tres años o cuatro años antes, para un casamiento. Todo lo que me producía recuerdos gratos había sido sacado de allí. El Niño Jesús de Praga, con su corona de oro, ya no estaba más.

Ah, pero tienes una motivación para hacer esto. Qué gran honor me haces. Un concierto para mi propio beneficio nada menos que en este lugar, de todos los sitios donde estuve antes de matarla a ella, o a cualquiera, preocupándome por flores dejadas sobre el comulgatorio.

Sonreí para mis adentros, apoyándome un instante contra la cerca. Eché un vistazo atrás, hacia donde se hallaba Lacomb vigilándome. Le había ordenado que no se alejara mucho. Me daban miedo, como a cualquiera, las personas de verdad en las calles oscuras.

Después de todo, los muertos nos pueden afectar hasta por ahí no más, hasta que uno se topa con un fantasma, es decir, un fantasma capaz de tocar música por inspiración divina, un fantasma con nombre: Stefan.

"Increíble el plan que te has propuesto", murmuré. Levanté la vista y recordé las ramas de roble que rodeaban y oscurecían esa luz, sólo que en aquel entonces no era esa luz.

Salía luz por las sencillas ventanas de la capilla, ventanas como la mía, hasta el piso, divididas en muchos rectángulos, algunas con el cristal antiguo, que titilaba y se fundía, aunque eso no podía advertirlo desde donde me hallaba. Pero yo lo sabía y pensé en ello, mientras contemplaba la casa, contemplaba el tiempo, contemplaba todo para fijar mis pensamientos en el astuto designio del plan, de la obra dramática.

Así que se proponía tocar el violín para todos, ¿eh? Y yo debía estar presente.

Al llegar a Prytania doblé a la izquierda y me encaminé hacia el portón de ingreso. La señorita Hardy y varias damas clásicas de Barrio Jardín se hallaban allí para recibir a los concurrentes.

Se detenían taxis en la calle. Vi la conocida figura del policía de custodia, ya que ese pequeño paraíso oscuro se había vuelto demasiado peligroso como para que pudieran andar los viejos, que por cierto habían decidido salir para escuchar al violinista.

Algunos nombres, algunas caras me resultaban conocidos; otros no, y a algunos sencillamente no los ubicaba. Pero era una nutrida concurrencia de unas cien personas, muchos caballeros de traje liviano de lana, y casi todas las mujeres de vestido, a la usanza sureña, salvo algunos escasos concurrentes vestidos con prendas sin género determinado, y un puñado de alumnos universitarios, o al menos eso parecían, del Conservatorio ubicado en el sector alto de la ciudad, donde con tanto ahínco yo alguna vez había tratado, a los catorce años, de convertirme en violinista.

Cómo se ha difundido tu fama.

Mientras estrechaba la mano de la señorita Hardy y saludaba a Renée Freeman y Mayteen Ruggles, espié el interior y noté que él, la atracción principal, ya se hallaba adentro.

La *cosa* misma, como habría dicho la valiente gobernanta de Henry James refiriéndose a Quint y la señorita Jessel sin vacilar, la *cosa,* parada en el pasillo, ante el altar, que modestamente había sido cubierto para la ocasión, y vi que estaba limpio y adecuadamente vestido, con su lustroso pelo peinado tan bien como el mío. Una vez más lucía las dos trencitas atadas atrás de la cabeza, para impedir que le cayera tanto pelo sobre la cara.

Se hallaba distante pero inconfundible, y observé cómo hablaba con la gente.

Por primera vez... por primera vez desde que empezara todo... pensé que me estaba volviendo loca. No quiero ser cuerda. No quiero estar presente, ni tener conciencia, ni estar

Librodot

con vida, no. No quiero. Él está allí, entre los vivos, como si fuera uno de ellos, como si fuese un ser real, vivo. Conversaba con los estudiantes, les mostraba el violín.

¡Y mis muertos ya no están! ¡No están! ¿Qué hechizo podría hacer resucitar a Lily? Un funesto relato me vino a la mente: "La pata del mono", Kipling, los tres deseos; uno no quiere que resuciten los muertos, no, no se reza pidiendo eso.

Pero él había traspasado las paredes de mi habitación, y luego se esfumó. Eso yo lo había visto. Se trataba de un fantasma, un ser muerto.

Mira a las personas vivas, aunque sea una vez en la vida, o bien prorrumpe en gritos.

Mayteen se había puesto un perfume exquisito. Era la amiga más vieja de mi madre que quedaba viva. Dijo palabras que me esforcé por comprender. El corazón me llenaba los oídos.

-... el solo hecho de tocar semejante instrumento, un Stradivarius de verdad.

Le apreté la mano. Me encantaba su perfume, que era muy viejo y simple, no demasiado caro, un perfume que venía en un frasco rosado, y el talco venía en una caja floreada, de color rosado también.

Me zumbaba la cabeza con el sonido de mi corazón. Articulé unas pocas palabras sencillas, lo más insulsas que podía concebir una persona con amnesia; luego subí de prisa la escalinata de mármol, cuyos peldaños siempre se ponían resbalosos cuando llovía, y entré en la capilla, con su intensa iluminación moderna.

No nos detengamos en detalles.

Soy una persona que siempre se sienta en la primera fila. ¿Qué hacía, entonces, dirigiéndome al último banco?

Pero no me podía ubicar más cerca. Y el recinto era muy pequeño, y desde ese rinconcito del fondo alcanzaba a verlo perfectamente.

Hizo una inclinación de cabeza a la mujer que estaba a su lado, con quien conversaba. ¿Qué tipo de cosas dicen los fantasmas en momentos como ése? Y extendía el violín para que lo observaran las niñas pequeñas. Vi el lustre profundo, la unión de la parte trasera. Sostuvo todo el tiempo el violín y el arco, sin soltarlos, y no me miró cuando tomé asiento en el banco de roble y posé mis ojos en él.

Entraba gente arrastrando los pies. Yo respondí varias veces inclinando la cabeza ante quienes me susurraban un saludo, pero no oía nada de lo que se decía.

Estás aquí, entre los vivos, sólido como son ellos, y te escucharán.

De pronto levantó la mirada sin alzar del todo la cabeza, y sus ojos se posaron fijamente en mí.

Otros me han visto y oído siempre.

Varias siluetas se movieron interponiéndose entre nosotros. La pequeña capilla estaba casi llena por completo. En el fondo había dos acomodadores de pie, pero tenían sillones para sentarse... si lo deseaban.

Se apagaron las luces. Un único reflector bien ubicado lo alumbraba en medio de la bruma polvorienta y descolorida. Con qué elegancia se había vestido para la ocasión, qué blanca su camisa; qué limpia su cabellera, y las trencitas que le retiraban el pelo de la cara... todo tan sencillo.

La señorita Hardy se había puesto de pie, y pronunció unas palabras de explicación e introducción.

A él se lo veía sereno, de atuendo formal aunque no de una época demasiado definida, un saco que podría haber tenido doscientos años o haber sido hecho ayer, largo, algo entallado, y corbata de color claro. Yo no alcanzaba a distinguir si era violeta o gris el tono de la corbata.

Impactante, sin lugar a dudas. "Estás loca -susurré para mis adentros, casi sin mover los labios-. Quieres un fantasma distinguido, sacado de las novelas, cargado de una significación romántica. Sueñas."

Me dieron ganas de taparme la cara, de irme de allí, y al mismo tiempo de no irme, ganas de quedarme y de huir. Quería sacar algo de mi cartera, un pañuelo de papel, cualquier

cosa con la cual pudiera amortiguar la impresión, algo así como taparse los ojos durante una película y mirarla por entre los dedos separados.

Pero no podía moverme.

Con admirable aplomo agradeció a la señorita Hardy y nos agradeció a todos. Su voz era pareja, de acento marcado pero totalmente comprensible, la voz que yo había oído en mi dormitorio, una voz de muchacho. Parecía la mitad de joven que yo.

Se llevó el violín al mentón y levantó el arco. El aire se estremeció. Nadie se movió, tosió ni hizo ruido con el programa.

Evoqué expresamente el mar azul, el mar azul del sueño *y* los fantasmas danzarines. Los vi, cerré los ojos *y* vi el mar radiante bajo la luna invisible pero próxima, y los distantes brazos de tierra que se extendían.

Abrí los ojos.

Él se había detenido y me miraba furibundo.

No creo que la gente se haya dado cuenta de lo que significaba su mirada, en qué dirección iba ni por qué. Contaba, de su parte, con la anuencia de lo excéntrico. Y era muy bello para mirar, muy bello, delgado e imperial como antes era Lev, sí, aunque totalmente distinto de él, porque su pelo era muy oscuro y sus ojos muy negros, y Lev, al igual que Katrinka, era rubio. Los hijos de Lev eran rubios.

Cerré los ojos. Maldición, había perdido la imagen del mar, y cuando él empezó a interpretar, vi esas viejas cosas triviales y horribles, y me puse levemente de costado. Alguien de mi lado me tocó la mano en gesto de conmiseración.

Viuda, pensé conscientemente, y loca por el hecho de haberme quedado dos días enteros en casa con un cadáver. Todos seguramente se habían enterado. En Nueva Orleáns, todos sabían algo digno de saberse, y un dato tan peculiar probablemente merecía saberse.

Luego su música me caló hasta lo hondo.

Bajó el arco y fue de inmediato a los tonos profundos de los acordes más bajos, el tono menor, una insinuación de cosas por venir. El tono era tan fino y controlado, tan perfecto, el ritmo tan espontáneo, que no pensé en nada, absolutamente nada, como no fuera en eso.

No había necesidad de lágrimas; tampoco de contenerlas. Lo único que había era esa canción exquisita que se desgranaba.

Luego vi el rostro de Lily. Veinte años pasaron rozándome. Lily, muriendo en su cama en ese mismo instante. "Mami, no llores, que me asustas."

Librodot

9

Ahuyenté la visión. Abrí los ojos y con ellos recorrí el yeso descascarado del techo de ese sitio descuidado, los indiferentes adornos metálicos, muy modernos, carentes por completo de sentido. Comprendí en ese momento la batalla, en el instante en que me inundaba la música y oía la voz de Lily junto a mi oído, entremezclada con la música, formando parte de ella.

Lo miré directamente y sólo en él pensé. Me concentré en su persona pues no quería pensar en ninguna otra cosa. El no podía dejar de tocar su música. De hecho, interpretaba con gran vigor, con maestría, con una tonalidad imposible de describir por lo controlada y a la vez distendida, un tono tan punzante.

Sí, en efecto se trataba del concierto de Tchaikovsky, que yo conocía de memoria de mis discos, y él tocaba las partes orquestales, de modo que lo convertía en una magnífica versión propia, pues interpretaba la pesada melodía principal equilibrándola con las demás líneas melódicas.

Música que a uno lo desarma.

Traté de respirar lentamente, de distenderme y no cerrar los puños.

De pronto se notó un cambio. Fue algo total, como cuando el sol se oculta tras una nube. Sólo que era de noche y estábamos en la capilla.

¡Los santos! Habían vuelto las viejas imágenes de los santos. Me vi rodeada por la decoración de treinta años atrás.

El banco era oscuro, antiguo, con volutas en el apoya-brazos bajo los dedos de mi mano izquierda; a espaldas de él se levantaba el tradicional y venerable altar, que en su parte inferior, dentro de una vitrina de cristal, tenía las figuras talladas y pintadas de la última cena.

Lo odié, lo odié por eso, porque no podía dejar de mirar a esos santos perdidos, al Niño Jesús de Praga hecho de yeso pintado, que sostenía su minúsculo globo terráqueo, los cuadros viejos aunque palpitantes de Jesucristo acarreando su cruz, todo a lo largo de un costado del recinto y del otro, ubicados entre las tenebrosas ventanas.

Eres muy cruel.

Y precisamente así, tenebrosas, eran las ventanas del anochecer, inundadas de luz color lavanda, y él estaba parado entre las sombras suavizadas, y el viejo comulgatorio cruzaba por adelante, el comulgatorio que había sido retirado con todo lo demás hacía tanto tiempo. Él se hallaba inmóvil en medio de esa perfecta representación de todo lo que yo recordaba, pero que un momento antes no habría podido evocar en detalle.

Me sentía transfigurada. Tenía los ojos fijos en la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro que colgaba tras él, encima del altar, sobre el sagrario color dorado brillante. Los santos, el olor a cera. Veía las velas en sus pequeñas vasijas rojas. Veía todo. Olí, una vez más, la cera y el incienso, y él seguía tocando, variando el concierto, introduciendo su cuerpo esbelto en la música y arrancando suspiros a la multitud de concurrentes, ¿pero quiénes eran?

Esto es maligno. Es hermoso pero maligno, porque es cruel.

Cerré y abrí los ojos para ver el presente, y por un instante lo hice.

Luego volvió a caer el velo. ¿Acaso él iba a traer de nuevo a mi madre? ¿Vendría ella para llevarnos a mí y Rosalind por el pasillo central, en medio de la anticuada sensación de seguridad que brindaba la capilla con su oscuridad? No, el recuerdo superaba a la in[v]entiva de ese ser.

El recuerdo era demasiado terrible, demasiado doloroso. El recuerdo de ella pero no aquí, en este lugar sagrado, en los tiempos felices, antes de que fuera envenenada como la madre de Hamlet, no; el recuerdo de cuando estaba ebria, tendida sobre un colchón quemado, su cabeza a escasos centímetros del agujero en llamas. Eso es lo que vi, y Rosalind y yo yendo y viniendo con cacerolas de agua, y la hermosa Katrinka, con sus rizos amarillos y sus

inmensos ojos azules, de apenas tres años, contemplando muda a su madre, mientras la habitación se llenaba de humo.

Ésta no te la perdono.

Estaba inmerso en el concierto. Yo expresamente llené la capilla de luces, expresamente imaginé la concurrencia hasta llegaron a ser las personas, tenían que serlo, las mismas personas que me resultaban conocidas. Eso lo hice mientras lo miraba fijo pero él era demasiado poderoso para mí.

Mentalmente yo era una niña que se aproximaba al comulgatorio. "¿Qué hacen con las flores después de que nosotras las dejamos allí?" Rosalind quería encender una vela.

Me puse de pie.

La concurrencia se sentía magnetizada por él. Era tal el embrujo que sentían por su persona que yo pasaba inadvertida. Salí del banco, le di la espalda al violinista, bajé la escalinata de mármol y me alejé de su música, que nunca cejó sino que se volvió cada vez más encendida, como si creyera que con ella podía incendiarme, maldito sea.

Cigarrillo en mano Lacomb, que se hallaba apoyado contra la verja, se incorporó, y regresamos caminando de prisa casi a la par. Yo alcanzaba a oír la música. Miré expresamente las lajas del suelo. Si mi mente se dejaba ir, volvía a ver el mar, la espuma. Lo vi en repentinos estallidos de colores intensos; esa vez también lo oí.

Al mismo tiempo que caminaba oía el mar, lo veía y veía la calle ante mis ojos.

-¡Vaya más despacio, patrona, que se va a tropezar y me va a hacer romper el alma! -dijo Lacomb.

Un aroma tan puro. El mar y el viento juntos engendran el aroma más puro y bello, y sin embargo, todo lo que subyace bajo la superficie del mar puede despedir el hedor de la muerte si uno lo arrastra hasta la arena de la orilla.

Imprimí velocidad a mi paso, contemplando minuciosamente los ladrillos rotos y las malezas que crecían entre ellos.

Llegamos, gracias a Dios, hasta mi luz, mi garaje, pero no había allí un portón abierto. Ya no existía más, habían retirado el portón de mi madre, el viejo portón de madera pintado de verde, empotrado en el arco de mampostería que ella atravesó para encaminarse directamente a su muerte.

Me quedé inmóvil. Aún alcanzaba a oír la música, aunque lejana. Estaba adaptada para oídos humanos que se encontraran cerca, y él parecía aceptar eso gracias a alguna regla de su naturaleza que a mí me agradó descubrir, aunque me habría gustado más comprender lo que significaba.

Caminamos hasta la avenida y llegamos hasta el portón del frente. Lacomb lo abrió y lo sostuvo para que yo pasara, sostuvo el pesado portón que siempre se caía hacia adelante y podía golpearlo a uno hasta dejarlo tendido en el suelo. Nueva Orleáns aborrece las líneas de plomada.

Subí los escalones y entré en la casa. Lacomb seguramente quitó la llave a la puerta, pero no me di cuenta. Le dije que me quedaría a escuchar música en la habitación del frente, que cerrara todas las puertas.

Él conocía esa costumbre mía.

-¿No le gusta su amigo, el de allá? -preguntó con voz gruesa, uniendo tanto las palabras una con otra como en un almíbar, que demoré un instante en entenderle.

-Me gusta más Beethoven.

Pero la música *de él* me llegaba a través de las paredes. Ya había dejado de tener elocuencia, carecía de una acuciante significación. Era un zumbido de avispas en el cementerio.

Se cerraron las puertas que daban al comedor. Se cerraron las que daban al hall. Revisé los discos que habían sido puestos en perfecto orden alfabético.

Solti, la *Novena* de Beethoven, segundo movimiento.

En un instante lo puse en el aparato, y los címbalos ahogaron totalmente el sonido del violinista. Subí el volumen al máximo cuando llegó la conocida marcha. Beethoven, mi capitán, mi ángel de la guarda.

Me tendí sobre el piso.

Las arañas de esas habitaciones eran pequeñas, y no tenían adornos dorados como las de cristal de Baccarat del vestíbulo y el comedor. Eran, simplemente, de vidrio y cristal. Era un placer estar acostada en el piso limpio, mirar hacia arriba y ver una araña que sólo tenía lamparillas en forma de vela de baja potencia.

Con la música logré borrarlo a él. La marcha seguía sin cesar. Oprimí el botón que le indicaba al aparato que repitiera, pero sólo esa banda del disco. Cerré los ojos.

¿Qué quieres recordar? Datos triviales, tonterías, rasgos de humor.

En mi juventud, constantemente soñaba despierta escuchando música, ¡y veía el tipo de imágenes propias de él! Veía a personas, cosas, situaciones dramáticas, y me posesionaba tanto, que terminaba casi apretando los puños mientras la escuchaba.

Pero ahora no. En este momento era sólo la música, el enérgico ritmo de la música, y cierto entregarme a la idea de escalar la eterna montaña en el eterno bosque, pero no una visión. Envuelta en una sensación de seguridad dentro de la canción impetuosa e insistente, cerré los ojos.

Él no demoró.

Puede ser que me haya quedado una hora allí tendida.

Atravesó las puertas trancadas con llave y apareció en un instante, al tiempo que las puertas temblaban tras él, que traía el hermoso violín y el arco apretados en su mano izquierda.

-¡Me dejaste plantado! -exclamó.

Su voz se elevó hasta tapar el sonido de Beethoven. Luego él vino hacia mí dando pisadas fuertes y amenazadoras.

Me incorporé apoyándome en los codos y me senté. Tenía la visión borrosa. La luz se reflejaba sobre su frente, sobre sus cejas oscuras y prolijas que formaban una línea muy nítida, mientras él me lanzaba dardos con la mirada entrecerrando los ojos, con el aspecto más hostil que jamás le haya visto a ser alguno.

La música avanzó hasta cubrirlo, tanto a él como a mí. Dio una patada al aparato. La música vaciló, atronó. Entonces arrancó el enchufe de la pared.

-¡Ah, qué astuto! -dije antes de que se abatiera sobre nosotros el silencio. Apenas si pude ocultar una sonrisita victoriosa.

Vi que jadeaba como si hubiera estado corriendo, o a lo mejor era sólo el esfuerzo de convertirse en un ser material, de tocar ante espectadores, de atravesar, invisible, las paredes y luego presentarse vivo, en su espeluznante esplendor.

-Sí -respondió lanzándome una mirada despreciativa, con el pelo castaño que le colgaba, lacio, a ambos lados de la cara. Se le habían desarmado las trencitas, y los mechones se le mezclaban con otros más largos, sueltos y brillosos.

Me acometió con todos sus poderes para atemorizar, pero sólo consiguió hacerme recordar la belleza de un viejo actor. Sí, con su nariz aguileña y sus ojos subyugantes tenía el oscuro atractivo del Olivier de antaño en la versión cinematográfica de una obra de Shakespeare, Olivier como el jorobado, deforme y maligno rey Ricardo III. Irresistible, un simpático truco en pintura, ser feo y bello a la vez.

Una vieja película, un viejo amor, vieja poesía que no ha de olvidarse jamás. Me reí.

-¡No soy jorobado ni deforme! -exclamó-. ¡Y no estoy representando un papel para ti! ¡Estoy aquí, contigo!

-¡Eso parece! -respondí. Me erguí, tironeando la falda para taparme las rodillas.

-¿Parece? -Utilizó las palabras de Hamlet para burlarse de mí:

-"¡Parece señora! ¡No; es! ¡Yo no sé parecer!"

Librodot

-Te agobias demasiado. Tu talento es para la música. ¡No cedas ante la desesperanza! -le respondí, utilizando palabras tomadas más o menos de la misma obra.

Sosteniéndome de la mesa me puse de pie, y él vino hecho una furia hacia mí. Casi me echo atrás, pero me mantuve aferrada a la mesa, sin dejar de mirarlo.

-¡Fantasma! ¡Tenías a un mundo entero de seres vivos mirándote! ¿Qué vienes a hacer aquí siendo que puedes tener todos esos ojos y oídos?

-¡No me hagas enojar, Triana!

-Ah, veo que conoces mi nombre.

-Tanto como tú -dijo. Se volvió hacia la izquierda y luego a la derecha. Se encaminó a las ventanas, hacia el eterno bailoteo de luz proveniente del tránsito tras los pájaros de encaje.

-No te voy a ordenar que te marches -dije.

Dándome la espalda aún, levantó la cabeza.

-¡Estoy demasiado sola, demasiado fascinada por tu presencia! -confesé-. Cuando era chica, al ver un fantasma tal vez habría huido corriendo, a los gritos, y lo hubiera creído posible con una mentalidad católica totalmente supersticiosa. ¿Pero ahora?

Él me escuchaba, nada más.

Me temblaban notablemente las manos, y eso no lo podía tolerar. Retiré un sillón de la mesa, me senté y me apoyé contra el respaldo. La araña se reflejaba formando un círculo borroso sobre el lustre de la mesa, alrededor de la cual se hallaban ubicados en posición de firme los sillones con sus aletas estilo *chippendale.*

-Ahora estoy demasiado ansiosa, desesperanzada, negligente. -Traté de que la voz me saliera firme y al mismo tiempo suave.

-No sé las palabras. ¡Siéntate aquí! Siéntate, deja el violín y dime qué quieres. ¿Por qué vienes a verme?

Nada me respondió.

-¿Sabes lo que eres?

Se acercó a la mesa, pasó el violín a la mano izquierda y apoyó la derecha lo más cerca posible de la mía. Pensé que el pelo largo que le colgaba rozaría mi rostro. No percibí aroma alguno en su ropa, ni siquiera olor a polvo.

Tragué saliva y se me borró la visión. Botones, la corbata violeta, el violín resplandeciente. Todo era fantasma: la ropa, el instrumento.

-En eso tienes razón. ¿Ahora qué soy? ¿Cuál fue el benévolo juicio sobre mí que estabas a punto de pronunciar cuando te interrumpí?

-Te pareces a los enfermos humanos. ¡Me necesitas en tu sufrimiento!

-¡Eres una puta! -Retrocedió.

-Eso no lo he sido nunca, porque no tuve el coraje. Pero tú sí estás enfermo y me necesitas -continué-. Eres como Karl. Eres como Lily en su período final, aunque sólo Dios sabe... -Me interrumpí, cambié de tema. -Eres como mi padre cuando estaba agonizando. Me necesitas. Tu tormento busca en mí un testigo. Eso te da celos y te vuelve ansioso, tanto como cualquier ser humano que se está muriendo, salvo en los últimos momentos, quizá, cuando los moribundos se olvidan de todo y ven cosas que los demás no podemos ver...

-¿Por qué piensas que ven cosas?

-¿Acaso tú no las viste? -le pregunté.

-Nunca me morí -respondió- adecuadamente, debo decir. Pero eso tú lo sabes. Nunca vi las luces tranquilizadoras ni oí cánticos de ángeles. ¡Oí disparos de armas de fuego, gritos y maldiciones!

-¿Ah sí? Qué dramático, pero claro, tú eres muy extravagante.

Se echó hacia atrás como si me hubiera permitido hurgarle el bolsillo.

-Siéntate -continué-. Me he sentado junto a muchos lechos de moribundos, y tú lo sabes. Por eso me elegiste. A lo mejor estás dispuesto a terminar con tu vida de fantasma errante.

Librodot

Giró en redondo, furioso, y se acercó a la mesa. Sí, tenía el mismo magnetismo que Olivier en aquella película vieja, toda hecha de contrastes oscuros, piel blanca y una tremenda malignidad. ¡Tenía la misma boca alargada, pero más carnosa!

-¡Deja de pensar en aquel otro hombre! -murmuró. -Es una película, una imagen.

-Sé lo que es, ¿o me crees tonto? Mírame. ¡Estoy aquí! La película es vieja, el realizador ya murió, el actor también, volvió al polvo, pero yo estoy contigo.

-Sé lo que eres, ya te lo dije.

-¿Qué quieres exactamente que te diga, entonces? -Inclinó la cabeza hacia el lado, se mordisqueó el labio y envolvió con ambas manos el arco y el mango del violín.

Estaba a unos pocos pasos de mí. Vi la madera con más nitidez, el bello laqueado. Un Stradivarius. Habían pronunciado esa palabra, y allí estaba él, sosteniendo en la mano ese instrumento siniestro y sagrado, sosteniéndolo simplemente, permitiendo que sobre él cayera la luz y bailoteara subiendo y bajando por sus curvas, como si el objeto tuviese vida.

-¿Sí? -dijo-. ¿Quieres rozarlo con tus dedos o escucharlo? Sabes perfectamente que no puedes tocar música con él. ¡Ni siquiera un Stradivarius enmendaría tus terribles fallas! Si lo intentaras, lo harías chillar y hasta deshacerse de la rabia.

-Quieres que yo...

-De ninguna manera. Lo único que pretendo es recordarte que no tienes talento para esto, sino sólo un anhelo, una codicia.

-¿Eso es lo que es: una codicia? ¿Era codicia lo que quisiste implantar en el alma de quienes fueron a escucharte en la capilla? ¿Una codicia que te proponías alimentar? Piensas que Beethoven...

-No hables de él.

-Claro que lo haré. ¿Crees que fue codicia lo que forjó...?

-¡No me estoy por morir! -aseveró. Retiró un sillón y se sentó enfrente. -Me vuelvo más fuerte cada minuto que pasa, cada hora, cada año.

Se arrellanó en su asiento, por lo cual un metro veinte de madera lustrada se interpuso entre nosotros.

Quedó dando la espalda a las intermitentes cortinas de la ventana, pero la bruma opaca de la araña dejaba ver su cara entera, demasiado joven como para que alguna vez hubiera sido un rey malvado en alguna obra de teatro, de repente demasiado apesadumbrada como para que yo disfrutara mirándola.

Sin embargo, tampoco podía apartar mis ojos.

Lo observé. Él me lo reveló.

-En definitiva, ¿qué es? -le pregunté.

Dio la impresión de tragar saliva con la misma seguridad que un ser humano, volvió a morderse el labio y luego apretó los labios en gesto de disciplina.

-Es un dueto -dijo.

-Entiendo.

-Yo debo tocar y tú escuchar, y tú debes sufrir, perder el juicio o hacer lo que sea que mi música te impulse a hacer. Vuélvete idiota si quieres, enloquécete como Ofelia en su obra preferida. Vuélvete chiflada como el propio Hamlet. Total, a mí no me importa.

-Pero es un dúo.

-Sí, sí, ésa es la palabra apropiada, dúo, no dueto, porque solamente yo produzco la música.

-No es así. Yo la alimento, y tú lo sabes. En la capilla, te diste un festín conmigo y todos los presentes, y no te alcanzaban todos los demás, y volviste a dirigirte a mí, y despiadadamente me produjiste imágenes que no significaban nada en absoluto para ti, me destrozaste el corazón con el desenfreno de un delincuente común en tu deseo de producir sufrimiento. Sobre el sufrimiento nada sabes, pero lo necesitas. Eso es un dueto tanto como un dúo. Es música hecha por dos, eso es lo que es.

-Dios santo, tú sí que tienes labia, por más que en el plano musical seas una boba, siempre lo fuiste; te gusta zambullirte en las aguas profundas del talento de otras personas y revolcarte en el piso con tu Pequeño Genio, con el Maestro, con ese demente ruso, Tchaikovsky. Y cuánto placer te produce la muerte, sí, sí, sabes que es verdad. Necesitabas todas esas muertes, las necesitabas.

Hablaba con verdadera pasión, lanzándome dardos con la mirada, abriendo sus ojos profundos en el momento preciso para dar realce a sus palabras. Era, o había sido, mucho más joven que Olivier en el papel de Ricardo III.

-No seas tan estúpido -dije, serena-. La estupidez no le sienta a un ser que no puede poner como excusa el hecho de ser mortal. Yo aprendí a convivir con la muerte, a olerla, a tragarla, a limpiar todo luego de su lento avance, pero nunca la necesité. Mi vida podría haber sido algo totalmente distinto. Yo no...

¿Pero acaso a ella no le había hecho daño? Parecía ser muy cierto. Mi madre había muerto por mi culpa. Yo no podía ahora impedir que ella saliera por el portón del costado que no existía. No podía decir: "Papá, no podemos hacer esto, tenemos que internarla en el sanatorio, quedarnos con ella, tú y Ros vayan con Trink, que yo me quedo con mamá..." ¿Y para qué habría hecho yo eso? ¿Para que ella saliera del sanatorio como lo había hecho ya una vez, convenciendo a la gente, fingiéndose cuerda e inteligente, simpática, y volviera a casa para quedar de nuevo desvanecida en la cama, para que volviera a caerse contra la estufa, se partiera la cabeza y dejara un charco de sangre en el piso?

Dijo mi padre: "Dos veces le prendió fuego a su cama... no podemos dejarla aquí...". "¡Katrinka está enferma, la van a operar, te necesito!"

¿A mí?

¿Y qué quería yo? Que ella, mi madre, muriera, que terminara su enfermedad, su sufrir, su humillación, su padecimiento. Ella lloraba.

-¡No lo voy a aceptar! -exclamé, estremecida entera-. Lo que estás haciendo es mezquino y ruin. Invades mi mente buscando cosas que no te hacen falta.

-Cosas que viven deambulando por tu mente -respondió con una sonrisa. Se lo veía vivaz, francamente juvenil, sin arrugas, sin uso. Seguramente había muerto en su juventud.

Puso una mirada ceñuda.

-Eso es un disparate -dijo-. Hace ya tanto tiempo que morí, que no hay en mí nada que sea joven. Me convertí en esto, esta "cosa", según me describiste en tu mente esta misma noche, cuando no podías soportar la gracia ni la elegancia que veías; me convertí en esta "cosa" abominable, este espíritu, cuando tu guardián, tu magnífico artista sinfónico, se hallaba vivo y era mi maestro.

-No te creo. Hablas de Beethoven. Te odio.

-¡Él fue mi maestro! -se indignó. Y lo decía en serio.

-¿Eso fue lo que te condujo hasta mí, el hecho de que yo lo amara?

-No, no necesito que lo ames, que vivas el duelo por tu marido ni que desentierres a tu hija. Y pienso ahogar el sonido del maestro, pienso ahogarlo con mi música antes de que hayamos terminado, hasta que ya no puedas oírlo más mediante un aparato, a través de la memoria ni de sueños.

-Ah, qué amable. ¿Lo querías tanto como me quieres a mí?

-Sencillamente quise dejar en claro que no soy joven. Y no me vas a hablar de él con aire posesivo y de superioridad. Aparte, lo que yo amaba no te lo pienso decir.

-Bravo. ¿Cuándo dejaste de aprender? ¿Cuando perdiste la carne? ¿El cráneo se te volvió más grueso al convertirse en cráneo de fantasma?

Se echó hacia atrás, sorprendido.

Igual me sentí yo, o más o menos, pero mi propia anda-nada de palabras solía atemorizarme. Eso me había sucedido durante años y años, desde que empecé a beber.

Cuando bebía, solía pronunciar discursos de ese tipo. No podía siquiera recordar el sabor del vino o la cerveza, y tampoco sentía deseos de beber. Lo que añoraba era el estado de

Librodot

conciencia, e incluso mis sueños lúcidos, sueños en los cuales yo deambulaba como el sueño del palacio de mármol, sabiendo que soñaba, pero igualmente allí, soñando aún, en el mejor de ambos mundos.

-¿Qué quieres que haga? -preguntó.

Levanté la vista. Yo estaba viendo otras cosas, otros lugares. Posé mis ojos en su rostro. Me dio impresión de ser sólido como cualquier objeto de la habitación, aunque totalmente animado, querible, envidiable.

-¿Qué quiero que hagas? -pregunté con aire burlón-. ¿Qué significa esa pregunta? ¿Qué quiero yo?

-Dijiste que ansiabas mi compañía. Bueno, yo ansío la tuya, pero soy capaz de dejarte ir. Puedo seguir avanzando...

-No.

-No, claro que no -dijo con una sonrisita fugaz que en el acto se le borró. Parecía muy serio, y sus ojos se agrandaron al serenarse. Sus cejas eran perfectas, muy negras y enarcadas, de modo que le daban una expresión bella e imperiosa.

-De acuerdo, viniste a mí -dije-. Te presentas como algo que yo podría invocar: un violinista, precisamente lo que quise ser con todo mi corazón, tal vez lo único que intenté ser de alma. Tú te presentas; no eres una creación mía. Provienes de algún sitio, tienes apetitos, necesidades y exigencias. Te enfurece no poder enloquecerme, y al mismo tiempo te sientes atraído por la misma complejidad que te derrota.

-Lo reconozco.

-Bueno, ¿qué piensas que sucederá si te quedas? ¿Crees que me voy a dejar hechizar para que me arrastres a todas las tumbas sobre las cuales puse flores? ¿Crees que voy a permitir que me arrojes a la cara a Lev, el marido que perdí?

Sí, sé que llevaste obligadamente mis pensamientos hacia él en estas últimas horas, como si él estuviera muerto igual que los demás, mi Ley... él *y* su mujer, Chelsea, *y* sus hijos. ¿Supones que lo voy a permitir? Debes querer una lucha terrible. Tienes que prepararte para la derrota.

-Podrías haber conservado a Lev -murmuró, pensativo-. Eras demasiado orgullosa. Pero tuviste que ir y decirle: "Sí, cásate con Chelsea." No podías ser traicionada. Tenías que ser condescendiente, sacrificada.

-Chelsea llevaba en su vientre un hijo de él. -Chelsea quería abortarlo.

-No, y tampoco lo quería Lev. Y nuestra hijita se había muerto, y Lev amaba al niño *y a* Chelsea, *y* Chelsea lo amaba a él.

-Entonces, muy dignamente entregaste a ese hombre al que amabas desde que era jovencito, y te sentiste ganadora, la directora de la obra teatral.

-¿Y qué? Él se fue y es feliz. Tiene tres hijos varones, uno muy alto y rubio y dos mellizos, y están en fotos por toda esta casa. ¿Las viste en el dormitorio?

-Las vi. También las vi en el pasillo, al lado del viejo retrato color sepia de tu santa madre, cuando era una hermosa niña de trece años, con sus flores de graduación y su pecho plano.

-De acuerdo, ¿entonces qué hacemos? No voy a permitir que me hagas esto.

Se dio vuelta hacia un costado y emitió una especie de zumbido. Levantó el violín de su falda y lo apoyó cuidadosamente sobre la mesa, con el arco a su lado, y se quedó sosteniendo el mango con la mano izquierda. Sus ojos se elevaron lentamente hacia el cuadro de flores pintado por Lev, que colgaba en la pared, arriba del diván, el cuadro obsequiado por Lev, mi marido, el poeta, pintor y padre de un hijo alto de ojos azules.

-No, no pensaré en eso -dije.

Miré fijamente el violín. ¿Un Stradivarius? ¿Beethoven su maestro?

-¡No te burles de mí, Triana! Fue mi maestro, como también lo fue Mozart siendo yo niño, muy niño, de modo que casi ni lo recuerdo. ¡Pero el gran Maestro me enseñó!

Tenía las mejillas encendidas.

-No sabes nada de mí -continuó-. No sabes nada del mundo del cual fui arrancado. Tus bibliotecas están llenas de estudios sobre ese mundo, sus compositores, sus pintores, los constructores de sus palacios, sí, incluso el nombre de mi padre, mecenas de las artes, generoso mecenas del gran Maestro, y sí, el gran Maestro fue mi profesor.

Se interrumpió y miró hacia otro lado.

-Entonces yo debo sufrir y recordar, pero no tú -dije-. Entiendo. Alardeas como tan a menudo hacen los hombres.

-No, no entiendes nada. Sólo te quiero a ti, nada menos que a ti, que adoras esos nombres como si fueran santos -Mozart, Beethoven-, ¡quiero que sepas que los conocí! ¡Y no sé dónde están ahora! ¡Estoy aquí, contigo!

-Sí, es tal cual lo has dicho y lo he dicho yo, ¿pero qué debemos hacer? Sabes que puedes pescarme desprevenida mil veces, pero no volveré a sumergirme en esto. Y cuando sueño con las olas, con el mar, ¿sueño lo que tú...?

-No hablemos de tu sueño.

-¿Por qué? ¿Porque es una manera de entrar en tu mundo?

-Yo no tengo mundo. Estoy perdido en el tuyo.

-Tenías uno, tienes historia, tienes a tus espaldas una serie de acontecimientos conectados, ¿verdad?, y ese sueño proviene de ti porque yo nunca he visto esos lugares.

Hizo tamborilear los dedos sobre la mesa y agachó la cabeza en actitud de pensar.

-Recuerdas -dijo maliciosamente, mirándome hacia arriba y sonriendo pese a que era mucho más alto, dejando que sus cejas se ocuparan de ser ominosas al tiempo que mantenía su voz ingenua y su boca delicada-. Recuerdas que, luego de morir tu hija, tenías una amiga de nombre Susan...

-Tuve muchas amigas luego de morir mi hija, buenas amigas, y de hecho había cuatro que se llamaban Susan o Suzanne, o bien Sue. Estaba Susan Mandel, antigua compañera mía de colegio; Susie Ryder, que vino a brindarme solaz y luego se convirtió en aliada mía. También estaba Suzanne Clark...

-No, ninguna de ésas. Lo que dices es verdad... muchas veces has conocido a mujeres con nombres repetidos... ¿Recuerdas a las Anne de tus años universitarios? Eran tres, y cómo bromeaban con el hecho de que te llamaras Triana, que significa tres Anas. Pero no quiero hablar de ellas.

-¿Por qué habrías de hacerlo, si los recuerdos son sólo placenteros?

-¿Dónde están ahora esas amigas, especialmente la cuarta... Susan?

-Estás perdiendo mi interés.

-De ninguna manera. Te tengo tan aferrada a mí como cuando toco música.

-Sensacional. Sabes que es una palabra antigua.

-Desde luego.

-¡Y eso es lo que eres, puesto que produces todas estas sensaciones intensas en mí! Pero vamos, por qué no hablas con propiedad, a qué Susan te refieres, pues ni siquiera...

-La sureña, pelirroja, la que conocía a Lily...

-Ah, esa Susan, una amiga de Lily Vivía en el piso de arriba. Tenía una hija de la edad de Lily...

-¿Por qué no me hablas sobre eso? ¿Por qué te enoja? ¿Por qué no me lo cuentas? Esa mujer amaba a Lily. A tu hija le encantaba subir a su departamento, estar con ella, ponerse a dibujar, y esa mujer, años después de morir Lily, cuando ya vivías aquí, en Nueva Orleáns, te escribió una carta en la que te decía que tu hija había renacido, que se había reencarnado, ¿lo recuerdas?

-Vagamente. Es un placer pensar en eso y no en la época en que ambas estaban juntas, puesto que una está muerta, y la carta me pareció absurda. ¿Renace la gente? ¿Me vas a contar secretos de esa índole?

-Nunca, y más que eso no sé. Mi existencia es una continua estrategia. Lo único que sé es que estoy aquí, y que eso nunca termina, y que aquellos a quienes amo u odio mueren pero

Librodot

yo permanezco. Eso es lo que sé. Y nunca se me ha presentado un alma ante mis ojos diciendo ser la reencarnación de alguien que me hubiera hecho sufrir... ¡a mí!

-Continúa, te escucho.

-Recuerdas a aquella Susan y lo que ella te escribió.

-Sí, que Lily había renacido en otro país. ¡Ah! -me detuve horrorizada. -Eso es lo que me haces ver en el sueño, un país donde nunca he estado, donde se encuentra Lily... ¿Eso es lo que quieres hacerme creer?

-No. Sólo quiero echarte en cara que nunca fuiste a buscarla.

-Ah, nuevamente trucos... veo que tienes miles. ¿Quién te hizo daño? ¿Quién disparó las armas de fuego que te causaron la muerte? ¿No me lo quieres contar?

-Del mismo modo que Lev te contó que durante la enfermedad de Lily estuvo con una jovencita tras otra para consolarse, el padre de una hija que se moría...

-Eres un demonio inmundo. No voy a rivalizar en lenguaje contigo. Sí, estuvo con esas jovencitas brevemente y sin amor, y yo bebía. ¿Que engordé? Y bueno. Pero esto no tiene sentido, ¿o acaso es esto lo que quieres? No existe el día del juicio final. Ya no creo en eso. Y cuando dejé de creer en eso también dejé de creer en la confesión o la legítima defensa. Vete. Voy a volver a encender el tocadiscos. ¿Qué harás? ¿Piensas romperlo? Tengo otros. Puedo cantar Beethoven. Sé cantar el *Concierto para* violín de memoria.

-No te atrevas a hacerlo.

-¿Acaso hay música grabada esperándote en el infierno?

-¿Cómo habría de saberlo, Triana? -preguntó con repentina suavidad-. ¿Qué sé yo lo que tienen en el infierno? Ya ves cuáles son las circunstancias de mi perdición.

-Creo que mientes. Te pusiste celosa.

-¿De qué podía estar celosa? ¿De que una vieja amiga hubiera perdido la razón? Hacía años que no veía a Susan; tampoco sé dónde está ahora...

-Pero sentías celos, te consumía la indignación, estabas más celosa de ella de lo que estuviste de Lev y sus jovencitas.

-Esto tendrás que explicármelo.

-Con gusto. ¡Sufrías enormemente de envidia porque tu hija reencarnada se manifestó ante Susan y no ante ti! Eso fue lo que pensaste. No podía ser cierto porque claro, ¿cómo podía ser que el vínculo entre Lily y Susan fuera más fuerte? Sentías cólera, orgullo, el mismo orgullo que te hizo renunciar a Lev cuando él no sabía lo que hacía, cuando él no podía aguantar tanto dolor, cuando...

No le respondí.

Tenía toda la razón del mundo.

En aquel momento me atormentó la idea de que alguien pudiera reivindicar un contacto tan estrecho con mi hija muerta, que Susan, con su mente aparentemente perturbada, imaginara que Lily reencarnada había confiado en ella y no en mí.

Tenía razón. Qué tontería. Y cuánto quería Lily a Susan. ¡Ah, el vínculo que las unía!

-O sea que te juegas otra carta. ¿Y qué? -Estiré la mano para tocar el violín. Él no lo soltó; por el contrario, lo sostuvo con más fuerza.

Acaricié el violín pero él no me permitía moverlo. Me controlaba. Sentí el objeto como algo real, magnífico, lustroso y bello por derecho propio, sin que emanara de él una sola nota de música. Ah, rozar con mis dedos un violín tan bello y antiguo.

-Es un privilegio, supongo -dije amargamente. No pienses en Susan y en esa historia que contó sobre Lily reencarnada.

-Sí, es un privilegio... pero te lo mereces.

-Me parecen mucho mejores que el fuego eterno, si me lo preguntas. Pero pienso seguir poniendo la música de mi guardián Beethoven cuando se me ocurra, y cantar lo que recuerde, aun cuando destroce tono, clave y melodía...

Se inclinó hacia adelante en gesto tímido; antes de poder recobrar mis fuerzas, yo bajé los ojos. Miré la mesa y sentí en mí un gran padecimiento que se elevaba hasta hacerme difícil

respirar. El violín. Isaac Stern en la sala de conciertos, mi certeza infantil de que yo podía alcanzar semejante grandiosidad...

No, no hagas esto.

Miré el violín, estiré una mano. Él no se movió. Yo no podía cubrir el metro de ancho de la mesa. Me levanté, di la vuelta y fui hasta el sillón contiguo al suyo.

Me observaba todo el tiempo, manteniendo expresamente la misma postura como si pensara que yo tenía intenciones de hacerle algún truco. A lo mejor las tenía, pero todavía no se me ocurrían trucos, nada que valiera la pena intentar.

Rocé con mis dedos el violín.

Él tenía un aire de ser superior, hermoso.

Me senté enfrente, y él retiró su mano derecha de modo que yo pudiera tocar el violín. Más aún, me acercó levemente el instrumento, sin soltar aún el mango y el arco.

-Stradivarius -dije.

-Sí. Uno de los muchos que alguna vez toqué, apenas uno de muchos, y ahora es un fantasma tanto como lo soy yo, un espectro como yo. Pero es fuerte. Él es él y yo soy yo. Es un Stradivarius en este mundo tanto como lo fue en la vida. -Lo miró con expresión de cariño.

-Podríamos decir que hasta cierto punto morí por él. -Me miró. -Después de recibir la carta de Susan, ¿por qué no saliste a buscar el alma renacida de tu hija? -me preguntó.

-Porque no creí en la carta. La tiré. Me pareció una tontería. Sentí pena por Susan, pero no le pude contestar.

Sus ojos adquirieron luminosidad. Su sonrisa era socarrona.

-¿Eso a qué se debe?

-A que amas el sonido del violín quizá más que todo otro mortal para quien alguna vez yo lo toqué.

-¿Incluso Beethoven?

-Él era sordo, Triana -me respondió con un murmullo.

Me reí en voz alta. ¡Claro, Beethoven era sordo! Todo el mundo lo sabía, como sabía que Rembrandt era holandés o que Leonardo da Vinci era un genio. Me reí con soltura.

-Qué divertido que me haya olvidado.

A él no se lo veía divertido.

-Déjame tenerlo en mis manos.

-No.

-Pero acabas de decir...

-¿Qué importa lo que haya dicho? El privilegio no se extiende tanto. No puedes tenerlo, no puedes tocarlo, y se acabó. ¿Crees que permitiría que un ser como tú pulsara siquiera las cuerdas? ¡Ni lo intentes!

-Tienes que haberte muerto indignado.

-Así es.

-Y tú, el discípulo, ¿qué pensabas de Beethoven, aunque él no te podía oír tocar, qué pensabas tú de él?

-Lo adoraba -susurró-. Lo adoraba como lo adoras tú mentalmente sin haberlo conocido, sólo que yo sí, y ya era un fantasma antes de que él muriera. Vi su tumba. Cuando entré en ese viejo cementerio pensé que volvería a morirme de pesar, del horror de que él hubiera muerto, que hubiera una lápida en su lugar... pero no pude.

Había perdido por completo la mirada de despecho.

-Y se produjo de manera tan rápida. Así suceden las cosas en este reino -rápidamente-, o bien se prolongan y parecen eternas. Se me habían pasado varios años en una especie de nebulosa. Mucho después me enteré de su magnífico sepelio escuchando las charlas de los vivos, de cómo habían transportado por las calles el ataúd de Beethoven. Ah, Viena ama los grandes entierros, los ama, y ahora mi maestro tiene su propio monumento. -Su voz se fue acallando hasta llegar casi al silencio. -Cómo lloré ante esa vieja tumba. -Cavilante, apartó la mirada, pero en ningún momento su mano soltó el violín.

Librodot

"¿Recuerdas que cuando murió tu hija querías que el mundo lo supiera?

-Sí, que se detuviera, que se tomara un segundo para reflexionar... cualquier cosa.

-Y tus amigos de California no pudieron soportar sentados una simple misa de difuntos, y la mitad de ellos perdió de vista al coche fúnebre en la autopista.

-¿Y qué?

-Bueno, el Maestro que tanto amas tuvo el sepelio que tú tanto deseabas.

-Sí, y él es Beethoven, y tú lo conocías y yo lo conozco. ¿Pero qué es Lily? ¿Lily qué es? ¿Polvo?

Parecía afable, arrepentido.

Mi voz no fue estridente ni de enojo.

-Huesos, polvo, una cara, la recuerdo perfectamente... redonda, de frente alta como la de mi madre, no como la mía, ah, la cara de mi madre -dije-. Me gusta pensar en ella. Me gusta recordar lo linda que era...

-¿Y cuando a Lily se le cayó el pelo y ella lloró?

-Hermosa aún. Eso lo sabes. ¿Eras tú hermoso cuando moriste?

-No.

Al tacto, la sensación que producía el violín era sedosa, perfecta.

-Mil seiscientos noventa fue el año en que lo fabricaron -dijo-. Antes, mucho antes de nacer yo. Mi padre se lo compró a un señor de Moscú, donde nunca he estado, ni siquiera desde entonces, y adonde tampoco iría con motivo alguno.

Miré el instrumento con cariño. En ese momento, no me importaba mucho ninguna otra cosa del mundo, ya fuese falsa, fantasmal o verdadera.

-Verdadera y espectral -me corrigió-. Mi padre se hizo hacer veinte instrumentos con Antonio Stradivari, todos ellos muy buenos, pero ninguno tanto como éste, el Strad largo.

-¿Veinte? ¡No te creo! -reaccioné. No sé por qué lo dije. Por enojo.

-Por celos, porque no tienes talento -agregó él. No estaba muy definido. No sabía si me odiaba o me amaba; lo único que sabía era que me necesitaba.

-No a ti -me retrucó- sino simplemente a alguien.

-¿Alguien que ame este violín, que sepa que se trata del "Strad largo" que el anciano Stradivari fabricó casi al final de su vida, cuando se había apartado de la influencia de Amati? -le pregunté.

Su sonrisa fue tenue y triste; no, peor aún, más profunda, llena de rencor, ¿o acaso de agradecimiento?

-Perfectas aberturas acústicas -dije con un hilo de voz respetuosamente, recorriendo con mis dedos la tapa del violín. No toques las cuerdas.

-No -dijo él-, pero puedes... seguir tocando el instrumento.

-¿Ahora eres tú el que llora? ¿Con lágrimas de verdad?

Lo dije con intención malsana, pero las palabras perdieron su fuerza. Me limité a mirar el violín y pensé qué exquisito era, qué inexplicable. Trata de contarle a alguien que nunca ha oído un violín cómo es el sonido, la voz de ese instrumento, y piensa cuántas generaciones vivieron y murieron sin haber oído nunca algo que se le pareciera.

Las lágrimas le sentaban a sus ojos enclavados en lo profundo de sus cuencas. Él no trató de contenerlas. Para mí que las fabricó de la misma manera que fabricaba toda la imagen de sí mismo.

-Ojalá fuera así de sencillo -murmuró.

-Tiene un barniz oscuro -dije, mirándolo-. Eso indica la fecha, ¿no es cierto?, y la caja está hecha en dos partes unidas, eso lo he visto, y la madera es de Italia.

-No -dijo-, aunque en muchos de los otros sí lo era. -Para poder hablar tuvo que aclararse la garganta, o lo que se parecía a ella. -Es el Strad largo, sí; en eso tienes razón. Lo llaman *stretto lungo.*

Hablaba con aire sincero, casi amable.

-Todo ese conocimiento que almacenas en tu cabeza, todos esos detalles que sabes sobre Beethoven y Mozart, el hecho de que llores aferrada a tu almohada cuando los escuchas...

-Te sigo. No te olvides de mi Tchaikovsky, el ruso loco, como le dices. Interpretaste muy bien su música.

-Sí, ¿pero de qué te sirvió todo eso, tu conocimiento, tu desesperado leer las cartas de Beethoven o Mozart, el minucioso estudio de los detalles sórdidos de la vida de Tchaikovsky? Aquí estás, ¿y qué eres?

-Todo ese saber me hace compañía -respondí pausada, serenamente, dejando que mis palabras le hablaran a él tanto como a mí-, más o menos como me acompañas tú. -Me incliné hacia adelante y me acerqué lo más posible al violín. La luz de la araña era débil, pero me alcanzaba para ver, a través de las aberturas acústicas, la etiqueta, el círculo, las iniciales AS y el año perfectamente escrito tal como él había dicho: 1690.

No besé el instrumento pues me pareció un capricho vulgar el solo hecho de pensarlo siquiera. Lo único que quería hacer era tenerlo en mis manos, calzarlo sobre mi hombro -hasta ahí sabía hacer-, envolverlo entre mis dedos.

-Jamás.

-De acuerdo -acepté con un suspiro.

-Paganini, cuando lo conocí, tenía dos violines hechos por Antonio Stradivari, pero ninguno tan hermoso como éste...

-¿También a él conociste?

-Sí, claro; podríamos decir que, sin proponérselo, jugó un papel muy importante en mi caída. Nunca supo qué suerte corrí, pero yo lo observé a través del oscuro velo, lo observé una o dos veces -fue lo más que pude soportar-, y el tiempo ya no tenía más una medida natural. Pero él nunca tuvo un instrumento tan bello como éste.

-Ya veo... y tú tenías veinte.

-En casa de mi padre, ya te dije. Sácale provecho a tus lecturas. Sabes cómo era Viena en aquella época. Sabes que había príncipes que poseían orquestas enteras. No seas tonta.

-¿Y tú moriste sólo por éste?

-Habría muerto por cualquiera de ellos -me contestó. Sus ojos se posaron en el instrumento. -Casi muero real-mente por todos. Yo... Pero éste era mío, o al menos eso dijimos siempre, aunque por supuesto, yo no era más que su hijo, y había muchos y yo solía tocar con todos. -Parecía estar cavilando.

-¿Realmente moriste por este violín?

-¡Sí! Y por la pasión de tocarlo. Si yo hubiera nacido siendo un idiota sin talento como tú, una persona del común como tú, me habría vuelto loco. ¡Me llama la atención que no hayas perdido tú el juicio!

En el acto pareció arrepentirse, pues me miró casi con aire de pedir disculpas.

-Pero muy pocos han escuchado nunca como lo haces tú, tengo que reconocer.

-Gracias.

-Muy pocos han comprendido como tú el lenguaje puro de la música.

-Gracias -susurré.

-Muy pocos... han anhelado nunca un espectro tan amplio. -Con cara de desconcierto clavó una mirada casi impotente en el violín.

Yo me quedé callada.

De pronto se puso nervioso y me miró.

-Y el arco -dije entonces, temerosa de que decidiera marcharse de nuevo, desaparecer por venganza-, ¿el gran Stradivari también hizo el arco?

-Quizás, aunque es dudoso. No se preocupaba mucho por los arcos, pero eso tú lo sabes. Éste podría ser suyo, sí, y seguramente conoces la madera. -Volvió a lucir una sonrisa íntima, casi de perplejidad.

Librodot

-¿La conozco? Creo que no. ¿Qué madera es? -Toqué el arco largo y ancho. -Es ancho, mucho más que los arcos modernos, o los que se usan hoy en día.

-Para obtener un mejor sonido -respondió, mirándolo-. Veo que te fijas en las cosas.

-Eso es obvio. Cualquiera lo habría notado. Seguro que el público de la capilla también reparó en que era un arco ancho.

-No estés tan segura de lo que notaron. ¿Sabes por qué es tan ancho?

-Para que la cerda de caballo y la madera no se toquen con tanta facilidad, así el sonido sale más estridente.

-Estridente -repitió con una sonrisa-. Estridente. Ah, nunca lo pensé así.

-El intérprete a menudo acomete con fuerza, y para eso es necesario un arco levemente cóncavo, ¿verdad? ¿De qué madera está hecho? Es una muy especial, pero no la recuerdo. Yo solía saber esas cosas. Dime.

-Con gusto te lo diría. Al fabricante no lo conozco, pero la madera sí, y la conocía cuando estaba vivo. Se llama pernambuco. -Estudió mi rostro como si esperara algo.

-¿Te suena la palabra?

-Sí, ¿pero qué es el pernambuco?

-Madera de Brasil. Esa madera venía sólo de Brasil en la época en que se fabricó este arco. De Brasil.

-Ah, sí.

De pronto apareció el anchuroso mar, el mar brillante y refulgente, la luna que lo alumbraba, y luego un inmenso oleaje. La imagen fue tan poderosa que borró totalmente al violinista y me inundó, pero enseguida sentí que él apoyaba su mano en la mía.

Lo vi, y vi también el violín.

-¿No recuerdas? Piensa.

-¿Qué cosa? -pregunté-. Veo una playa, un mar, olas.

-Ves la ciudad donde tu amiga Susan te dijo que tu hija había renacido -me espetó.

-Brasil... -Lo miré. -En Río, en Brasil, sí, eso decía Susan en la carta, que Lily había...

-Una persona dedicada a la música en Brasil, exactamente lo que siempre quisiste ser tú, ¿recuerdas? Lily se reencarnó como música, en Brasil.

-Ya te dije que tiré esa carta. Nunca he visto Brasil. ¿Por qué quieres que lo vea?

-¡Yo no quiero!

-Claro que sí.

-No.

-Entonces, ¿por qué lo veo? ¿Por qué me despiertas cuando veo el agua y la playa? ¿Por qué tengo ese sueño? ¿Por qué acabo de verlo hace un minuto? Yo no recordaba esa parte de la carta de Susan. No conocía lo que significaba la palabra "pernambuco". Nunca estuve...

-Estás mintiendo de nuevo, pero eres inocente. De veras no lo sabes. Tu memoria tiene algunas rasgaduras piadosas o sitios en los que la trama está muy gastada. San Sebastián es el patrono de Brasil.

Levantó sus ojos y contempló la obra maestra italiana de San Sebastián perteneciente a Karl, que había sobre la chimenea.

-Recuerda que Karl, para completar su trabajo sobre San Sebastián, quería ir a obtener las versiones portuguesas de San Sebastián que él sabía había allí, y tú le contestaste que no querías.

Me sentí dolida, incapaz de responder. En efecto, le había dicho eso a Karl, lo había desilusionado. Y él nunca se compuso lo suficiente como para hacer el viaje.

-Ah, ella se echa la culpa con tanta naturalidad -dijo-. No querías ir porque era el lugar que Susan había mencionado en su carta.

-No me acuerdo.

-Sí, claro que te acuerdas, porque yo no lo sabría si no lo sabes tú.

-No tengo la capacidad de fabricar un mar lamiendo las playas de Brasil. Tendrás que buscar algo peor, algo más específico, o bien desentenderte por completo, porque no quieres que yo lo vea, lo cual sólo puede significar que...

-Basta ya de tus estúpidos análisis.

Me eché hacia atrás.

En ese instante ganó el sufrimiento, porque no pude hablar. Karl quería viajar a Río, y yo de joven muchas veces había querido ir también, incluso más al sur, a Bolivia, Chile y Perú, esos lugares de otro mundo, y en su carta, Susan decía que Lily había renacido en Río, y había algo más, cierto fragmento, detalles...

-Las chicas -dije.

Recordé: en nuestro edificio de Berkeley, en el departamento de arriba de Susan, la hermosa brasileña y sus dos hijas, y cómo, al partir, dijeron: "Lily, nunca te olvidaremos". Había varias familias de universitarios de Brasil. Yo fui al banco, compré dólares de plata y les regalé cinco a cada una, esas niñas preciosas, de voz gruesa, gutural y al mismo tiempo suave... sí, ¡los mismos acentos del habla que oía en el sueño!

El idioma del templo de mármol era portugués.

Él, indignado, se puso de pie. Aferró el violín.

-Entrégate, sufre, ¿por qué no lo haces? Les regalaste los dólares de plata, y ellas besaron a Lily y sabían que se estaba muriendo, pero tú creías que Lily no lo sabía. Sólo después de morir tu hija, su amiga Susan, esa amiga maternal, te contó que Lily todo el tiempo sabía que se iba a morir.

-No lo permitiré, juro que no lo permitiré. -Me levanté. -Te voy a exorcizar como a un demonio vil para que no me hagas esto.

-Te lo haces tú misma.

-Te estás pasando de la raya con algún fin que te has propuesto. Recuerdo a mi hija. Ya basta. Yo...

-¿Qué? ¿Vas a tenderte con ella en una tumba imaginaria? ¿Cómo supones que es mi tumba?

-¿Tienes una?

-No sé. Nunca miré. Pero seguramente no me habrían sepultado nunca en terreno consagrado, ni me habrían puesto una lápida.

-Pareces triste y abatido como me siento yo.

-Jamás.

-Linda pareja hacemos.

Se echó hacia atrás como si me tuviera miedo, apretando el violín contra el pecho.

Oí la campanada de un reloj, uno de varios, el más sonoro quizá, proveniente del comedor. Horas enteras habíamos estado ahí, peleando.

Lo miré, y una terrible malicia se apoderó de mí, un deseo de vengarme por el hecho de que él supiera mis secretos, y encima los sacó a luz, jugó con ellos. Traté de tomar el violín.

-No -se opuso él, inclinándose hacia atrás.

-¿Por qué no? ¿Te esfumarás si el instrumento se va de tus manos?

-¡Es mío! Lo llevé conmigo a mi muerte y se queda conmigo. Yo ya no pregunto por qué. Ya no pregunto nada más.

-Entiendo. ¿Y si se rompe, si sufre algún deterioro?

-Eso no puede ocurrir.

-Yo diría que sí puede.

-Eres tonta y loca.

-Estoy cansada. Tú ya no lloras más y ahora me toca a mí.

Me alejé de él. Abrí las puertas traseras de la habitación, que daban al comedor. Pude ver a través del comedor, directamente por las ventanas de atrás de la casa, los laureles altos contra la cerca de la capilla, hojas luminosas contra las luces, que se movían como arrastradas

Librodot

por un viento, y dentro de esta casa, crujiente como era, ni siquiera me había dado cuenta de que hubiese viento. Oí cómo golpeteaba contra los vidrios, cómo se arrastraba bajo los pisos.

-Dios santo -dije. Le estaba dando la espalda, y presté atención al oír que él se me acercaba cautelosamente por detrás, como si sólo pretendiera estar cerca de mí.

-Sí, llora -dijo-. ¿Qué tiene de malo?

Lo miré. Por un momento me pareció muy humano, casi cálido.

-¡Prefiero otra música! Tú sabes que es así. Y has con-vertido a esta relación en un infierno.

-¿Crees que es posible algún vínculo mejor? -Sus palabras, su actitud parecían sinceras. -¿Que yo, en esta avanzada etapa, tan apartado de la vida, pudiera ser conquistado y caer en algo parecido al amor, quizás? No, no tengo en mi interior suficiente pasión para el amor. No desde aquella noche, desde que dejé la carne y me fui llevando conmigo este instrumento.

-Prosigue, tú también quieres llorar. Llora.

-No -se opuso, enderezándose.

Me di vuelta y contemplé las hojas verdes. De improviso se apagaron las luces.

Eso quería decir algo. Significaba determinada hora del reloj, y esa hora acababa de sonar, yen ese momento se apagaban automáticamente las luces de un lugar y se encendían las de otro.

No oí sonido alguno en la casa. Althea y Lacomb dormían. No, Althea esa noche había salido y no regresaba hasta la mañana, y Lacomb se había ido a dormir al cuarto del subsuelo para poder fumar en un sitio desde donde no me llegara el olor que me descomponía. La casa estaba vacía.

-No; estamos nosotros dos -me susurró al oído.

-¿Stefan? -Lo pronuncié como lo había hecho la señorita Hardy, con el acento en la primera sílaba. Su rostro se suavizó, se iluminó.

-Tu vida es breve. ¿Por qué no te compadeces de que éste sea mi sufrimiento eterno?

-Bueno, entonces toca para mí. Toca para mí y déjame soñar y recordar sin fastidiarte. ¿O acaso tengo que sentir odio? ¿Te bastará, por una vez en la vida, que te dedique un sufrimiento puro?

No pudo tolerarlo. Parecía un niño atormentado, como si yo lo hubiera abofeteado. Y cuando levantó la vista, sus ojos estaban vidriosos, y le temblaban los labios.

-Moriste muy joven -agregué.

-No tanto como tu hija Lily -expresó amargamente, con rencor, pero casi no logró hacer audibles sus palabras-. ¿Qué te dijeron los sacerdotes? Ella ni siquiera había llegado a la edad del uso de razón.

Nos miramos, yo teniéndola alzada en mis brazos y escuchando su hablar precoz, el ingenio y la ironía producto del dolor y de las drogas como la dilantina, que sueltan la lengua. Lily, mi hermosa, levantando una copa rodeada de amigos para brindar, con su cabecita totalmente calva, su sonrisa tan encantadora que hasta yo me sentí agradecida, agradecida de poder verlo retrospectivamente con tanta nitidez. Sí, por favor, la sonrisa. Quiero ver esa sonrisa, y oírla reír como algo que rueda alegremente cuesta abajo.

El recuerdo de estar hablando con Lev. "¡Mi hijo Christopher se ríe de la misma manera, con esa carcajada del estómago que le sale con facilidad!", me había dicho Lev en una llamada de larga distancia dos hijos atrás, estando él y Chelsea en la línea, y todos lanzamos exclamaciones de felicidad.

Lentamente crucé el comedor. Las luces de la casa estaban apagadas, como correspondía. Sólo permanecía encendido el aplique que había junto a la puerta de mi dormitorio. Pasé por allí y entré en mi cuarto.

Él venía detrás de mí, sin hacer ruido pero presente, nítido como una gran sombra que me seguía, un gran manto de oscuridad pura.

Pero luego contemplé su rostro vulnerable, su desamparo, y me dije: "Dios mío, que él no se entere, pero es como todos los demás, se está muriendo y me necesita. Esto no es un comentario hiriente para ofenderlo. Es verdad.

Perplejo, él me observaba.

Sentí el deseo imperioso de quitarme la ropa, la casaca de terciopelo que llevaba puesta, la falda de seda, quería sacarme todo lo que me constreñía. Deseaba ponerme una bata suelta, meterme entre las mantas y soñar, soñar el sueño de tumbas y de muertos, todo eso. Tenía calor y estaba desaliñada, pero en absoluto cansada, ni en lo más mínimo.

¡Me preparé para la batalla, como si por una vez en la vida pudiera ganar! ¿Pero cómo sería ganar? ¿Y acaso él sufriría? ¿Podía desear yo eso, incluso para superar a alguien tan grosero, descortés y literalmente de otro mundo?

No me puse a cavilar sobre él, ese ser joven, pero sí me di cuenta una vez más, con un vuelco del corazón, que él se hallaba ciertamente allí, que si yo estaba loca, mi locura estaba en un sitio adonde nadie podía acceder salvo él. Estábamos juntos.

Empecé a recordar algo, algo tan espantoso que no pasaba un mes de mi vida sin que lo evocara, algo que se introducía como un enorme trozo de vidrio dentro de mí, y sin embargo nunca se lo había descripto a nadie, a nadie en la vida, ni siquiera a Lev.

Temblé entera. Me senté en la cama y me recosté despacito, pero la cama era tan alta que mis pies no tocaban el piso. Me levanté y caminé, y él dio un paso atrás para dejarme pasar.

Toqué la lana de su abrigo, incluso su cabellera. Estiré el brazo y le agarré el largo pelo.

-Esto es barba de maíz, pero de color negro -dije.

-Basta, ya -exclamó él y se soltó. El pelo me resultó resbaloso, y noté que brillaba cuando salía de mi mano. Pero claro, mi mano ya estaba abierta.

Me esquivó, entró en el comedor y se alejó de mí. Luego levantó el arco. No hubo necesidad de ajustar la cerda de caballo del espectral arco de pernambuco para tocar, me pareció.

Cerré los ojos ante él y ante el mundo, pero no ante el pasado *y* el recuerdo. Este sueño era para él, éste solo... *y* tan pequeño y difícil de crear y de enfrentar, como cortarse uno la mano con vidrios...

Pero me sentí llevada a soñar. ¿Qué podía perder? Ni siquiera ese ser, esa cosa fea y trivial iba a arrastrarme hasta el borde mismo de la razón. Yo aún podía crear sueños lúcidos, y también fantasmas. Entonces, que él viniera, no más, a perseguirme.

Librodot

10

Comenzamos juntos. Me puse a divagar. Este tormento en particular es íntimo, acentuado por la vergüenza, tan envilecido que es imposible relacionarlo siquiera con la tristeza.

La tristeza.

Era la misma casa donde nos hallábamos. Él interpretaba para mí una sonata en el tono más bajo, haciendo deslizar el arco con tanta destreza en las notas graves, que tuve la impresión de que mis ojos veían una época anterior con la misma nitidez con que la veía mi mente.

Pero me encontraba en el otro lado del largo comedor.

Sentí el aroma del verano antes de que llegaran las máquinas para refrescar las casas como ésta, cuando la madera se impregnaba de ese olor tan especial a horno, cuando el mal olor de los alimentos comunes de la cocina -repollo y jamón- perduraba una eternidad. ¿Acaso había alguna casa que no tuviera olor a repollo hervido? Pero yo pensaba en casas pequeñas, las casitas sencillas de la costanera irlandesa-alemana de donde provenían mis parientes -bueno, al menos algunos- y adonde a menudo iba con mi madre o mi padre, bien agarradita de la mano, y contemplaba las aceras angostas y desnudas anhelando que hubiera árboles, anhelando las bellas y desordenadas mansiones de Barrio Jardín.

Al fin y al cabo, ésta era una casa grande; un chalet, sí, de apenas cuatro magníficas habitaciones en la planta baja, con niños que dormían en pequeñas alcobas en la buhardilla. Pero cada uno de los cuatro ambientes era amplio, y una noche, la noche que me venía a la memoria -o que íntimamente nunca podía olvidar-, la noche horrenda, imposible de compartir, el comedor que estaba entre mí y el dormitorio principal me pareció tan enorme que seguramente en ese entonces yo no tendría más de ocho años, si los tenía.

Ocho, sí, me acuerdo, porque había nacido Katrinka -una bebita que ya gateaba- y dormía en la planta alta, y en medio de la noche me asusté y quise ir a la cama de mi mamá, cosa que no era muy rara. Yo acababa de bajar la escalera.

Mi padre, que hacía tiempo había vuelto de la guerra, había empezado con sus empleos nocturnos igual que sus hermanos varones, todos los cuales trabajaban febrilmente muchas horas para mantener a sus respectivas familias, y esa noche se había ido no sé adónde, pero no importa.

Lo que sí importa es que ella había empezado a beber, y que mi abuela se había muerto, y había llegado el miedo, el dolor sordo y terrible del miedo. Yo lo conocía; sentí esa melancolía que amenazaba con consumir toda esperanza cuando bajaba la escalera y entraba en el comedor esperando ver luz en su dormitorio, porque aun si ella estaba "enferma", como decíamos, y tenía ese aliento agrio (léase: a alcohol), y dormía tan profundamente que podíamos sacudirle la cabeza y no pasaba nada, así y todo estaba tibia, y la luz se hallaba encendida. Mi madre odiaba la oscuridad; le tenía miedo.

No vi ninguna luz eléctrica. *Que tu música hable de los miedos apabullantes de una criatura, miedo de que la trama entera de las cosas se rasgara y nunca volviera a componerse.* Era posible, incluso en aquel entonces, que deseara no haber nacido; lo que pasa es que me faltaban las palabras para expresarlo.

Pero sabía que había sido zambullida en una horrorosa existencia de angustia y peligro, de deambular en una zona donde no existía el consuelo, de cerrar los ojos y desear únicamente ver el sol de la mañana, desear la compañía de los demás, de buscar solaz en el hecho de ver los faros de los autos que pasaban, luces que tenían, cada una, una forma distinta.

Bajé la angosta escalera curva y entré en este comedor.

Ahí estaba el viejo aparador negro de roble que teníamos en aquellos tiempos, tallado a máquina, bulboso y soberbio. Ése fue el que mi padre regaló al morir mi madre, diciendo que tenía que darle los muebles de ella a "su familia" como si nosotras, sus hijas, no fuéramos su

familia. Pero esta noche en particular era muy anterior a su muerte. El aparador fue un eterno hito en el mapa del espanto.

Todavía no había llegado Faye, diminuta, famélica, salida del agua negra del vientre podrido; la adorada y pequeña Faye no había llegado como algo enviado del cielo para crear sentimientos cálidos, para danzar, para distraer, para hacernos reír a todos, Faye, que podía quedarse horas tendida observando los movimientos de los árboles verdes en el viento, Faye, una niña nacida del veneno pero que ofrecía a todo el mundo una dulzura inconmensurable, siempre.

No; esto era antes de Faye, una época sin alegría, sin seguridad, tenebrosa como podía ponerse el mundo, tal vez, incluso casi más irremediable que esas cosas de las que uno se da cuenta con la edad, porque no tenía una sabiduría que me ayudara. Sentía miedo, miedo.

A lo mejor Faye ya estaba en el vientre de mamá aquella noche; podría ser. Mamá tuvo hemorragias durante todo el embarazo. ¿Sería que Faye flotaba en el mundo ciego, ebrio y contaminado, traspasado quizá por el sufrimiento? ¿Un corazón borracho late con la misma fuerza que un corazón cualquiera? ¿El cuerpo de una madre ebria es igual de tibio para un ser pequeño como un puntito, que flota, aguarda y espera, avanzando a tientas hacia un tomar conciencia de habitaciones frías y oscuras donde el miedo se yergue en el umbral? Pánico y sufrimiento unidos dentro de una niña tímida y culposa que espiaba desde el otro extremo de una habitación sucia.

Ah, la chimenea con un tallado tan minucioso de rosas en la madera rojiza, un borde de piedras, una estufa de gas apagada, capaz de chamuscar la repisa superior. Ah, las molduras de arriba, los altivos marcos de puertas magníficas, sombras arrojadas aquí y allá por el fluir del tránsito.

Una casa mugrienta, ¿quién podía negarlo? Esto era antes de las aspiradoras *y* las máquinas de lavar, *y* siempre había tierra en los rincones. Todas las mañanas, el hielero subía la escalinata transportando su reluciente carga mágica, un hombre siempre apresurado. En la heladera, la leche apestaba. Sobre la mesada de metal pintado de blanco de la cocina cruzaban las cucarachas. Toc, toc había que hacer antes de sentarse, para que huyeran. Siempre había que enjuagar los vasos antes de usarlos.

Descalzas, pasábamos sucias el verano entero. El polvo se adhería a las telas metálicas de las ventanas, que al cabo de un tiempo se herrumbraban hasta volverse color negro oscuro. Y cuando se encendía el ventilador de la ventana en verano, hacía entrar la tierra al interior de la casa. La suciedad volaba toda la noche, se adhería sin problemas de cuanta voluta y tirante hubiera, tan natural como el moho de los robles del jardín.

Pero ésas eran cosas normales; al fin y al cabo, ¿cómo podría ella haber mantenido limpias habitaciones tan grandes? Además, tenía el delirio de leernos poesía, de que no debía molestársenos con quehaceres domésticos, a nosotras sus hijas, sus genios, sus niñas absolutamente sanas. Dejaba las montañas de ropa sucia en el piso del baño y se ponía a leernos, riendo. Tenía una risa preciosa.

La magnitud de las cosas era apabullante. Así era la vida. Recuerdo a mi padre encaramado en la punta de una escalera y estirando lo más posible el brazo para pintar los techos de cinco metros de alto. Y ni hablemos del yeso que se caía. Vigas podridas en la buhardilla; una casa que año a año se hundía un poco más en la tierra, imagen que me estrujaba el corazón.

Nunca estaba todo limpio ni terminado en la casa; nunca todo como correspondía. Se juntaban moscas en los platos sucios, y algo se había quemado en la cocina. Húmedo, agrio era el aire quieto de la noche que yo atravesaba descalza, desobediente, levantándome de la cama, yendo a la planta baja, aterrada.

Sí, aterrada.

¿Y si aparecía una cucaracha o una rata? ¿Y si hubieran quedado las puertas sin llave y hubiese entrado alguien, y ella estaba ahí, borracha, y me era imposible despertarla ni levantarla? ¿Y si venía el fuego, sí, ese fuego espantoso en el que, trémula de miedo, yo no

Librodot

podía dejar de pensar, fuego como el que había quemado la vieja casa victoriana de la calle Philip y St. Charles, un incendio que parecía estar en mi mente anterior, anterior a este recuerdo, nacido de lo oscuro y de lo impropio de la casa incendiada, de nuestro mundo, nuestro mundo tambaleante en el cual, a continuación de las palabras lindas, venía el embotamiento y la frialdad, el fétido descuido; un mundo donde las cosas vivían acumulándose y formaban un universo de desorden... oh, que una casa pudiera ser tan triste y umbría como aquella vieja casa estilo victoriano, un monstruo agazapado en la esquina de esa cuadra, que resultó consumida por las llamas más enormes que jamás vi.

¿Pero cómo se podía impedir que pasara eso aquí, en estas habitaciones más espaciosas, detrás de columnas blancas y barandas de hierro? Ahí estaba la estufa de mi madre, chamuscada. Su estufa a gas, de patas anchas, se incendió, con una llamita oculta en el extremo de la cañería del gas, demasiado cerca de la pared, demasiado cerca. Yo sabía que las paredes se recalentaban por haber tantas estufas en la casa. Ya lo sabía.

No puede haber sido verano, entonces, y tampoco era invierno ¿o sí? Era el hecho de saber lo que me hacía castañetear los dientes.

En mi recuerdo y ahora, mientras Stefan tocaba música y yo sacaba a la luz ese viejo padecimiento infantil, me castañeteaban los dientes.

Stefan interpretaba una música lenta, parecida al Segundo Movimiento de la *Novena* de Beethoven, sólo que más lúgubre, como si él fuera caminando conmigo por ese parquet que no tenía lustre y al que se consideraba imposible de arreglar teniendo en cuenta las posibilidades químicas y mecánicas del período... ¿era ya 1950? No.

Vi la estufa de gas de su dormitorio hasta con el detalle de las llamas anaranjadas que me hacían arder los ojos, si bien me hallaba a una habitación entera de distancia; pensé en fuego y en tratar de sacar de allí a Katrinka, y en ella que estaba borracha, y Rosalind, ¿dónde estaba? No figuraba en la memoria ni en la fobia. Me encontraba allí sola, y sabía lo vieja que era la instalación eléctrica; a menudo ellos hablaban inconscientemente sobre ese tema en la mesa.

-En esta casa todo está tan seco -comentó mí padre una vez- que se prendería fuego como leña.

-¿Qué dijiste? -le pregunté yo.

Ella reaccionó tranquilizándonos con mentiras, pero lo cierto es que, cuando planchaba, titilaban todas las lamparitas de 60 vatios, y cuando se embriagaba, a veces se le caía el cigarrillo, o se olvidaba la plancha caliente; los cables estaban deshilachados, saltaban chispas de enchufes viejos, ¿y si había un incendio y yo no podía sacar a Katrinka de la cunita, y mamá tosía en medio del humo y no podía ayudar, tosía como estaba tosiendo ahora?

Y llegado el momento, como ambos sabemos, efectiva-mente la asesiné.

Aquella noche la oí tratando de contener la interminable tos de fumadora que nunca se le iba por mucho rato, pero que a mí me daba a entender que estaba despierta cruzando todo el largo oscuro de esta habitación, lo suficientemente despierta como para carraspear, a veces para dejarme meter bajo las mantas y acurrucarme a su lado, pese a que el día entero había dormido en trance alcoholizado, ahora ya sé que era eso, que ella... porque nunca se vestía... sencilla-mente se tendía bajo las mantas en ropa interior, con un slip rosado, nada más, sin corpiño, sus pechos pequeños y vacíos aunque a Katrinka la había amamantado durante un año. Y las piernas desnudas sobre las cuales yo extendía las mantas tenían tantas venas hinchadas como cuerdas, que no me atrevía a mirárselas. Parecía como si le dolieran esas pantorrillas con enjambres de venas hinchadas, "por haber tenido tres embarazos", según oí que le comentaba un día por teléfono a su hermana Alicia.

Al cruzar ese piso yo le temía a la desintegración, que en medio de esa oscuridad pudiera aparecer algo espantoso que me impulsara a gritar. Tenía que llegar hasta ella. No tenía que prestar atención a las llamas anaranjadas y al constante golpeteo de mi corazón por miedo al fuego, las imágenes que recurrían y giraban en redondo, la casa llena de humo como

la había visto aquella vez en que le prendió fuego al colchón y lo apagó ella sola. Tenía que llegar hasta donde estaba ella. Su tos era el único sonido en la casa, la casa que parecía mucho más vacía debido a los enormes muebles oscuros de roble, la mesa con sus cinco patas redondeadas, el espléndido aparador antiguo con sus puertas inferiores talladas y su espejo deslustrado.

De niñas, Rosalind y yo nos metíamos dentro de ese aparador, en medio de la vajilla, e incluso una o dos copas que quedaban de su casamiento. Eso era en la época en que nos permitía dibujar en las paredes y romper todo. Quería que sus hijas fueran libres. Era así como pegábamos en la pared nuestras muñecas de papel con adhesivo comprado en una tiendita de la calle Canal. Teníamos un mundo de fantasía poblado de muchos personajes: Mary, Betty Headquarters, y posteriormente Doan the Stone, que nos hacía reír a más no poder por el simple sonido de las palabras, pero eso fue mucho después.

En este recuerdo no había nadie salvo mamá *y yo... y* ella tosía en el dormitorio y yo me le acerqué en puntas de pie, temiendo encontrarla tan ebria que la cabeza le estuviera colgando y se golpeara contra el piso, y que los ojos se le pusieran como ojos de vaca en las películas, grandes y bobos, y sería un espectáculo horrendo, pero no me importaba mucho, es decir, valdría la pena si al menos yo llegaba hasta su lado y me metía en la cama con ella. No me molestaba su cuerpo, con su panza, las venas varicosas y los pechos caídos.

A menudo andaba por la casa vestida sólo con un slip y una camisa de hombre; le gustaba sentirse libre. Hay cosas que uno nunca le cuenta a nadie, jamás.

Cosas feas, espantosas, como por ejemplo cuando se sentaba en el baño a mover el vientre, dejaba la puerta abierta de par en par, abría bien las piernas y le gustaba tenernos a nosotras ahí con ella mientras leía, exhibiendo su vello púbico, sus muslos blancos, y Rosalind se quejaba: "Mamá, qué olor," y ella seguía defecando con el *Reader's Digest* en una mano y el cigarrillo en la otra, y nuestra hermosa madre de la frente alta y los ojazos castaños se reía de Rosalind, que quería salir disparando, pero luego mamá nos leía un cuento gracioso de la revista, y todas nos reíamos.

Toda la vida supe que las personas tienen una modalidad propia que les resulta más cómoda para mover el intestino: que todas las puertas estén cerradas, que no haya nadie cerca, que ninguna ventana dé a la pequeña habitación, y otras, como ella, querían tener a alguien cerca, alguien con quien hablar. ¿Por qué?

No me importaba. Si lograba llegar hasta ella podía soportar cualquier espectáculo desagradable. En medio de cualquier estado en que se hallase, ella siempre me había parecido limpia y tibia, con un pelo que le nacía de un cuero cabelludo muy blanco a través del cual yo le pasaba los dedos, una piel muy suave. Quizá la mugre que se acumulaba a su alrededor podía llegar a ahogarla, pero nunca a contaminarla.

Me acerqué hasta su puerta. Su cuarto, que ahora era mío, tenía en aquel entonces sólo una cama de hierro con un elástico pelado bajo el colchón a rayas, y de vez en cuando ella le ponía encima una delgada colcha blanca, pero casi siempre sólo sábanas y mantas. Parecía que el curso normal de la vida eran las tazas grandes para el café siempre descasca-radas, toallas raídas, zapatos con agujeros, nuestros dientes con una película verde hasta que mi padre preguntó un día: "¿Es que ninguna se lava los dientes?".

A lo mejor podía haber un cepillo dental durante un tiempo, y hasta dos o tres e incluso algo de polvo con que cepillarnos los dientes, pero después esas cosas se caían al piso, se perdían o desaparecían, y la vida seguía su ritmo cubierta por una espesa nube gris. En las piletas de la cocina, mi madre lavaba a mano como había hecho mi abuela hasta que murió.

Mil novecientos cuarenta *y* siete, cuarenta *y* ocho. Llevábamos las sábanas al jardín en una enorme canasta de mimbre. A mamá se le hinchaban las manos de tanto retorcerlas. A mí me gustaba jugar con la tabla de lavar en la pileta. Colgábamos las sábanas en la cuerda, y yo sostenía el extremo para que no cayera dentro del barro. Me encantaba correr entre las sábanas limpias.

En una oportunidad antes de morir me había dicho -y fíjate que me estoy adelantando unos siete años- que había visto un ser extraño en el jardín, en medio de las sábanas, dos pequeños pies negros, y con ojos muy abiertos insinuó que podía ser una criatura diabólica. Me di cuenta de que se estaba volviendo loca, que pronto moriría. Y efectivamente se murió.

Pero eso fue mucho antes de que yo pensara que se podía morir, pese a que mi abuela había fallecido. A los ocho años, yo creía que las personas regresaban. La muerte no me había inculcado aún el miedo atroz. Fue ella la que me infundió el miedo, tal vez, o mi padre con sus empleos nocturnos, mi padre que salía en moto a entregar telegramas luego de su horario de trabajo en el correo, o que clasificaba cartas en el American Bank. Nunca entendí del todo las tareas adicionales que hacía, pero sí sabía que lo mantenían fuera de casa, que tenía dos empleos y que los domingos salía con hombres de la parroquia y hacía caridad con niños pobres. Eso lo recuerdo porque un domingo se llevó mis lápices de colores, los únicos que yo tenía, y se los dio a un "chico pobre", y quedó tan desilusionado de mí por mi egoísmo que hizo un gesto despectivo antes de dar media vuelta y salir de casa.

¿De dónde provenían los lápices de colores en semejante mundo? ¡De muy lejos, pasando el pétreo campo de lasitud e indolencia, de una tienda a la cual yo quizá no podría arrastrar nunca más a nadie durante años y años, a comprar más lápices!

Pero él no estaba allí. La estufa era la que daba luz. Me paré en la puerta de su dormitorio. Desde allí veía la estufa. Alcancé a ver algo a su lado, algo blando, borroso, blanco y oscuro, y al mismo tiempo reluciente. Me di cuenta de lo que era, pero no por qué relucía.

Entré en el cuarto; el aire caliente allí flotaba aprisionado por la puerta y el ventilete superior, cerrado. En la cama que se hallaba a mano izquierda con el respaldo apoyado en la pared más próxima a mí, yacía ella. La cama estaba en el mismo lugar que ahora, sólo que era vieja, de hierro, y crujía, y cuando uno se metía debajo, notaba muchísima tierra en los elásticos. Algo sinceramente fascinante.

Tenía la cabeza levantada, y su pelo -aún no rapado ni vendido- era largo y le caía sobre la espalda desnuda. Tembló toda al toser, mientras la luz de la estufa dejaba ver los cordones de venas de sus piernas y el slip rosado que cubría su menudo trasero.

¿Pero qué era eso que estaba tirado peligrosamente cerca del fuego? Dios santo, iba a quemarse como las patas de las sillas que se ponían negras y chamuscadas cuando alguien las acercaba al calor y se olvidaba de ellas; además había olor a gas en el cuarto, y las llamas ardían con color naranja, y yo me encogí entera contra la puerta.

No me importó que pudiera enojarse porque yo había bajado; si me decía que me volviera a la cama no me iría, no podía hacerlo, no podía moverme.

¿Por qué relucía?

Era una toallita marca Kotex, un apósito blanco de algodón que ella usaba sujetándolo con un alfiler de gancho a su slip cuando tenía el período, y tenía un relieve en el medio porque estaba usado y lleno de sangre oscura, por supuesto, y sin embargo relucía, ¿por qué?

Me paré cerca de la cabecera de su cama, y por el rabillo del ojo la vi incorporarse. Tenía tal ataque de tos, que por fuerza debió sentarse.

-Enciende la luz -me pidió con voz de ebria-. Abre la persiana y enciende la luz, Triana.

-Pero eso -dije-, eso... Me acerqué más, señalando el apósito blanco plegado en el medio, con pegotes de sangre. ¡Estaba infestado de hormigas! ¡Por eso brillaba! ¡Dios mío, mira eso, mamá! Hormigas que lo tapaban entero, como suelen hacerlo cuando uno deja un plato a la intemperie, pululando, devoradoras, pequeñas, imposibles de matar.

-¡Mira, mamá, el Kotex está tapado de hormigas!

Si Katrinka veía eso, si Katrinka llegaba gateando y encontraba una cosa así, si alguien veía... Me aproximé más.

-Mira -le dije.

Ella no cesaba de toser. Agitó el brazo como diciendo: "Deja eso donde está", pero nadie podía dejar eso donde estaba, era un Kotex cubierto de hormigas, arrojado en un rincón

del cuarto, y estaba cerca de la estufa. Podía prender-se fuego, y a las hormigas uno las combate, porque pueden llegar a meterse por todas partes. Al viejo mundo de 1948 o 1949 uno lo cerraba herméticamente para que no entraran las hormigas, nunca les permitía que tuvieran ventaja. Ellas se comían los pájaros muertos apenas caían en el césped; se arrastraban formando una fila bajo la puerta, subían por la mesada de la cocina buscando cualquier chorreadura de miel.

-Ah -exclamé haciendo una mueca de disgusto-. Mira eso, mamá. -No me daban ganas de tocarlo.

Ella se levantó tambaleante y se me acercó por detrás. Yo me incliné señalando el apósito, frunciendo las facciones de mi rostro.

A mis espaldas, ella hacía esfuerzos por hablar, por decir "Basta, basta".

-Déjalo donde está -articuló, y tosió tanto, que me pare-ció que se asfixiaba. Luego me agarró del pelo y me abofeteó.

-Pero mamá... -dije, sin dejar de señalarlo.

Me dio otra cachetada, y otra más, y yo me encogí levantando los brazos en alto, mientras recibía una palmada tras otra en el brazo.

-¡No, mamá, no!

Caí de rodillas al piso, donde la estufa producía un intenso reflejo incluso sobre el sucio parquet con su viejo lustre, y sentí el olor a gas y vi la sangre, los restos espesos de sangre cubiertos de hormigas.

Me dio otra bofetada. Yo estiré el brazo izquierdo, grité. Amortigüé la caída, pero mi mano casi roza el apósito, y las hormigas se movían en un frenesí, corrían sobre la sangre grumosa.

-¡Mamá, no me pegues!

Giré en redondo. No quería recoger eso, pero alguien tenía que hacerlo.

La vi alta, parada a mi lado, inestable, con el slip rosa estirado sobre su vientre, los pechos que le colgaban con sus oscuros pezones, el pelo enmarañado sobre la cara, tosiendo, haciéndome gestos furiosos para que me fuera, que me marchara de allí. Después levantó la rodilla, y con su pie desnudo me dio una patada fuerte en el estómago. Fuerte.

Muy, muy fuerte.

¡Eso no me había ocurrido nunca en la vida!

No fue dolor. Fue el fin de todo.

Me faltaba el aire, no me sentía viva. No podía moverme ni respirar. Sentí el dolor en el estómago y el pecho, y no me salía la voz para gritar, y pensé que me iba a morir, sí, que me iba a morir. Dios mío, cómo hizo eso, me pateaste, quise decir, me pateaste, lo hiciste sin querer, no puede ser que lo hayas hecho a propósito, mamá. Pero no podía respirar y mucho menos hablar; me iba a morir y mi brazo rozó la estufa caliente, el hierro candente de la estufa.

Mamá me aferró del hombro. Entonces grité. Jadeaba y gritaba -y grito ahora como hice en aquel momento-, y ahí estaba el Kotex lleno de hormigas, y el dolor en el estómago, y el vómito que me subía junto con el alarido, lo hiciste sin querer, no querías... No pude levantarme.

No. ¡Termina ya con esto!

Stefan.

La voz de él, etérea y fuerte.

La casa fría del momento actual. ¿Acaso menos embrujada?

Él se hallaba, contraído, junto a la cama con pilares. Habían pasado cuarenta y seis años desde aquel día, y todos ya se habían ido a la tumba, salvo yo y la criatura de la planta alta, que llegó a sentir tanto miedo, que llegó a odiarme porque no podía ahorrarle esas cosas, y no lo hice, y él, mi invitado, mi fantasma, doblado en dos, aferrado del poste tallado de la cama de caoba.

Sí, deja que reviva todo eso, mi cubrecama de encaje, mis cortinas, yo nunca... mi madre no lo hizo a propósito, imposible... qué dolor, no podía respirar, el dolor y las náuseas, ¡no podía moverme!

El vómito.

¡No! Basta ya, dijo él.

Y enganchó el brazo derecho alrededor del poste, y colocó el violín encima del colchón grande y mullido de la cama, sobre el acolchado de plumas de ganso. Se sujetaba con ambas manos del pilar de la cama y lloraba.

-¡Ella no me cortó con un cuchillo! -exclamé.

-Ya sé, ya sé.

-Imagínala -dije-, así desnuda, lo fea que estaba, y me pateó, me pateó fuerte con el pie descalzo... estaba borra-cha... ¡y se me quemó el brazo con la estufa!

-¡Basta! -me suplicó-. No sigas, Triana. -Se llevó ambas manos a la cara.

-¿No puedes hacer música de eso? -le pregunté, acercándome-. ¿No puedes hacer algo artístico partiendo de algo tan íntimo, vergonzoso y vulgar como eso? Lloraba, como seguramente debía de haber llorado yo. El violín y su arco yacían sobre el acolchado.

Me precipité sobre la cama, manoteé ambos -violín y arco- y me alejé de él.

Quedó azorado.

Tenía la cara húmeda y blanca. Me miraba fijo. En el primer instante no entendió lo que yo había hecho; luego sus ojos se posaron en el violín, y comprendió.

Levanté el instrumento hasta mi mentón; sabía hacerlo; tomé el arco y comencé a tocar. No lo pensé, no lo planeé ni sentí miedo de hacerlo mal. Comencé a tocar, permitiendo que el arco, sostenido apenas entre dos dedos, volara rozando las cuerdas. Sentí el olor de la cerda de caballo y la resina del arco; sentí mis dedos que se movían por el mástil del violín, ahogando la vibración de las cuerdas palpitantes, y tiré intensamente de las cuerdas con el arco, y con el roce y el golpeteo de mis dedos produje una canción, una canción coherente, una danza, una danza ebria y frenética en la que las notas se sucedían tan de prisa que la mente no alcanzaba a dirigirlas, un baile diabólico, como aquella otra vez, en el picnic de hace tanto tiempo, cuando Lev bailó *y* yo toqué *y* toqué, el arco y mis dedos moviéndose sin cesar. Fue como aquello, y más también, y fue una canción, una canción enloquecida, discordante y rural, salvaje como las canciones de Escocia y las sombrías zonas montañosas, como las tétricas danzas locas de los sueños.

Se me había metido adentro... *Te quiero, mami, te quiero, te quiero, te quiero.* Era una canción, una melodía verdadera con ritmo, intensa, que salía del Stradivarius, entera, que fluía mientras yo me hamacaba hacia adelante y atrás, mientras el arco se agitaba, desmesurado, y mis dedos brincaban. Me encantó, me encantó esa canción espontánea, mi canción.

Él intentó manotear el violín.

-¡Devuélvemelo!

Le di la espalda y seguí tocando. Me quedé inmóvil; luego bajé el arco produciendo un largo gemido, e interpreté la frase más triste, lóbrega y dulce, y mentalmente la vestí, la embellecí y la vi en el parque con nosotros, con su pelo castaño peinado, su rostro tan bonito; nunca ninguna de nosotros tuvo su belleza.

Años y años giraron en torno de esto y no significaron nada mientras yo seguía tocando.

La vi llorar en el pasto. Quería morirse. Durante la guerra, cuando Rosalind y yo éramos muy pequeñas, siempre caminábamos a su lado tomadas de sus manos, y una noche quedamos por error encerradas dentro del museo oscuro del Cabildo. Ella no tuvo miedo. No estaba ebria. Estaba llena de esperanzas y de sueños. No existía la muerte. Había sido una aventura. Su rostro sonreía cuando el guardia vino a rescatarnos.

Ah, extiende el arco y deja que las notas sean graves, que vayan muy hasta lo hondo y te asusten de que algo pueda producir semejante sonido. Él intentó acercarse, ¡y le di una patada! Lo pateé tal como ella me había hecho a mí, sólo que yo levanté la rodilla y él retrocedió a los tumbos.

-¡Dámelo! -exigió, luchando por no perder el equilibrio. Seguí tocando a tanto volumen que no le oía, y volví a darme vuelta para no verlo, sólo la veía a ella, *te quiero, te quiero, te quiero.*

Decía que se quería morir. Estábamos en el parque, y yo era muy jovencita y ella estaba por arrojarse al lago. En ese lago se habían ahogado estudiantes, o sea que era profundo. Los robles y las fuentes nos ocultaban del mundo de la avenida, de los tranvías. Estaba por hundirse en esa agua barrosa.

Ella quería, y la pobre Rosalind, desesperada, la bella Rosalind de quince años, con sus rulos brillantes y perfectos, le imploraba que no lo hiciera. Yo tenía pechos bajo el vestido, pero no corpiño. Jamás me había puesto uno siquiera.

Cuarenta o más años después, me hallaba en el mismo sitio. Tocaba, flagelaba las cuerdas con el arco, marcaba el compás con el pie. Obtuve el sonido, hice gritar el violín girando hacia uno y otro lado. En el parque, cerca de la pérgola inmunda donde los hombres orinaban, donde siempre se quedaban lanzando miraditas maliciosas, ansiosos por exhibir un pene fláccido en la mano, no los mires, cerca de allí yo tenía a Katrinka y la pequeña Faye en las hamacas, esas hamacas de madera para los más chiquitos, con una barra adelante para que no se cayeran... y yo seguía sintiendo el olor a orín, y me turnaba para empujar a ambas en las hamacas, una vez a Faye, otra a Katrinka, y unos marineros no me dejaban en paz, chicos apenas mayores que yo, esos marineritos que en aquella época había siempre en el puerto, chicos ingleses o tal vez del norte del país, no sé, chicos que recorrían la calle Canal fumando, chicos, no más.

-¿Ésa es tu mamá? ¿Qué le pasa?

Yo no respondí. Quería que se marcharan. Ni siquiera se me ocurría nada para responderles. Seguí empujando las hamacas.

Mi padre nos había obligado a salir. Dijo: "Tienen que sacarla de esta casa, tengo que sacarla de aquí y limpiar, esto no lo soporto más, llévensela," y nosotras sabíamos que estaba ebria, que apestaba a alcohol, y él nos obligó a llevarla. Rosalind dijo: "Te odio hasta el día en que me muera," y subimos todas juntas al tranvía, y ella cabeceaba, borracha y entre dormida a medida que el tranvía avanzaba, bamboleándose, hacia el sector alto de la ciudad.

¿Qué pensó aquel día la gente de ella, de esa mujer con sus cuatro hijas? Seguramente tenía puesto un vestido respetable; sin embargo, lo único que recuerdo es su pelo, bellamente peinado hacia atrás, los labios fruncidos y la forma en que se sacudía para despabilarse y se enderezaba, aunque instantes después comenzaba de nuevo a cabecear, con la mirada vidriosa y la pequeña Faye aferrada a ella muy fuertemente.

La pequeña Faye, con la cabeza contra la falda de su mamá, sin hacer preguntas, y Katrinka, solemne y avergonzada, muda, con la mirada perdida ya a tan tierna edad.

Cuando el tranvía llegó al parque, ella anunció: "¡Ya estamos!". Todas nos levantamos para bajarnos por la puerta de adelante porque nos quedaba más cerca. Enfrente estaba la iglesia del Santo Nombre, y del otro lado se hallaba el hermoso parque con sus balaustradas, sus fuentes y su césped muy verde adonde ella nos llevaba todo el tiempo, años atrás.

Pero algo pasaba. El tranvía seguía detenido. En los asientos de madera, la gente observaba. Parada en la acera, miré a mi madre. El problema era Rosalind que, ubicada en un asiento de atrás, miraba por la ventanilla fingiendo no ser de nuestro grupo, sin prestarle atención a mamá, y mamá, en un tono tan elegante que no permitía hacer sospechar que estaba borracha, dijo: "Rosalind, vamos, querida".

El conductor esperaba. Esperaba como se hacía en aquel entonces, en la ventanilla delantera del coche, con los controles, las dos manijas, y seguía esperando, y todos los pasajeros miraban. Yo tomé de la mano a Faye, que por poco se pierde en el tránsito. Katrinka, hosca, con su pelo rubio y sus cachetes redondos, se chupaba el pulgar y presenciaba con mirada ausente lo que pasaba.

Mi madre volvió a subir, cruzó el coche entero. Rosalind no podía mantenerse en sus trece. Tuvo que levantarse y venir.

Librodot

Y ahora, en el parque, mientras mamá amenazaba con ahogarse, mientras se arrojaba al césped sollozando, Rosalind le imploró de mil maneras que no lo hiciese.

Los marineritos me preguntaron: "¿Qué edad tienes? ¿Ésa es tu mamá? ¿Qué le pasa? Déjame que te ayude con la niña". "No."

¡Yo no quería su ayuda! No me gustaba la forma en que me miraban. ¡No sabía lo que querían! No sabía qué problema tenían, que me rodeaban de esa forma... éramos dos niñas... y más allá, ella tendida de costado, sacudiendo los hombros. Alcanzaba a oír sus sollozos. Su voz se fue poniendo dulce y suave a medida que el dolor se hacía menos intenso, quizá. Lo que me causaba escozor era que Rosalind hubiera tratado de quedarse en el tranvía, que mamá estuviera beoda, que mi padre le hubiera ordenado salir, que estuviera beoda, que ella quisiera morir.

-¡Devuélvemelo! -gritó él-. Devuélveme el violín. ¿Por qué simplemente no lo tomaba? No sé. No me importaba.

Continué con la danza caótica, y mis pies se movían, daban saltitos como los pies del sordomudo Johnny Belinda en la película, siguiendo las vibraciones del violín, pies danzarines, manos danzarinas, dedos danzarines, febriles, alocados, ritmo, caos. Bailaba en el piso del dormitorio, bailaba y hundía el arco hacia la izquierda, y los dedos elegían su propio camino, el arco su propio tiempo, sí, sí, apretar, soltar, sí...

Termina, afloja ya. Seguí y seguí tocando.

Él estiró un brazo y me aferró, pero no tenía fuerza suficiente para superarme.

Retrocedí contra la ventana, envolví el violín y el arco entre mis brazos, los apreté contra el pecho.

-Devuélvemelo.

-¡No!

-No puedes tocar con él. El violín lo está haciendo solo. Es mío, mío.

-No.

-¡Devuélvemelo! ¡Es mío!

-Antes prefiero romperlo.

Lo estreché con más fuerza. Mi intención no era arruinarle el puente, pero él no podía darse cuenta de la fuerza con que lo sujetaba. Debo de haberle parecido toda codos y ojos desorbitados mientras lo apretaba.

-No. Toqué con él, ya antes toqué de esa manera, interpreté mi melodía, mi propia versión.

-¡Claro que no lo hiciste, puta de mierda! ¡Devuélveme el violín, maldita sea! ¡Es mío! No puedes quedarte con él.

Un frío me recorrió el cuerpo mientras lo miraba. Él intentó sujetarme y yo me acurruqué en un rincón, apretando el instrumento con más fuerza.

-¡Lo voy a azotar!

-No lo harás.

-¿Qué importa? ¿Acaso no es un objeto espectral? ¿No es un fantasma igual que tú? Quiero volver a tocar con él... quiero simplemente tenerlo en mis manos. No me lo vas a quitar...

Lo alcé y volví a calzarlo bajo mi mentón. Cuando vi que él estiraba el brazo volví a patearlo. Le di un puntapié en las piernas y él trató de alejarse. Apoyé el arco sobre las cuerdas *y* les arranqué un alarido salvaje, un clamor largo *y* horrendo. Luego, lentamente, con los ojos cerrados, haciendo caso omiso de él, sosteniendo el instrumento con todos los dedos *y* con cada fibra de mi ser, toqué, ejecuté una música lenta *y* suave, una canción de cuna quizás, para ella, para mí, para Ros, para la querida Katrinka, herida, para mi frágil Faye, una melodía de crepúsculo como el viejo poema de mamá, cuando con voz delicada nos leía antes de que terminara la guerra y papá volviera a casa. Oí subir el tono, el tono intenso y modulado, ah, ésa era la manera de tocar, la forma de bajar el arco sin pensar conscientemente en la presión sobre las cuerdas, y luego ya me salió una frase tras otra. Mamá, te *quiero, te*

quiero, te quiero. Él nunca va a venir a casa, no hay una guerra, y siempre estaremos juntas. Las notas altas eran tenues *y* puras, *y* al mismo tiempo muy tristes.

El violín no pesaba nada; me hacía doler muy poco la clavícula, y sentí un mareo, pero la canción era la brújula. Yo no sabía notas ni melodías. Sólo sabía esas frases errantes de melancolía y dolor, esos dulces lamentos gaélicos sin final, uno entrelazado con el siguiente, pero todo fluía, Dios santo, fluía como... bueno, como sangre, como sangre en el apósito inmundo del piso. Como sangre, la sangre interminable de un vientre de mujer, y un corazón de mujer, no sé. En su último año, ella tuvo menstruaciones mes tras mes, y lo mismo tuve yo al final de mi período fértil, y ahora sin hijos, ya nadie más nacerá de mí a esta edad, como la sangre viviente, que mane...

La dejé manar.

¡Era música!

Algo rozó mis mejillas: sus labios. Levanté el codo y lo empujé más allá de la cama. Quedó en posición desairada, indefenso, manoteando el pilar de la cama y lanzándome dardos con los ojos mientras con esfuerzo trataba de mantener el equilibrio.

Me detuve y las últimas notas fueron trémulas. Dios santo, habíamos pasado la noche entera con nuestro deambular, o acaso era sólo la luna, sí, la luna sobre los laureles y la inmensa oscuridad devastadora de ese edificio de al lado, una pared del mundo moderno que podía ensombrecer pero nunca destruir este paraíso.

La pena que sentí por ella, el dolor, dolor por ella en el momento en que me pateó, la niña de ocho años en esta habitación, el pesar que sentí fluía con la resonancia de las notas en el aire. Sólo me hacía falta levantar el arco. Era *natural.*

Sintiendo miedo de mí, él se hallaba contra la pared del fondo.

-¡O me lo devuelves o juro que lo pagarás caro!

-¿Llorabas por mí o por ella?

-¡Devuélvemelo!

-¿O fue simplemente por lo horrible? ¿Por qué fue?

¿Fue por lo de la niñita que no podía respirar, que, presa del pánico, se apretaba el vientre mientras un bracito suyo rozaba contra el hierro candente de la estufa? Ah, un dolor ínfimo en un mundo de horrores, y sin embargo, de todos los recuerdos, no había habido ninguno más secreto, más espantoso, menos comentado.

Tarareé.

-Quiero tocar -dije. Comencé tenuemente, comprendiendo lo fácil que era deslizar el arco suavemente por la cuerda de la y la de sol, y producir una melodía toda en esa cuerda baja si quería, y dejar que el sonido subiera y se mezclara dentro de ella; oh, llora, llora por la vida perdida, oí las notas, les permití sorprender y expresar mi sentir con cada pulsación, sí, vengan a mí, háganme saber, dejen que mi mente trate, por este medio, de encontrar el recuerdo; ella no vivió ni un año después de haber llorado en el parque, ni siquiera un año más, su pelo era largo y castaño, y aquel último día nadie la acompañó hasta el portón.

Creo que, mientras tocaba, también canté. Por quién llorabas, Stefan, canté. ¿Por ella, por mí o por lo feo y horrible de todo? Qué agradable la sensación en mi brazo, mis dedos tan flexibles y exactos, como si fueran minúsculos cascos cabalgando sobre las cuerdas, y la música creciendo dentro de mi oído sin clave de fa ni clave de sol, una escritura muy deficiente tratándose de sonidos, un código demasiado arcaico para esto, yo podía dominar este tono, y al mismo tiempo sentirme sorprendida y embriagada por él como siempre me sucedía con la melodía del violín, ¡sólo que esta vez el instrumento se hallaba en mis manos!

Vi su cadáver en el cajón. Labios pintados como de prostituta. El funebrero dijo: "¡Esta mujer se tragó la lengua!". Mi padre nos dijo: "Estaba tan desnutrida que la cara se le puso negra y se le cayó, por lo cual hubo que maquillarla mucho. Ah, no, mira Triana, esto no está bien, mira, Faye no la reconocerá".

¿Y de quién era ese vestido? Era color rojo oscuro. Ella nunca había tenido uno así. Pertenecía a la tía Elvia, y la tía Elvia no le caía bien a mamá. "Elvia dijo que no pudo encontrar nada en el placard. Tu madre no tenía ropa. Tiene que haber tenido ropa. ¿Acaso no tenía nada?"

El instrumento era muy liviano, muy fácil de mantener en su lugar, de obtener de sus cuerdas el fluir del sonido. Fácil como les resultaba a los habitantes de las montañas escucharlo, y al son de él bailar desde niños, desde antes de aprender a leer y escribir, quizás hasta de hablar también, y yo me rendía a él, y él a mí.

El vestido de la tía Elvia me parecía una abominación, no tan tremenda pero sí inolvidable, una última y desagradable ironía, una figura amarga de desamparo.

¿Por qué no le compré vestidos, no la lavé y la ayudé, no la puse de pie? ¿Qué me pasaba? La música transportaba la acusación y el castigo en una única corriente ininterrumpida, coherente.

"¿Tenía o no ropa?", le pregunté, enojada, a mi padre. Una enagua de seda negra, recuerdo, sí, cuando se sentaba bajo la lámpara con el cigarrillo en la mano, una enagua de seda negra las noches de verano. ¿Ropa? Un abrigo, viejo.

Dios mío, y haberla dejado morir así. Yo tenía catorce años, edad suficiente como para haberla asistido, amado, restaurado.

Deja que las palabras se derritan. Eso es lo genial. Deja salir las palabras; que el sonido pulido y grandioso cuente la historia.

-¡Devuélvemelo! -clamó Stefan-. De lo contrario, te advierto que te llevaré conmigo.

Obnubilada, me detuve.

-¿Qué dijiste?

No me respondió.

Comencé a tararear sosteniendo aún el violín entre el hombro y la barbilla.

-¿Adónde -le pregunté como en un sueño-, adónde me llevarás?

No me quedé aguardando su respuesta.

Interpreté la melodía más suave, que no había necesidad de estimular conscientemente; eran apenas notas delicadas que caían, tenues, cual besos a las manos, el cuello y las mejillas de un bebé, como si yo tuviera a la pequeña Faye en mis brazos y la besara sin cesar, tan pequeñita, Dios santo, mamá, Faye se cayó por entre los barrotes de la cuna, ¡mira! Ya la sostengo. Pero ésta era Lily, ¿no? O Katrinka sola en la casa a oscuras con la bebita Faye cuando yo llegué.

Vómito en el piso.

¿Y qué ha sido de nosotros?

¿Dónde se había ido Faye?

"Pienso... pienso que tendrías que empezar a buscar a tu hermana -había dicho Karl-. Ya hace dos años que se marchó. No creo que vuelva."

"No creo que vuelva." No creo que vuelva, no creo que vuelva.

Eso mismo había dicho el médico cuando Lily quedó inmóvil bajo la máscara de oxígeno: "Ya no vuelve".

Que la música llore esto, que alivie el peso de tanta pena dándole una nueva forma.

Abrí los ojos sin dejar de tocar, viendo cosas, el mundo reluciente, extraño y maravilloso, pero sin darle nombre a las cosas que iba viendo, captando simplemente sus formas como inevitables y brillosas a la luz de las ventanas, el tocador de mi vida con Karl, y allí, la foto de Lev con su hermoso hijo, el mayor *y* más alto, de pelo claro como el de Lev *y* el de Chelsea, el que se llama Christopher.

Stefan corrió hacia mí.

Agarró el violín pero yo lo sostuve con fuerza.

-¡Se va a romper! -dije, y de un sacudón logré que lo soltara. Sólido, liviano, una cascarilla, y lleno de vida palpitante.

Retrocedí hasta los vidrios de la ventana.

-Lo voy a destrozar, ¿y quién se perjudicará más si lo hago?

Se puso loco.

-No sabes lo que es un fantasma -dijo-. No sabes lo que es la muerte. Farfullas sobre la muerte como si fuera una cuna de hamaca. Es olor fétido, es odio, es podredumbre. Tu marido, Karl, se convirtió en cenizas. ¡Cenizas! Y a tu hija se le hinchó el cuerpo por los gases, y...

-No -dije-. Este violín lo tengo yo, y puedo tocarlo.

Enfiló hacia mí. Con aire altivo, puso luego una serena cara de asombro, que le duró apenas un instante. Sus cejas oscuras no se habían fruncido, y sus ojos con pestañas largas y negras me escrutaban.

-Te anticipo -dijo con una voz más ronca, más endurecida pese a que sus ojos nunca me parecieron tan francos y llenos de dolor- que tienes un objeto que viene de los muertos. Tienes algo que viene de mi reino, que no es el tuyo. Y si no me lo devuelves, te llevo conmigo. Te llevo a mi mundo, a mis recuerdos y mi sufrir, y así sabrás lo que es el dolor, idiota, puta de mierda, ladrona, avara. Hiciste sufrir a todos los que te amaban, a tu madre la dejaste morir, y a Lily le hiciste doler, ¿recuerdas? en la cadera, el hueso, recuerdas su carita al mirarte, y estabas ebria, y la acostaste sobre la cama y ella...

-¿Llevarme al reino de los muertos? ¿Y eso no es el infierno?

La cara de Lily. La había arrojado con demasiada brusquedad sobre la cama; las drogas le habían carcomido los huesos. En el apresuramiento, le hice doler, y ella levantó la mirada, claro que me miró, me vio, calva, dolorida, temerosa, una llamita de criatura, hermosa en la enfermedad y en la salud. Yo estaba borracha, Dios mío, y me voy a consumir en el infierno por los siglos de los siglos porque yo misma avivaré las llamas de mi propia perdición. Contuve el aliento. Yo no hice eso, no lo hice.

-Por supuesto que lo hiciste. Esa noche trataste con rudeza a tu hija, la empujaste, estabas ebria, tú, que habías jurado no dejar nunca que un niño sufriera lo que tuviste que padecer tú con una madre alcohólica...

Levanté el violín, bajé el arco y produje un lamento ardiente en la cuerda de la nota mi, la cuerda alta, la de metal; a lo mejor toda canción es una forma de lamento, un alarido organizado. El violín, cuando intenta llegar a un tono mágico, suena agudo como una sirena.

Él no podía detenerme, le faltaban fuerzas. Su mano aleteó sobre la mía. ¡Embrújame, espectro! ¡El violín tiene más fortaleza que tú!

-Rompiste el velo -maldijo-. Te advierto: el instrumento que tienes en la mano me pertenece, y ni él ni yo somos de este mundo, cosa que tú sabes. Verlo es una cosa; venir conmigo es otra.

-¿Y qué veré cuando vaya contigo? ¿Tanto dolor que entonces te devolveré el violín? Vienes aquí y me das desesperación más que desesperanza, ¿y piensas que voy a llorar por ti?

Se mordió el labio, vacilando, pues no quería envilecer lo que iba a decir.

-Sí, eso verás, verás... lo que distingue al dolor... lo que... ellos...

-¿Quiénes eran ellos? Quiénes eran esas personas tan malvadas que pudieron expulsarte de la vida con una forma exterior, llevando este violín como para que pudieras aparecer ante mí, fingiendo traerme consuelo, y en cambio me dejaste abatida, me hiciste ver esas caras llorosas, mi madre, ah, te odio... mis peores recuerdos.

-Te regodeabas atormentándote, representabas tú sola tus propias imágenes y poemas de cementerios, le cantabas a la muerte con fruición. ¿Crees que la muerte son flores? Devuélveme el violín. Grita con tus cuerdas vocales, pero dame el violín.

Mamá en un sueño dos años después de su muerte: -Viste flores, mi querida.

-¿Quiere decir que no estás muerta? -exclamé en el sueño, pero sabía que esa mujer era falsa, que no era ella, me di cuenta por la sonrisa ladeada, no era mi madre, mi madre se había muerto de verdad. Esa impostora fue muy cruel cuando dijo: "Todo el sepelio fue falso", cuando dijo: "Viste flores".

-Aléjate de mí -murmuré.

-Es mío.

-¡Yo no te invité!

-Me invitaste.

-No te merezco.

-Sí, me mereces.

-Inventé plegarias y fantasías, como dijiste. Dejé tribu-tos en la tumba, y esos tributos tenían pétalos. Cavé tumbas de mi tamaño. Tú me hiciste regresar, me llevaste a lo descarnado, me hiciste sentir mareos con esas cosas. ¡Me cortaste la respiración! ¡Y ahora puedo tocar este violín!

Me di vuelta y toqué, levantando y bajando el arco con más gracia que nunca. ¡Mis manos sabían producir la canción! Sí, sabían.

-¡Sólo porque el violín es mío, porque no es real, arpía, devuélvemelo!

Retrocedí unos pasos al tiempo que interpretaba la melodía profunda y áspera, sin prestar atención al constante acercarse de sus manos desesperadas. Luego me detuve en seco, tiritando.

El vínculo mágico se establecía entre mi mente y mis manos, entre la intención y los dedos, la voluntad y la destreza. Loado sea Dios, había sucedido.

-¡Sale de mi violín porque es mío! -adujo.

-No. El hecho de que no puedas sacármelo es claro. Quieres, pero no puedes. Puedes atravesar paredes, puedes tocar música. Lo llevaste contigo a la muerte, sí, pero ahora no me lo puedes sacar. Soy más fuerte que tú. Lo tengo *yo, y* permanece sólido, mira. ¡Escucha, canta! ¿Y si de alguna manera hubiera estado destinado para mí? ¿Nunca se te ocurrió pensar eso, criatura maligna y depredadora, nunca amaste a nadie antes ni después de la muerte, como para pensar que tal vez...?

-Indignante. No eres nada, eres un ser fortuito, una entre cientos, el epítome de la persona que aprecia todo pero no crea nada, simplemente una...

-Ah, qué astuto. Pones cara de dolor, igual que Lily, igualita a la de mamá.

-Esto que me haces no está bien. Yo me habría ido, me habría marchado si me lo pedías. ¡Me hiciste una jugarreta!

-Pero no te fuiste porque me querías a mí, me atormentaste, no te fuiste hasta que fue demasiado tarde y yo te necesité. ¡Con qué derecho hurgas tan en lo profundo de mis heridas! ¡Y ahora tengo esto y soy más fuerte que tú! Dentro de mí, algo reclama esto, y no lo pienso soltar. Puedo tocar música con él.

-No; es parte de mí tanto como lo es mi cara, mi abrigo, mis manos o mi pelo. El violín y yo somos fantasmas, y ni te imaginas lo que ellos hicieron... no tienes autoridad, no puedes interponerte entre mí y el instrumento, no tienes capacidad de comprender esta perdición, y ellos...

Se mordió el labio; su cara transmitía la ilusión de un hombre que podía llegar a desmayarse por lo blanco que se puso al perder toda la sangre, que tampoco era sangre. Abrió la boca.

No soportaba verlo herido. No podía. Me pareció el error final, la maldad total, la última derrota, verlo dolido, Stefan, a quien apenas si conocía y le había robado. Pero no le devolvería el violín.

Mis ojos se nublaron. No sentía nada, sólo el gran vacío de la nada. Nada. Oía música en mi mente, una reedición de la música que yo había interpretado. Incliné la cabeza y cerré los ojos. Toca de nuevo...

-De acuerdo, entonces -dijo. Desperté de esa sensación de vacío y lo miré, y mis manos apretaron el violín.

-Tú elegiste -dijo, enarcando las cejas, con expresión maravillada.

-¿Qué elegí?

11

La luz fue apagándose en la habitación; del otro lado de las cortinas, las hojas brillosas perdieron su forma. Los olores del ambiente y del mundo no eran los mismos.

-¿Qué elegí?

-Venir conmigo. Ahora estás en mi reino, ¡estás conmigo! Yo tengo puntos fuertes y puntos débiles, no tengo la facultad de hacerte morir, pero sí puedo someterte a hechizos y zambullirte en el pasado verdadero tal como podría hacerlo un ángel, con la misma certeza con que puede hacerlo tu propia conciencia. Tú me llevas a esto, me obligas a hacerlo.

Un viento atroz tiraba mi pelo hacia atrás. La cama había desaparecido, lo mismo que las paredes. Era de noche, y los árboles parecieron enormes y luego desaparecieron. Hacía un frío muy intenso, ¡y había un incendio! Llamaradas altas y espeluznantes se recortaban contra las nubes.

-¡Dios mío, no pensarás llevarme allí! -dije-. ¡Ahí no! ¡Dios mío, la casa que se incendiaba, el miedo infantil al fuego! Ah, voy a romper este violín y convertirlo en astillas...

Gente que gritaba, daba alaridos. Sonaban campanas. La noche cobraba vida con carruajes y caballos, con personas que corrían por doquier, y el fuego era descomunal.

El incendio consumía una inmensa residencia de cinco pisos, cuyas ventanas superiores escupían llamas.

Se trataba de una muchedumbre de tiempos pasados, mujeres con el pelo recogido y faldas muy amplias que se ensanchaban a partir del busto, y hombres de levita, todos presas del terror.

-¡Santo cielo! -clamé. Sentía frío, y el viento me azotaba la cara. Iba recibiendo cenizas que volaban hacia mí, chispas que llegaban hasta mi vestido. La gente corría con baldes de agua, vociferaba. Vi, en la ventana de la inmensa casa, siluetas diminutas que arrojaban objetos hacia la multitud que se agolpaba abajo. Un enorme cuadro cayó cual oscura estampilla postal recortado contra el incendio, y varios hombres corrieron a abarajarlo.

La amplia plaza estaba colmada de personas que observaban, lloraban, gemían y trataban de ayudar. Se arrojaban sillones desde los pisos altos. Con movimientos torpes alguien lanzó desde una ventana un enorme tapiz.

-¿Dónde estamos? Dime.

Me fijé en la ropa de la gente que pasaba: vestidos anchos del siglo pasado antes de que llegaran los corsés, hombres con sacos de grandes bolsillos. ¡Y hasta la camisa del hombre mugriento que yacía en una camilla, quemado y ensangrentado, tenía mangas abullonadas!

Los soldados usaban sus gorras de ala ancha doblada hacia arriba, y de costado. Carruajes grandes y crujientes se acercaban todo lo que podían hasta el incendio mismo; cuando se abrían, bajaban de ellos hombres dispuestos a colaborar.

Cerca de mí, un señor se quitó su abrigo grueso y se lo puso en los hombros a una mujer que lloraba, cuyo vestido se parecía a un lirio invertido de seda marchita. Su cuello desnudo demostraba tener frío en el instante en que el abrigo lo cubrió.

-¡No te atrevas a ir ahí adentro! -me advirtió Stefan con una mirada furibunda. Temblaba. ¡No era inmune al fenómeno que había producido! Temblaba pero estaba hecho una furia. Yo aferraba el violín; no lo iba a soltar nunca.

-¡Vamos, por qué no te mueves!

La gente lo empujaba, nos daba empellones, no parecía reparar en nosotros, y sin embargo nos codeaba como si tuviéramos peso y espacio en su mundo, aunque obviamente no lo teníamos. Parecía ser la naturaleza de una ilusión: una seductora solidez, vital como el rugido del incendio mismo. La gente corría desde y hacia el fuego, y en determinado momento, un hombre notable, diminuto, con marcas de viruela y canoso aunque lleno de

autoridad y con un visible enojo se nos acercó, un hombre desprolijo pero imponente que miraba a Stefan con ojos pequeños y negros.

-Dios mío -dije-, sé quién es usted. -Por un momento quedó en sombras contra el fondo de las llamas; luego se movió de modo que la luz iluminara su expresión ceñuda.

-Stefan, ¿por qué estamos aquí? -preguntó, imperioso-. ¿Por qué esto nuevamente?

-¡Ella me quitó el violín, Maestro! -respondió él, tratando de modular sus frágiles palabras-. Me lo quitó.

El hombrecito hizo un gesto de incredulidad; la multitud se lo tragó al tiempo que él daba un paso atrás, con aire reprobador, con su corbata de seda muy sucia, mi ángel de la guarda, mi Beethoven.

-¡Maestro! -exclamó Stefan-. ¡No me abandone, Maestro!

Esto es Viena, otro mundo, y el viento... no son las dimensiones aguzadas y nítidas del sueño lúcido... oh, y el agua que extraen con bombas, los baldes, la ancha calle húmeda donde se refleja el titilar de las llamas, están arrojando agua, y por la ventana cae un alboroto de espejos en sucesión desesperada, y por escaleras allí colocadas van bajando hasta candelabros, produciendo un lejano entre-chocarse, pasándoselos un hombre a otro y otro más.

Aparece fuego por una ventana inferior. Una escalera cae hacia atrás. Gritos. Una mujer se arquea en dos y grita.

Centenares de personas se adelantan corriendo, pero deben por fuerza retroceder cuando el mismo fuego brota de todas las ventanas de abajo. El edificio está a punto de explotar. ¡Las llamas consumen el techo, en lo alto del quinto piso! Una ráfaga de hollín y chispas me golpea en la cara.

-Maestro -llamó Stefan dominado por el pánico, pero la figura se había marchado.

Se volvió entonces, furioso, transido de dolor, y me hizo señas de que lo siguiera.

-Ven, quieres ver el incendio, ¿no? Quieres ver, deberías ver la primera vez, cuando casi me morí por el violín que me robaste, ven...

Nos hallábamos en el interior.

El vestíbulo de techos altos estaba lleno de humo. La cadena de arcos se veía por encima de nosotros, fantasmal por esa causa, pero por lo demás, real, real como el hollín del aire que nos ahogaba.

En el pagano cielo pintado, quebrado por un arco tras otro, abundaban los dioses que se esforzaban por ser vistos nuevamente, por enviar destellos de color, músculo y alas. La escalera era de mármol, inmensa, blanca, con balaustrada, Viena, el barroco, el rococó, nada tan delicado como el reino de París, nada tan severo como el reino de Inglaterra, no, era Viena, casi rusa en su exceso. Oh, la estatua que cayó al piso, las retorcidas ropas de mármol, la madera pintada. Viena en la frontera misma de Europa occidental, y esto es un palacio tan magnífico como jamás se haya construido.

-Sí, en efecto. Lo sabes -dijo él, con voz temblorosa-. ¡Es mi casa, mi hogar! La casa de mi padre. -Su susurro se perdió de pronto en el chisporroteo, la estampida de pies.

Todo en derredor se ennegreció, las altas butacas de pana rojo sangre, los ribetes de trencillas doradas, y por donde mirara veía boiserie, madera pintada de blanco y oro, tallada en el pesado estilo vienés, madera que se quemaría con el olor de los árboles, como si nadie hubiese pintado en estas paredes exquisitamente detalladas, murales de felicidad hogareña o victoria bélica, formando marcos rectangulares sobre material perecedero.

El calor destrozó a la muchedumbre viviente en las paredes pintadas, las columnas estriadas, los arcos romanos. Mira, hasta los arcos son de madera, madera pintada para que parezca mármol. Claro, esto no es Roma: es Viena.

Vi cristales que se hacían añicos y volaban por los aires, que giraban, descendían y se mezclaban con las chispas a nuestro alrededor.

Unos hombres bajaban estrepitosamente por la escalera con las piernas dobladas, los codos hacia afuera, portando un inmenso armario de marfil, plata y oro, que por poco dejan caer y luego volvieron a levantar en medio de gritos e insultos.

Entramos en el magnífico salón. Dios santo, es demasiado tarde para tanta grandiosidad. Es demasiado lo que ya ha desaparecido. Las llamas son apasionadamente devoradoras.

-¡Stefan, vamos ya!

-¿De quién era esa voz?

Toses por doquier. Hombres y mujeres tosían como solía hacerlo mi madre, sólo que aquí había humo, el humo verdaderamente denso y aterrador de una conflagración. Estaba descendiendo de su sitio natural, bajo los techos.

Vi a Stefan, pero no al que tenía a mi lado, no al que me apoyaba su mano fuerte y cruel sobre el hombro, no a mi fantasma, que me aferraba estrechamente como un amante. Vi a un Stefan vivo, el recuerdo expresado en carne y hueso, con rebuscado cuello alto, chaleco y camisa blanca con volados, todo sucio de tizne, vi que del otro lado del gigantesco salón rompía el cristal de las descomunales vitrinas, sacaba los violines y se los entregaba al hombre que a su vez se los pasaba a otros y así sucesivamente hasta salir por las ventanas.

Hasta el aire era enemigo ahí, ominoso.

-Apresúrate.

Otros se agachaban a recoger lo que podían. Stefan arrojó un violín delante de un hermoso sillón dorado. Lanzó gritos e insultos. Otros desaparecieron por las ventanas portando lo que podían, incluso partituras de música. Las hojas se desprendían y rasgaban en las ráfagas... toda esa música.

En el techo abovedado sobre los arcos, los dioses y diosas se ennegrecían y arrugaban. Un bosque pintado se estaba pelando de las paredes. Las chispas saltaban produciendo una bella y artística espuma contra los medallones blancos de madera encostrados.

En el yeso del techo se vio un gran tajo como hecho por un fusil, y el fuego desnudo lo traspasó con su repugnante luz.

Sujeté su brazo, me apreté contra él, hice que ambos nos pegáramos contra la pared contemplando la penetrante lengua de fuego.

Por todas partes, enormes cuadros empotrados en la pared, hombres y mujeres con pelucas blancas que nos miraban, indefensos, a nosotros y al tiempo; míralos, aquél empieza a enrollarse soltándose de su marco, se produce un fuerte ruido, y mira, hasta los sillones mismos, tan artística-mente fabricados, con sus patas curvas, todo, todo arruinado, y el humo que sale con fuerza, se encrespa, trata de volver a elevarse, se esparce bajo el techo hasta hacer desaparecer para siempre los Campos Elíseos estilo rococó.

Corrían hombres a recoger violines y violonchelos que yacían esparcidos sobre la alfombra con diseño de rosas, instrumentos tirados por todas partes como si los hubieran dejado caer los últimos en huir. Una mesa torcida. Un salón de baile, sí, el piso, un despliegue de comida aún reluciente como si alguien pudiera venir a llevársela. El humo descendía cual velo en derredor de una crujiente mesa de banquete. Platería, frutas.

Las velas de la araña que se mecía eran fuentes de cera caliente derramándose sobre las alfombras, los sillones, los instrumentos, hasta sobre la cara de un joven que lanzó un alarido, miró hacia arriba y luego salió disparando con un cuerno de oro en la mano.

-¡Por Dios, hombre -gritó alguien-. ¡El fuego hace estallar las paredes, hasta las paredes mismas!

Una figura encapuchada, chorreando agua, pasó presurosa a nuestro lado rozando con su humedad mi mano derecha, un destello de botas lustrosas que entró en la habitación y levantó la enorme sábana mojada para proteger a Stefan, y luego, manoteando un laúd del piso, corrió hacia la ventana y su escalera.

-¡Stefan, ven ya mismo! -gritó.

El laúd desapareció, lo fueron pasando y bajando. El hombre giró, con los ojos brillosos, la cara colorada, y estiró los brazos hacia atrás para recibir el violonchelo que Stefan levantó y le entregó.

Un gran estrépito resonó en el edificio.

La luz era insoportable por lo intensa, como si se tratara del día del juicio. El fuego bramaba del otro lado de una lejana puerta lateral. La ventana más distante perdió sus cortinados en una exhalación de llama y humo, y los barrales cayeron, torcidos, al suelo cual lanzas.

Ah, esos finos instrumentos, los milagros musicales tan bellamente confeccionados a mano que nadie podría después, ni siquiera con toda la tecnología del mundo electrónico, igualar tal perfección. Alguien había pisoteado ese violín. Alguien había aplastado aquella viola, ah, objeto sagrado, roto.

¡Ay, que tuviera que quemarse todo esto!

La araña osciló peligrosamente en la bruma nociva cuan-do, por encima de ella, se vio que el techo entero temblaba.

-¡Vamos! -dijo el otro. Otro hombre manoteó un violín pequeño, un instrumento para niños, quizá, y se escapó por una ventana, y otro más, de cuello alto y plegado y pelo ensortijado, cayó de rodillas sobre el piso de madera con una mano sobre la alfombra. Tosía, se asfixiaba.

El joven Stefan, con el pelo revuelto, su principesco atuendo cubierto de chispas, chispas agonizantes de llamas verdaderas, arrojó la tela húmeda sobre el hombre que tosía.

-¡Levántate, levántate, Joseph! ¡Aquí adentro te vas a morir!

Los oídos me retumbaban.

-¡Es demasiado tarde! -grité-. ¡Ayúdalo! ¡No lo dejes!

Stefan, mi fantasma, se hallaba a mi lado riendo, apoyándome una mano en el hombro. El humo formaba un velo entre nosotros, una nube en la cual nos hallábamos, etéreos y a salvo, monstruosamente apartados, su hermosa cara de la misma edad -ni un día mayor que la otra imagen- mirándome con desdén, una máscara deficiente para su propio sufrir, un disfraz en cierto modo inocente para un dolor tan intolerable.

Luego se dio vuelta *y* señaló hasta esa distante *y* activa imagen de sí mismo, húmedo, que lanzaba gritos y era llevado a rastras de la habitación por dos que habían entrado por la ventana, mientras el que estaba perdido seguía tanteando en la oscuridad, arañando la alfombra, ya sé, ya sé, no puedes respirar. Estaba por morir. El que tú llamaste Joseph. Está muerto, ya es tarde para él. Dios santo, mira. Una viga se había caído entre nosotros.

El cristal de las puertas de las vitrinas volaba hecho astillas. Vi por doquier violines y trompetas relucientes, abandonados. Un fantástico corno francés. Una bandeja de dulces, derribada. Copas que relucían, no, que resultaban abrasadas por el fuego.

El joven Stefan, irreparablemente confundido en el momento, forcejeaba con quienes lo salvaban, estiraba los brazos, clamaba que le dejaran salvar a uno más, ¡uno más de la vitrina, suéltenme!

Quería salvar uno más, éste, el Stradivarius largo. Cristales brillosos barridos del estante en el momento en que lo sacó con su mano libre, mientras lo arrastraban. Lo tenía, y tenía también el arco.

Alcancé a oír que, a mi lado, mi fantasma contenía el aliento. ¿Le daba la espalda a su propia magia? Yo no podía hacerlo.

Un repentino chisporroteo estaba consumiendo el techo. Alguien gritó en el inmenso hall, a nuestras espaldas. El arco, Stefan tenía que llevarse eso también, y sí, el violín, *y* luego un hombre fornido, lleno de furia *y* miedo, levantó al muchacho y lo arrojó por la ventana.

El fuego se elevó, tal como había hecho en aquella siniestra casa de la avenida cuando era chica, la casa oscura de arcos sencillos y sombras más pedestres, tenue eco norteamericano de toda esta majestuosidad.

Librodot

Las llamas se alimentaban y ascendían para convertirse en una barrera. La noche era roja y brillante, y nadie estaba a salvo, nada estaba a salvo; el hombre que se hallaba en medio del humo tosió y se murió, y el fuego cada vez se acercaba más. Los sofás dorados que teníamos cerca se prendieron fuego, y daba la impresión de que el tapizado se encendía desde adentro. Todos los tapices eran antorchas; todas las ventanas, portales ignotos que daban a un cielo negro y vacío.

Yo debo de haber estado gritando.

Me detuve, aferrando aún el violín fantasma, cuya imagen él acababa de salvar.

Ya no estábamos en la casa. Gracias a Dios.

Nos hallábamos en la colmada plaza. ¡Cómo iluminaba la noche el horror!

Vi mujeres de vestido largo que pasaban corriendo, lloraban, se abrazaban unas con otras, señalaban.

Nos paramos frente a la fachada ardiente de la casa, invisibles a los ojos de los hombres que, llorosos y frenéticos, seguían corriendo para salvar objetos. La pared se desplomaría sobre todos esos sillones de pana. Caería sobre los divanes arrojados atropelladamente, y los cuadros, ah, sus marcos rotos, destrozados, grandes retratos.

Stefan me rodeó con un brazo como si tuviera frío, y su blanca mano cubría la mano mía que sostenía el violín, pero sin tratar de quitármelo. Temblaba contra mí. Estaba muy concentrado en el espectáculo. Su susurro era lastimero y dejaba traslucir el tumulto avizorado.

-Y así ves cómo cae -me murmuró al oído, y sus-piró-. Ver caer la última grandiosa mansión rusa en la bella Viena, una casa que sobrevivió a los soldados y cañones de Napoleón, las intrigas de Metternich y sus espías siempre vigilantes, la última casa rusa que tuvo su propia orquesta, al igual que tantos sirvientes para la mesa, una orquesta lista para interpretar las sonatas de Beethoven no bien se secaba la tinta, hombres capacitados para tocar Bach mientras bostezaban, o Vivaldi con la frente sudorosa, noche tras noche, y todo esto hasta que una vela, una sola vela rozó un pedazo de seda, y aparecieron unas corrientes de aire del infierno y llevaron las llamas por cincuenta habitaciones. La casa de mi padre, la fortuna de mi padre, lo que soñaba mi padre para sus hijos rusos que, bailando y cantando en esta frontera entre oriente y occidente, jamás habían visto su propia Moscú.

Se apretó contra mí, sujetándome el hombro con la mano derecha y manteniendo la izquierda apoyada sobre la mano mía que aferraba el violín contra mi pecho.

"Mira a tu alrededor las otras casas, las ventanas con sus arquitrabes. ¿Te das cuenta de dónde estás? Estás en el centro del mundo musical. Estás donde Schubert pronto se hará famoso en habitaciones pequeñas y morirá en un abrir y cerrar de ojos sin haberme encontrado nunca en mi tristeza, te lo aseguro, y donde Paganini aún no se atrevió a hacerse notar por miedo a la censura. ¿Le temes al fuego, Triana?

No le respondí. Se hacía daño a sí mismo tanto como a mí. El daño que hacía era tanto que se asemejaba al calor.

Lloré, pero ahora era tan habitual que yo llorara que quizá no tendría que mencionarlo aquí ni en ninguna parte a medida que continuemos el relato. Lloré, y observé los carruajes que llegaban para llevarse a las personas que sufrían, mujeres que agitaban la mano desde las ventanillas de los carruajes de ruedas grandes y elegantes, tirados por caballos ruidosos y alborotados en el pandemónium.

-¿Dónde estás Stefan? ¿Dónde te metiste? Saliste de la habitación, ¿pero dónde estás? ¡No te veo a ti, el Stefan viviente!

Me sentía aturdida, sí, pero estaba aparte con él, y lo que él podía señalarme eran sólo imágenes de cosas pasadas. Yo eso lo sabía, pero en mi infancia un incendio de esas características me habría arrancado gritos de impotencia. Bueno, la infancia ya había pasado, y eso era una pesadilla para una mujer dolida; era algo que debía provocar suaves sollozos y una sensación de desmoronarse toda fuerza interior.

El viento helado avivaba las llamas. Un ala de la casa se derrumbó: las paredes se desprendieron, las ventanas se abrieron, y el techo explotó produciendo torrentes de humo negro. La gran mole parecía un inmenso farol. La muchedumbre debió correrse hacia atrás. La gente se caía, gritaba.

Una última silueta fatal saltó desde el techo, una figura pequeña de extremidades negras lanzada al feroz aire amarillo. La gente dejó escapar exclamaciones. Algunos corrieron hacia esa ramita negra que caía -y que era un hombre, un ser indefenso, perdido-, pero debieron retroceder empujados por las llamas enceguecedoras. Las ventanas de la planta baja se abrieron cual flores encendidas.

Otra lluvia de chispas nos alcanzó, llegó incluso a tocarme pelo y párpados. Yo cubrí el espectral violín. Las chispas volaban contra nosotros, pesadas, trayendo olor a destrucción, y caían como lluvia sobre todos los que nos rodeaban, sobre nosotros también, en esta visión y este sueño.

Corta esta visión. Se trata de un truco. Ya en otras ocasiones has cortado estos sueños lúcidos, sueños que te envolvían con tal fuerza que te hacían pensar que habías muerto. Interrumpe éste.

Clavé la mirada en los sucios adoquines. Olor a excrementos de caballos. Me dolían los pulmones a causa del aire acre, del humo. Paseé la vista por los palacios largos y rectangulares, de varios pisos, que nos rodeaban. Muy reales esas fachadas barrocas, y el firmamento allá en lo alto, Dios mío, mira el fuego en las nubes, ésta es la peor medida de la catástrofe (o también, el hecho de que hubiese aunque más no fuera una sola víctima, y cuántas había habido allí). Aspiraba el hedor del incendio mientras lloraba. Tomé con mis manos las chispas que morían en el viento gélido. El viento me hacía doler los párpados más que las chispas.

Observé a Stefan, mi Stefan fantasma que tenía la mirada perdida, como si él también se sintiera cautivado por esta visión infernal, con sus ojos vidriosos, la boca tierna, los delicados músculos de su cara moviéndose como si él luchara denodadamente contra lo que veía... ¿No podría esto cambiarse? ¿Era necesario que esa casa terminara destruida?

De improviso se dio vuelta y me miró, presa de ese momento de preocupación. En sus ojos, sólo dolor y una pregunta: ¿Ves?

El gentío seguía llegando desordenadamente hasta nosotros, pero no nos veían. No formábamos parte del furor, no éramos un obstáculo, apenas dos siluetas que podían sentir y ver todo lo que ese mundo contenía, en perfecta empatía.

Una imagen fugaz, una figura conocida, me llamó la atención.

-Ah, ahí estás -exclamé. Vi, a lo lejos, al Stefan viviente, el Stefan joven, de abrigo extraño y suelto con cuello alto, alejado del fuego, a salvo, y a su alrededor, los instrumentos desparramados por el piso. Un viejo se inclinó a besarlo en la mejilla, a secarle las lágrimas.

El Stefan viviente sostenía el violín, el violín rescatado, el joven Stefan con su distinguida vestimenta toda sucia. Una mujer con capa de seda verde con ribetes de piel se acercó y lo envolvió.

Unos muchachos recogieron el precioso salvamento.

De pronto me sentí golpeada por una fuerte ráfaga que no parecía de esta visión. Un sueño, sí; despiértate... pero no puedes. Sabes que no puedes.

-Por supuesto que no. Y además, ¿lo harías? -me susurró Stefan con su mano fría sobre la mía que sostenía el violín verdadero. ¿Y qué fin había tenido el otro, el juguete que el muchacho había salvado? ¿Cómo habíamos sido impelidos para llegar a esto?

Pero algo se iluminó intensamente en el rabillo de mi ojo.

Ahí estaba el Maestro, no como un ser vivo de este mundo, como tampoco lo éramos nosotros. Apartado del gentío, y con una actitud de espeluznante intimidad con nosotros, se nos acercó, de modo que pude verle los mechones de pelo entrecano que le nacían de las sienes, los *ojos* oscuros y penetrantes que nos recorrían, el mohín de su boca incolora, mi Dios, mi guardián sin el cual no puedo siquiera llegar a imaginar la vida.

Contra eso no quise protegerme.

-¡Stefan, por qué esto ahora! -exclamó Beethoven, el hombrecito que yo conocía, el hombre que todo el mundo conocía de verlo en estatuillas de rostro ceñudo y en dramáticos dibujos, con cicatrices de viruela, feroz, y sin embargo un fantasma lo mismo que nosotros. *Sus ojos* se posaron en mí, en el violín, en su alto y espectral discípulo.

-¡Maestro! -clamó Stefan estrechándome con más fuerza, mientras el fuego seguía ardiendo y la noche se volvía densa de gritos y campanadas-. ¡Ella me lo robó! Míralo. ¡Me robó el violín! Oblígala a que me lo devuelva. ¡Maestro, ayúdame, por favor!

Pero el hombrecito miró con rostro de enojo, indicó que no, sacudiendo la cabeza como había hecho antes, dio media vuelta y, lanzando un resoplido de disgusto, volvió a alejarse. La multitud se lo tragó de nuevo, la negra confusión de personas que lloraban, el caos en nuestro derredor, y el indignado Stefan que me sostenía tratando de apretar con su mano el violín.

Pero lo tenía yo.

-¿Me das la espalda, Maestro? -gimió-. ¡Oh, Dios, qué me has hecho, Triana, adónde me has llevado! ¡Qué has hecho! Una vez que lo veo él me abandona...

-¡Esta puerta la abriste tú mismo! -le contesté.

Qué rostro compungido, indefenso. No había emoción que pudiera hacerlo parecer menos hermoso. Dio un paso atrás, frenético, restregándose las manos, restregándoselas de verdad, ah, cómo se le ponen de blancos los dedos al hacerlo, mientras observa con ojos grandes y atormentados la inmensa cáscara de la casa que se desploma.

-¿Qué has hecho? -volvió a exclamar. Me miró a mí y al violín. Le temblaban los labios, y se le notaba húmedo el rostro.

-¿Por qué llorar? ¿Por mí? ¿Por ti? ¿Por ellos?

Miró de derecha a izquierda, y continuó:

-¡Maestro! -dijo, registrando la noche con sus ojos. Se irguió, con los labios sobresalidos, llorando.

-¡Devuélvemelo! -me pidió imperiosamente-. Devuélvemelo. ¡No he visto nunca, en dos siglos, una sombra tan segura como yo, nunca! Ahora la sombra es el Maestro, y el Maestro me vuelve la espalda. Maestro, te necesito...

Se alejó, pero no en forma deliberada sino a causa de la ociosa danza de sus gestos desesperados, sus miradas penetrantes.

-¡Devuélvemelo, puta! Ahora estás en mi mundo. Estas cosas son imaginarias, y tú lo sabes.

-Tanto como lo eres tú y lo era él -dije con una vocecita débil, hasta confundida, pero insistente-. El violín lo tengo en mis brazos, y no pienso dártelo.

-¿Qué pretendes de mí? -se lamentó. Tenía los dedos estirados, la espalda cargada, las cejas rectas que, inexpresivas, aumentaban no obstante la expresión de los ojos que enmarcaban.

-¡No sé! -dije. Lloré, traté de inhalar más aire, lo conseguí, no lo necesitaba y al mismo tiempo no me era suficiente, pero no importaba.

-Quiero el violín. Quiero el don. Toqué música con él, en mi propia casa. Sentí que me entregaba a él.

-¡No! -vociferó como si estuviera por volverse loco en ese reino donde solamente él y yo nos encontrábamos, soslayados por todos esos seres de apariencia carnal que pasaban gritando a nuestro lado.

Vino derecho hacia mí, me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Levanté la mirada mientras él me mantenía abrazada y yo sentía su pelo sedoso que me caía por la cara. Detrás de él vi al joven Stefan, y con él un Beethoven viviente, por cierto que lo era, un Beethoven canoso y viviente, encorvado, belicoso y lleno de amor, despeinado, con ropa raída, que tomaba a su discípulo por los hombros y hacía gestos con el violín como si se

tratara de una mera batuta, mientras que otros, sollozando, caían de rodillas o se sentaban sobre las piedras frías, llorando.

El humo llenaba mis pulmones, pero no me tocaba. Las chispas se reunían en incesantes remolinos alrededor de nosotros, pero no tenían fuego que nos quemara. Él me sostenía, temblando, tratando de no aplastar el objeto preciado. Me abrazaba a ciegas, hundiendo su frente contra mí.

Sosteniendo fuertemente el violín, alcé la mano izquierda para levantarle la cabeza y palpar el cráneo bajo su pelo espeso y aterciopelado, y sus sollozos fueron un ritmo vibrante y ahogado contra mi cuerpo.

El incendio menguó, el gentío fue desdibujándose, las tinieblas se volvieron frescas, no frías, frescas con el aire salobre del mar.

Estábamos solos, o a una gran distancia.

El incendio ya no existía más. Todo había desaparecido.

-¿Dónde estamos? -le susurré al oído. Parecía en trance, *y* seguía abrazándome. Sentí olor a tierra, a cosas viejas *y* mohosas... sentí el mal olor de los muertos recientes, de los muertos antiguos, pero por encima de todo, el aire limpio y salobre que soplaba y se llevaba todo, en el mismo instante en que lo inspiraba.

Alguien interpretaba exquisitamente el violín. Alguien le arrancaba un embrujo absoluto al instrumento. ¿Qué era esa diestra elocuencia?

¿El que tocaba era mi Stefan? Era alguien que jugueteaba con el instrumento, con un inmenso poder y confianza, que brincaba y arremetía con una canción más capaz de producir miedo que lágrimas.

Pero traspasaba la noche como la navaja más filosa. Era intensa, y parecía no tener comienzo en la penumbra.

Era también pícara, alegre y hasta llena de ira.

-¿Stefan, dónde estás? ¿Dónde nos hallamos ahora? -Mí fantasma se limitó a estrecharme con fuerza como si él mismo no quisiera ver ni enterarse. Lanzó un largo suspiro como si esa canción frenética no le afectara la sangre, no impulsara sus extremidades espectrales, como si no lo sedujera en la muerte como me seducía a mí.

Volvieron a soplar sobre nosotros suaves vientos marinos, y una vez más el aire se llenó de la humedad del mar, pude sentir olor a mar, y desde lo lejos comprendí lo que veía.

Un nutrido grupo de personas con velas en las manos, siluetas vestidas con capas, figuras con brillosas galeras negras, vestidos largos, faldas amplias que barrían suavemente la tierra, dedos con guantes oscuros que protegían llamitas minúsculas y temblorosas. Aquí y allá las luces se reunían para alumbrar a un grupo entero de rostros atentos, ansiosos. La música era frágil, luego estallaba con gran potencia, un diluvio, un ataque.

-¿Dónde estamos? -pregunté. Ese olor era el típico olor a muerte, a muertos putrefactos. Nos hallábamos rodeados de panteones y ángeles de piedra.

-¡Son tumbas, mira, tumbas de mármol! -exclamé-. Estamos en un cementerio. ¿Quién toca música? ¿Y quiénes son esas personas?

Él no hacía más que llorar. Por último levantó la cabeza. Encandilado, contempló la multitud distante, y sólo ahora pareció que le llegaba la música, que lo despertaba.

El lejano solo de violín había atacado con una danza, una danza que tenía un nombre que no me venía a la mente, una danza campestre que en cualquier tierra habla sobre el peligro de destrucción implícito en el desenfreno.

Sin darse vuelta, soltándome apenas un poco y mirando por encima del hombro, habló:

-Es verdad, estamos en el cementerio. -Se lo notaba cansado de llorar. Volvió a atraerme con fuerza cuidando de no hacerle daño al violín, y nada en su postura o sus modales daba a entender que trataría de arrebatármelo.

Tenía los ojos fijos en el gentío distante, igual que yo. Parecía inhalar la fuerza de la música movida.

-Pero esto es Venecia, Triana -dijo, besándome la oreja. Dejó escapar un gemido suave, como un animal herido-. Es el cementerio de Lido. ¿Y quién crees que está tocando para producir un efecto, para recibir elogios, por capricho? Y la ciudad bajo Metternich está llena de espías para el estado Habsburgo que nunca permitirá que haya otra revolución u otro Napoleón, un gobierno de censores y dictadores. Quién toca aquí, provocando a Dios por así decirlo, en terreno sagrado, con una canción que nadie santificaría.

-Sí, en eso coincidimos -murmuré-. Nadie la santificaría. -Las notas producían los inevitables escalofríos. Me dieron ganas de tocar yo, de tomar mi violín y unirme como si se tratara de un baile campestre en el que participan violinistas. ¡Qué petulancia!

La canción caía como plomo, pero con una enorme pericia, una gran velocidad, una potencia infinita y delicada, un deslizarse en el embelesamiento. Sentí que se me estrujaba el corazón como si el violín me estuviera suplicando, tal como me había suplicado Stefan por el violín que yo aún conservaba, por algo mucho más preciado, por todo, por todas las cosas.

Aparté la vista del puñado de velas y rostros. Los ángeles de mármol no protegían a nadie en la noche lluviosa. Estiré el brazo derecho y toqué una sepultura de mármol con puerta y frontón. Esto no es un sueño; se trata de algo sólido como lo fue Viena. Esto es un lugar, Lido había dicho él, la isla frente a la ciudad de Venecia.

Levanté la cabeza para mirarlo y él bajó la suya para mirarme también, y parecía cariñoso, casi, maravillado. Creo que sonrió, pero no estoy segura. Las velas no daban buena luz, y estaban lejos. Se agachó y me besó en los labios. El más dulce de los escalofríos.

-Stefan, pobre Stefan -musité, besándolo.

-Lo oyes, ¿no, Triana?

-¡Que si lo oigo! Me va a tomar prisionera -respondí, y me enjugué la mejilla. El viento era mucho menos frío que en Viena. No cortaba; tenía sólo su frescura, y transportaba levemente la corrupción profunda del mar y el cementerio. De hecho, el mal olor del mar parecía acarrear dentro de sí el hedor de la tumba y declarar que ambos eran, simplemente, naturales.

-¿Quién es el virtuoso? -pregunté, y volví a besarlo ex profeso. No hallé resistencia. Levanté la mano y acaricié el hueso de su frente bajo sus cejas satinadas, la arista a lo largo de la cual éstas se hallaban dibujadas en forma tan recta. Pelitos suaves, peinados, muy finos, chatos y oscuros, es decir una capa ancha pero no espesa, y sus pestañas bailotearon intencionalmente contra la palma de mi mano.

-¿Quién toca así? -le pregunté-. ¿Eres tú? ¿Podemos avanzar en medio de la gente? Déjame verte.

-Ah, no, mi querida, no, aunque quizá yo le haya dado algo de entretenimiento, pronto lo verás, pero mira con tus propios ojos, ven. Ahí estoy yo, ¿ves? Un espectador, un adorador. Vela en mano, escuchando, estremeciéndome con todos los demás mientras este genio toca, por amor a la emoción que despierta en nosotros, por amor al espectáculo del cementerio y sus velas, quién crees que es, a quién habría venido yo a escuchar, tan lejos de Viena, transitando por los peligrosos caminos italianos... ves mi pelo sucio, mi abrigo gastado. ¿Por quién habría estado yo dispuesto a trasladarme tan lejos si no por el hombre al que denominan el Diablo, el poseído, el Maestro, Paganini?

El Stefan viviente apareció con las mejillas arreboladas, los ojos que reflejaban dos llamas idénticas pese a que no llevaba vela alguna, retorciéndose las manos enguantadas, los dedos de la derecha rodeando los de la izquierda, escuchando.

-Sólo que... -dijo el fantasma a mi lado, y me hizo apartar el rostro del viviente-. Sólo que... hay diferencia.

-Comprendo -dije-. Sinceramente quieres hacerme ver estas cosas, quieres que entienda.

Hizo gestos de negación con la cabeza como si eso fuese demasiado horripilante, y luego, con voz quebrada, repuso:

Librodot

-Yo nunca las he mirado.

La música se volvió suave; la noche se cerró, se abrió en una tonalidad distinta de luz.

Me di vuelta. Traté de ver las tumbas, la gente, pero algo totalmente distinto había ocupado su lugar.

Nosotros dos, fantasma y viajera -amante, ladrona, torturadora, lo que fuese que yo fuera- éramos espectadores invisibles, sin lugar, si bien yo sentía el violín sujeto entre mis manos como siempre, y mi espalda apoyada fuertemente contra su pecho, y mis senos -con el violín ubicado, reverente, entre medio de ambos- cubiertos por sus brazos. Sus labios rozaban mi cuello. Me daba la sensación de que las palabras brotaban contra la carne.

Miré hacia adelante.

-¿Quieres que yo vea...?

-Que Dios me ayude.

12

Íbamos por un canal angosto; la góndola había abandonado el Gran Canal e ingresado en la lonja de agua color verde oscuro, olorosa, que había entre las hileras de palacios erigidos uno pegado al otro, ventanas de arcos moriscos, todo el color exudado en la oscuridad. Fachadas imponentes de apiñado esplendor enraizadas en el agua. Venecia: una arrogancia, una gloria. Mirando a ambos lados, las paredes se veían tan mojadas y barnizadas de légamo a la luz de los faroles que bien podía ser que la ciudad hubiera surgido de las profundidades, haciendo aflorar la podredumbre nocturna bajo la luz de la luna con siniestra ambición.

Entonces comprendí por vez primera la suavidad de la góndola, la furtiva destreza con que esa embarcación larga, de proa alta, avanzaba, veloz, entre las costas rocosas, bajo los tenues y oscilantes faroles.

El joven Stefan iba sentado, conversando animadamente con Paganini.

El propio Paganini parecía embelesado. Paganini, con la nariz de gancho y los gigantescos ojos protuberantes con que se lo ha pintado en numerosos retratos, una presencia ardiente en la cual lo dramático superaba a la fealdad sin el menor esfuerzo y se convertía en magnetismo puro.

En nuestra invisible ventana a este mundo, el fantasma que iba a mi lado tembló, y yo besé los dedos que apretaban mi hombro.

Venecia.

Desde una ventana alta con postigos que, abierta, era un perfecto cuadrado amarillo en la noche, una mujer arrojó flores y gritó algo en italiano, y la luz se derramaba sobre los capullos que caían sobre el virtuoso al tiempo que la frase sonaba en un peculiar crescendo italiano: "¡Bendito Paganini, dispuesto a tocar sin retribución por los muertos!". Las palabras parecían un collar donde resaltaban las palabras del medio, y luego se bajaba la respiración en la palabra "muertos".

Hubo otros que se hicieron eco del mismo grito. Se abrieron postigos en lo alto. Desde un techo, unas figuras movedizas arrojaron rosas de unas cestas sobre el agua verde, adelante de la embarcación.

Rosas, rosas, rosas.

La risa ascendía por las piedras húmedas; en las puertas pululaban los oyentes escondidos. Se veían siluetas en los callejones, y un hombre cruzó corriendo un puente por encima de la góndola justo cuando ésta pasaba por debajo. En la mitad misma del puente, una mujer se agachó y desnudó sus pechos a la luz del farol que pasaba.

-Para estudiar con usted he venido -le confesó Stefan a Paganini en la góndola-. Vine con lo puesto y sin la bendición de mi padre. Tenía que escucharlo con mis propios oídos, y comprobé que no era música del Diablo, malditos sean quienes dicen eso; era un hechizo antiguo -verdadero, probablemente-, pero nada tiene que ver con el Diablo.

Una gran carcajada partió de la silueta más encorvada de Paganini; sus ojos brillaban en la oscuridad. A su lado, una mujer se le aferraba como una giba que le hubiera crecido en todo su costado izquierdo.

-Príncipe Stefanovsky -dijo el gran italiano, el ídolo, el violinista byrónico por excelencia, el amor romántico de las jovencitas-, he oído hablar de usted y su talento, de su casa de Viena donde el propio Beethoven presenta su obra, y me enteré de que una vez Mozart fue allí a darle clases. Sé quiénes son ustedes, una acaudalada familia rusa. Obtienen el oro de un cofre sin fondo en manos del zar.

-No me confunda -respondió Stefan amable, respetuoso, desesperado-. Tengo dinero para pagarle bien estas clases, signore Paganini. Tengo un violín propio, mi querido Stradivarius. No me atreví a traerlo, a recorrer con él estos caminos de postas, día y noche,

Librodot

hasta llegar aquí. Vine solo, pero tengo dinero. Yo primero quería oír de sus labios que me aceptaría, que me consideraba digno...

-Pero príncipe Stefanovsky, ¿acaso debo instruirlo yo sobre la historia de los zares y sus príncipes? Su padre no le permitirá estudiar con el campesino Niccoló Paganini. Su destino está al servicio del zar, como siempre ha ocurrido en su familia. La música fue un pasatiempo en su casa... ah, no se ofenda... sé que el propio Metternich -se inclinó hacia adelante para hablarle en susurros- el feliz dictador mismo, toca bien el violín, y yo he tocado para él. ¡Pero que un príncipe quiera convertirse en lo que soy yo! Príncipe Stefanovsky, ¡yo vivo de esto, de mi violín! -Señaló con un ademán el instrumento dentro de su estuche de madera lustrada, que mucho se asemejaba a un pequeño ataúd-. Y usted, mi bello joven ruso, debe acatar la tradición y los deberes de su patria. La vida militar, los honores lo esperan. El servicio en Crimea.

Clamores de elogio desde arriba. Antorchas en el muelle. Mujeres con vestidos que susurraban al moverse corrían de prisa a un puente nuevo y más alto. Pezones rosados en la noche, vestidos abiertos para poder mostrarlos.

-Paganini, Paganini.

Rosas una vez más, que caían sobre el hombre, y éste se las sacaba de encima y miraba fijamente a Stefan. La voluminosa mujer que era como una giba envuelta en una capa movió una mano blanca en la penumbra, la llevó a la entrepierna de Paganini, y sus dedos lo tocaron como si las partes pudendas del maestro fuesen una lira, si no un violín. Él no pareció darse cuenta siquiera.

-Créame que quiero su dinero -dijo el músico-. Lo necesito. Sí, yo toco por los muertos, pero usted conoce mi vida tormentosa, los reclamos judiciales, los enredos. Pero soy un campesino, príncipe, y no renunciaré a mis victorias itinerantes para encerrarme en Viena en un salón con usted... ah, los vieneses, siempre tan críticos y aburridos, los vieneses que ni siquiera le dieron a Mozart su pan y manteca. ¿Conoció usted a Mozart? No, y usted no puede permanecer conmigo. Metternich, sin duda, a instancias de su padre, ya ha enviado a alguien a buscarlo. Se me acusará de alguna detestable traición por este asunto.

Stefan estaba destruido, con la cabeza gacha, sus mejillas tiernas del dolor. Sus ojos destellaban con la luz de las aguas aletargadas pero brillantes.

Un interior:

Una habitación veneciana, revuelta, húmeda, paredes oscuras y altísimo techo amarillo con apenas restos de una muchedumbre pagana que en una época fue nueva y de vivos colores antes de alcanzar la muerte en el rico palacio veneciano de Stefan. Una larga cortina de polvorienta pana color borgoña mezclada con raso verde oscuro caía desde un gancho ubicado en lo alto, y mirando por la angosta ventana vi la pared ocre del palacio contiguo, tan cerca que casi se podía estirar la mano, atravesar el callejón si uno lo quería y golpear los postigos de sólida madera verde.

Sobre la cama sin tender, se apilaban batas de gruesas telas y arrugadas camisas de hilo con encaje Reticella; en las mesas había gran cantidad de cartas, con sus sellos de cera abiertos, y en varios lugares vi restos de velas. Por todas partes, ramos de flores marchitas.

Pero...

¡Stefan estaba tocando! Parado en el centro de la habitación, sobre el lustroso piso veneciano, tocaba no con éste, nuestro violín espectral, sino con otro indudablemente fabricado por el mismo artesano. Y alrededor danzaba Paganini mientras interpretaba variaciones que se burlaban del tema de Stefan, una competencia, un juego, un dúo, una guerra quizá.

La pieza que interpretaba Stefan era un sombrío *Adagio* de Albinoni en sol menor para cuerdas y órgano, que él convertía en un solo, puesto que interpretaba una parte, y la otra, y la otra también, *y* su dolor se centraba en su casa destruida, *y a* través de la música alcancé a ver tenuemente el palacio que se incendiaba en el frío de Viena y toda la belleza consumida por las llamas. La música, lenta, constante, se desplegaba, y mantenía tan subyugado al

Librodot

propio Stefan que él casi parecía no percatarse de la figura que efectuaba cabriolas a su alrededor.

¡Qué música! Daba la sensación de ser el máximo de dolor que podía confesarse con total dignidad. No llevaba implícita una acusación. Hablaba de sabiduría, de una tristeza cada vez mayor.

Sentí que me venían las lágrimas, lágrimas que son como manos para aplaudir, una señal de empatía mía para con él, el hombre-muchacho que se encontraba ahí, mientras el genio italiano bailoteaba describiendo un círculo como el duende-cilio del cuento que hila hebras de lino y las convierte en oro.

Hebra tras hebra del *Adagio* iba extrayendo Paganini y las convertía en un capricho, un retozar de dedos que corrían sobre las cuerdas a una velocidad imposible de seguir; después, con una precisión total, descendía para recibir la frase misma a la que Stefan, con su ritmo lúgubre, acababa de llegar. La destreza de Paganini parecía hechicería, como siempre se dijo, y en todo esto -esta silueta delgada, solitaria e imperial, inmune en su dolor, y Paganini, el bailarín que se burlaba o rasgaba la mortaja para obtener brillantes hebras- no había nada de discordante sino más bien algo totalmente nuevo y espléndido.

Stefan había cerrado los ojos e inclinado la cabeza hacia un lado. Sus amplias mangas estaban manchadas de lluvia, quizás; el bello encaje *punto* in *aria* de los puños, desflecado y las botas con pegotes de barro seco, pero su brazo era de medidas perfectas. Sus cejas oscuras y rectas nunca me habían parecido tan lisas *y* bellas, *y* cuando atacó con la parte de órgano de la pieza musical ahora famosa, pensé que se me hacía pedazos el corazón, y Paganini se aunó en el sentimiento, pues emprendió el más torturado de los momentos simplemente para jugar con Stefan, para servirle de eco, para llorar por encima y por debajo de él pero con honor.

Ambos se detuvieron, el alto y juvenil contemplando fascinado al otro.

Paganini apoyó con cuidado su violín sobre las almohadas y mantas con borlas de la cama deshecha, todo en tonos oro y azul intenso. Sus ojazos saltones eran generosos, y su sonrisa, demoníaca. Parecía un hombre posible de ser abrazado en su exuberancia. Se restregó las manos.

-¡Talentoso, sí, es usted talentoso!

¡Nunca tocarás así!, me susurró al oído mi capitán fantasma, y al mismo tiempo su cuerpo entero se aferraba al mío implorándome solaz.

No respondí. Que siguiera rodando la película.

-Entonces usted me enseñará -expresó Stefan en perfecto italiano, el italiano de Salieri y otros como él, la maravilla de alemanes e ingleses.

-Sí, sí, le enseñaré. Y si debemos irnos de este lugar, nos iremos, aunque usted sabe lo que significa para mí en estos tiempos, estando Austria tan decidida a mantener dominada a Italia, usted sabe. Pero dígame una cosa.

-¿Sí?

El hombrecito de los ojos grandes se rió. Se paseaba por la habitación. Sus tacos resonaban contra el piso; sus hombros eran casi una giba, sus cejas eran largas y curvadas en las puntas como si él las hiciera resaltar con pintura de teatro, cosa que no hacía.

-¿Qué le voy a enseñar, mi querido príncipe? Porque usted sabe tocar, sobre eso no cabe duda. ¿Qué puedo transmitirle a un discípulo de Ludwig van Beethoven? ¿Veleidad italiana, tal vez, ironía italiana?

-No -respondió Stefan en un murmullo, sin dejar de mirarlo-. Coraje, Maestro, para dejar de lado todo lo demás. Ah, me apena muchísimo saber que mi profesor nunca podrá escucharlo a usted.

Paganini se detuvo, y frunció los labios.

-A Beethoven se refiere.

-Está sordo, con una sordera que ni siquiera las notas más altas logran traspasar. Demasiado sordo.

-¿Entonces no puede darle a usted el coraje?

-¡No, usted no me entiende! -Stefan sostenía el violín regalado con el cual había tocado, y lo miró.

-Stradivari, sí, un regalo que me hicieron, bello como el suyo mismo, ¿no? -dijo Paganini.

-Quizás hasta mejor, no sé -contestó Stefan, y reanudó la idea anterior-. Beethoven podría enseñarle coraje a cual-quiera, pero ahora es compositor; la sordera lo obligó a ello, arruinó los oídos del virtuoso hasta que ya no pudo tocar más, lo encerró con la pluma y la tinta como único medio de hacer música.

-Ah -dijo Paganini-, y gracias a eso nosotros somos mucho más ricos. Me encantaría verlo aunque más no fuera una sola vez y desde lejos, o que él me escuchara tocar. Pero *si me pongo en enemigo de su padre, jamás entraré en Viena. Y* Viena es... bueno, después de Roma... está Viena. -Suspiró.

-No puedo darme el lujo de perder Viena.

-¡Yo me encargaré de todo eso! -prometió Stefan en un murmullo. Se dio vuelta y miró por la angosta ventana, recorriendo con sus ojos los muros de piedra. Qué deslucido era ese lugar comparado con los pasillos maravillosos que habían desaparecido en medio del humo, pero era perfecta-mente veneciano. Terciopelo color bermejo apilado en el piso, rebuscados zapatos de raso tirados por ahí, un durazno cortado, perdido ya todo lo que fuera romántico.

-Entiendo -dijo Paganini-. Si Beethoven hubiera estado aún tocando en el Argentine y el Schönbrunn y viajado a Londres, si lo hubiesen perseguido las mujeres, podría ser como yo, no muy destacado como compositor pero siempre en el centro de la escena, el hombre dedicado a la música, a la interpretación.

-Sí -dijo Stefan, volviéndose-. Y precisamente lo que yo quiero es tocar.

-El palacio que tiene su padre en San Petersburgo es toda una leyenda. Muy pronto él estará allá. ¿Se anima usted a rechazar todas esas comodidades?

-Jamás las vi. Mi cuna fue Viena, como le dije. Una vez dormité en un diván mientras Mozart tocaba ejercicios de pasatiempo en el teclado. Creí que el corazón me iba a estallar. Mire, yo vivo dentro de este sonido, el sonido del violín, y no -como es el caso de mi maestro- escribiendo notas para mí o para los demás.

-Usted tiene el tupé de ser un vagabundo -afirmó Paganini, quitando algo de calidez a su sonrisa-. Lo tiene, pero no puedo imaginarlo. Ustedes, los rusos... Yo no...

-No, no me eche.

-No lo echaré, pero resuelva este asunto en su casa. ¡Tiene que hacerlo! Con respecto a ese violín que menciona, el que salvó del incendio... vuelva a su casa a buscarlo, pídale a su padre la bendición, porque de lo contrario saldrá a perseguirnos... los ricos son implacables... aduciendo que lo seduje y le hice abandonar sus obligaciones para con el zar en su calidad de hijo de un embajador. Usted sabe que pueden hacerlo.

-Debo obtener el permiso de mi padre -sostuvo Stefan, como si estuviera redactando un memorándum.

-Sí, y traiga el Strad largo del que me hablaba. Tráigalo. Mi intención no es quitárselo. Usted puede apreciar lo que tengo. Pero quiero tocar también con ese instrumento. Quiero oír cómo lo toca usted. Traiga eso y la bendición de su padre; a los chismes podemos enfrentarlos nosotros. Usted puede viajar conmigo.

-¡Ah! -Stefan se mordió el labio. ¿Me lo promete, signore Paganini? Tengo dinero, pero no una fortuna. Si sueña con carruajes rusos y…

-No, no, pequeño, veo que no está prestando atención. Digo que le permitiré venir conmigo y estar donde estoy yo. No pretendo ser su favorito, príncipe. ¡Soy un nómade! Eso es lo que soy. ¡Un virtuoso! A mí se me abren las puertas por lo que toco; no necesito dirigir, componer ni montar producciones con sopranos chillonas y aburridos violinistas en el foso. ¡Soy Paganini! ¡Y usted será Stefanovsky!

-¡Bueno, traeré el violín y la palabra de mi padre! No le va a hacer nada darme una asignación.

Esbozó una ancha sonrisa, y el hombrecito se adelantó y cubrió su rostro de besos, siguiendo la usanza italiana tal vez, o alguna costumbre puramente rusa.

-Bravo, bello Stefan.

Sonrojado, Stefan le devolvió el preciado violín. Luego se miró las manos *y* vio sus numerosos anillos de rubíes *y* esmeraldas. Se sacó uno y se lo tendió.

-No, hijo, no lo quiero -dijo Paganini-. Yo tengo que vivir, que tocar, pero usted no necesita sobornarme para tener mi promesa.

Stefan apretó a Paganini de los hombros y le besó el rostro. El hombrecito se rió con ganas.

-Y no se olvide de traer ese violín. Tengo que ver este Strad largo, como le dicen. Tengo que tocarlo.

Viena una vez más.

El dato revelador fue la prolijidad, todos los sillones dorados o pintados en blanco *y* oro, *y* los pisos de parquet inmaculados. Al padre de Stefan lo reconocí en el acto, sentado como estaba en un sillón junto al fuego, con una manta de piel de oso ruso sobre la falda, contemplando a su hijo. En esta habitación, los violines se hallaban todos en vitrinas como antes, aunque éste no era el palacio espléndido que se había incendiado sino una vivienda de alojamiento más temporario.

Sí, donde se habían alojado hasta que pudieran trasladarse a San Petersburgo. Yo había vuelto de prisa. Me lavé y mandé a pedir ropa limpia antes de ingresar por los portones de la ciudad. Mira, escucha.

Tenía, en efecto, una traza distinta, ataviado con la moda llamativa del momento, un elegante saco negro de bellos botones, cuello blanco almidonado y corbata de seda, nada de coleta, pelo brilloso y todavía largo producto de su viaje, como si fuera un signo de su futuro desapego con respecto a todo eso, como el pelo de los cantantes de rock de nuestra época, una época que grita con igual potencia las palabras Cristo y Paria.

Le tenía miedo al padre, y éste lo miraba ceñudo desde la chimenea.

-¡Un virtuoso, un violinista errante! ¡Crees que traje a mi casa a los grandes músicos para que te enseñaran esto, para que huyeras con ese maldito y diabólico italiano! ¡Ese tramposo que hace picardías con los dedos en vez de tocar notas! ¡No tiene coraje para tocar en Viena! Que se lo coman los italianos, ellos, que inventaron al castrato para que pudiera cantar una andanada de notas, arpegios e interminables crescendos!

-Padre, escúchame. Tienes cinco hijos.

-Ah, no harás esto -dijo el padre, con el pelo canoso y ralo que le caía hasta los hombros de su túnica de raso-. ¡Deténte! Cómo te atreves, tú, mi primogénito. -Pero el tono era benévolo. -Sabes que el zar pronto te enviará a tu primer servicio militar; ¡nosotros estamos a las órdenes del zar! ¡Incluso ahora dependo de él para que se nos reintegre a San Petersburgo! -Cambió de tono, suavizándolo con compasión, como si los años que los separaban le hubieran dado una sabiduría que le permitiera compadecerse de su hijo. -Stefan, Stefan, tu deber es para con la familia y el emperador; ¡no debes tomar los juguetes que te regalé para tu placer y convertirlos en una manía!

-Tú nunca consideraste juguetes a nuestros violines y pianos. Hiciste traer aquí los mejores exponentes para Beethoven, cuando él aún podía tocar...

El padre se inclinó hacia adelante en su sillón blanco francés, demasiado ancho y bajo como para ser otra cosa que Habsburgo. Quedó de costado con respecto a una inmensa estufa decorada que subía por la pared hasta el techo inevitablemente pintado; el fuego quedaba encerrado detrás de brillante hierro estañado y volutas doradas.

Yo lo sentía, lo sentía como si mi guía fantasma y yo nos encontráramos en la habitación, muy cerca de las personas a las que veíamos de manera tan total. Olor a pasteles, inmensos ventanales, una humedad limpia como suele serlo la bruma proveniente del mar.

-Sí -dijo el padre, haciendo un esfuerzo evidente por razonar, por ser bondadoso-. En efecto, traje a los mejores músicos para que te enseñaran, te deleitaran y dieran alegría a tu

infancia. -Se encogió de hombros. -Y yo mismo disfruté tocando el violonchelo con ellos, como sabes. A ti y tus hermanos les di todo, como habían hecho conmigo... grandiosos cuadros colgaban en mis paredes antes de incendiarse, y ustedes tuvieron siempre las mejores ropas, y caballos en nuestros establos, sí, los mejores poetas para leer, y sí, Beethoven, el pobre y trágico Beethoven... lo mantengo cerca por ti, por mí, por lo que él es.

"Pero no es eso lo que importa, hijo. El zar te da una orden. ¡Nosotros no somos mercaderes vieneses! ¡No frecuentamos bares *y* tabernas donde abundan los chismes *y* las calumnias! Eres el príncipe Stefanovsky, hijo mío. Primero te enviarán a Ucrania como hicieron conmigo. Y pasarás la necesaria cantidad de años antes de que ingreses en los círculos más íntimos del servicio de gobierno.

-No. -Stefan dio un paso atrás.

-Ah, no lo hagas tan difícil y doloroso para ti -expresó el padre con aire cansado. Su cabellera gris enmarcaba sus mejillas movedizas. -Hemos perdido tanto, tantísimo. Vendimos todo lo que se salvó para poder marcharnos de esta ciudad, y eso que únicamente aquí he sido feliz.

-Padre, entonces aprende de tu propio dolor. No puedo, no renunciaré a la música por ningún emperador de aquí cerca ni de tierras remotas. Yo no nací en Rusia. Nací en salones donde tocaba Salieri, adonde acudía Farinelli a cantar. Te lo suplico: quiero mi violín. Dame eso, no más. Déjame ir sin un céntimo y explica que no pudiste vencer mi terquedad. No caerá desgracia alguna sobre ti. Dame el violín y me voy.

Se produjo entonces un cambio sutil y amenazador en el rostro del padre. Parecieron oírse unos pasos no lejos de allí, pero ninguno de los dos se daba por enterado de que hubiera nadie, salvo ellos mismos.

-No pierdas los estribos, hijo. -El padre se puso de pie, y cayó al piso alfombrado la manta de piel de oso. Su figura era majestuosa con su túnica de raso ribeteada en piel, y los dedos cubiertos de brillantes alhajas.

Era alto como Stefan: no había en ellos sangre campesina, al parecer, sino sólo el nórdico mezclado con el eslavo para producir gigantes de la clase de Pedro el Grande, tal vez, quién sabe, pero éstos eran príncipes de verdad.

El padre se acercó al hijo; luego se dio vuelta para inspeccionar los instrumentos de brilloso laqueado que descansaban sobre aparadores con frondosos jardines rococó pintados en cada puerta. Paneles de seda en las paredes, grandes fajas color oro que ascendían hasta la bovedilla de la parte superior, con su pintura mural.

Se trataba de una orquesta de cuerdas, y me producía escalofríos de sólo mirarla. Yo no conocía ese violín ni ninguno de los otros que allí había.

El padre suspiró. El hijo aguardaba, y obviamente se le había enseñado a no llorar como podría haberlo hecho con-migo, como en efecto hizo junto a mí en la invisibilidad desde la cual observábamos. Lo oí lanzar un suspiro, pero luego la visión se impuso y prevaleció.

-No puedes marcharte, hijo mío, a recorrer el mundo con ese hombre vulgar. No puedes. Y tampoco puedes llevarte el violín. Me parte el alma tener que decirte que no, pero creo que sueñas, y que dentro de un año vendrás a implorar perdón.

Stefan apenas si podía dominar su voz mientras contemplaba todo ese patrimonio.

-Padre, por más que me lo discutas, el instrumento es mío. Yo lo rescaté del incendio...

-Hijo, el instrumento está vendido, lo mismo que todos los Stradivarius, los pianos y el clavicordio en el cual tocó Mozart. Están vendidos, te lo aseguro.

En el rostro de Stefan se dibujó el mismo espanto que sentí yo al presenciar la escena. El fantasma que se hallaba a mi lado en la penumbra estaba demasiado triste como para burlarse; se apretó más contra mí, temblando como si le resultara demasiado soportar todo eso, la nube hirviente, y no pudiera volver a arrojarla dentro de su caldera mágica.

-No... No, no vendiste los violines, no vendiste... el violín que yo... -Se puso pálido, hizo una mueca con la boca, y las cejas rectas se unieron en un desafiante ceño.

-No, no te creo. ¡Por qué me mientes!

-¡Frena tu lengua, tú, mi hijo preferido! -dijo el hombre alto y canoso, manteniendo una mano sobre el sillón-. Vendí lo que tenía que vender para poder irnos de una buena vez de aquí a nuestra casa de San Petersburgo. Las alhajas de tu hermana, las de tu madre, cuadros, sólo Dios sabe qué más, y así salvar lo más posible para todos ustedes, de lo que teníamos y debíamos retener. A Schlesinger, el mercader, le vendí los violines hace cuatro días. Él se los llevará cuando nos vayamos. Tuvo la amabilidad de...

-¡No! -reaccionó Stefan llevándose ambas manos a las sienes-. ¡No! -gritó-. Mi violín, no. ¡No, no puedes vender el violín mío, el Strad largo!

Se dio vuelta, y con la mirada frenética buscó en la parte superior de los largos anaqueles pintados donde los instrumentos habían sido puestos cuidadosamente sobre almohadones de seda, los cellos apoyados contra los sillones, los cuadros ya listos para ser acarreados.

-¡Te aseguro que ya está hecho! -exclamó el padre. Volviéndose a derecha e izquierda, encontró su bastón de plata *y* lo blandió, primero tomándolo de la empuñadura *y* luego de la mitad.

Stefan había encontrado su violín con la vista y corrió hacia él. Yo vi el instrumento.

Con todo mi corazón pensé sí, ve, tómalo, sálvalo de esa horrible injusticia, esta tonta vuelta del destino, es tuyo, Stefan, tuyo, ¡tómalo!

Y ahora tú me lo quitas a mí. En la oscuridad insondable, me besó en la mejilla, pero estaba demasiado compungido como para contradecirme. *Observa lo que pasa.*

-No lo toques -aconsejó el padre, aproximándose a su hijo-. ¡Te lo advierto! -Hizo girar el bastón de modo que la decorada empuñadura quedó suspendida como si fuera una cachiporra.

-¡No te atrevas a golpear el Strad!

La furia se apoderó del padre, furia por las palabras de Stefan, por la insensatez de la suposición, por el abismo de in-comprensión.

-Tú, mi orgullo -dijo al tiempo que, bajando la cabeza, daba un paso tras otro-. ¡Tú, el preferido de tu madre y querubín de Beethoven, tú crees que voy a azotar esto sobre el instrumento! ¡Tócalo y verás lo que hago!

Stefan estiró el brazo para tomar el violín, pero el bastón se abatió sobre sus hombros. Tambaleando a causa del impacto, casi arqueado en dos, retrocedió, y una vez más cayó sobre él el bastón de plata, esta vez sobre el costado izquierdo de su cabeza, haciéndole brotar sangre del oído.

-¡Padre!

Me sentí como loca en nuestro invisible refugio, loca por golpear al padre, por hacerlo detener, maldita sea, no vuelvas a golpear a Stefan, no, no lo golpees.

-¡No es nuestro, ya te lo dije! -gritó el padre-. ¡Pero tú sí eres mío, eres mi hijo!

Stefan levantó la mano, y el bastón se agitó en el aire.

Yo debo de haber lanzado un alarido, pero el episodio estaba más allá de toda intervención posible. El bastón se asestó con tal fuerza en la mano izquierda de Stefan, que éste contuvo el aliento y se llevó la mano al pecho con los ojos cerrados.

No vio entonces el golpe que descendía sobre su mano derecha, con la que había tapado la izquierda, herida. El bastón le azotó los dedos.

-¡No, no, las manos no, padre!

Ruido de pasos, gritos. Una voz de muchacha joven:

-¡Stefan!

-Me desafías -dijo el viejo-. Osas desafiarme. -Con la mano izquierda aferró al muchacho por la solapa (el hijo, tan transido de dolor que fue incapaz de defenderse), y

Librodot

empujándolo hacia adelante de modo que sus manos cayeran sobre el anaquel, volvió a azotarle los dedos con el bastón.

Yo cerré los ojos. *Ábrelos y mira lo que me hace. Hay instrumentos hechos de madera, y otros hechos de carne y hueso. Mira lo que hace.*

-¡Padre, basta ya! -exclamó la mujer. Vista desde atrás, era una silueta esbelta, incierta, de cuello de cisne y brazos desnudos, con un vestido largo de seda dorada, talle imperio.

Stefan se mantuvo apartado. Quebró el aturdimiento y el dolor. Se retiró aún más y observó la sangre que manaba de sus dedos aplastados.

El padre enarbolaba el bastón, listo para darle otro azote.

Fue entonces cuando cambió el rostro de Stefan, perdió toda compasión, como si ésta no fuese posible vistiendo tal máscara de ira y venganza.

-¡Esto me haces! -gritó, agitando sus manos ensangrentadas e inútiles en el aire-. ¡Esto me haces en las manos!

Azorado, el padre dio un paso atrás, pero en su cara se advirtió una expresión severa y obstinada. En las puertas de la sala se hallaban todos los que habían acudido a observar, hermanos y hermanas, sirvientes, no sé.

La muchacha trató de adelantarse, pero el viejo se lo impidió.

-¡Atrás, Vera!

Stefan se abalanzó sobre su padre y usó todo lo que le quedaba para usar -la rodilla-, y le asestó un fuerte puntapié que lo envió contra la estufa caliente; luego levantó la punta de la bota y lo pateó en la entrepierna, con lo cual el anciano soltó el bastón, cayó de rodillas y trató de protegerse.

Vera lanzó un grito.

-¡Esto me haces! ¡Esto me haces! -seguía diciendo Stefan, con las manos ensangrentadas.

El siguiente puntapié le cayó al hombre en el mentón, y lo hizo desplomarse sobre la alfombra. Una vez más Stefan lo pateó; en esta oportunidad, la bota se abatió repetidas veces sobre la sien del padre.

Me di vuelta porque no quería mirar. *No; mira conmigo, por favor.* Lo dijo con tal tono de súplica... *Está muerto, muerto ahí en el piso, pero yo en ese momento no* lo *sabía. ¿Ves? Volví a patearlo. Mira. Su rodilla* no *se levanta, aunque el puntapié le da en el mismo sitio donde tu madre te pegó a ti, en el estómago... lo pateo en el estómago... ya estaba muerto, a causa del puntapié en el mentón, probablemente, aunque no me di cuenta.*

Parricidio, parricidio.

Se adelantaron varios hombres, pero Vera giró en redondo y estiró los brazos para impedirles pasar.

-¡No van a tocar a mi hermano!

Eso le dio a Stefan un instante para levantar la mirada, con las manos aún chorreando sangre, correr hasta la puerta más cercana apartando de su paso a varios sirvientes impresionados y bajar por la escalera de mármol.

Las calles. ¿Esto es Viena?

En alguna parte había conseguido un abrigo, y vendas para las manos. Era una silueta furtiva, que se sostenía de las paredes. La calle era antigua y sinuosa.

Oh, dulce ramera, qué piensas, me quedaba algo de oro. Pero la noticia había electrizado a Viena. Yo había dado muerte a mi padre, había matado a mi padre.

Esto ocurrió en Graben, que ya no existe en la realidad; me di cuenta por sus callejuelas, el lugar donde vivía Mozart, el barrio de eterna vivacidad durante el día. Pero era de no-che, a avanzadas horas. Stefan esperó entre las sombras hasta que, con un repentino surgir de ruido, salió un hombre de una taberna.

Cerró la puerta y dejó adentro el mundo cálido, lleno de humo de pipas, olor a malta y café, charlas y risas.

-¡Stefan! -susurró. Cruzó la calle y tomó a Stefan del brazo-. Vete de Viena. Hay orden de dispararte en el acto. El zar mismo le ha entregado a Metternich un permiso escrito. La ciudad está llena de soldados rusos.

-Lo sé, Franz -dijo Stefan, llorando como un niño-. Lo sé.

-Tus manos -preguntó-, ¿qué se les hizo para curarlas?

-No lo suficiente, ni mucho menos. Están vendadas, retorcidas, quebradas. -Se quedó inmóvil, contemplando el trocito de cielo. -Dios mío, ¿cómo pudo pasar esto, Franz, cómo? ¿Cómo pude haber llegado a esto cuando un año atrás estábamos todos en el salón de baile, y tocábamos música, y hasta estaba allí el Maestro, diciendo que disfrutaba observando el movimiento de nuestros dedos? ¡Cómo!

-Stefan -dijo el muchacho llamado Franz-, dime que no lo mataste realmente. Dime que mienten, que pintan una situación. Algo sucedió, pero Vera sostiene que ellos injustamente...

Stefan no pudo responder. Tenía los ojos fuertemente cerrados, la boca contraída. No se atrevía a contestar. Se separó de su amigo y echó a correr, con el abrigo que se le hinchaba al viento y las botas que resonaban sobre el adoquín.

Corrió sin parar seguido por nosotros hasta que fue una imagen diminuta en la noche, y las estrellas formaban un arco en lo alto, y la ciudad se esfumó.

Llegarnos a un bosque oscuro pero joven, tierno, con árboles pequeños y hojas que crujían bajo las botas de Stefan. Los bosques de Viena que tan bien conocía yo por haberlos vislumbrado una vez en la universidad, por tantos libros y tanta música. Adelante se levantaba una ciudad, y hacia allí se arrastró Stefan, apretando contra su pecho las manos mugrientas, ensangrentadas y vendadas, haciendo de tanto en tanto alguna mueca de dolor pero tratando de reprimirla, hasta que entró en la calle principal y por allí a una pequeña plaza. Era tarde, las tiendas estaban cerradas, y las callejuelas, con sus peculiaridades, me parecieron sacadas de ilustraciones de libros. Avanzó de prisa para cumplir su cometido. Llegó hasta un minúsculo jardín con portón, pero no había allí cerrojos. Sin ser visto por nadie, entró.

Qué miniatura me pareció esa arquitectura rural luego de los palacios donde habíamos presenciado horrores.

En el fresco aire nocturno, lleno de aroma de pinos y de estufas encendidas, levantó la mirada y observó una ventana con luz.

De adentro salía un extraño canto, unos gritos desagradables pero muy alegres. La manera de cantar de un sordo.

Yo conocía ese lugar, lo había visto en dibujos. Sabía que era el sitio donde alguna vez había vivido y compuesto Beethoven, y cuando fuimos acercándonos, vi lo que veía Stefan en el momento de subir por la escalera de la entrada: al Maestro sentado a su escritorio, mojando la pluma, sacudiendo la cabeza, dando golpes con el pie, escribiendo las notas, radiante de felicidad -eso parecía- en su preciado rinconcito del universo, un lugar donde los sonidos podían combinarse como nunca recomendarían y ni siquiera tolera-rían las personas con oídos.

El pelo del gran hombre estaba sucio, entremezcladas en él unas canas que yo antes no le había visto; la cara con marcas de viruela, muy colorada, pero su expresión era distendida y pura, sin dirigirle a nadie entrecejos fruncidos. Se hamacaba hacia atrás y adelante; escribía. Entonaba también esa melodía plañidera y rítmica que seguramente le confirmaba a él un camino.

El joven Stefan llegó a la puerta, la abrió y entró; ocultando a su espalda las manos vendadas, observó al Maestro; luego se le acercó y cayó de rodillas junto al brazo de Beethoven.

-¡Stefan! -exclamó el músico con voz áspera y fuerte. -¿Stefan, qué pasa?

Stefan inclinó la cabeza y echó a llorar. De pronto, sin proponérselo expresamente, levantó la mano con el vendaje ensangrentado como si quisiera estirar el brazo y tocar al Maestro.

-¡Tus manos! -exclamó el músico, enloquecido. Se puso de pie, y derramó el tintero mientras tanteaba su escritorio. El libro de conversaciones, no, la pizarra, eso era lo que buscaba, los compañeros de sus años de sordera, los que le permitían hablar con todo el mundo.

Pero bajó la mirada y vio, horrorizado, que ambas manos de Stefan estaban inutilizadas para tomar la lapicera, mientras el muchacho seguía allí arrodillado, conmovido, implorando piedad con sacudones de cabeza.

-¡Tus manos, Stefan! ¡Qué te han hecho, mi Stefan!

Stefan alzó la mano en gesto de pedir silencio, desesperado, pero era demasiado tarde. Dominado por el pánico y en actitud protectora, Beethoven había logrado que otros llegaran corriendo.

Stefan debía escapar. Aferró un instante al Maestro, le dio un fuerte beso en la boca y se encaminó a la puerta más lejana, en el mismo instante en que otra más próxima se abría.

Una vez más debió huir, mientras Beethoven clamaba de dolor.

Una habitación pequeña: una cama de mujer.

Stefan se hallaba acostado hecho un ovillo, con sus pantalones estrechos y una camisa limpia, su perfil hundido en la almohada, la boca abierta y el rostro húmedo pero tranquilo.

Ella, una mujer robusta de cara aniñada, bastante parecida a mí pero joven, le envolvió las manos con vendas limpias. Lo mimaba, miraba su semblante sereno, las manos destruidas que sostenía entre las suyas casi sin poder contener las lágrimas. Una mujer que lo amaba.

-Debes irte de Viena, mi príncipe -aconsejó en el alemán de los vieneses, pulido, culto-. ¡Tienes que marcharte!

Él no se movió. Sus ojos dejaron ver algo de luz, o apenas una minúscula partecita blanca, lo cual le dio el aspecto de la muerte, salvo que respiraba.

-¡Stefan, escúchame! -Adoptó un tono de intimidad. -Mañana entierran a tu padre con toda una ceremonia. Sus restos descansarán en el panteón de Van Meck, ¿y sabes lo que piensan hacer? Junto con él quieren sepultar el violín.

Stefan abrió los ojos por primera vez, clavó la mirada en la vela que había a espaldas de la mujer, en el platito de terracota sobre el que se hallaba, en medio de una cantidad de cera derretida. Luego miró a la mujer haciendo girar la cabeza contra el respaldo grueso y sencillo de la cama. Por cierto, ése era el lugar más pobre adonde nos había llevado jamás. Una habitación humilde, quizás en la parte superior de una tienda.

-¿Enterrar el violín, dijiste... Berthe?

-Sí, hasta que se encuentre al asesino y puedan trasladar los restos de tu padre a Rusia. Tú sabes, estamos en invierno y no hay forma de llegar a Moscú. Y Schlesinger, el mercader, les dio el dinero, a pesar de esto. Te tendieron una trampa porque piensan que irás allí a buscar el violín.

-¡Qué disparate! -repuso Stefan-. Es una locura. -Se incorporó levantando una rodilla y haciendo fuerza con el pie contra el colchón apelmazado. El pelo le caía tal como ahora, sedoso, despeinado. -¡Una trampa a mí! ¡Sepultar el violín en el mismo ataúd que él!

-Shh, no seas tonto. Creen que aparecerás por ahí a robar-lo antes de que sellen el cajón. Si no, el instrumento quedará en la tumba hasta que llegues, y ahí se abalanzarán a apresarte. O quedará eternamente con tu padre hasta el momento en que te encuentren y te ejecuten por el crimen cometido. Es muy lamentable. Tus hermanos están muy alterados, y dicho sea de paso, no todos son tan crueles de corazón para contigo.

-No -murmuró él cavilando, posiblemente recordando su fuga-. ¡Berthe!

-Si vieras lo indignados que están los hermanos de tu padre... y de ellos es la idea de venganza, de enterrar el violín con aquél a quien mataste, para que nunca más vuelvas a tocarlo. Te imaginan como un fugitivo dispuesto a robárselo a Schlesinger.

-En efecto, yo lo robaría.

Un ruido distrajo a ambos. Se abrió la puerta y apareció un hombrecito regordete de cara redonda, vestido con capa negra y camisa de hilo, innegablemente de clase alta. Parecía

ruso, un hombre de mejillas llenas y ojos pequeños. Uno podía ver en él al ruso de la actualidad. Traía sobre el brazo una inmensa capa negra limpia, que dejó sobre una silla. La prenda tenía capucha.

A través de unas gafas con armazón de plata miró al muchacho tendido en la cama, y a la joven que ni siquiera se dio vuelta para saludarlo.

-Stefan -dijo. Se sacó la galera y se alisó los pocos mechones de pelo canoso que le quedaban. -Están vigilando la casa. Andan por todas las calles. Hasta abordaron a Paganini en Italia para interrogarlo sobre este episodio, y el hombre negó haberte conocido nunca.

-Tuvo que hacerlo -murmuró Stefan-. Pobre Paganini. ¿Eso a mí en qué me perjudica, Hans? No me importa.

-Stefan, te traje un manto, una capa grande con capucha, y algo de dinero para que puedas salir de Viena.

-¿De dónde lo sacaste? -le preguntó Berthe, preocupada.

-No interesa -respondió el hombre, y le lanzó una miradita como restándole importancia-, pero sí debo decir que no todos los de tu familia son insensibles.

-Mi hermana Vera. Yo la vi, la vi cuando ellos trataron de apresarme y ella corrió y se les plantó adelante. Ah, mi querida Vera.

-Vera dice que debes huir, marcharte a América, a la corte portuguesa de Brasil, a cualquier parte, a un sitio donde puedan arreglarte las manos y donde puedas vivir, ¡porque de lo contrario no tendrás vida! Brasil queda muy lejos. Hay otros países. Incluso Inglaterra... ve allí, a Londres, pero sal del imperio Habsburgo. Mira, nosotros corremos peligro ayudándote.

La muchacha se puso furiosa.

-¡Sabes las cosas que él ha hecho por nosotros! -exclamó-. No lo voy a abandonar. -Miró a Stefan con intensidad, y éste hizo ademán de acariciarla con las manos vendadas pero se detuvo, como un animal que agita las patas en el aire, sus ojos repentinamente apagados a causa del dolor o simple desesperanza.

-No, por supuesto que no -dijo Hans-. Stefan es nuestro muchacho, y siempre lo ha sido. Lo único que digo es que en cuestión de días, no más, te encontrarán en alguna parte. Viena no es tan grande. Y con las manos en ese estado, ¿qué puedes hacer? ¿Por qué te quedaste?

-Mi violín -expresó Stefan con voz apesadumbrada-. Es mío y no lo tengo.

-¿Por qué no puedes ir tú a buscárselo? -le propuso la muchacha al hombrecito, mientras envolvía la mano izquierda de Stefan con una gasa.

-¿Yo? ¿Ir a buscar el violín?

-¿Por qué no entras en la casa? Ya antes lo has hecho. Ve a ver las mesas con las confituras, las tartas especiales. Cuando alguien muere en Viena, no sé cómo no se mueren todos los demás por ingerir tantos dulces. Ve con los panaderos a comprobar que los dulces y pasteles estén bien; es algo sencillo. Subes a la planta alta, entras en la sala de velatorio y te llevas el violín. Y si te detienen, di que andas buscando a alguien de la familia para pedirle noticias, que tenías un cariño tan grande por el chico. Todos lo saben. Trae el violín.

-"Todos lo saben" -repitió él. Ésas eran las palabras más preocupantes para el hombrecito, quien se encaminó a la ventana y se puso a mirar afuera.

-Sí, todos saben que era con mi hija que él pasaba sus horas de ebriedad cuando le apetecía.

-Y a cambio de ello me hizo bellos regalos, que todavía conservo, ¡y que recibiré el día de mi boda! -exclamó ella amargamente.

-Tu padre tiene razón -dijo Stefan-. Debo marcharme. No puedo quedarme y ponerlos en peligro. Seguramente se les va a ocurrir venir por aquí, vigilar...

-De ninguna manera -respondió ella-. Todos los sirvientes de la casa y el mercader que comercia con la familia te aman, sentían un cariño especial, y todas esas francesas, esas rameras que vinieron con el conquistador... a ellas las vigilan, sí, porque eres famoso con ellas, pero no con la hija del panadero. Pero es cierto lo que dice mi padre: debes marcharte.

Librodot

¿Acaso no te lo dije yo misma? Debes irte. Si no huyes de Viena, en cuestión de días te van a aprehender.

Stefan cavilaba. Trató de apoyar el peso del cuerpo sobre su mano derecha; luego se dio cuenta del error y volvió a desplomarse contra el respaldo de madera. El techo bajaba en pendiente sobre su cabeza, y había una minúscula ventanita en la gruesa pared. El muchacho parecía sumamente vívido en medio del ambiente, demasiado nítido, demasiado brillante y feroz para un recinto tan pequeño.

La réplica joven de mi fantasma, que atraviesa grandes salones y recorre anchas avenidas.

La hija se volvió hacia el padre.

-¡Ve a la casa y consigue el violín!

--¡Estás soñando! El amor te ha vuelto loca. Eres una tonta hija de panadero.

-Y tú, que podrías ser un gallardo caballero, con tu elegante café en la Ringstrasse, no le das importancia.

-Hace bien en no dársela -intervino Stefan, con aire de autoridad-. Además, Hans no sabe distinguir un violín de otro.

-¡Está guardado dentro del ataúd! -exclamó la mucha-cha-. Así me dijeron. -Mordió la tela con los dientes, la rasgó en dos e hizo otro apretado nudo bajo la muñeca de Stefan. La venda ya tenía manchas de sangre. -Padre, ve y consígueselo.

-¡En el ataúd! -musitó Stefan-. ¡A su lado! -Sus palabras iban cargadas de desprecio.

Yo habría cerrado los ojos, pero no tenía ese dominio sobre ningún cuerpo físico. Sujetaba el violín, el mismo del cual ellos hablaban; lo tenía en mis brazos, y pensé entonces, este instrumento cuya historia sangrienta estamos siguiendo, se encuentra en este momento, digamos que en 1825 o más, ¡oculto dentro de un cajón de muerto! ¿Lo habrán rociado con agua bendita o eso sólo se hace al administrar los últimos ritos y en el réquiem? ¿Y lo harán en una iglesia de Viena con angelitos dorados?

Hasta yo me daba cuenta de que el hombrecito no podía ir y sacar el violín. Pero él trató de defenderse, tanto ante ellos como ante sí mismo, dio media vuelta, empezó a pasearse estirando los labios hacia afuera, y en sus gafas se reflejaban motas de luz.

-No se puede entrar así no más a una sala donde se realiza el velatorio de un príncipe y...

-Berthe, él tiene razón -terció Stefan-. De ninguna manera voy a permitir que corra semejante riesgo. Además, ¿cuándo podría hacerlo? ¿Qué tendría que hacer, acercarse con audacia, arrebatarle el violín al muerto y salir corriendo?

Berthe levantó la mirada. Tenía un pelo oscuro que enmarcaba su cara blanca, y ojos suplicantes pero despiertos. Pestañas largas y boca gruesa, generosa, también.

-A determinada hora -dijo-, cuando ya sea tarde, la sala estará casi vacía; tú sabes... la hora en que los hombres duermen. Muy pocos se quedan rezando el rosario, e incluso ellos lo más probable es que tengan los ojos cerrados. Así que, padre, vas y revisas las mesas cuando todos estén dormidos, hasta la madre de Stefan.

-¡No! -exclamó Stefan, pero la idea había anidado en suelo fértil. Tenía la mirada perdida hacia adelante, mientras tramaba su plan. -Puedo acercarme yo al cajón, sacarle el violín que él tiene... el violín mío...

-Tú no -se opuso Berthe-. No tienes dedos con qué sujetarlo. -Estaba horrorizada. -No puedes acercarte a la casa.

Él no dijo nada. Paseó la mirada a su alrededor, se apoyó de nuevo sobre las manos y rápidamente tuvo que enderezarse a causa del dolor. Vio la ropa que le habían dejado lista. Vio el manto. Luego dijo:

-Dime Hans, dime la verdad: ¿fue Vera quien me envió el dinero?

-Sí, y tu madre también está enterada, pero si alguna vez lo comentas, me matan. No alardees de este gesto bondadoso ante ningún amigo secreto, porque si lo haces, ni tu hermana ni tu madre tendrán la facultad de protegerme.

Librodot

Stefan esbozó una triste sonrisa y asintió.

-¿Sabías -preguntó Hans, subiéndose más los anteojos sobre el puente de su nariz regordeta- que tu madre odiaba a tu padre?

-Por supuesto, pero yo ahora le he causado más sufrimiento del que nunca le causó mi padre, ¿no?

No esperó que el hombrecito encontrara la manera de responderle. Bajó los pies de la cama.

-Berthe, no puedo ponerme estas botas.

-¿Adonde vas? -Ella corrió a su lado de la cama, lo ayudó a calzarse cada pie y luego a levantarse. Le entregó la levita negra, limpia, suministrada sin duda por la hermana de Stefan. El hombrecito lo miró con ojos de pena y conmiseración.

-Stefan -dijo-, la casa está rodeada de soldados, la guardia rusa, los custodios personales de Metternich, policías por todas partes. Escúchame. -Se acercó a él y apoyó una mano sobre la mano herida de Stefan. Al ver que éste hacía un gesto de dolor, se detuvo, cohibido, avergonzado.

-No es nada, Hans. Has sido muy amable conmigo y te lo agradezco. Dios no puede tomarlo a mal. Tú no asesinaste a mi padre. Y mi madre dio su bendición para todo este asunto. Ésta es la mejor capa de mi padre, ribeteada en piel de zorro de Rusia, ¿ves? Cómo piensa en mí... ¿O acaso te la dio Vera?

-¡Fue Vera! Pero atiéndeme bien: debes marcharte esta misma noche de Viena. Si te pescan, ¡no te someterán a juicio! Te van a matar de un tiro sin darte tiempo de hablar ni de que nadie aduzca haber visto cómo él te golpeaba.

-Yo ya fui sometido a juicio aquí -dijo Stefan tocando la levita con la mano vendada-. Lo maté.

-Vete de Viena como te digo. Busca un cirujano que te arregle los dedos. A lo mejor puedes salvarlos. Hay otros violines para alguien que toca como tú. Cruza el mar, dirígete a Río de Janeiro, a los Estados Unidos, o bien viaja a Oriente, a Estambul, donde nadie te preguntará quién eres. ¿En Rusia tienes amigos tuyos o de tu madre?

Sonriendo, Stefan hizo gestos de negación con la cabeza.

-Todos son primos del zar o sus bastardos, hasta el último de ellos -respondió con una risita. Fue la primera vez en esa vida espectral que vi a ese Stefan reír de verdad. Por un momento pareció jovial, y la alegría borró todas las arrugas de su rostro, y le dio, como les da a todas las personas, una expresión radiante.

Sentía una profunda gratitud para con el apesadumbrado hombrecito. Lanzó un suspiro y miró en derredor. Parecía ser el gesto de un hombre que podía morir pronto y contempla las cosas simples con un cariño especial.

Berthe le acomodó los cuellos para que quedaran rectos y formando picos, y le anudó la corbata de seda. Luego tomó una bufanda de lana negra y se la ató al cuello, levantó el pelo brilloso y lo dejó caer. Lo tenía largo pero prolijo.

-Permíteme que te lo corte -ofreció. ¿Pasarías más inadvertido?

-No... no importa. El manto y la capucha me ocultarán. No tengo tiempo. Mira, ya es medianoche. El largo velatorio probablemente ya empezó.

-¡No vayas!

-¡Claro que iré! ¿Acaso me traicionarás?

La idea inmovilizó tanto a ella como a su padre. Ambos le dijeron que no con un movimiento de cabeza, evidentemente jurando para sus adentros no traicionarlo.

-Adiós, querida. Ojalá pudiera dejarte algo al marcharme, alguna cosita...

-Me queda de ti todo lo que alguna vez he de necesitar -aceptó ella con resignación en la voz-. Me dejas muchas horas que otras mujeres seguramente inventan o conocen sólo a través de los cuentos.

Él volvió a sonreír. En ningún ambiente lo había visto yo más cómodo. Me pregunté si sentiría dolor en las manos sangrantes, porque los vendajes ya se veían sucios.

-La mujer que me arregló las manos -le contó a Berthe siguiendo con el tema que había empezado- se quedó con mis anillos, con todos ellos, en pago. No pude decirle que no. Pero ésta es la última habitación cálida que tengo esta noche, mi último momento sin prisas. Bésame, Berthe, y me voy. Hans, no puedo pedirte tu bendición, pero sí un beso.

Se abrazaron todos. Stefan estiró los brazos como si pudiera levantar la capa con sus manos vendadas, pero rápidamente Berthe tomó la prenda, y juntos padre e hija se la pusieron sobre los hombros, y la capucha sobre la cabeza.

Yo estaba descompuesta del miedo. Sabía lo que se venía y no quería verlo.

Librodot

13

El vestíbulo de una casa grandiosa. La innegable ornamentación del barroco alemán, madera dorada, dos murales uno frente al otro, un hombre y una mujer con pelucas empolvadas.

Stefan había ingresado con las manos escondidas bajo la capa, y en tono severo habló en ruso a los guardias, que se mostraron confundidos al ver a ese hombre bien vestido que llegaba a presentar sus respetos.

-¿Se encuentra aquí el señor Beethoven? -preguntó hablando en un enérgico ruso. Una táctica de distracción, pues los custodios sólo hablaban alemán. Por último aparecieron los hombres del zar.

Stefan se jugó entero. Sin sacar sus manos vendadas, hizo una profunda reverencia rusa, y al hacerlo, la capa cayó a su alrededor sobre el piso de mosaicos. La araña iluminaba la figura oscura, casi monástica.

-Vengo de parte del conde Raminsky, de San Petersburgo, para presentar mis respetos. -Su porte y su actitud de seguridad eran perfectos. -Además, a transmitirle un mensaje al señor Beethoven. Él escribió para mí un cuarteto que me fue enviado por medio del príncipe Stefanovsky. Ah, les pido que me permitan unos instantes con mi buen amigo. Yo no molestaría a esta hora a la familia, pero me dijeron que podía venir, que el velatorio duraría toda la noche.

Ya se dirigía hacia la puerta.

Los guardias rusos reaccionaron con una gran formalidad, adoptada de inmediato por los oficiales alemanes y los sirvientes de peluca.

Los sirvientes iban tras los guardias; luego se apresuraban a abrir puertas.

-El señor Beethoven se retiró hace un rato, pero yo puedo acompañarlo hasta la sala donde descansa el príncipe -dijo un oficial, obviamente impresionado por mensajero tan alto e imponente-. Y tal vez debía despertar...

-No; como ya expliqué, no querría molestarlos a esta hora -dijo Stefan. Miró a su alrededor como si no hubiera nada en las dimensiones majestuosas de la casa que le resultara conocido.

Comenzó a subir la escalera, y su abrigo forrado en piel bailoteaba con elegancia, escasamente arriba de sus botas.

-La joven princesa -dijo dándose vuelta para mirar por sobre el hombro al guardia que se apresuraba por seguirlo- era una amiga mía de la infancia. Vendré a visitarla a ella a una hora apropiada. Déjeme posar mis ojos sobre el anciano príncipe, no más, y rezar una plegaria.

El guardia estuvo a punto de decir algo, pero habían llegado a la puerta en cuestión. Demasiado tarde para las palabras.

El salón del velatorio. Inmenso, con paredes llenas de los arabescos blancos y dorados que dan a las habitaciones vienesas el aspecto de crema batida; altas pilastras con tracería dorada. Una larga hilera de ventanas al exterior, cada una empotrada en su arco bajo un plafón dorado, y del otro lado, sus correspondientes versiones falsas en espejos ubicados enfrente y en el otro extremo, en puertas dobles como las que usamos nosotros para entrar.

El cajón estaba colocado sobre una enorme tarima con cortinas de gruesa pana; a un costado, en un pequeño sillón ubicado sobre la tarima misma, había una mujer dormida, con la cabeza gacha. En su nuca se veía un collar de una sola vuelta de perlas negras; su vestido era talle imperio, pero de estricto luto negro.

El féretro entero estaba cubierto y rodeado por delicados arreglos florales. En unas jardineras de mármol había ramilletes de lirios, y por toda la sala una profusión de rosas que se integraban con la decoración circundante.

Librodot

Se habían colocado hileras de sillones estilo francés pintados de blanco, tapizados en solemne damasco color verde o rojo oscuro, lo cual contrastaba sobremanera con los incómodos muebles blancos de fabricación alemana. Había velas encendidas, individualmente y en candelabros, como también en la enorme araña de oro y cristal con costrones de cera de abejas, muy semejante a la que había caído en la casa de Stefan.

Un millar de llamas titilaban, tímidas, en la quietud.

Al fondo de la habitación, una fila de monjes rezaba el rosario al unísono, en forma audible. No levantaron la mirada cuando la silueta de capucha entró y se encaminó al ataúd.

En un largo diván dormían dos mujeres, una más joven, de pelo oscuro y las mismas facciones definidas de Stefan, con la cabeza apoyada sobre el hombro de la otra, ambas vestidas de negro y el riguroso velo retirado hacia atrás. La de mayor edad lucía un broche en el cuello. Su pelo era blanco y plata. La joven se movió en sueños como discutiendo con alguien, pero no se despertó, ni siquiera cuando Stefan pasó a cierta distancia de ella.

Mí madre.

El obsequioso guardia ruso no se atrevió a detener a ese aristócrata autoritario que atrevidamente se aproximaba a la tarima.

Los sirvientes ubicados en la puerta abierta estaban inmóviles cual figuras de cera, ataviados de raso azul prenapoleónico y peluca con coleta.

Stefan se plantó ante la tarima. Apenas dos escalones arriba dormía la muchacha en su silloncito dorado, con una mano en el cajón.

Mi hermana Vera. ¿Me tiembla la voz? Mira lo condolida que está. Mira dentro del ataúd mismo.

La visión nos llevó más cerca. Me sentí inundada de aroma a flores, el perfume intoxicante de los lirios y otros pimpollos. Cera de velas: el olor intenso de la pequeña capilla de la calle Prytania de mi niñez, la cápsula de santidad y seguridad en la cual nos arrodillábamos con mi madre en un elegante comulgatorio, mientras los abundantes gladiolos del altar opacaban nuestros humildes ramitos de lantanas.

Tristeza. Corazón mío, cuánta tristeza.

Pero no podía pensar en otra cosa como no fuera en lo que tenía ante mí. Me encontraba acompañando a Stefan en su intento, y petrificada del miedo. La silueta de capucha subió calladamente los dos peldaños de la tarima. Yo no soportaba el ardor de mi propio corazón. Ningún recuerdo mío prevaleció sobre este sufrimiento, este daño, este temor a lo que estaba por suceder, temor a la crueldad y los sueños hechos pedazos.

Mira a mí padre; el hombre al que mis manos dieron muerte.

El cadáver parecía cruel, pero al mismo tiempo marchito e insignificante. Sus rasgos eslavos eran más evidentes en la muerte, los ángulos más pronunciados, las mejillas con profundas arrugas, la nariz falsamente angostada por el funebrero tal vez, los labios intensificados en exceso con rouge y torciéndose hacia abajo, sin el hálito de vida que les confería esa semisonrisa que tan fácilmente él esbozaba antes de enojarse o de haber sido llevado a ese fin.

La cara muy pintada, y el cuerpo excesivamente ataviado con pieles y joyas, con galones de colores y terciopelo, suntuoso al estilo ruso, donde todo debe refulgir para expresar valor. Las manos con todos sus anillos descansaban sobre su pecho, sosteniendo un crucifijo.

Pero allí, a su lado, sobre el raso, se hallaba el violín, *nuestro* violín, sobre el cual se apoyaba la mano dormida de Vera.

-¡Stefan, no! No debes tomarlo -murmuré en nuestra penumbra de vigilia-. Ella lo está tocando.

Ah, temes por mi vida mientras presenciamos esta vieja escena. Y sin embargo no me devuelves mi violín. Ahora obsérvame morir por él.

Traté de desviar mis ojos pero él me obligó a mirar. Anclados en la escena, no se nos ahorraría nada del espectáculo. Con nuestra forma física invisible, sentí los latidos de su corazón, el temblor húmedo de su mano que me hacía girar la cabeza.

-Mira -fue lo único que atinó a decir-. Mírame duran-te mis últimos segundos de vida.

La silueta de manto y capucha subió los últimos dos escalones de la tarima, y clavó sus ojos vidriados y exhaustos en el padre muerto. Acto seguido, sacó la mano vendada y alzó el instrumento con su arco, se los llevó al pecho y rápidamente los cubrió con la otra mano mutilada.

Vera se despertó.

-¡No, Stefan! -le aconsejó con un hilo de voz. Sus ojos se movieron de prisa de derecha a izquierda como alertándolo, al tiempo que le hacía gestos desesperados de que se marchara.

Él se dio vuelta.

Vi entonces lo que se tramaba. Por las puertas que comunicaban con otras habitaciones entraron sus hermanos. Un hombre corrió para apartar a Vera que, dando alaridos de pánico, estiraba los brazos en dirección a Stefan.

-¡Asesino! -vociferó un hombre, e hizo el primer disparo que dio no sólo sobre el pecho de Stefan sino también sobre el violín. Oí que se astillaba la madera.

Stefan se hallaba sobrecogido de espanto.

-¡No harán eso! -gritó-. No. -Un disparo tras otro fueron incrustándose en su cuerpo y en el violín. El joven corrió hacia el medio de la habitación mientras los demás seguían tirándole. Las balas ahora provenían no solamente de los caballeros de distinguido atuendo sino también de los guardias, y se incrustaban en él y en el instrumento.

Stefan tenía el rostro enrojecido. Nada detuvo a la figura que contemplábamos, nada.

Lo vimos abrir la boca, jadeante, con los ojos entrecerrados y la capa que se movía detrás cuando él corrió hacia la escalera llevando el violín a salvo en sus brazos, sin sangre, nada de sangre, salvo la que manaba de sus manos. ¡Y mira!

Las manos.

Las manos estaban descubiertas, sanas, sin necesidad de vendas. Tenían, una vez más, sus dedos largos, perfectos, que aferraban el violín.

Stefan agachó la cabeza contra el viento cuando atravesó la primera puerta, y yo contuve el aliento. Las puertas estaban trancadas, cosa que él ni había visto. El chasquido de las armas, los alaridos, subían de volumen creando un toque de disonancia; luego se desvanecían a sus espaldas.

Se precipitó hacia la calle oscura -sus pies golpeteaban contra las piedras lustrosas y desparejas-, y sólo echó un vistazo hacia abajo para constatar que tenía violín y arco en la mano; luego corrió con toda la velocidad que le permitía su fortaleza juvenil, dejó atrás el centro adoquinado de la ciudad y siguió corriendo sin parar.

Las luces se borroneaban en la penumbra. ¿Era niebla lo que rodeaba esos faroles? Las casas se erguían en la negrura sin atenuantes.

Por último, incapaz ya de seguir, se detuvo. Descansó apoyándose contra una pared de yeso descascarado, con el manto echado hacia atrás para que sirviera de almohada a su cabeza, y los ojos momentáneamente cerrados. El violín y el arco se hallaban a salvo, sin el menor rasguño, en sus dedos. Inspiró repetidas veces mientras lanzaba frenéticas miraditas para comprobar si alguien lo había seguido.

No había ecos en la noche. Había figuras que se desplazaban en la oscuridad, pero eran tan tenues que no se las veía; estaban demasiado lejos de las luces sobre ocasionales puertas. ¿Reparaba él en la bruma que se juntaba sobre el suelo? ¿Era común eso en el invierno vienés? Grupos de siluetas lo observaban. ¿Eran para él sólo las rameras nocturnas de la ciudad y nada más?

Una vez más, huyó.

Sólo cuando hubo cruzado la ancha e iluminada Ringstrasse con su hilera de luces y sus grupos de gente de última hora de la noche, y llegó al campo abierto, volvió a detenerse, y por

Librodot

primera vez se miró las manos restauradas -sin vendajes, ya curadas-, y el violín. Lo levantó a la luz de los débiles faroles urbanos contra el firmamento para ver si estaba entero, sano, y vio que no tenía ni un rasguño. El Strad largo. Suyo. Y el arco que tanto amaba.

Alzó sus ojos y luego miró atrás, hacia la ciudad que había dejado. Desde el sitio alto donde se hallaba, la ciudad emitía sus débiles luces invernales en dirección a las nubes que bajaban. Se sintió confundido, azorado, feliz.

Adquirimos forma material. Estábamos rodeados por el olor a madera de pino y aire frío, aromatizado por un lejano humo de chimenea.

Nos hallábamos en el bosque, no lejos de Stefan, pero sí lo suficiente como para no poder ir a consolar a ese ser de más de cien años atrás que estaba ahí, respirando y lanzando el aliento en el frío, sosteniendo con cuidado el instrumento mientras sus ojos escudriñaban el misterio que había dejado atrás.

Había algo que estaba terriblemente equivocado, y él lo sabía. Algo estaba tan monstruosamente mal, que se sentía presa de un desasosiego sin límites.

Mi Stefan espíritu, mi guía y acompañante, lanzó un suave gemido, aunque la figura lejana no lo hizo. La figura conservaba su color vívido, su vibrante condición material, pero examinó su ropa en busca de heridas. Se revisó la cabeza y el pelo. Todo intacto.

-Es un fantasma, lo es desde el primer disparo -dije-, ¡y no lo sabe! -Suspiré por lo bajo. Miré a mi Stefan y luego a la figura lejana, que parecía tanto más inocente y desvalida, más joven sólo por el aspecto y la falta de aplomo. A mi lado, el espectro tragó saliva y se humedeció los labios.

-Moriste en aquella habitación.

Sentí dentro de mí un dolor tan agudo que me dieron ganas sólo de amarlo, de llegar a conocerlo totalmente con mi alma, de abrazarlo. Me di vuelta y lo besé en la mejilla. Él inclinó la cabeza para recibir más besos y apretó su frente fría contra la mía; luego hizo señas en dirección al lejano espíritu que acababa de nacer.

El lejano espíritu examinaba sus manos curadas, el violín.

-Requiem aiternam dona eis Domine -dijo mi acompañante, amargamente.

-Las balas te hicieron añicos, a ti y a tu violín -dije yo.

Frenético, el Stefan lejano giró sobre sus talones y emprendió un recorrido entre los árboles. A cada instante se daba vuelta para mirar atrás.

-Dios mío, está muerto pero no se da cuenta.

Mi Stefan se limitó a sonreír, y su mano descansaba sobre mi cuello.

Un viaje sin mapa ni destino.

Lo seguimos en su febril deambular. Atravesaba la repulsiva bruma de la "ignorada región" de Hamlet.

Me inundó de repente un frío feroz. En el recuerdo, me hallaba yo parada junto a la tumba de Lily, ¿o sería la de mi madre? Era ese momento sofocante y monstruoso antes de que empezara la aflicción, cuando todo es horror. Mírenlo, está muerto, y sin embargo deambula sin cesar.

Atravesó extraños pueblitos alemanes de techos empinados *y* callejuelas sinuosas, *y* nosotros le seguíamos los pasos, ambos incorpóreos una vez más, o anclados solamente en nuestra perspectiva compartida. Cruzó inmensos campos vacíos y volvió a internarse en el bosque. ¡Nadie lo vio! Sin embargo, a él le llegaba el rumor de los espíritus que se congregaban: trataba de ver lo que se movía arriba, abajo, a un costado.

Ya de mañana.

Al entrar en la calle principal de una pequeña aldea, se acercó al puesto del carnicero y habló con el hombre, pero éste no pudo verlo ni oírlo. Le tocó el hombro a la cocinera, trató de sacudirla, pero si bien él vio claramente su gesto, un conflicto profundo entre voluntad y hecho cierto, ella no percibió nada.

En ese momento llegó un clérigo de larga casulla negra, saludando a los primeros compradores. Stefan lo aferró, pero el hombre no pudo verlo ni oírlo.

Librodot

Observaba, desaforado, a la gente del pueblo que se arremolinaba. Luego adquirió un aire solemne, mientras trataba desesperadamente de razonar.

Vio entonces con más claridad a los muertos que pululaban en derredor. Vio siluetas que sólo podían ser fantasmas, por lo fragmentadas que estaban sus formas humanas, y se quedó mirándolas como podría hacerlo un ser viviente: con terror.

Cerré con fuerza los ojos y vi el pequeño rectángulo de la tumba de Lily. Vi los puñados de tierra que caían sobre el cajoncito blanco. Karl gritó: "¡Triana, Triana, Triana!" mientras yo repetía una y otra vez: "¡Estoy contigo!" Karl dijo: "Mi trabajo está sin terminar, míralo, Triana. No está hecho el libro, no está hecho... dónde están los papeles, ayúdame, se arruinó todo...".

No; aléjense de mí.

Miren esa figura que contempla a los otros espíritus, que se acercan como atraídos por su brillo. Él sintió miedo y escrutó sus rostros evanescentes. De tanto en tanto pronunciaba el nombre de los muertos que había conocido en su infancia, suplicante; después, con una mirada desesperada, se quedó callado.

Nadie había oído ese ruido.

Gemí, y la silueta que tenía a mi lado me estrechó con fuerza, como si tampoco él soportara ver a su propia alma errante, nítida y bella, con su capa y su pelo brilloso, en medio de un gentío de colores ni más ni menos intensos que los de él, una multitud que no podía verlo.

Puso empeño en sosegarse. Contuvo las lágrimas, que le dieron a sus ojos esa grandiosa autoridad que dan las lágrimas inmóviles. Levantó el violín y lo miró. Se lo llevó al hombro.

Comenzó a interpretar. Cerró los ojos y se entregó a ese terror en una danza alocada que habría arrancado aplausos a Paganini, una protesta, un lamento, un canto fúnebre y, lentamente, abriendo los ojos a medida que se movía el arco y que la música nos traspasaba, comprendió que nadie, ninguno de los que estaban en la plaza de ese pueblo, ni nadie que estuviera cerca ni lejos, podía verlo ni oírlo.

En determinado momento se esfumó. Sosteniendo el violín en la mano derecha y el arco en la izquierda, se llevó las manos a los oídos y agachó la cabeza, pero cuando su forma perdió todo color, tembló entero y abrió bien los ojos. El aire que lo rodeaba era un torbellino cada vez más poblado de espíritus visibles.

Movió la cabeza a uno y otro lado y entró la boca como lo hace un niño al llorar. "¡Maestro, Maestro! -musitó-. ¡Estás encerrado en tu sordera, y yo quedé afuera, sin poder oír sonido alguno! ¡Maestro, estoy muerto! ¡Me siento tan solo como tú! ¡Maestro, no pueden oírme!" Pronunció las palabras gritándolas.

¿Pasaron días?

¿Años?

Yo seguía aferrada a Stefan, mi guía en este mundo lóbrego, temblando pese a que no hacía verdaderamente frío, y vi que la figura volvía a caminar, y de vez en cuando levantaba el violín hasta la oreja y tocaba una furiosa serie de notas, y de pronto se detenía lleno de ira, apretando los dientes, sacudiendo la cabeza.

De nuevo Viena, quizá. No lo sé. Una ciudad italiana. Bien podría haber sido París. No sé. Los detalles de aquellos tiempos estaban demasiado mezclados dentro de mi mente, producto del estudio y la imaginación.

Él siguió caminando.

El cielo se convirtió, no tanto en una medida de algo natural, sino más bien en un baldaquín sobre una existencia fuera de la naturaleza, una inmensa tela negra tachonada de estrellas arrojadas allí al azar como diamantes en el velo de una mujer de luto. Y en la mañana tal vez, un cortinado que descendía.

El peregrino se detuvo en un camposanto de suntuosas tumbas. Nosotros éramos de nuevo invisibles, y lo seguíamos de cerca. Miró las tumbas, buscó los nombres. Llegó hasta

Librodot

la de Van Meck. Leyó el nombre de su padre. Limpió la gruesa costra de tierra y moho de la piedra.

El tiempo ya no se circunscribía al reloj. Sacó su reloj de bolsillo y lo miró, y el pequeño aparato no le dijo nada.

Otros espíritus se arremolinaron en la penumbra informe, atraídos por los movimientos firmes que él hacía y por el color vivo. Él los miraba a la cara.

-¿Padre? -preguntó en un susurro-. ¿Padre?

Los espíritus huyeron asustados, como si fueran globos en el viento, atados a un piolín flojo que podía ser arrastrado a uno u otro lado con un solo toque al cordón que los sujetaba a tierra.

En su rostro se pintó la comprensión cabal. Estaba muerto, irremediablemente muerto. ¡No sólo eso, sino además aislado de todo otro fantasma como él!

Registró el aire y la tierra en busca de otro espíritu sensible como él, igual de decidido, transido por el mismo dolor. No encontró nada.

¿Veía las cosas como mi Stefan y yo lo veíamos ahora?

Sí, tú y yo vemos ahora lo que yo vi en aquel momento, lo que vi, sabiendo sólo que yo estaba muerto, y no lo que significaba el hecho de que yo aún caminaba sobre la tierra, lo que podía llegar a hacer en esta desdichada perdición, sabiendo sólo que avanzaba de un lugar a otro, que nada me ataba, me constreñía ni me reconfortaba, ¡sabiendo sólo que no me había convertido en nadie!

Entramos en una capillita donde se estaba celebrando la misa. Era de estilo alemán pero más sencillo, de un período anterior, cuando el rococó había cubierto Viena. Arcos góticos se elevaban desde columnas con rosetones. Las piedras eran de grandes dimensiones y sin lustre. Los fieles eran gente de campo, y las sillas eran escasas, casi inexistentes.

Su apariencia espectral no había cambiado. Seguía siendo una visión lozana, policromática.

Observó la distante ceremonia del altar, bajo el dosel rojo sangre sostenido por santos góticos, hambreados, consumidos, venerables y torpemente ubicados allí como pilares de apoyo.

Delante del alto crucifijo, el sacerdote elevó la hostia consagrada, la mágica oblea blanca, el cuerpo y la sangre milagrosamente comestibles. Alcancé a sentir olor a incienso. Sonaban las pequeñas campanillas. Los fieles murmuraban en latín.

El fantasma de Stefan los miró indiferente, temblando, como podía mirar un hombre que está por ser ejecutado a personas extrañas que lo observan dirigirse a la horca. Pero no había una horca.

Volvió a internarse en el viento y subió una pendiente con ese andar que yo imagino cuando escucho el Segundo Movimiento de la *Novena* de Beethoven, esa marcha persistente. Subía y subía, atravesando el bosque. Me pareció ver nieve y después lluvia, pero no me daba cuenta del todo. Me dio la impresión de que en determinado momento se arremolinaron hojas a su alrededor, que él se hallaba en medio de una lluvia de hojas amarillas, y tambaleante salió a un camino para hacerle señas a un carruaje que no le prestó atención.

-¿Pero cómo empezó? -pregunté-. ¿Cómo te convertiste en este monstruo fuerte y tenaz que me tortura? -En la negrura que nos cubría, sentí su mejilla y su boca.

Oh, pregunta sin piedad. Tienes mi violín. Quédate quieta, observa, o de lo contrario devuélveme el instrumento. ¿No has visto lo suficiente como para convencerte de que es mío, que me pertenece, que yo lo hice cruzar la gran divisoria y lo traje a este reino con la sangre de mi propia vida, y que tú lo tienes sujeto para que no pueda sacártelo?. Los dioses están locos, si es que existen, porque permiten que suceda semejante cosa. El Dios de los cielos es un monstruo. Aprende de lo que ves.

-Aprende tú, Stefan -le contesté, y estreché con más fuerza el violín.

Mi gesto sólo consiguió arrancarle un gesto de impotencia a mi lado, en las tinieblas donde revoloteábamos, él rodeándome aún con sus brazos, apoyando la frente en mi hombro.

Dejó escapar un gemido como confiándome su dolor en un código privado, y sus manos cubrían las mías, tocaban la madera y las cuerdas del violín, pero no intentaban arrebatármelo. Sentí moverse sus labios contra mi pelo, encontrar la curva de mi oreja, y más también, lo sentí apretarse contra mí, perentorio, tembloroso, no decidido. El calor de mi interior se elevó como para entibiarnos a ambos.

Volví a observar al espíritu joven, deambulante.

Caía nieve.

El espíritu la miró y comprobó que no se depositaba sobre su capa ni su pelo, sino que parecía pasar de largo. Trató de tocarla con las manos. Sonrió.

Sus pies producían crujidos en la nieve. ¿Eso era algo que sentía de verdad o apenas una sensación que él mismo creaba mediante la voluntad y la esperanza? Su larga capa era una sombra oscura en la nieve, y no llevaba puesta la capucha, y sus ojos parpadeaban en medio de la callada inundación blanca proveniente del cielo.

De improviso un fantasma lo sobresaltó, un ser diáfano que salía del bosque, una mujer de sobrio ropaje, evidentemente adicta a la amenaza, pero él la hizo a un lado. Quedó estremecido. Si bien la había repelido con un solo movimiento del brazo, temblaba y echó a correr. La nieve seguía apilándose, y por un momento me pareció que me impedía verlo; luego él reapareció, visible, oscuro, adelante de nosotros.

Era el cementerio una vez más, lleno de tumbas grandes y pequeñas. Se detuvo ante el portón y espió el interior. Vio pasar a un ánima perdida que iba hablando sola como un ser humano demente, un ser de fina seda, pelo revuelto y extremidades oscilantes.

Empujó el portón. ¿Fue una ilusión o acaso tenía fuerza suficiente para hacer mover ese objeto material? No se puso a prueba más que en esto; dejó atrás la alta valla y avanzó por el ventoso sendero donde aún no había llegado la nieve. Todas las hojas caídas eran crujientes, rojas y amarillas.

Al frente, un pequeño grupo de deudos se había reunido alrededor de una tumba humilde, cuya lápida era apenas una pirámide. Lloraban, y por último todos se fueron marchando salvo una persona, una mujer mayor que, alejándose, encontró lugar para sentarse en el borde de un monumento de bello tallado, ¡junto a una estatua de una niña muerta! ¡Una niña muerta! Me maravillé.

La niña muerta era de mármol y sostenía una flor en la mano. Vi a mi hija -aunque fugazmente-; no había monumento para mi Lily… y ese cementerio de otro siglo... y nuestro fantasma deambulante clavaba sus ojos en la silueta apenada, una mujer de capota negra con largas cintas de raso, falda amplia, falda de una época posterior a cuando Vera con su atuendo ceñido había cruzado corriendo la sala para salvar a su hermano.

¿Se daba cuenta de eso el fantasma? ¿Notaba que habían transcurrido décadas? Se limitó a mirar a la mujer y pasó frente a ella poniendo a prueba su propia invisibilidad, y agitó la cabeza en gesto de meditación. ¿Ya se había resignado al horror absoluto de una existencia sin propósito?

De pronto sus ojos se posaron en la tumba alrededor de la cual se habían reunido las personas. Vio el único nombre grabado en la pirámide.

Yo también lo vi.

Beethoven.

Un grito partió de los labios del Stefan joven, un grito capaz de despertar a todos de sus tumbas. Una vez más, sosteniendo el instrumento en una mano y el arco en la otra, se llevó los puños a la cabeza, y bramó.

-¡Maestro! ¡Maestro!

La mujer no oyó ni advirtió nada. No vio al fantasma que se metió en la tierra y se puso a cavar con sus propias manos, dejando suelto el violín.

-¿Maestro, dónde estás? ¿Adónde te has ido? ¿Cuándo te moriste? ¡Estoy solo! Maestro, soy Stefan, ayúdame. ¡Preséntale mi caso a Dios, Maestro!

Un gran dolor.

Angor animi.

El Stefan de mi lado vaciló, y el pesar que yo sentía en mi pecho se propagó como fuego hasta mi corazón y mis pulmones. El joven yacía frente al monumento abandonado, entre las flores que allí había dejado la mujer. Sollozaba, golpeaba el puño contra el suelo.

-¡Maestro! ¿Por qué no me fui al infierno? ¿Dónde están los espíritus de los condenados, o acaso esto es la condenación? ¿Qué he hecho, Maestro?... -Ahora era una profunda aflicción. -Maestro, mi amado Beethoven.

Sus sollozos eran secos y mudos.

La mujer sólo miraba la piedra con el nombre de Beethoven. Sus dedos desgranaban muy lentamente las cuentas negras y plateadas de un rosario sencillo. El tipo lúgubre de rosario que usaban las monjas cuando yo era chica. La vi mover los labios. Tenía un rostro delgado, elocuente, y entrecerraba los ojos al orar. Pestañas grises, apenas visibles, la mirada fija como si ella estuviera realmente meditando sobre los misterios. ¿Cuál veía ante sí?

No oyó lamentos de nadie. Ella, el ser humano, estaba sola; y él, el espíritu, estaba solo también. Y las hojas se extendían, amarillas, todo a su alrededor, y los árboles estiraban sus ramas débiles y desnudas dentro del cielo desesperanzado.

Por último logró componerse. Se levantó hasta quedar de rodillas; luego se puso de pie, tomó el violín y le limpió la tierra y unas hojitas que tenía. Inclinó la cabeza en perfecta afirmación de pesar.

Pareció que la mujer rezaba durante una eternidad. Yo casi alcanzaba a oír sus plegarias. Rezó avemarías en alemán. Había llegado hasta la cuenta cincuenta y cuatro, la última ave-maría, de las últimas diez. Miré la estatua de mármol de la niña, a su lado. Una coincidencia tonta, tonta, o bien una confabulación de él para presentarme esa escena, con esa niña hecha en mármol y una mujer de negro. Y un rosario, un rosario como el que Rosalind y yo habíamos roto peleándonos después de morir mi madre. "¡Es mío!"

No seas tan vanidosa. ¡Esto es lo que sucedió! ¿Acaso crees que obtengo de tu mente los desastres que arruinaron mi alma y me hicieron lo que soy? Te estoy mostrando lo que soy; no invento nada. Es tanto el dolor que llevo adentro, que la imaginación no significa nada para mí. Me siento apabullado por un destino que debería enseñarte temor y compasión. Devuélveme el violín.

-¿Crees que con esto aprendes a tener compasión? -le pregunté enojada-. ¿Tú, que vuelves locas a las personas con tu música?

Sus labios rozaron mi cuello; su mano apretó fuertemente mi brazo.

El espíritu joven se sacó unas hojitas de la capa forrada en piel, tal como podría hacerlo un ser humano, y observó deslumbrado cómo caían al suelo. Una vez más miró el nombre escrito:

Beethoven.

Luego recogió violín y arco, y comenzó a tocar un tema que yo conocía con todo mi corazón, el primer tema musical que jamás había memorizado en mi vida. Se trataba de la melodía principal del único *Concierto* para violín y orquesta escrito por Beethoven, esa melodía preciosa, tan llena de felicidad que no parece del Beethoven de las sinfonías heroicas y los cuartetos místicos, una canción que hasta una boba sin talento como yo podía memorizar en una sola noche, mientras escuchaba cómo la tocaba un viejo genio.

Suavemente tocó Stefan, transmitiendo no sólo la idea de dolor sino también de tributo. Para ti, Maestro, la música que tú compusiste, la melodía vivaz para violín escrita cuan-do eras joven antes de que el horror del silencio se abatiera sobre ti, y te envolviera de una forma que te apartó del mundo, obligándote a hacer una música que fue monstruosa en ese vacío.

Yo podría haber entonado esa melodía con él. Qué perfecta la forma en que se elevaba desde las cuerdas, y cómo el lejano fantasma se permitía introducirse en ella, apenas sin mover el cuerpo, entrando y saliendo de la melodía misma para tocar las partes orquestales y entretejerlas dentro del solo, tal como había hecho con otra pieza musical para Paganini tanto tiempo atrás.

Por último llegó a la parte que se denomina cadencia, cuando el violinista debe tomar dos temas, o todos los temas, y tocarlos juntos, cuando los temas chocan, se entrecruzan en una orgía de inventiva, y todo esto lo hizo en un estilo renovado, resplandeciente, pleno de serenidad. En su cara, una expresión de sosiego y resignación. Tocó sin cesar, y poco a poco sentí que mi cuerpo se aflojaba en brazos de Stefan. Sentí que yo misma comprendía lo que había tratado de decirle:

El pesar es sabio. El pesar no llora. El pesar llega sólo después del horror de mirar la tumba, el horror de estar junto a la cama; el pesar es sabio y es imperturbable.

Silencio. Había llegado al final. La nota flotó en el aire; luego murió. Sólo el bosque continuaba entonando su habitual canción muda, de minúsculos instrumentos orgánicos, demasiado variados como para que se los pudiera contar: pájaros, hojas, el grillo bajo el helecho. El aire estaba gris, sereno, húmedo, pegajoso.

-Maestro -susurró-, que la luz eterna brille sobre ti. -Se limpió la mejilla. -Que tu alma descanse en paz, junto con la de todos los fieles que ya partieron.

La mujer, seria con su capota negra y sus faldas amplias, se levantó muy despacio de su asiento, ubicado junto a la niña de mármol. ¡Y se acercó a él! ¡Podía verlo! De pronto le tendió una mano.

Habló en alemán:

-Te agradezco mucho, bello joven -dijo-, que hayas tocado con tal maestría y sentimiento.

Él no podía hacer otra cosa que mirarla.

Sentía miedo. El joven fantasma tenía miedo y la miraba perplejo. No se atrevía a hablar. Ella le acarició la cara con la mano y retomó la palabra.

-Bendito seas, muchacho. Gracias a ti este día entre todos los días. Me encanta esta música, siempre me ha gustado. La persona que no ama es cobarde.

Él parecía incapaz de responder.

Cortésmente ella se retiró, y apartó la mirada para devolverle intimidad. Luego se alejó por el sendero.

-Gracias, señora -gritó él.

La mujer se dio vuelta y le hizo un gesto de muda afirmación.

-Ah, y este día entre todos los días, quizá sea la última vez que venga aquí, porque pronto trasladan la tumba. Lo pondrán en el cementerio nuevo, con Schubert.

-¡Schubert! -musitó él, tratando de contener el espanto.

Schubert había muerto joven. ¿Pero cómo podía saber semejante cosa esa copia de ser viviente que deambulaba por el éter?

No hacía falta que se lo dijera en voz alta. Todos lo sabíamos, todos: la mujer del recuerdo, el fantasma joven, el fantasma que me abrazaba a mí, y yo también. Schubert, el compositor de canciones, había muerto joven, escasamente tres años después de haber visitado a Beethoven en su lecho de muerte.

Paralizado, el fantasma joven la observó marcharse del cementerio.

-¡De modo que así empezó! -susurré, clavando los ojos en el fantasma visible, el fantasma pujante-. ¿Qué lleva a este espíritu a la visibilidad? -quise saber-. Puedo entender lo de la mujer sentada junto a la niña de mármol, ¿pero tú ves tu don secreto y siniestro, el que puede cruzar la línea divisoria de la muerte? ¿Lo ves? ¿Alguna vez viste estas enseñanzas?

No me quiso responder.

Librodot

14

No me respondió. Anonadado, el espíritu joven esperó hasta que la mujer estuviera fuera de su campo visual. Después, alejándose un paso de la tumba, levantó sus ojos para mirar lo que podía ver del cielo, un cielo invernal de Viena, casi un gris sucio, y luego volvió a posar su mirada solemne en la sepultura.

A su alrededor se congregaban los desprolijos y desorientados muertos, más densos y arteros que antes. ¡Ah, el espectáculo que constituían!

¿Veo a alguien a quien poder recurrir? ¿Crees que en esta penumbra se hallan Lily, tu padre, tu madre? No. Ahora mírame a la cara, ve lo que produce el reconocer algo, lo que el aislamiento refuerza. ¿Dónde están mis compañeros muertos, cualesquiera hayan sido sus pecados y los míos? Ní siquiera los monstruos ejecutados por crímenes indiscutibles se acercan a tomarme de la mano. Estoy separado de todos éstos que ves, de estos espectros. Mírame a la cara y verás dónde empezó todo. Contempla el odio.

-¡Míralo tú! -clamé-. ¡Aprende tú la enseñanza!

Sólo por un instante vi la figura de pie, el rostro severo, el desprecio por los muertos informes y errantes, los ojos fríos posados en la tumba.

El crepúsculo.

Otro cementerio había surgido a nuestro alrededor. Era nuevo y había en él monumentos más imponentes, para hacerse notar; seguramente por allí debía de estar el de Schubert y Beethoven, con sus estatuas talladas -como si en vida hubieran sido amigos, cuando en realidad casi ni se conocían-, y delante de esa monumental pila, el Stefan joven y visible tocó una impetuosa sonata de Beethoven, entretejiendo su propia creación, y un corrillo de muchachas se paró a escucharlo, todas embelesadas, una de ellas llorando.

Alcancé a oír su llanto que se mezclaba con el lamento del violín -el rostro del fantasma por último apesadumbrado como el de la muchacha-, y cuando ella estrechó sus propios brazos con pesar, él fue desgranando las notas largas, con lo cual las otras jóvenes que lo miraban se sintieron desfallecer.

Bien podían ser las adoradoras de Paganini del Lido, aquí, *y* el violinista mágico -indudablemente anónimo *y* ahora vestido al estilo de fin de siglo- tocaba para los vivos *y* los muertos, *y* en determinado momento levantó los ojos *y* los fijó en la mujer que lloraba.

-¡Tú necesitabas el dolor de esas personas, te alimentabas de ello! -exclamé-. Eso te daba fuerzas. Interrumpiste esa música loca y muerta e interpretaste una melodía desinteresada, y entonces ellas pudieron verte.

Eres apresurada y te equivocas. Desinteresada, sí. ¿Alguna vez fui desinteresado? ¿Y lo eres tú, ahora que retienes mi violín? ¿Es eso lo que sientes mientras presencias este espectáculo? Yo no me alimento con el dolor de esta mujer, pero a ella el sufrimiento la llevó a abrir los ojos y verme, y lo mismo pasó con las otras, y la melodía surgió de mí, de mi talento, un talento que yo tenia innato en mi vida natural, que nutrí y cultivé. Tú no tienes un don semejante. ¡Tienes mi violín! ¡Eres una ladrona como lo fue mi padre, como lo fue el incendio que por poco lo destruye!

-Y durante toda esta perorata te cuelgas de mí. Siento tus labios y tus besos, tus dedos sobre mis hombros. ¿Por qué? ¿A qué se debe tanta ternura siendo que escupes odio en mis oídos? ¿Por qué esta mezcla de amor y odio? ¿Qué puedo darte yo de bueno, Stefan? Te repito: presta atención a tu propia historia. No te devolveré un instrumento que usas para enloquecer a la gente. Muéstrame lo que quieras: no te lo devolveré.

Me susurró al oído.

¿Te hace pensar en tu marido muerto, en la época en que la medicación lo volvió impotente y él se sentía tan humillado? Recuerda su rostro macilento y la fría mirada de sus ojos. Te odiaba. Tú sabías que el mal finalmente avanzaba.

Yo no te abrazo porque te ame. Tampoco él. Te abrazo porque estás viva. Tu marido te consideraba una tonta con una hermosa casa que él llenó de chucherías, platos de Dresden y escritorios con incrustaciones de bronce de bellos diseños. Levantaba los cristales de Francia ante tus ojos y limpiaba las arañas. Llenaba tu cama de almohadones de brocato.

Y tú, obnubilada por todo eso, y por tu sentido del heroísmo de haberte casado con un hombre enfermo y frágil, dejaste marchar a Faye, tu hermana menor. No le diste cariño, no la retuviste. ¡No viste que ella encontraba el diario de tu padre y leía página tras página! No la veías mirar desde la otra punta del ático en dirección a la puerta del cuarto donde tú y Karl, tu nuevo marido, estaban en la cama. No te percataste de su vulnerabilidad, de que se sentía desplazada en la casa de su propio padre, por ese nuevo drama -el de Karl, el hombre rico- drama del cual obtenías satisfacción tanto como la he obtenido yo de tu sufrir. No la viste convertirse en una huérfana destruida por las palabras de juicio, desagrado y condena escritas por' su padre. ¡No viste su dolor!

-¿Y tú ves el mío? -Traté de alejarlo de mí. -¿Ves mi pesar? ¿Dices que el tuyo es mayor que el mío porque con tus propias manos mataste a tu padre? Yo no tengo talento para ese tipo de crímenes como tampoco para el violín. Pero lo que sí compartimos es cierto talento para sufrir, sí, para estar de luto, sí, y la pasión por lo majestuoso, por el misterio total de la música. ¿Crees que puedes arrancarme compasión cuando me obligas a evocar recuerdos de Paye que no soporto? Eres un muerto indigno, una basura. Sí, percibí el dolor de Faye, claro que sí, y la dejé partir, la dejé marcharse, ¡permití que se fuera! Me casé con Karl y eso la afectó. ¡Faye me necesitaba!

Llorando, traté de soltarme, pero no podía moverme. Lo único que pude hacer fue dar vuelta la cabeza e impedir que él se quedara con el violín. Quería llorar sola, toda la vida. No deseaba otra cosa que el llanto, sólo los sonidos que desde siempre forman el eco del llorar, como si los sollozos fuesen el único sonido que acarreara mérito o verdad.

Me besó bajo el mentón y por el cuello. Su cuerpo hablaba de ternura y de deseo, de paciencia complaciente y de cariño; sus dedos acariciaban mi cara con veneración. Luego inclinó la cabeza como avergonzado, y con voz contrita pronunció:

-¡Triana!

-Veo que obtuviste fortaleza del amor -dije-, amor por el Maestro. ¿Pero cuándo comenzaste a enloquecerlos, a hacerlos sufrir? ¿Y esta conducta la reservas sólo para mí, Triana Becker, la mujer del montón y sin talento que vive en el chalet blanco sobre la avenida? Seguramente no fui la primera. ¿A las órdenes de quién estás? ¿Por qué me despiertas cuando sueño con el bellísimo mar? ¿Crees que prestas servicios al hombre cuya lápida te provocó un dolor tan desgarrador que a partir de entonces obtuviste forma material?

Gimió como implorándome que me callara, pero yo no pensaba hacerlo.

-¿Crees que sirves al Dios al que le rezabas? ¿Cuándo comenzaste a producir dolor si éste no era lo suficientemente agudo como para hacerte adquirir forma material?

Otra escena fue tomando forma. Pasaban tranvías traqueteando en sus vías. Una mujer de vestido largo estaba tendida en una cama de sensuales curvas, que podríamos denominar estilo arte moderno. La ventana tenía un marco con un diseño libre, propio de la época. Había por ahí cerca un fonógrafo, con su gruesa púa inmóvil y el plato polvoriento.

Stefan tocaba para ella, y ella lo escuchaba con ojos brillosos, sí, con las lágrimas de rigor, las eternas lágrimas... quiero que en este relato abunden las lágrimas como cualquier otra palabra común y silvestre. Que la tinta se convierta en lágrimas, que el papel se ablande con ellas.

La mujer escuchaba con lágrimas brillosas y observaba al muchacho de moderno saco corto, que lucía su pelo largo y sedoso como si no quisiera renunciar a él, aunque a

esta altura seguramente sabía que podía cambiar su apariencia; lo observaba tocar el celestial instrumento para ella.

Se trataba de una canción radiante cuyo nombre yo no podía precisar, quizá de su propia autoría, y se zambullía en la disonancia que distingue a la primera música de nuestro siglo, un efecto, un palpitar, una rumorosa protesta de la naturaleza y de la muerte. Ella lloraba, apoyada su cabeza contra un fondo de terciopelo verde, una silueta elegante que parecía pintada en vitrales, con su vestido frívolo, sus zapatos puntiagudos, sus suaves rizos pelirrojos.

Él se detuvo. Dejó sus finas armas a un costado. Miró tiernamente a la mujer, se le acercó, tomó asiento a su lado, en el diván curvo. La besó, sí, en forma visible y palpable para ella como lo era él para mí, y el pelo masculino cayó sobre su rostro como caía sobre mí incluso ahora, en la penumbra sin compás desde donde observábamos.

Luego le habló a la mujer en un alemán más reciente, más familiar a mis oídos.

-Años atrás -dijo-, el gran Beethoven tenía una amiga llamada Antoine Brentano. La amaba dulcemente, como amaba a muchas personas. Shh, no creas las mentiras que dicen sobre él. Amaba a muchas. Y cuando Antoine Brentano sufría, él iba a la casa que ella tenía en Viena, entraba sin decirle nada a nadie, y tocaba horas de horas el pianoforte para aliviar su dolor. Las melodías ascendían atravesando los pisos, llegaban hasta ella, la reconfortaban y amortiguaban su sufrir. Después, él se marchaba calladito, sin saludar a nadie. Y ella, por eso, lo amaba.

"Como te amo yo", dijo esta muchacha.

¿Estaba muerta ahora, llevaba quizá muchos años de muerta?

-¿A ella la enloqueciste?

¡No lo sé! ¡No quieres reconocer la profundidad del sentimiento!

Ella levantó sus brazos desnudos y estrechó al fantasma, estrechó algo sólido y aparentemente varonil y apasionado por su persona, apasionado por su carne femenina muy cuidada, por las lágrimas que él lamía con su lengua espectral en un gesto tan repentinamente monstruoso, que la imagen entera se me oscureció.

Le lamía los ojos, las lágrimas, los ojos. ¡Basta ya!

-Suéltame -dije, y lo empujé. Le di patadas en los pies. ¡Eché la cabeza hacia atrás y oí el sonido de mi cabeza contra la suya! -¡Suéltame!

Dame el violín y te suelto. Ojos... ¿Aún guardas en un frasco los de Lily? Permitiste que la cortajearan, recuerdas, ¿y por qué? ¿Para estar segura de que, por alguna negligencia o estupidez, no la habías matado tú misma? Ojos... ¿Recuerdas los de tu padre? Los tenía abiertos al morir, y tu tía Bridget te preguntó: Quieres cerrárselos, Triana, y te explicó el honor inmenso que era cerrárselos, y te indicó cómo poner la mano...

Forcejeé, pero no podía liberarme.

Se oyó música pletórica de tambores, algo fantasmal y salvaje, pero detrás surgió el violín.

¿Miraste siquiera a los ojos de tu madre el día en que la dejaste ir hacia su muerte, cuando falleció de un ataque, niña tonta? Podría haberse salvado, no estaba en las últimas. ¡Estaba enferma de vivir, no más, de ti, de todas sus hijas sucias, de su marido infantil y temeroso!

-¡Cállate!

De improviso vi a mi captor. Estábamos visibles. Iba creciendo la luz a nuestro alrededor. Él se hallaba apartado de mí. Yo sostenía el violín y le lanzaba dardos con la mirada.

-Maldito seas con todas tus visiones -juré-. Sí, sí, confieso que los maté a todos, los maté, la culpa es mía. ¡Si Faye está muerta y tendida sobre una losa, lo hice yo! ¡Sí, lo hice yo! ¿Qué harías con el violín si te lo devolviera? ¿Enloquecerías a alguna otra? ¿Le lamerías

las lágrimas? Te desprecio. Mi música era mi alegría. ¡Mi música era trascendencia! ¿Qué es la tuya sino daño y vileza?

-¿Y por qué no? -Sujetó mi cuello con ambas manos, en un punto peligrosamente cerca de mi garganta. Me disgustaba mucho que me tocaran ahí, en ese lugar tan blando del cuello -ni siquiera una persona amada-, pero no iba a caer en la celada ni tratar de alejarlo de mí a empujones.

-¿Tienes fuerzas como para matarme? -le pregunté-. ¿Trajiste a este abismo también esta facultad, la de matar como mataste a tu padre? Entonces, hazlo. A lo mejor estamos en los umbrales de la muerte y tú eres el dios que tiene la balanza para pesar mi corazón. ¿Esto es lo que te propones: presentarme todas las cosas más queridas de mi vida?

-¡No! -gritó, pero estaba conmovido, y de nuevo lloraba-. ¡No, mírame! ¿No ves lo que soy? ¿No ves lo que me sucedió? ¡No comprendes! Estoy perdido, solo. ¡Y todos los que transitan por el vacío al mismo ritmo mío caminan solos como yo! Nosotros, que somos fantasmas invisibles y poderosos -y seguramente debe de haber más-, no podemos comunicarnos unos con otros. ¿Que si traigo a Lily? ¡Lo haría si pudiera! ¿A tu mamá? Con sólo chasquear los dedos, si supiera cómo. Sí, tranquilizaría a la hija que ha llorado la muerte de su madre toda la vida... qué cosa inútil. ¡Y contigo, viajando hacia atrás y entrando en este dolor, frente a la casa de mi padre en llamas, vi por primera vez la sombra de Beethoven! ¡Su espíritu! *¡Vino por ti, Triana!*

-O para ponerte freno a ti, Stefan -respondí procurando hacerlo con voz suave-. Para educar tu magia. La tuya es una brujería ingenua y potente. Este violín está hecho de madera, *y* tú eres de carne *y* hueso como yo, aunque uno de los dos está vivo y el otro hecho de una codicia implacable...

-¡No! Codicia, no. Nunca.

-Suéltame. No me interesa si esto es locura, sueño o embrujo. ¡Quiero alejarme de ti!

-No puedes.

Percibí el cambio. Nos estábamos disolviendo. Sólo el violín tenía forma en mis brazos. Volvimos a esfumarnos. No teníamos identidad. La escena descendía; la música espectral seguía sonando.

Un hombre se hallaba de rodillas tapándose los oídos con las manos, pero Stefan el violinista no le daba tregua, y ahogaba a los individuos semidesnudos y de piel color café que tocaban los tambores con los ojos fijos en el violinista maligno, a quien iban siguiendo el compás, pero teniéndole miedo.

Otro momento brilló con luminosidad: una mujer golpeaba con los puños la silueta fantasmal del violinista, pero éste continuaba interpretando un plañidero canto fúnebre.

Apareció entonces un patio de escuela con árboles frondosos. Allí los niños bailaban alrededor del violinista, como si se tratara del Flautista de Hamelín, y una maestra lanzó un grito y trató de apartarlos, pero no alcancé a oír su voz porque me lo impedía el incesante cantabile del instrumento.

¿Qué vi luego? Figuras que se abrazaban en la oscuridad, susurros contra mi rostro. A él lo vi sonreír, y a una mujer, empañar el brillo del rostro masculino.

¡Amarlas, llevarlas a la *locura,* a la larga *era todo* igual, *porque* ellas *morían! Y yo no.* Yo no. *Y este* violín *es* mi *tesoro inmortal, y juro que te saco* de la vida *y te arrojo a este infierno* aquí *conmigo* si *no me lo devuelves.*

Pero habíamos llegado a cierto lugar. Ya no había nada borroso. Sobre nuestras cabezas, un techo. Nos hallábamos en un pasillo.

-¡Espera, mira estas paredes blancas! -dije, alarmada, con un aterrador *déjá vu-.* Esto lo conozco.

Azulejos blancos mugrientos; luego, la provocación diabólica del violín, que no era música sino más bien un chirrido, una tortura atroz.

-A este lugar lo vi en sueños -dije-, vi estas paredes de azulejos blancos, los armarios de metal, las inmensas máquinas de vapor. ¡Y el portón, mira!

Librodot

Por un glorioso instante, mientras nos encontrábamos frente a los herrumbrados portones, recobré la espléndida hermosura del sueño, ese sueño antiguo que tenía no sólo el lóbrego pasillo de sótano y su túnel trancado, sino también el palacio de bello mármol, y frente a él el mar esplendoroso, y los espíritus que danzaban en la espuma, que ahora no me parecían funestos como los espíritus que contemplábamos con horror, sino más bien unos seres libres y saludables que medraban sobre el brillo y el volumen de las olas, las ninfas de la vida misma. Rosas en el suelo.

-Ya es hora.

Empero, lo único que veíamos ahora eran las puertas del túnel oscuro. Las máquinas emitían un zumbido, y él tocaba el violín ahí adentro, en la penumbra del túnel, y nadie hablaba, y el muerto, no, mejor dicho el hombre agonizante, mira, san-graba por las muñecas.

-Y tú lo llevaste a eso, ¿no? ¿Me lo muestras para que yo llegue a la conclusión de que debo aceptar tus designios? Nunca.

¡Yo le saqué de la cabeza su *propia* música, *se la* saqué *con* la mía! Eso se *convirtió* en un *juego* también. *Contigo, yo* habría *expulsado al Maestro y* a Mozart, *el Pequeño Genio, pero a* ti *te* gustaba lo que *yo* tocaba. Mentirosa: *para* ti la música no *era bondad, era* autocompasión. ¡Música *era hacerles* incestuosa *compañía a* los *muertos! ¿Enterraste en tu mente a tu hermanita Faye?* ¿La *tendiste* en una *morgue* sin *nombre, preparándola ya para el ruido y el soberbio sepelio? Con el dinero* de Karl *puedes comprarle un* lindo *cajón* a tu *hermana, que se* sentía tan sola a la sombra *de tu padre muerto,* tu hermanita, que presenciaba *cómo* tu nuevo *marido* ocupaba el lugar de él *en* la *casa, tu* hermana, ¡una llama *bendita que abandonaste tan fácilmente!*

Me di vuelta sujetada por sus brazos invisibles. Le asesté un fuerte rodillazo en el cuerpo, tal vez con la misma fuerza con que él había pateado a su propio padre. Lo empujé con ambas manos. Lo vi en un fogonazo.

Toda otra fantasía nos había abandonado. No había ya azulejos blancos ni zumbido de motores. Hasta el mal olor se había ido; también la música. Ningún eco nos daba a entender que estuviéramos encerrados.

El Stefan que había acudido a mí en Nueva Orleáns voló alejándose de mi persona, como si estuviera cayéndose; luego arremetió de nuevo hacia adelante y trató de manotear el violín.

-¡Eso no lo harás! -Le di otra patada. -¡No lo harás, no! No se lo harás a nadie, ¡y lo tengo yo en mis manos, y el Maestro mismo te preguntó por qué! ¡Por qué, Stefan! Me diste la música, sí, y me das la perfecta absolución por haber confiscado el origen de ese don.

Levanté el violín y el arco con ambas manos. Alcé el mentón. Él se llevó los dedos a los labios.

-Triana, te lo suplico. No entiendo el significado de lo que dices, ni de lo que digo yo. Te imploro... El violín es mío. Morí por él. Me alejaré de ti con él, juro que me marcharé, Triana!

¿Lo que sentía bajo mis pies era pavimento duro? ¿Qué lúcida fantasía nos rodearía ahora, qué más me sería revelado? Tenues edificios en la bruma. Una ráfaga de viento.

-¡Acércate de nuevo a mí con apariencia sólida, de carne y hueso, y juro que te parto esto por la cabeza!

-Triana -se opuso, impresionado.

-Primero lo haré pedazos. Lo juro.

Lo sostuve en alto con más fuerza haciéndolo oscilar en dirección a él, y su reacción fue dar unos pasos vacilantes hacia atrás, lleno de temor.

-No, no puedes hacer eso. Triana, por favor, devuélveme el violín. No sé cómo hiciste para sacármelo. No sé qué justicia, qué ironía es ésta. Me tendiste una trampa. Me lo robaste. ¡Triana! Dios mío, y que seas tú, precisamente!

-¿Y eso qué significa, mi querido?

-Que tú tienes oídos para oír tales melodías y temas...

-Por cierto que fabricaste melodías, temas y recuerdos también. Qué caro es el costo de tu diversión.

Sacudió la cabeza en gesto de impotente y enérgica negación.

-Esas canciones para ti, y había frescura en ellas, casi vida, y las tocaba bajo tu ventana, y cuando levantaba la mira-da veía tu cara y sentía eso que llamas amor, y no recuerdo...

-¿Piensas que con esta táctica me vas a ablandar? Ya te dije que tengo mi justificación. Ya no me obsesionas más. Tengo el violín, y es como si fuera tu pito. A lo mejor nunca sabemos por qué, pero lo cierto es que está en mis manos, y que no tienes fuerzas suficientes para recuperarlo.

Me di vuelta. Lo que pisaba era, en efecto, pavimento duro. Y el aire era frío.

Eché a correr. ¿Lo que oía era el ruido de un tranvía?

Sentí el golpetear de mis pies contra el adoquín. El aire era gélido, desagradable. No podía ver nada, salvo cielo blanco, alicaídos árboles sin hojas y edificios semejantes a fantasmas voluminosos en su transparencia.

Corrí sin cesar. Me dolía la planta de los pies; los dedos de los pies se me entumecieron. El frío me hizo derramar las primeras lágrimas desperdiciadas. Sentía un dolor en el pecho. Corre, sal de este sueño, de esta visión, encuéntrate a ti misma, Triana.

Una vez más se oyó el ruido a tranvía, luces. Me detuve, y el corazón me latía con fuerza.

Sentía tanto frío en las manos, que de pronto empezaron a dolerme. Aferraba el violín *y* el arco con la izquierda *y* me chupaba los de la mano derecha para calentármelos. Mis labios estaban fríos y cuarteados. ¡Dios santo! Era el frío del infierno. El viento traspasaba mi ropa.

Ésa era la ropa liviana que yo tenía puesta cuando él me secuestró. Vestido suelto de pana, seda.

-¡Despierta! -grité-. Encuentra tu lugar. ¡Regresa a tu propio lugar! -vociferé-. Termina este sueño, termínalo.

¿Cuántas veces había hecho eso de regresar a través de la fantasía, la pesadilla o la ilusión, y encontrarme a salvo en la cama con dosel, dentro de la habitación octogonal, sintiendo afuera el ruido del tránsito veloz de la avenida? Si esto es locura, ¡no lo pienso tolerar!

¡Prefiero vivir con todo su sufrimiento y no esto! ¡Pero esto era demasiado sólido!

Se elevaban allí edificios modernos. Por las vías curvas se acercaban dos tranvías de la época actual, uno unido con el otro, y frente a mí vi algo deslumbrante: nada más que un quiosco que en ese momento abría pese al invierno, sus paredes portátiles ya cargadas de revistas multicolores.

Corrí hacia allí, y se me trabó el pie en una vía. El sitio me resultaba conocido. En ese momento me caí, pero pude salvar el violín girando hacia un lado, y haciendo que mi codo, y no el instrumento, golpeara contra los adoquines.

Me puse de pie.

El letrero que se vislumbraba en lo alto tenía palabras que alguna vez había visto.

HOTEL IMPERIAL. Estábamos en la Viena de mi época, la del presente. No podía ser que yo estuviera aquí, no, imposible. No podía despertarme en otro sitio que no fuera donde había empezado.

Di golpes en el suelo con los pies, bailoteé en círculos. ¡Despierta!

Pero nada cambió. Era el alba, y la Ringstrasse cobraba vida. Stefan había desaparecido irremediablemente, y ciudadanos comunes caminaban por las aceras. Vi que salía a la calle el portero del grandioso hotel donde se habían alojado personas tan insignes como reyes *y* reinas, Wagner *y* Hitler, malditos sean ambos, y sólo Dios sabe quiénes más, en sus suntuosas habitaciones que yo una vez había vislumbrado. Dios mío, es aquí. Estoy aquí. Me has dejado aquí.

Librodot

Un hombre me habló en alemán.

Yo me había caído contra el quiosco y había torcido la pared de las revistas. Estábamos desplomándonos, todos, los rostros de las revistas y la mujer torpe, vestida con un insulso solero de verano, con el violín y el arco.

Unas manos firmes me sujetaron.

-Perdóneme -dije en alemán. Y luego agregué en inglés: -Lo siento muchísimo. Discúlpeme, no era mi intención...

No podía mover las manos, que se me estaban congelando.

-¿Ésta es tu jugarreta? -pregunté de viva voz, haciendo caso omiso de las caras reunidas en derredor-. ¡Dejarlas congelar para que se mueran, hacerme a mí lo mismo que tu padre te hizo a ti! ¡Pues bien, conmigo no lo harás!

Quise dar una trompada a Stefan, pero lo único que vi fueron personas demasiado comunes e indiferentes que no podían ser sino reales.

Levanté el violín, lo calcé bajo mi barbilla y empecé a tocar.

Una vez más lo hice, en esta oportunidad para sondear, para saber, para elevar mi alma y descubrir si el mundo real la recibía. Oí la música, fiel a mis más íntimos e inofensivos deseos; la oí elevarse con fe y amor. Al mundo lo veía como se lo suele ver en una situación borrosa: como una confusión de quiosco, personas que se habían juntado, un auto pequeño que se detenía.

Seguí tocando. Nada me importaba. Al tocar, las manos se me iban entibiando; pobre Stefan, pobre Stefan. Yo lanzaba mi aliento al frío, y seguía tocando sin cesar. El dolor sensato no trata de vengarse de la vida misma.

De pronto se me endurecieron los dedos. Realmente hacía mucho, mucho frío.

-Pase adentro, señora -dijo el hombre de mi lado. Se acercaron otras personas, una chica joven con el pelo recogido. -Entre, por favor, entre -me invitaron.

-¿Pero adónde? ¿Dónde estamos? Quiero mi cama, mi casa. Con gusto me despertaría si supiera cómo volver a mi casa y mi cama.

Náuseas. El mundo se estaba oscureciendo de un modo natural; yo me iba entumeciendo del frío, perdiendo el estado de conciencia.

"El violín, por favor, no toquen el violín" -dije. No tenía sensación en las manos, pero alcanzaba a ver el instrumento, su madera invalorable. Pude ver luces ante mis ojos, luces que brincaban como podían hacerlo bajo la lluvia, sólo que no llovía.

-Sí, querida, permítanos ayudarla. Téngalo usted. Ahora está a salvo.

Ante mis ojos, un anciano hacía señas de que lo siguiéramos, dirigía a las personas de mi alrededor. Un anciano venerable, de tipo muy europeo, pelo blanco y barba, semblante tan europeo, como proveniente del pasado más remoto de Viena, anterior a las terribles guerras.

-Quiero sostener el violín en mis brazos -dije.

-Usted tiene el preciado instrumento, querida -me dijo la mujer-. Llamen de inmediato al médico. Levántenla. ¡Despacito, con cuidado!

La mujer me guió, y traspusimos unas puertas giratorias. Una impresión de luz y calor. Náuseas. Me voy a morir, pero no me despertaré.

-¿Dónde estamos? ¿Qué día es hoy? Las manos... necesito darles calor, agua caliente...

-Nosotros nos encargamos, querida, no se preocupe que la ayudaremos.

-Me llamo Triana Becker, de Nueva Orleáns. Llamen allí. Comuníquense con Grady Dubosson, el abogado de la familia. Pidan ayuda para mí. Triana Becker.

-Lo haremos, querida -afirmó el señor canoso-. Lo haremos. Ahora descanse. Álcenla en brazos y permítanle que lleve ella el violín. No la hagan sufrir.

-Sí... -dije, suponiendo que de improviso se apagaría toda la luz del mundo, que me había llegado la muerte entremezclada con la fantasía, con sueños imposibles y sucios milagros.

Pero no llegó la muerte. Y esas personas fueron sumamente amables y tiernas.

-Nosotros la cuidaremos.

-Sí, ¿pero quiénes son ustedes?

15

La Suite Imperial. Amplia, en blanco y oro, con paredes revestidas en brocato gris. En el techo, círculos de yeso color beige. Una belleza de efectos sedantes. Las inevitables volutas de crema batida siguiendo el contorno del techo, y en cada esquina, una enorme cartela. La cama era moderna en sus dimensiones y firmeza. En lo alto, una figura en filigrana de oro. Yo me hallaba tapada por una pila de acolchados de duvet: una suite apropiada para la reina de Inglaterra, o para alguna loca millonaria.

Estaba entre sueños, ese sueño liviano y agotado en el cual una red hecha de ansiedad nos impide un descenso sibarítico, un sueño fastidioso en que cada voz suena aguda y raspa los poros de nuestra piel.

La tibieza del ambiente era moderna y deliciosa. Las ventanas dobles, con suntuosos cortinados, impedían que entrara el frío de Viena. Abrir la ventana, y después abrir la ventana. El calor era un zumbido que salía de estufas ocultas o disimuladas y llenaba el espacioso volumen de la habitación.

-Señora Becker, el conde Sokolosky quiere tenerla de invitada.

-Yo le di mi nombre... -¿Se movían mis labios? Miré hacia el lado y vi un aplique dorado con dos lamparitas vela que daban una intensa luminosidad, y caireles que colgaban del lustroso bronce. -Agradezco la amabilidad del caballero, pero no es necesaria. -Traté de dar claridad a mis palabras.

-Le pido por favor que llame a la persona que le dije, Grady Dubosson, mi abogado.

-Señora, hicimos esos llamados. Ya le han remitido fondos, *y* el doctor Dubosson viene a buscarla. Ah, *y* sus hermanas le mandan cariños. Para ellas fue un gran alivio enterarse de que usted está aquí, sana y salva.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Sonreí. Me vino a la memoria una preciosa escena de una vieja película sobre Un *cuento de Navidad,* de Dickens, Alaistair Sim, el actor británico, un Scrooge que bailaba la mañana de Navidad después de despertarse como un hombre distinto. "No sé cuánto tiempo he estado entre los espíritus." Un final muy pero muy feliz.

Había un escritorio blanco, un sillón de madera y seda azul medianoche, una planta muy alta y visillos descorridos para dejar pasar la luz gris.

-Pero el conde le suplica que sea su invitada. Él la escuchó tocar el Stradivarius.

Abrí grandes los ojos.

¡El violín!

Se encontraba en la cama, a mi lado, y yo tenía la mano apoyada sobre las cuerdas y el arco. Puesto sobre la almohada resaltaba, marrón oscuro y brilloso, contra las sábanas blancas.

-Sí, está aquí -expresó la mujer en un inglés perfecto, enriquecido por su acento austríaco-. Lo tiene al lado.

-Lamento causar tantos trastornos.

-Ni el menor trastorno. El conde miró el violín, sin tocarlo, por supuesto. Jamás haría eso sin su permiso. -El acento austríaco era más suave y fluido que el alemán. -El conde es coleccionista de ese tipo de instrumentos, y le pide que sea su invitada, señora. Sería un honor para él. ¿Desea cenar algo?

Stefan se hallaba en un rincón.

Pálido, encorvado, desteñido, como si el color se hubiera escurrido de él, me observaba, una figura envuelta en bruma.

Contuve el aliento. Me incorporé y apreté el violín contra mí.

-No te esfumes, Stefan, ¡no te conviertas en uno de ellos! -le pedí.

Su rostro, lleno de pesar y derrota, no mostró cambio alguno. La imagen pareció más descarnada, temblorosa. Estaba apoyado contra la pared, con la mejilla contra el revestimiento de tela, los tobillos cruzados sobre el parquet, descansando en la penumbra.

-¡Stefan! No permitas que te suceda a ti. No te vayas. Miré a derecha e izquierda en busca de los muertos errantes, los tenebrosos fantasmas, las ánimas.

La mujer miró por sobre su hombro.

-¿Me hablaba a mí, señora?

-No. A un fantasma, nada más -respondí. ¿Por qué no terminar ya con el asunto? ¿Por qué no decirlo? Probable-mente, ante esos amables austríacos, yo ya había quedado como una loca de remate. ¿Por qué no? -No le hablo a nadie, salvo... salvo que usted vea a un hombre ahí en el rincón.

Lo buscó con la mirada pero no lo encontró, y se volvió hacia mí, sonriente. La mujer, toda cortesía, se sentía incómoda y no sabía qué hacer para ayudarme.

-Es el frío, las peripecias, el viaje -me justifiqué-. No moleste al conde, mi anfitrión, con todo esto. ¿Mi abogado ya viaja para acá?

-Hacemos todo lo posible por usted. Soy la señora de Weber. Éste es nuestro conserje, el señor Melniker.

Señaló hacia la derecha. Se trataba de una hermosa mujer, alta, de pelo negro peinado con rodete y rostro juvenil. El señor Melniker, un muchacho de ojos azules, me miró ansioso.

-Señora -dijo.

La señora de Weber trató de contenerlo haciéndole una inclinación de cabeza y levantando una mano, pero él siguió adelante.

-Señora, ¿sabe usted cómo llegó hasta aquí?

-Tengo pasaporte -respondí-. Mi abogado me lo va a traer.

-Sí, señora. ¿Pero cómo hizo para entrar en Austria?

-No sé.

Miré a Stefan y lo vi lleno de desesperanza, su rostro muy blanco, y una profunda expresión sólo en sus ojos que me devolvieron la mirada.

-Señora Becker, ¿recuerda usted al menos algo que...? -El hombre se interrumpió.

-Ella ahora debería comer algo -sostuvo la mujer-; una sopa, tal vez. Tenemos una sopa excelente que ofrecerle, y vino. ¿Quiere vino?

Dejó de hablar. Ambos quedaron tiesos. Stefan me miraba sólo a mí. Sentí un golpeteo que se iba acercando. Un hombre cojo, con bastón. El sonido me resultaba conocido, y casi puedo decir que me gustaba sentir el golpe, el paso arrastrado, el golpe...

Me incorporé, y la señora de Weber se acercó de prisa a acomodarme las almohadas. Miré y comprobé que mi atuendo era una mañanita de matelassé de seda, atada al cuello, y debajo, un camisón de algodón blanco muy fino. Me vi recatada, hasta limpia.

Me observé las manos, y cuando me di cuenta de que había soltado el violín, volví a tomarlo y sujetarlo.

No había habido ningún movimiento presuroso por parte de mi fantasma trágico. No se había movido.

-Señora, acá no corre peligro. Ése que está en la sala es el conde. ¿Le permite pasar?

Lo vi en la entrada. Las puertas color beige eran acolcha-das y forradas en cuero, y había dos juegos, con la intención de no dejar pasar ni el menor ruido cuando a esas habitaciones se las cerraba en forma separada. Estaba ahí parado con su bastón de madera, el señor canoso al que había visto abajo, en la calle, de barba *y* bigote blancos, una figura anticuada *y* bella como los venerables viejos actores de las películas en blanco y negro, tan del Viejo Mundo.

-¿Se siente bien, mi pequeña? -preguntó. Gracias a Dios, lo hizo en inglés. Lo vi muy lejos. Qué amplios eran esos ambientes, amplios como los del palacio de Stefan.

Explosión. Llamas. Viejo Mundo.

-Sí, gracias, señor -respondí-. Qué suerte que usted habla inglés, porque mi alemán es un espanto. Le agradezco la gentileza. No quisiera en lo más mínimo ser una carga.

Con esas palabras bastaba. Grady pagaría luego las cuentas. Grady podía explicar todo. Ésa era la ventaja de ser rico: que otros se encargaban de dar las explicaciones. Karl me lo había enseñado. ¿Cómo podía decir yo que no necesitaba la hospitalidad ni la generosidad de este señor? Había que aclarar algo más importante y preciso.

-Entre, por favor -dije-. Lo siento muchísimo. -¿Qué es lo que siente, hija?

Se acercó cojeando hasta la cama. Sólo en ese momento me percaté de las volutas del pie de la cama. Y más allá, la araña del otro cuarto. Sí, el Hotel Imperial era un palacio.

El anciano llevaba una especie de medallón al cuello; la chaqueta, de pana negra, le colgaba despareja de los hombros. Su barba blanca parecía cepillada.

Stefan no se movió. Miré a Stefan y él me miró a mí. Derrota y pesar. Se lo noté hasta en el ángulo de su cabeza, el modo en que la recostaba contra la pared, como si las partículas que le quedaran pudieran conocer la fatiga, o la conocieran ahora incluso más, y se mantuvieran unidas en forma más precaria. Movió apenas los labios al mirarme, un rostro hablándole a otro, el suyo, el mío.

El señor Melniker había corrido a acercar una poltrona de pana azul para el conde, uno de los numerosos sillones en blanco y dorado, de inevitable estilo rococó, que había por allí.

Se sentó a una distancia prudente.

Un agradable aroma llegó hasta mí.

-Chocolate caliente -dije.

-Sí -dijo la señora de Weber, y me puso el tazón en las manos.

-Muy amable. -Sostuve el violín con el brazo izquierdo.

-Déjeme por favor el platito ahí.

El anciano me estudiaba con admiración y cariño, como solían mirarme de niña los hombres grandes, del mismo modo en que me había mirado una vieja monja el día de mi Primera Comunión. Qué bien recordaba yo su cara arrugada, su expresión de éxtasis. Eso había sido en el viejo Hospital de la Merced, el que demolieron. Ella, arcaica, estaba vestida de blanco, y dijo: "Este día eres muy pura". Me llevaron a hacer visitas, como era costumbre hacerlo el día de la comunión. ¿Dónde había puesto yo el rosario?

Vi el tazón de chocolate temblando en mi mano. Miré a la derecha, a Stefan.

Bebí un sorbo; la temperatura era perfecta. Me tomé todo, espeso, dulce, con crema. Sonreí.

-Viena -dije.

El anciano frunció el entrecejo.

-Hija, eso que tienes es un tesoro inapreciable.

-Ah, sí, señor. Lo sé. Un Stradivarius, un Strad largo, y el arco de pernambuco.

Stefan entrecerró los ojos, pero estaba destruido. *¿Cómo te atreves?*

-No, hija, no me refiero al violín, si bien se trata del ejemplar más bello que he visto en la vida, y mucho más perfecto que todos los que yo he llegado a ofrecer y vender. Me refiero al don de la interpretación, esa música que tocaste afuera, la que nos hizo salir del hotel. Era... un éxtasis ingenuo. Ése es el don.

Sentí miedo.

Y con razón. Al fin y al cabo, ¿por qué tendrías que ser capaz de hacerlo tú sola, sin mi ayuda? ¿Estás de regreso en tu propio mundo con el instrumento? No puedes hacerlo. No tienes talento. Nadaste en la cresta de la ola de mi brujería y ahora vuelves a arrastrarte. No eres nada.

-Veamos -le dije a Stefan.

Los demás se miraron unos a otros ¿A quién me dirigía yo, que estuviera en el rincón vacío?

-Puede decirse que es un ángel -afirmé mirando al con-de y señalándole con un gesto el rincón-. ¿Ve usted a ese ángel parado allí?

El recorrió la habitación con sus ojos, y lo mismo hice yo. Vi por primera vez un hermoso tocador con espejos plegables, como seguramente le gustaría a una dama, mucho mejor que el que tenía yo en mi casa. Vi alfombras orientales en azul y ocre; volví a ver los visillos transparentes que adornaban la ventana, y que remataban en unos grandes festones de seda.

-No, mi querida, no lo veo. ¿Puedo decirle mi nombre? ¿Puedo ser yo también su ángel?

-Quizá debería serlo -respondí, mirando de Stefan al anciano. Éste tenía cabeza grande, pelo ondeado y los mismos ojos azules del joven Melniker. Transmitía una impresión de perlada blancura en la vejez, y una expresión aguda en sus ojos de pestañas blancas.

-Tal vez. Necesito que sea un ángel mejor, porque ése, creo, es malo.

Cómo puedes mentir así. Me robas mi tesoro. Me partes el corazón. Te unes a las filas de los que me hicieron sufrir.

Una vez más, no vi que se movieran los labios del fantasma, y tampoco cambió su pose indolente, su aire de debilidad y coraje perdido.

-Stefan, no sé qué hacer por ti. Si supiera qué es lo que más conviene hacer, lo más conveniente...

Ladrona.

Los demás susurraban.

-Señora, este caballero es el conde Sokolosky -me informó la señora de Weber-. Perdone que no se lo haya presentado como es debido. Él vive desde hace mucho aquí en el hotel, y se siente muy honrado de tenerla con nosotros. Estas habitaciones rara vez se abren al público, pues las reservamos para tales ocasiones.

-¿Cuáles?

-Querida -interrumpió el conde, con suma amabilidad y con la apacible libertad de los viejos-. ¿Quiere volver a tocar para mí? ¿Es una impertinencia que se lo pida?

¡No! ¡Sólo fantasioso e inútil!

-No, no me refiero a ahora que está enferma -se apresuró a añadir-, que le hace falta fortalecerse y descansar para cuando lleguen sus amigos a buscarla, sino cuando se sienta fuerte... si quisiera tocar un poquito para mí... esa música, esa música.

-¿Cómo la describiría usted, conde?

¡Digaselo, porque ella necesitará saberlo!

-¡Silencio! -exclamé, y miré indignada a Stefan-. Si es tuyo, ¿cómo es que no tienes la facultad de recuperarlo? ¿Por qué está en mis manos? Ah, perdone, perdóneme por esta manera de hablar en voz alta con imágenes inventadas, por soñar despierta.

-No, no se preocupe -repuso el conde-. A las personas talentosas no les hacemos preguntas.

-¿Tan talentosa soy? ¿Qué fue lo que usted oyó? Stefan hizo un ruidito despectivo.

-Yo sé lo que oí mientras tocaba -me disculpé-, pero le pido que me diga qué fue lo que oyó usted.

El conde se puso pensativo.

-Algo maravilloso, y totalmente original -contestó. No lo interrumpí.

-Algo indulgente, quizá -prosiguió-. Una música mezcla de éxtasis y amarga resignación... -Se tomó su tiempo; luego prosiguió: -Era como si Bartók y Tchaikovsky se hubieran metido dentro de su cuerpo, y allí unificado el moderno melodioso y el moderno trágico. Oír su música fue como ver un mundo que se me desplegaba... el mundo de antaño, anterior a las guerras... cuando yo era muchacho, demasiado joven para tan sublime recuerdo. Y sin embargo recordé ese mundo. Lo recuerdo.

Me enjugué el rostro.

Vamos, *dile que no crees poder hacerlo de nuevo. Tú no* sabes; *yo* sí. *No puedes.*

-¿Eso quién lo dice? -le pregunté a Stefan.

Se paró derecho, con los brazos cruzados, y adquirió un color más intenso producto de la indignación.

-Ah, siempre tiene que haber angustia, ¿no?, una angustia mezquina o grandiosa... ¡Mira cómo brillas ahora, que me sumes en las dudas! ¿Y si fuera el mismo hecho de que me desafíes lo que me da las fuerzas?

Nada *puede darte* la *fuerza.* Ya ni siquiera *puedo hacer* nada *por ti, y* el instrumento que tienes en las manos está *muerto; es madera seca,* un instrumento antiguo *que no puedes tocar.*

-Señora de Weber -dije.

Me miró asombrada; luego echó un vistazo al rincón aparentemente vacío y volvió a posar *sus ojos* en mí como pidiéndome disculpas.

-Sí, señora -dijo.

-¿Tiene alguna bata que yo me pudiera poner, algo discreto, suelto? Quiero tocar ya mismo. Tengo las manos muy calientes.

-A lo mejor es demasiado pronto -opinó el conde. Sin embargo, apoyándose fuertemente en el bastón y tanteando en busca de la mano de Melniker, ya se estaba poniendo de pie, sonriendo esperanzado.

-Sí, sí -respondió la mujer, y tomó una bata sencilla de lana blanca que estaba sobre los pies de la cama.

Bajé las piernas al piso. Estaba descalza, y sentí la madera tibia. El camisón me llegaba hasta los talones. Levanté los *ojos y* los posé en el techo, en las espléndidas molduras, en la ornamentación tan hermosa de esa habitación principesca.

Sostenía el violín en la mano.

Me paré. Cuando ella me acercó la bata, calcé el brazo derecho en la manga larga y suelta; después, cambiando de mano el violín y el arco, hice lo propio con el izquierdo.

Había un par de chinelas, pero no las quise. El piso era una seda.

Me encaminé hacia las puertas abiertas. No me parecía apropiado tocar en el dormitorio, experimentar allí la revelación o la derrota.

Entré en la amplia sala y, como en sueños, me di vuelta para contemplar el gigantesco retrato de la gran emperatriz María Teresa. Escritorio, sillones, divanes opulentos. Y flores. Cuántas flores frescas, como se les ponen a los muertos.

Me quedé mirándolas.

-Las enviaron sus hermanas, señora. Las tarjetas no las abrí, pero llamó su hermana Rosalind. También Katrinka. Fueron ellas las que nos indicaron que le ofreciéramos chocolate caliente.

Sonreí; luego lancé una risita.

-¿Ninguna otra? -pregunté-. ¿No recuerda otro nombre? ¿Una hermana llamada Faye?

-No, señora.

Enfilé hacia la mesa del centro donde se hallaba un inmenso florero, y revisé los numerosos pimpollos, sin saber el nombre de una sola planta, ni una, ni siquiera de los lirios rosados tan comunes, con sus gruesos tentáculos cargados de polen.

El anciano conde había llegado hasta el diván con ayuda del muchacho. Yo giré en redondo y vi a mi derecha que Stefan se había ubicado junto a la puerta del dormitorio.

¡Vamos, *fracasa!* Fracasa *y* abandona. *Quiero verlo. ¡Quiero ver* la *vergüenza* que pasas!

Me llevé la mano derecha a los labios.

-Dios santo -musité, más intensamente de lo que los franceses pronuncian Mon Dieu. Fue una verdadera plegaria. -¿Cuál es el prólogo de esto? ¿Cuál es la fórmula, la regla? ¿Cómo hago para hacer a un lado lo que ni siquiera conozco?

En ese momento se introdujo otra voz:

-¡Toca de una vez!

Stefan se dio vuelta con una expresión de furia en el rostro.

Yo giré y volví a girar. Vi al sorprendido conde, a la señora de Weber, confundida, al tímido Melniker, y luego al fantasma que se aproximaba, que abría las puertas del hall. Los demás vieron las puertas que se abrían -de eso me di cuenta-, pero no veían al espíritu, y tal vez pensaron que había sido por alguna corriente de aire.

El fantasma entró dando trancos tal como caminaba en vida, según dicen, con las manos entrelazadas en la espalda, inmundo como si viniera de su lecho de muerte, el encaje sucio y harapiento, incluso con restos del yeso de la máscara mortuoria aún en la cara.

La puerta de la habitación que daba al hall quedó abierta, y vi que allí se congregaban personas vivientes.

Maestro. A Stefan se le partió el corazón. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ah, me daba tanta pena Stefan.

Pero el Maestro fue despiadado, indiferente y amistoso a la vez.

-¡Stefan, me da fastidio que me hagas volver para esto! –dijo-. ¡Queme traigas de vuelta a esta época para esto! Triana, toca el violín para mí. Toca, no más.

La figura pequeña y obstinada cruzó la habitación.

-Creo que esto es una locura maravillosa -dije-. O a lo mejor, simplemente inspiración.

El fantasma tomó asiento y me miró, ceñudo.

-¿Podrás escuchar realmente? -le pregunté.

-Dios mío, Triana -respondió haciendo un gesto brusco-, ¡no estoy sordo en la muerte! No me fui al infierno, porque en tal caso no estaría aquí. -Soltó una risa amarga. -Era sordo en vida; ahora no estoy vivo. Bueno, toca el violín. ¡Toca, y hazlos temblar! Toca, para que paguen hasta la última palabra poco amable que alguna vez se dijo de ti, hasta la última culpa. O hazlo por lo que quieras. No importa la razón, si es por ofensa o por amor. Háblale a Dios o a lo más bello de ti, pero haz música.

Stefan lloraba. Yo miraba de uno al otro. No me importaban en absoluto los seres humanos presentes en la habitación. No sé si alguna vez volvería a preocuparme por ellos.

Pero en ese momento me di cuenta de que esa música debía interpretarla para ellos.

-Vamos, toca -me pidió Beethoven con voz más piadosa-. No quería hablar con tanto malhumor, sinceramente. Stefan, eres mi alumno huérfano.

Stefan había vuelto la cabeza hacia el marco de la puerta, y levantado un brazo para apoyar en él la frente. Miraba hacia otro lado.

La desconcertada audiencia mortal aguardaba.

Fui reparando en cada uno de ellos, tratando de ver a los mortales y no a los espíritus. Observé a los que esperaban en el vestíbulo, pasando la habitación. El señor Melniker hizo amagos de ir a cerrar la puerta.

-No, déjela abierta.

Comencé.

No me causó una sensación distinta el tener ese objeto liviano, fragante y sagrado, hecho artesanalmente por un hombre que no puede haber sabido la magia que generó partiendo de la corteza de un árbol, que no puede haber soñado con la fuerza que liberó al darle forma curva a la madera caliente.

Déjame regresar a la capilla, mamá. Déjame regresar a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Permíteme hincarme allí contigo en la inocente penumbra, antes del dolor. Déjame tenerte de la mano y decirte, no cuánto siento que te hayas muerto, sino simplemente que te quiero, que te amo ahora. Te entrego ahora mi amor con esta canción, como las canciones de la procesión de mayo que siempre entonábamos, canciones que amabas, y Faye volverá a casa. De alguna manera Faye se enterará de que la quieres, lo sabrá, lo creo, lo sé desde el corazón.

Ah, madre, ¿quién habría pensado que la vida tuviera tanta sangre? ¿Quién lo habría soñado? Pero lo que anhelamos es lo que poseemos. Toco para ti, toco tu canción, la canción de tu salud y fortaleza, toco para Papá y Karl, y en un tiempo futuro tendré la facultad de tocar

para el dolor, pero ahora es de noche, estamos en este refugio de sosiego, entre santos que conocemos, y en las calles la luz irá menguando cuando volvamos a casa, Rosalind y yo saltando adelante de ti, y dándonos vuelta para mirar tu rostro sonriente. Oh, quiero recordar esto, quiero recordar siempre tus ojazos castaños, tu sonrisa tan llena de certeza pura. Mamá, no fue culpa de uno, de todos nosotros, ¿o acaso siempre hay culpa? ¿No habrá alguna forma de que finalmente podamos llegar a entenderlo?

Mira, levanta la vista y mira esos robles que tienen siempre sus ramas entrelazadas sobre mi cabeza, toda mi vida, los ladrillos mohosos por los que caminamos, mira el cielo ahora púrpura como sólo puede serlo en nuestro paraíso, siente la tibieza de las lámparas, la estufa de gas, el cuadro de papá encima de la chimenea: "Tu papá en la guerra".

Ahora leemos, nos apretamos, nos hundimos eternamente en la cama. No es una tumba. La sangre puede provenir de muchas cosas; eso lo sé ahora. Hay sangre y sangre. Sangro por ti, sí, por propia voluntad, y tú sangras por mí.

...Que esa sangre se junte.

Bajé el instrumento. Estaba empapada de transpiración. Sentía un cosquilleo en las manos, y en mis oídos picaba el sonido de los aplausos.

El anciano conde se puso de pie. Los que estaban en el hall entraron todos juntos a la habitación.

-Escribe esto en el aire -dijo el conde.

Busqué a los fantasmas, pero ninguno estaba.

-Venga, debemos grabar esta música. Esto es innato; no es aprendido. Es un sabio don y no ha exigido el precio habitual. El conde me besó el rostro.

-¿Dónde estás, Stefan? -murmuré- ¿Y tú, Maestro? No vi a nadie, salvo a las personas que me rodeaban. Luego sentí la voz de Stefan en mi oído, su aliento en mi oreja.

¡Todavía no he terminado contigo, depravada que me lo robaste! ¡El talento no es tuyo! Es brujería.

-No, estás equivocado -le retruqué-, no fue brujería, fue algo que se liberó, algo peligroso, como aves nocturnas que vuelan en el crepúsculo en medio de una gran ráfaga de viento que sube desde abajo de un puente. Stefan, además tú fuiste mi maestro.

El conde me besó. ¿Habrá oído mis palabras?

Mentirosa, ladrona.

Me di vuelta en redondo. El Maestro decididamente se había marchado, y no me atreví a pedirle que regresara. Es decir, no me atreví a intentarlo, porque desde luego no sabía cómo hacer para llamarlo a él ni a Stefan.

-Maestro, ayúdalo -susurré.

Me apoyé contra el pecho del conde. Aspiré el olor de su piel vieja, que me resultaba agradable y familiar en su vejez como la piel de mi padre antes de morir, y fragante de olor a talco que sin duda se había puesto bajo la ropa. Sus labios eran húmedos y suaves.

-Maestro, no abandones a Stefan aquí, por favor. Aferré el violín con ambas manos, muy fuertemente.

-No se preocupe, mi pequeña -me tranquilizó el conde-. ¡Ah, el regalo que nos ha hecho!

Librodot

16

El regalo que nos ha hecho. ¿Qué era esta orgía de so-nido, este flujo que se volvió tan natural que no me ocasionó duda alguna, este trance en el cual yo podía caer, puesto que encontraba las notas y las soltaba con certeros toques, con dedos ávidos y saltarines?

¿En qué consistía este don de dejarme rodear por la melodía que iba surgiendo, de verla erigirse y caer sobre mí cual suaves envolturas? Música. Toca, no pienses. No dudes. Y no dudes ni te preocupes si es que piensas y dudas; toca, nada más. Interprétala de la manera que desees hacerlo, descubre el sonido.

Llegó mi querida Rosalind, muy deslumbrada de estar en Viena, junto con Grady Dubosson, y antes de que nos marcháramos abrieron el teatro an der Wien para nosotros, y tocamos en el pequeño palacio pintado donde alguna vez lo había hecho Mozart, donde en una ocasión se ejecutó *La flauta mágica,* en la residencia donde Schubert había vivido y compuesto música -el teatro pequeño y glorioso, con palcos dorados que ascendían peligrosamente hasta lo más alto-, y después de allí tocamos en la grandiosa Ópera de Viena, a pasos del hotel, y el conde nos llevó al campo para mostrarnos su inmensa casa antigua, el mismo tipo de vivienda campestre que en una época poseía el hermano del Maestro, Johann van Beethoven, "dueño de tierras", a quien el Maestro en una carta le había replicado con astucia, "Ludwig van Beethoven, dueño de cerebro".

Recorrí los bosques de Viena, una selva generosa y apacible. Yo era una mujer viviente con mi hermana.

En nuestro país, la crítica hizo comentarios sobre la obra de Karl. El libro sobre San Sebastián estaba en pruebas de galera en una excelente editorial, que Karl siempre había admirado. Había sido aceptado de inmediato.

Ya me había liberado de eso. La tarea se había hecho todo lo bien que él podría haberlo querido. Ros y Grady me acompañaron en el viaje.

La música era mía, y los conciertos se sucedían uno tras otro. Grady se pasaba el día en el teléfono, con las reservas.

Se derivaba dinero a obras de caridad destinadas a las víctimas muertas de manera atroz en las guerras. Primero y principal, los judíos; por ejemplo, en honor a nuestra bisabuela, que al llegar a los Estados Unidos se quitó su identidad judía para adoptar la católica, pero más puramente por la justicia, y después por cualquier obra benéfica que eligiéramos.

En Londres efectuamos las primeras grabaciones.

Pero antes de eso estuvo San Petersburgo, y Praga, y los innumerables conciertos por las calles que yo anhelaba como una colegiala bailarina que se pone a hacer sus evoluciones bajo cada farol callejero. Me encantaba.

En cada emoción intensa, yo iba pasando las cuentas del rosario de mi infancia, de los años felices, sepultados bajo suaves tonalidades de púrpura y rojo. Veía únicamente los misterios gozosos. "Y el ángel se apareció a María, y ella concibió por obra y gracia del Espíritu Santo."

El vigor intrépido de la niñez inmaculada.

En mi país, el libro de Karl se imprimía con grandes costos, pues cada grabado en color era supervisado por el mayor experto en el campo de esas publicaciones.

Por las noches me dormía entre finas sábanas, y me despertaba en ciudades espléndidas.

Las suites imperiales se volvieron lo más habitual para Rosalind y yo. Pronto se nos unió Glenn. Mesas rodantes con manteles de hilo hasta el piso, cargadas de tapas de plata y cubiertos pesados. Deambulábamos por fabulosas escaleras y largos pasillos con alfombras orientales.

Pero nunca me separaba del violín. No podía aferrarlo eternamente -habría sido una locura-, pero no le quitaba los ojos de encima cuando me bañaba, vigilaba que no me lo arrebataran, que una mano invisible no lo hiciera desaparecer en el vacío.

De noche, me acostaba a su lado, violín y arco envueltos varias veces en una manta de lana y atado a mí con cinturones de cuero que a nadie le mostraba. Y durante la mayor parte del día lo tenía en mis manos o junto a mi asiento.

No advertía cambio alguno en el instrumento. Otros lo revisaban, lo declaraban genuino, invalorable, pedían que los dejara tocar con él. Yo eso no podía permitirlo. Y no se lo consideraba un egoísmo mío sino sólo una prerrogativa.

En Londres, cuando nos encontramos con Katrinka y Martin, su marido, le compramos a ella hermosos vestidos y abrigos, todo tipo de carteras y zapatos de tacones altos que ni Ros ni yo podríamos habernos puesto jamás. Le pedimos a Katrinka que rengueara ella por nosotros, y se rió.

Katrinka enviaba cajas de objetos finísimos a sus hijas, Jackie y Julie. Se la notaba liberada de una carga enorme y trágica. Poco y nada se mencionaba el pasado.

Glenn buscaba viejos libros y grabaciones de las estrellas europeas del jazz. Rosalind reía sin parar. Martin y Glenn concurrían juntos a los famosos cafés, como si aún pudiesen -si buscaban con empeño- encontrar a Jean-Paul Sartre. Martin vivía hablando por teléfono, suscribiendo la venta de alguna casa en nuestro país, hasta que le imploré que se hiciera cargo de la interminable gira nuestra.

Grady fue relevado; lo necesitábamos como nunca.

Risas. ¿Leopold y el pequeño Wolfgang se habrán divertido tanto alguna vez? Y no olvidemos que ahí existía una niña que, según se dice, tocaba tan bellamente como su prodigioso hermano. Una hermana que se casó y dio a luz hijos, *y* no óperas *y* sinfonías.

Nadie podría haber sido más feliz que nosotros en ese viaje.

Una vez más, nuestra lengua natural era la risa.

Casi nos echan del Louvre por reírnos. No es que no nos gustara la Mona Lisa; nos gustó, pero estábamos muy excitados y rebosantes de vida. Nos daban ganas de besar a desconocidos, pero tuvimos la sensatez de no hacerlo; en cambio, nos besábamos y abrazábamos entre nosotros.

Glenn caminaba adelante, con una sonrisa tímida, y después también se reía, porque era demasiada felicidad como para dejar de lado.

En Londres vino Lev, mi ex marido, con Chelsea, su mujer, amiga mía de otros tiempos y ahora aparente hermana, y los mellizos de pelo oscuro y buenos modales, y el hijo mayor, Christopher, alto, rubio y apuesto. Sentí ganas de llorar al ver a ese chico, cuya risa me hacía pensar en Lily.

Lev se sentó en la primera fila de la sala de conciertos. Yo toqué para él, por las épocas felices, y al terminar comentó que había sido como el picnic de beodos de épocas pretéritas, sólo que más peligroso, más ambicioso, con un acabado más perfecto. Me sentía aturdida de antiguo amor, o de un amor que es eterno. Él aportó sus sensibles palabras académicas al episodio.

Prometimos -todos- volver a reunirnos en Boston.

Esos chicos, esos muchachos vivientes, parecían de alguna manera descendientes míos, descendientes de la antigua pérdida que vivió Lev, de su lucha y su renacer, y yo había participado de eso. ¿Podía reivindicarlos como sobrinos míos?

Estuvimos en Manchester, Edimburgo, Belfast. Los conciertos eran a beneficio de los judíos de la guerra, de los gitanos, de los católicos que peleaban en Irlanda del Norte, de quienes padecían la enfermedad que había matado a Karl, o el cáncer de sangre que había matado a Lily.

Había gente que nos ofrecía otros violines, nos preguntaba si queríamos tocar con este otro Strad para determinada ocasión, si aceptábamos aquel Guarneri, si queríamos adquirir este Strad corto, este arco Tourte.

Librodot

Yo aceptaba los regalos. Compraba *los otros* violines. Los estudiaba con febril curiosidad. ¿Cómo sonarían? ¿Qué sensación producirían al tacto? ¿Podría arrancarle una sola nota al Guarneri, o a cualquiera de los demás?

Los miraba, los empacaba, los llevaba con nosotros, pero jamás los tocaba.

En Francfort, compré otro Stradivarius, uno corto, exquisito, comparable al mío, pero no pulsé las cuerdas. Estaba a la venta, y no tenía nadie que lo amara. Costaba demasiado, ¿pero eso qué importaba en nuestra dichosa e infinita prosperidad?

Violines y arcos viajaban con las maletas. Al Strad largo lo mantenía yo en mis brazos, primero envuelto en terciopelo y luego en una bolsa especial con su arco. No me daba seguridad ponerlo en un estuche. La bolsa la llevaba conmigo a todas partes.

Vigilaba por si se presentaban fantasmas.

Veía la luz del sol.

La tía Bridget, mi madrina, vino a visitarnos a Dublín. No le gustaba nada el frío, y pronto se volvió a Misisipí, lo cual nos pareció muy gracioso.

Pero le encantó la música; tanto, que aplaudía y golpeaba con el pie cuando yo tocaba, actitud que horrorizaba a los demás presentes en la habitación, ya se tratara de una sala, un auditorio o teatro. Pero teníamos este arreglo: yo quería que ella hiciera eso.

Muchos primos y otras tías se nos unieron en Irlanda, y posteriormente en Berlín. Yo hice el peregrinaje a Bonn. Temblé entera frente a la puerta de Beethoven.

Apoyé la cabeza contra las piedras frías y lloré como había llorado Stefan en la tumba.

Muchas veces me venían a la memoria los temas del Maestro, las melodías del Pequeño Genio o el Ruso Loco, y me zambullía en ellas abriendo mis compuertas, pero los críticos rara vez se percataban, por lo floja que era yo tocando música ajena, tan irremediablemente incapaz del menor control o disciplina.

Pero eran momentos de éxtasis ininterrumpido. Cualquier tonto podía comprender la situación; sólo un loco podría haber experimentado allí alguna pena o cuidado.

En momentos como ésos -cuando caía una fina llovizna sobre Covent Garden, y yo caminaba en círculos bajo la luna, y los autos esperaban, con sus luces humeantes en la bruma como si respiraran tal como yo-, lo único que podía hacer era disfrutar, no cuestionar nada, conocer *y* vivir eso, *y a* lo mejor algún día tendré que recordarlo desde algún extraño punto ventajoso, y me parecerá un sueño colorido y celestial como aquellas visitas a la capilla, o estar en brazos de mi madre cuando ella pasaba las páginas del libro de poesías, a la luz de la lámpara, una luz que no se resistía a ningún peligro porque todavía no había llegado ninguno a anidar allí.

Viajamos a Milán, Venecia, Florencia. El conde Sokolosky se reunió con nosotros en Belgrado.

Me caían particularmente bien los teatros de ópera. Yo no necesitaba que me pagaran. Si ellos me garantizaban el local, iba de todos modos, lo pagaba yo misma, y cada noche era distinta, impredecible, y cada noche era un júbilo, y el dolor se hallaba atesorado dentro del júbilo, y cada noche era grabada por técnicos que corrían por todas partes con micrófonos y auriculares, estirando delgados cables por el escenario, y yo escrutaba las caras de los que aplaudían.

Procuraba, cuando la canción había concluido, ver cada rostro, no defraudar a ninguno, encontrar la calidez de todos, no recaer nunca más en el dolor, la timidez y la humillación como si el pasado fuese mi caparazón y yo un caracol demasiado débil para ese ascenso, demasiado atada a la vieja senda de lo feo, demasiado llena de desprecio por mí misma.

Una costurera de Florencia me hizo faldas sueltas de terciopelo y túnicas de una tela fina, con mangas abullonadas

que me dejaban los brazos libres cuando tocaba, que no impedían el rigor ni quebraban el hechizo, y al mismo tiempo disimulaban la gordura que yo tanto odiaba, de modo que me veía a mí misma en las breves películas que a la fuerza debía ver como un manchón de pelo y color, un manchón de sonido. Glorioso.

Y cuando llegaba el momento de plantarme delante de los reflectores, cuando miraba la oscuridad que me rodeaba, sabía que mis sueños eran míos.

Pero también habría de venir una música más lóbrega, seguramente. El rosario tiene los misterios gozosos, gloriosos y dolorosos. Madre, duerme. Quédate en silencio, tibia. Lily, cierra los ojos. Padre, ya todo terminó, cierra las pupilas de tus ojos. Dios mío, ¿pueden ellos oír mi música?

Y yo iba en busca de un muy cierto palacio de mármol, ¿no?, ¿y acaso no me había dado cuenta en todos esos teatros -el de Venecia, el de Florencia, el de Roma- de que el palacio de mármol de mis insólitos sueños debía por fuerza ser un teatro de ópera? ¿No lo sabía o sospechaba ahora debido al recuerdo de una escalera central que había en el sueño, una estructura y diseño que veía repetidos en todos esos suntuosos edificios construidos con pompa y fe, cuya escalera del centro subía hasta un descanso, y luego se dividía hacia derecha e izquierda y llegaba al entrepiso para el gentío de personas ataviadas con alhajas que concurrían?

¿Dónde estaba el palacio de los sueños, el palacio tan lleno de mármoles distintos que podía competir con la basílica de San Pedro? ¿Qué significaba ese sueño? ¿Había sido apenas un escape del alma atormentada del fantasma, que me permitió ver la ciudad de Río, el escenario de su último crimen antes de acudir a mí, y encontró una filosa espina clavada en mi alma y conectada con ese sitio? ¿O fue sólo una maquinación con la cual mi propia fantasía enmendó sus recuerdos, junto con el mar espumoso que dio origen a innumerables fantasmas danzarines?

En ninguna parte vi ese tipo de teatro de ópera, semejante mezcla de belleza.

En Nueva York tocamos en el Lincoln Center y el Carnegie Hall. Nuestros conciertos ahora se fraccionaban en programas de variada longitud, lo cual significó que, a medida que pasaba el tiempo, yo pudiera proseguir ininterrumpidamente por más tiempo, y el fluir de la melodía se volvía más complejo, y el espectro mayor, y el manejo del todo, más fluido.

No soportaba escuchar mis propias grabaciones. Martin, Glenn, Rosalind y Katrinka se encargaban de esas cosas. Rosalind, Katrinka y Grady suscribían los contratos.

Nuestras cintas o discos eran desusados. Se trataba de música ejecutada por una mujer que nunca había estudiado música, incapaz de leer una sola nota salvo do-re-mi-fa-sol-la-si-do, una mujer que nunca toca la misma canción dos veces, que lo más probable es que no pueda repetir la misma melodía, cosa que la crítica se apresuró a apuntar. ¿Cómo debe uno evaluar tales logros, la improvisación que en la época de Mozart no podía preservarse a menos que se la escribiera en tinta, pero que ahora podía conservarse eternamente, con el mismo respeto asignado a la "música seria"?

"¡No es realmente Tchaikovsky ni Shostakovich! ¡No es realmente Beethoven! Ni Mozart.

"Si a usted le gusta la música dulce y espesa como el almíbar, quizá le agraden las improvisaciones de la señora Becker, pero hay quienes pretendemos de la vida algo más que panqueques.

"Ella es genuina, quizás sea técnicamente maníacodepresiva y hasta epiléptica -sólo su médico lo sabe con certeza-, pero es evidente que no sabe cómo es que hace lo que hace. Sin embargo, el efecto es, sin duda, subyugante."

Los elogios me emocionaban -genio, hechicera, maga, ingenua- y se hallaban lejos de las raíces de la canción dentro de mí, y de lo que yo sentía y sabía. Pero me llegaban como besos en la cara, y ocasionalmente entusiasmaban a mi séquito, y muchas de esas citas se agregaban a nuestras cintas y discos, que ya se vendían por millones.

Íbamos de hotel en hotel, por deseo, por invitación, a veces por casualidad, por simple capricho.

Librodot

Grady nos aconsejaba que no fuéramos tan gastadores, pero tenía que reconocer que la venta de discos ya superaba al fideicomiso de Karl. Y el fondo se duplicaba. Y la venta de discos podía continuar eternamente.

No podíamos ser ahorrativos. No nos importaba. ¡Katrinka se sentía segura! Jackie y Julie iban al mejor colegio del país, y para después soñaban con Suiza.

Proseguimos rumbo a Nashville.

Yo quería escuchar los violines sureños. Busqué a la genial violinista Alison Krauss, cuya música me encantaba. Quería dejarle un ramo de rosas en su puerta. A lo mejor ella reconocía el nombre de Triana Becker.

Mi sonido, sin embargo, no era sureño como tampoco gaélico. Era europeo, vienés y ruso, el sonido heroico, el barroco -todo fusionado-, el vuelo que remontaban los músicos de pelo largo, como solía llamárselos, antes de que se apoderasen de ese apelativo los hippies que se parecían a Jesucristo. Sin embargo, yo era uno de ellos.

Era una intérprete de música, una virtuosa.

Tocaba el violín. El lugar natural del instrumento era en mis manos, y yo lo amaba, lo amaba.

No tuve necesidad de conocer a las notables Leila Josefowicz, Vanessa Mae ni a mi querida Alison Krauss. Tampoco al sublime Isaac Stern. Me faltaba coraje para esas cosas. Lo único que necesitaba era pensar: "Sé tocar".

Yo sé tocar. A lo mejor, algún día ellos escucharían a Triana Becker.

Risas.

Resonaban en las habitaciones de hotel donde nos reuníamos a beber champaña, y comíamos postres abundantes en chocolate y crema, y de noche me tendía en el piso y mirabala araña del techo como solía hacerlo en casa, todas las mañanas y las noches...

...Todas las mañanas o noches llamábamos a casa para averiguar si había noticias de Faye, nuestra hermana perdida y amada. Hablábamos sobre ella en entrevistas realizadas en las escalinatas de los teatros de Chicago, Detroit, San Francisco.

"... nuestra hermana Faye, a quien hace dos años que no vemos".

La oficina de Nueva Orleáns de Grady respondía llama-dos telefónicos de personas que no eran Faye ni la habían visto. No podían describir fielmente su cuerpo pequeño y de bellas proporciones, su sonrisa efervescente, su mirada cariñosa, sus manos diminutas pero fuertes, tan cruelmente marcadas con pulgares cortos por el alcohol que había envenenado el agua oscura en la cual ella había luchado por vivir, tan chiquita, tan enfermiza.

A veces yo tocaba para Faye. Me hallaba en el patio de lajas de la casa sobre St. Charles, con ella que llevaba al gato en brazos, sonriendo, sin percatarse, duendecillo invencible, sin percatarse de la mujer ebria que había adentro, de las peleas a los gritos, del ruido que producía una mujer al vomitar tras una puerta de baño. Le dedicaba la música a Faye que se acostaba en el patio, que disfrutaba sintiendo cómo el sol secaba la lluvia sobre las lajas. Faye, que conocía secretos como ése, mientras otra gente discutía y acusaba.

Había momentos del viaje que a los demás les resultaban difíciles porque yo no podía dejar de tocar el Strad largo. Me volvía loca, decía Glenn. Vino el doctor Guidry En determina-do lugar, mi cuñado Martin sugirió que me hicieran estudios para ver si consumía drogas, y Katrinka le gritó.

No había drogas. No había vino. Había música.

Era como la reedición de *Zapatos rojos* ejecutada por un violinista. Yo tocaba y tocaba hasta que, en la suite, todos los demás se quedaban dormidos.

En una oportunidad me sacaron del escenario. Fue un operativo de rescate, creo, porque la cosa seguía y seguía, y el público clamaba pidiendo bises. Me desplomé, pero pronto recobré el sentido.

Descubrí la magistral película *Amada inmortal* en la cual el gran actor Gary Oldman parecía plasmar al Beethoven que toda mi vida yo había adorado y quizás en mi locura hasta había vislumbrado. Escudriñaba los ojos de Gary Oldman. Vi que él había captado la

trascendencia, el heroísmo con el que yo soñaba, el aislamiento que conocía y la perseverancia que a diario ponía de manifiesto.

"¡Encontremos a Faye!" propuso Rosalind. En el salón comedor de los hoteles repasábamos juntos todas las cosas lindas sucedidas. "¡Has hecho tanto barullo, que seguramente Faye lo va a oír y querrá regresar! Querrá estar ahora con nosotros..."

A Katrinka se le despertó el ingenio y el arte de contar chistes. Nada le preocupaba: los impuestos, la hipoteca, la vejez, la muerte, a qué universidad concurrirían sus hijas, ni siquiera saber si su marido estaba gastando demasiado de nuestro dinero.

Porque en semejante munificencia y éxito, todo podía resolverse, o solventarse.

Eso era el Éxito Moderno. Un éxito que sólo se conoce en nuestra época, supongo, cuando las personas del mundo entero pueden grabar, ver y escuchar las improvisaciones de un violinista, todo al mismo tiempo.

Nos convencimos de que Faye tenía que compartirlo con nosotros, que en alguna parte, de alguna manera, ella ya lo estaba haciendo, porque nosotros le tendíamos la mano. Faye, vuelve a casa. Faye, no estés muerta. Faye, ¿dónde estás? Faye, son divertidas las limusinas, las bellas habitaciones; es agradable abrirse paso entre los admiradores en la puerta del escenario, es divertido.

¡Faye, el público nos brinda cariño! Faye, ahora va a haber siempre calor.

Una noche en Nueva York, yo estaba parada tras un león de piedra, creo que en lo alto del Hotel Ritz-Carlton. Me asomé y miré Central Park. Soplaba un viento frío como en Viena. Pensé en mi madre, y recordé una vez en que me había pedido que rezara el rosario con ella, y me habló de su vicio de la bebida -cosa que jamás mencionó a las demás-, y me dijo que era una compulsión que llevaba en la sangre, que su padre la había tenido, y el abuelo también. Reza el rosario. Cerré los ojos y la besé. *La agonía en el jardín.*

Esa noche, en la calle, toqué para ella.

Y pronto terminaría mi quincuagésimo quinto año. Llegaría octubre *y* cumpliría cincuenta *y* cinco.

Hasta que por último -tal como me imaginaba que sucede-ría-, llegó el momento inevitable.

Qué amable Stefan, y qué impulsivo e insensato haberlo escrito él mismo con su mano fantasmal, ¿o acaso había ingresado dentro del cuerpo de un humano para escribir estas letras?

Nadie en esta época tiene una caligrafía tan perfecta como la suya, los trazos largos de una lapicera sopada en tinta, tinta de un grandioso color púrpura sobre pergamino, nada menos, nuevo, por supuesto, pero firme como cualquiera que hubiese elegido en sus tiempos.

No guardaba ningún secreto.

"Stefan Stefanovsky, tu viejo amigo, te invita cordialmente a un concierto benéfico a realizarse en Río de Janeiro, y espera verlos a todos allí. Tú y tu familia se alojarán, con todos los gastos pagos, en el Hotel Copacabana. Los detalles quedan a tu criterio. Por favor, llama con cobro revertido a los siguientes números cuando te resulte conveniente."

Katrinka arregló los detalles por teléfono.

-¿En qué teatro? ¿El Municipal?

Me suena a moderno y estéril, pensé.

Te daría a Lily si yo pudiera.

-No querrás viajar allá, ¿verdad? -preguntó Ros. Iba por su cuarta cerveza y estaba aplacada, rodeándome con un

brazo. Yo dormitaba contra ella mientras miraba por la ventana. Estábamos en Houston, una ciudad tropical, con un gran ballet y ópera, y públicos que habían sido muy fervorosos y nos aceptaban sin cuestionamientos.

-Yo no iría -opinó Katrinka.

-¿A Río de Janeiro? -dije-. Es un lugar bellísimo. Karl quería ir allí a terminar el trabajo de su libro sobre San Sebastián, su...

-... campo académico -concluyó Ros.

Katrinka se rió.

-Bueno, su libro ya está terminado -terció Glenn, el marido de Ros-. Ya entró en expedición. Grady dice que todo va sobre rieles. -Se subió los anteojos sobre el puente de la nariz.

Luego tomó asiento y cruzó los brazos.

Yo miré la nota. Ven a Río.

-Se te ve en la cara. ¡No vayas!

Yo no hacía más que mirar la nota. Tenía las manos húmedas y temblorosas. Su caligrafía, su mismo nombre.

-Por Dios, ¿de qué hablan? -quise saber.

Intercambio de miraditas.

-Si ella no lo recuerda ahora lo recordará después -dijo Katrinka.

-La mujer que te escribió, tu vieja amiga de Berkeley, la que te dijo...

-¿Que Lily había renacido en Río?

-Sí -respondió Ros-. Sufrirás mucho si vas allí. Recuerdo cuando Karl quería ir, tú decías que siempre habías querido conocer esa ciudad, pero que no podrías soportarlo. Te oí decirle a Karl...

-No recuerdo haberle dicho eso. Lo único que recuerdo es que no fui, y que él quería ir. Y ahora tengo que ir.

-Triana -intervino Martin-, no vas a encontrar la reencarnación de Lily en ninguna parte.

-Eso ella lo sabe muy bien -dijo Ros.

El rostro de Katrinka rebosaba de un sufrimiento bien aprendido. Yo no quería verlo.

Ella había estado muy unida a Lily. Ros no estuvo con nosotros en Berkeley y San Francisco en aquella época. Pero Katrinka estuvo junto al lecho de enferma, el cajón, el cementerio... vivió todo.

-No vayas -me pidió Katrinka con voz pastosa.

-Voy por otra razón -dije-. No creo que Lily esté ahí. Creo que si Lily existe, no necesita de mí, porque de lo contrario se habría acercado...

Me interrumpí. Volví a sentir las palabras de él, penetrantes:

Estabas *celosa de que* tu hija hubiera *confiado* en Susan y no en ti, *¡reconócelo! Eso era* lo que pensabas. *¿Por qué* tu hija no *acudió* a ti? Entonces *perdiste* la *carta, no la contestaste* nunca, *aunque* sabías que Susan *era* sincera, sabías cuánto había *amado* a Lily y lo *mucho* que ella *creía...*

-¿Triana?

Levanté la vista. Ros tenía el viejo matiz de miedo en sus ojos, un miedo como el que vivíamos en los viejos tiempos, antes de que tuviéramos frente a nuestros ojos todo lo que quisiéramos.

-No, no te preocupes, Ros. No estoy buscando a Lily. Este hombre... estoy en deuda con él.

-¿Quién es el tal Stefan Stefanovsky? -se interesó Katrinka-. Las personas de allá con las que hablé no saben quién es. Es decir, la invitación es en firme, pero no tienen idea de qué tipo de persona...

-Yo lo conozco bien -dije-. ¿No se acuerdan? -Me levanté de la mesa. Tomé el violín, que nunca estaba a más de diez centímetros de mí.

-¡El violinista de Nueva Orleáns! -exclamó Ros.

-Sí, ése es Stefan. Y quiero viajar allí. Además... dicen que es una ciudad preciosa.

¿Podía ser que fuera el lugar del sueño? Lily habría elegido el paraíso.

-Teatro Municipal... me suena a aburrido -dije. ¿Alguien había pronunciado antes esas palabras?

-Es una ciudad peligrosa -dijo Glenn-. Te matan para robarte las zapatillas. Está llena de gente pobre que construye sus chozas en la ladera de los cerros. ¿Y la playa de Copacabana? Se construyó hace décadas...

-Es hermosa -murmuré.

Las palabras no fueron audibles. Aferré el violín, pulsé las cuerdas.

-Oh, por favor, no te pongas a ejecutar ahora porque me enloquezco -pidió Katrinka.

Me reí. Lo mismo hizo Ros.

-Quiero decir, no en todo momento -se apresuró a corregirse Katrinka.

-Está bien. Pero yo quiero ir. Tengo que ir. Stefan me pidió que fuera.

Les dije que no tenían por qué venir ellos también. Al fin y al cabo, era Brasil, pero cuando subimos al avión, estaban ansiosos por llegar a ese mundo exótico y legendario, el de las selvas y las grandes playas, y ese Teatro Municipal que sonaba a auditorio urbano de cemento.

Desde luego no era así en absoluto.

Usted lo sabe.

Brasil es otro país, otro mundo donde los sueños cobran formas diferentes, y los humanos se comunican con los espíritus día tras día, y en los altares dorados se confunden los santos con los dioses africanos.

Usted sabe lo que encontré. Por supuesto...

Sentí miedo. Los demás se percataron. Ellos también lo sentían, lo cual me hizo pensar en Susan, no sólo en su carta sino en lo que me había dicho luego de morir Lily. Pensé mucho en ella y cómo me había contado, después de la muerte, que Lily sabía que se iba a morir. Yo siempre había querido ocultarle el secreto. Sin embargo ella le comentó a Susan: "Adivina una cosa: me voy a morir". Y se rió y rió: "Lo sé por-que mi mamá lo sabe, y mi mamá tiene miedo".

Pero esto te lo debo, Stefan. Le debo a tus siniestros ataques lo más profundo de mi fortaleza. No puedo negártelo.

Por ende, hice el esfuerzo de sonreír. Seguí mi consejo. Hablar de un niño muerto no era tan difícil. Ellos hacía tiempo que no me preguntaban cómo fue que aparecí en Viena. No relacionaban nada de eso con el violinista loco.

Y así fue como partimos, y volvimos a reír, y por debajo estaba el miedo, un miedo como las sombras de la casa larga y hueca cuando mi madre bebía y las bebitas dormían en el calor pegajoso, y yo temía que la casa se prendiera fuego y no pudiera sacar de allí a las criaturas, y mi padre estaba quién sabe dónde, y me castañeteaban los dientes, pese a que hacía calor y los mosquitos volaban en la oscuridad.

Librodot

17

Adormilados por el largo viaje rumbo al sur, luego de pasar el ecuador y sobrevolar el Amazonas hasta llegar a Río, nos sentíamos algo aturdidos cuando, a bordo de pequeños ómnibus, atravesamos un largo túnel negro bajo el cerro del Corcovado, cubierto de bosques. Cuánto esplendor... en la cumbre, el Cristo de granito con sus brazos extendidos. Yo tenía que ver ese Cristo antes de nuestro regreso.

El violín lo portaba yo todo el tiempo, dentro de una nueva bolsa muy acolchada de terciopelo color borravino, más segura para llevar colgada del hombro.

No nos corría prisa para ver todas las maravillas del lugar: el cerro del Pan de Azúcar, los antiguos palacios de los Habsburgo, que habían llegado a estos lares escapando de Napoleón -y con motivo-, que lanzaba su proyectiles sobre la Viena de Stefan.

Algo me rozó la mejilla. Luego sentí un suspiro, y hasta el último pelo de mi cuerpo se erizó. No me moví. El ómnibus seguía su marcha.

Al salir del túnel, el aíre era fresco, y el cielo inmenso, de un azul generoso.

No bien nos internamos en Copacabana mismo, sentí un estremecimiento en los brazos, como si Stefan se hallara a mi lado. Sentí que algo me tocaba la mejilla y estreché el violín dentro de su suave saca de terciopelo, tratando de no caer en un ataque de nervios y ver lo que me circundaba.

Copacabana era una masa compacta de altos edificios y aceras con tiendas, vendedores ambulantes, hombres y mujeres de negocios en movimiento, turistas indolentes. Tenía el pulso de la Ocean Drive de Miami Beach, del centro de Manhattan o de la calle Market de San Francisco al mediodía.

-Pero los árboles... -dije-. Miren, esos árboles enormes por todas partes.

Brotaban rectos, lozanos, y se desplegaban cual paraguas de grandes hojas verdes, con lo cual brindaban una hermosa sombra bajo el calor agobiante. Jamás había visto yo, en una ciudad tan densa, una vegetación tan lujuriante, y esos árboles estaban por todas partes, pululaban en aceras sucias, sin que las sombras de los rascacielos lograran amedrentarlos.

-Son almendros, señora Becker -nos informó nuestro guía, un muchacho alto y delgado, de tez muy blanca, pelo rubio y ojos de un azul transparente. Se llamaba Antonio y hablaba con el acento que había oído en mi sueño. Era portugués.

Habíamos llegado. Estábamos, por cierto, en el lugar del mar espumoso y el palacio de mármol. ¿Pero qué sucedería luego?

Experimenté una gran conmoción cuando, al dar una curva, llegamos a la playa. Las olas eran serenas, pero se trataba del mar de mis sueños, sin lugar a dudas. Alcanzaba a ver sus límites más lejanos, adelante de nosotros y también atrás, pues la montaña extendía sus brazos, que servían para delimitar las numerosas playas de Río de Janeiro.

Antonio, nuestro guía de voz melodiosa, habló de la cantidad de playas que se sucedían una tras otra hacia el sur, y mencionó que ésta era una ciudad de once millones de habitantes. Los cerros se elevaban, rectos, desde la tierra. En chozas con techos de césped ubicadas a lo largo de la arena se vendían bebidas frescas. Ómnibus y autos por doquier pro-curaban ganar espacio, de un salto se lanzaban a la carrera. Y el mar era un vasto océano verde y azul al parecer sin límite, aunque de hecho se trataba de una bahía que, detrás de su horizonte, tenía otros cerros que no llegábamos a ver. El mar era el más bello refugio de Dios.

Rosalind se sentía sobrecogida. Glenn tomaba fotos. Katrinka miraba con cierta ansiedad la interminable procesión de hombres y mujeres vestidos de blanco que paseaban por la ancha franja de arena beige. Yo nunca había visto una playa tan ancha, ni tan hermosa, como ésta.

Estaba ahí la acera que había visto en mis sueños, el extraño diseño que, ahora comprobaba, estaba hecho esmeradamente con las baldosas.

Antonio mencionó a un hombre que había construido la larga Avenida del Atlántico a lo largo de la playa, con esos diseños de mosaico, para que pudiera verse desde el aire. Habló de muchos lugares que podíamos visitar, de lo tibio del agua, del Año Nuevo y el carnaval, fechas muy especiales para las cuales debíamos regresar.

El vehículo giró a la izquierda. Vi entonces el hotel que se elevaba ante nosotros. El Copacabana Palace, un edificio de siete pisos con la grandiosidad de antaño, y en el primero de ellos, una ancha terraza rodeada de arcos romanos. Seguramente los salones de convenciones y de baile se hallaban tras esos enormes arcos. Y la bella fachada de yeso ostentaba cierto aire de decoro británico.

El barroco, el último eco tenue del barroco aquí, en medio de las modernas torres de departamentos que se amontonaban contra él pero no podían tocarlo.

En el medio de su calle circular de acceso había almendros, árboles de inmensas hojas verdes y lustrosas, no demasiado altos, como si la naturaleza los mantuviera expresamente en escala humana. Miré hacia atrás. Los árboles se extendían por todo el bulevar, en ambas direcciones. Eran los mismos ejemplares que había en las calles concurridas.

Uno no podía *ver* todo eso. Tirité, siempre sosteniendo el violín.

Y miren, allá en el mar, qué rápido cambia el cielo, con cuánta velocidad se mueven los bancos de nubes. Dios mío, cómo asciende el cielo.

¿Te gusta todo esto, querida?

Me quedé tiesa. Después lancé una risita defensiva, pero sentí que él me tocaba, como si me rozara la cara con los nudillos. También sentí un tirón de pelo, cosa que no me gustó. No toques mi larga cabellera, mi velo. ¡No me toques!

-¡No empieces a tener pensamientos desagradables! -dijo Ros-. ¡Esto es pre-cio-so!

Ingresamos en la clásica rotonda, estacionamos frente a la puerta principal y salió a recibirnos la conserje, una inglesa de nombre Felisa, muy bonita y enseguida, amable y simpática como siempre me resultan los ingleses, como si fueran una especie que se conservó aislada de la moderna obsesión por la eficiencia que nos envileció a todos los demás.

Bajé del ómnibus y me alejé unos metros para poder contemplar el frente entero del hotel.

Vi la ventana sobre el arco principal del piso de convenciones.

-Ésa es mi habitación, ¿verdad?

-Sí, claro, señora -me respondió Felisa-. Queda justo en el centro del edificio, en la mitad exacta del hotel. La Suite Presidencial, como usted pidió. Tenemos suites en el mismo piso para todos sus invitados. Vengan; supongo que estarán cansados. Para ustedes es ya entrada la noche, y aquí estamos en el mediodía.

Rosalind bailoteaba de puro contento. Katrinka había espiado unas joyerías cercanas, donde se vendían las famosas esmeraldas de Brasil. Vi que el hotel tenía galerías con otros negocios: una pequeña librería poblada de títulos en portugués. American Express.

Un ejército de botones descendió sobre nuestro equipaje.

-Hace un calor espantoso -comentó Glenn-. Ven aquí, Triana, entra.

Yo estaba como petrificada.

¿Por qué no, querida?

Levanté mis ojos hasta la ventana, la ventana que había visto en el sueño la primera vez que apareció Stefan, la ventana desde la que -sabía- me pondría a mirar, que daba a la playa y las olas, olas ahora inmóviles, pero que tal vez crecerían para crear la espuma misma. Nada de lo de aquí se había exagerado.

En efecto, parecía ser el puerto o bahía más enorme que jamás hubiese visto, más vasto y bello incluso que San Francisco.

Nos hicieron pasar. En el ascensor, cerré los ojos. Sentí que él estaba a mi lado y su mano me tocaba.

-¿Por qué aquí, nada menos que aquí? -susurré-. ¿Por qué este sitio es mejor?

Aliados, mi querida.

-Triana, deja de hablar sola porque van a pensar que estás loca -me aconsejó Martin.

-¿Y eso ahora qué puede importar? -intervino Ros. Nos dispersamos, y fuimos atendidos, guiados, convidados con bebidas frescas y palabras amables.

Entré en la sala de la Suite Presidencial y fui derecho a la ventanita cuadrada. Yo la conocía, conocía su cerradura. La abrí.

-¿Aliados, Stefan? -pregunté. Traté de que la voz me saliera suave, como el murmullo de las avemarías de agradecimiento.

-¿Quiénes son, y por qué están aquí? ¿Por qué vi esto la primera vez que apareciste?

No hubo respuesta; sólo la brisa pura, la brisa que nada ni nadie puede enturbiar, que entraba en la habitación y pasaba sobre el mobiliario convencional, la alfombra oscura, que surgía de la inmensa playa y de esas siluetas oscuras que se movían en las arenas o en el oleaje manso y playo. En lo alto, colgaban gloriosas nubes.

-¿Conoces *todo* lo que yo soñaba, Stefan?

El violín es mío, querida. No quiero hacerte daño, pero debes devolvérmelo.

Los demás estaban ocupados con maletas, ventanas y vistas propias. Trajeron a la suite carritos con comida.

Me dije: éste es el aire más fino y puro que jamás respiré en la vida, y al mirar el agua a la distancia, vi una empinada montaña de granito que se elevaba en medio de lo azul. Vi el horizonte resplandeciente perfecto.

Felisa, la conserje, llegó a mi lado y señaló cerros lejanos. Fue diciendo los nombres. Abajo, pasaba el rugir de ómnibus entre nosotros y la playa, pero no me importaba. Era tanta la gente que usaba camisa blanca, suelta, de mangas cortas, que parecía ser la vestimenta del país. Vi piel de todos los colores. A mis espaldas las suaves voces portuguesas entonaban su canción.

-¿Quiere que le lleve el violín y lo ponga...?

-No; lo tengo siempre yo.

Él se rió.

-¿Oyó usted eso? -le pregunté a la inglesa.

-¿Si oí algo? Cuando cerramos las ventanas, la habitación queda muy en silencio. Ya verá que queda gratamente sorprendida.

-No, me refiero a una voz, una risa.

Glenn me tocó el codo.

-No pienses en esas cosas -me dijo.

-Ah, perdón -dijo una voz. Me di vuelta y vi que me miraba una hermosa mujer de piel morena, pelo en cascada y ojos verdes, una mezcla racial que superaba los límites de toda belleza imaginada. Era alta y traía los brazos desnudos, el pelo largo al estilo Jesucristo y una sonrisa hecha de labios pintados en rojo vivo y dientes blancos.

-¿Perdón?

-Ah, no hablemos de eso ahora -se apresuró a decir Felisa.

-Salió en los diarios -afirmó la diosa de pelo ondeado apretándose las manos como suplicándome perdón-. Señora Becker, estamos en Río, y aquí la gente cree en los espíritus, y su música es muy apreciada. Sus cintas grabadas entran de a millares en el país. Aquí la población es profundamente espiritual y no quiere hacer daño a nadie.

-¿Salimos en los diarios? -quiso saber Martin-. ¿Publicaron que ella se alojaba en este hotel? ¿Qué es lo que dice?

-No; todos suponían que se alojaría en este hotel -explicó la morena de ojos verdes-. Me refiero a la triste historia de que usted vino aquí buscando el alma de su hija, señora. -Me tendió la mano y aferró la mía.

Aun en el momento de sentir el tibio contacto sentí es-calofríos, circuito tras circuito. Me sentí débil escrutando esos ojos.

Y sin embargo, había en todo eso algo horriblemente apasionante. Horrible.

-Señora Becker, discúlpenos, pero no pudimos detener los rumores. Lamento este dolor. Ya hay incluso periodistas en la planta baja...

-Bueno, tendrán que marcharse -dijo Martin-. Triana tiene que dormir. Nuestro vuelo duró más de nueve horas. Tiene que dormir. El concierto es mañana a la noche, o sea que apenas queda tiempo...

Me di vuelta y miré en dirección al mar. Sonreí; luego volví a girar y tomé las manos de la joven morena.

-Ustedes son un pueblo espiritual -dije-. Católico y africano, indio también, y muy espiritual, según he oído. ¿Cómo se llaman los rituales, los que practica la gente? No me puedo acordar.

-Mogambo, candomblé. -Se encogió de hombros, agradecida de recibir mi perdón. Felisa se hallaba un tanto retirada, inquieta.

Tengo que reconocer -con independencia del júbilo que experimentábamos dondequiera que fuésemos- que siempre había alguien en la periferia inquieto, alterado. En este momento era la inglesa quien temía por la posibilidad de afrentas a mí, cosa que era imposible.

¿Crees que tu hija, está aquí?

-Dímelo tú -murmuré-. Ella no es aliada tuya; no trates de hacérmelo creer. -Bajé la mirada y hablé en voz baja.

Los demás retrocedieron. Martin los acompañó a la puerta.

-¿Qué quieres que les diga a esos malditos periodistas?

-La verdad -respondí-. Que una vieja amiga me dijo que Lily había renacido en esta ciudad. -Miré de nuevo hacia la ventana y el grato empuje del viento. -Dios mío, miren este mar, miren. Si Lily fuera a regresar -cosa que no creo-, ¿por qué no hacerlo en un lugar así? ¿Y oyen ustedes sus voces? ¿Alguna vez les conté sobre las niñas brasileñas que ella quería, que vivieron cerca de nosotros aquellos últimos años?

-Yo las conocí -repuso Martin-. Estuve ahí. La familia era de San Pablo. No quiero que te perturben estas cosas.

-Diles que estamos buscando a Lily pero que no esperamos encontrarla en ningún ser humano; diles algo lindo, algo que haga llenar el auditorio municipal donde vamos a tocar. Ve ya.

-Las entradas están todas vendidas -me informó Martin-. No quiero dejarte sola.

-Yo no puedo dormir hasta que no oscurece. Esto es demasiado, demasiado fantástico, tiene un brillo demasiado perfecto. Martin, ¿estás cansado?

-No mucho. ¿Por qué? ¿Qué quieres hacer?

Pensé. Río.

-Quiero meterme en la selva, subir al Corcovado. Mira el cielo, lo diáfano que es. ¿Tenemos tiempo de hacerlo antes de que oscurezca? Quiero ver el Cristo de allá arriba con sus brazos extendidos. Ojalá pudiéramos verlo desde aquí.

Martin lo organizó por teléfono.

-Qué idea encantadora -dije- la de que Lily volviera con vida y tuviera una larga existencia en un lugar como éste.

-Cerré los ojos y pensé en ella, mi hija luminosa, calva y sonriente, acurrucada en mis brazos, con el cuellito de su camisa a cuadros levantado, por lo cual en su gordura de esteroides, en su adorable redondez, la llamábamos "Humpty". La oí reír con claridad, como si estuviera sentada a horcajadas sobre Lev, y éste tendido en el césped frío del rosedal de Oakland. Katrinka y Martin nos habían llevado ese día. Teníamos esa foto por alguna parte -a lo mejor la tenía Lev-, la imagen de Lev tendido de espaldas, y Lily sentada sobre su pecho, su carita redonda sonriendo a los cielos. Katrinka había sacado tantas fotografías maravillosas.

Dios mío, basta.

Risas.

Librodot

No puedes hacer que sea un *recuerdo grato; no puedes. Sufres* muchísimo *de pensar que* ella *te* odia, que la *dejaste morir,* quizás *a tu madre también, y ahora estás* aquí, en la *tierra de los* espíritus.

-¿Obtienes tu fortaleza de este sitio? Eres un tonto. El violín es mío, y prefiero quemarlo antes de permitir que quede en tu poder.

Martin pronunció mi nombre. Parado sin duda a mis espaldas, me observaba hablar sin dirigirme a nadie, o tal vez el viento silenciaba las palabras.

El auto estaba listo. Antonio nos esperaba para llevarnos hasta el funicular. Nos acompañaban dos guardaespaldas, ambos policías de franco contratados para velar por nuestra seguridad, y en el funicular ascenderíamos por la selva, y tendríamos que hacer a pie los últimos peldaños para llegar a la base del Cristo, en la cima misma de la montaña.

-¿Seguro que no estás exhausta? -se interesó Martin.

-Estoy entusiasmada. Me encanta este aire, el mar, todo lo que me circunda...

Sí, dijo Antonio, había tiempo de sobra para llegar al funicular. Faltaban cinco horas para que oscureciera. Pero cuidado, porque las nubes se estaban poniendo negras; no era un día perfecto para el Corcovado.

-Es el día que tengo -dije-. Vamos. Déjeme ir en el asiento de adelante con usted -le pedí-. Quiero ver lo más posible.

Martin y los custodios se ubicaron en el asiento de atrás.

Acabábamos de arrancar cuando reparé en los obvios periodistas cargados de cámaras, apiñados en la puerta, mientras un pequeño grupo se trababa en intensa discusión con Felisa, la conserje inglesa, que no dejó trascender que, en realidad, nos hallábamos a pocos pasos de allí.

Yo no sabía mucho sobre el funicular salvo que era antiguo, como los tranvías de madera de Nueva Orleáns, y subiría el cerro remolcado, como los de San Francisco. Creo haber oído que en ocasiones resultaba peligroso. Pero nada de eso me importaba.

Bajamos del mini ómnibus y corrimos hasta el funicular justo en el momento en que éste salía de la estación. Viajaba en él apenas un puñado de personas, en su mayor parte europeos, por el aspecto. Oí gente que hablaba inglés, francés, castellano, y una vez más el portugués melodioso y angelical.

-Dios santo, nos internamos directamente en la selva.

-Sí -explicó Antonio, nuestro guía-. La selva sube la montaña y llega hasta arriba. Es un bosque hermoso, pero no es el original...

-A ver, cuénteme -le pedí. Asombrada, saqué una mano para tocar la tierra desnuda -tan cerca avanzábamos-, para tocar los helechos que brotaban en las grietas, para ver, en lo alto, los árboles que se inclinaban sobre el vehículo.

Otros iban charlando y sonriendo.

-Era una plantación de café. Después, vino un hombre a Brasil, un hombre rico, pensó que había que traer de vuelta el bosque y lo hizo replantar. Éste es un bosque nuevo, de apenas cincuenta años, pero es el que tenemos en Río, y lo hizo él para nosotros. Todo esto que usted ve lo hizo plantar expresamente.

La vegetación tenía el aspecto silvestre e intacto de todos los paraísos tropicales que jamás había visto. El corazón me latía con fuerza.

-¿Estás aquí, hijo de puta? -le susurré a Stefan.

-¿Qué dijiste? -preguntó Martin.

-Hablaba sola, no más. Rezaba el rosario, decía las ave-marías para tener buena suerte. Los misterios gloriosos. *Jesús resucita de entre los muertos.*

-Ah, tú y tus avemarías.

-¿Por qué dices eso? ¡Mira, la tierra es roja, absolutamente roja! -Ascendíamos, tomábamos muy despacio cada curva atravesando profundas hondonadas en la montaña y surgiendo luego a la misma altura que los árboles densos, soñolientos.

-Ay, veo que se viene la niebla -dijo Antonio con una sonrisa de pesar, como pidiendo disculpas.

-No importa -lo tranquilicé-. Es todo tan lindo tal cual es, que hay que verlo de todas las maneras posibles, ¿no le parece? Y cuando subo de esta manera una montaña en dirección al cielo y el Cristo, dejo de pensar en otras cosas.

-Eso es bueno -acotó Martin. Había encendido un cigarrillo aprovechando que no estaba Katrinka para hacérselo apagar. Antonio no fumaba; tampoco le molestaba que él lo hiciera, y hasta pareció sorprenderse de que Martin le preguntara si estaba permitido fumar.

El funicular hizo una parada para recoger a una mujer sola con varios envoltorios. Era de tez oscura y llevaba puestos zapatos blandos, informes.

-¿O sea que el servicio es como el de un tranvía?

-Ah, sí -entonó la voz de Antonio-; hay gente que trabaja allá arriba, *y* además están los que vienen... *y* allá queda uno de los barrios pobres...

-Las favelas -dijo Martin-. Las he oído mencionar. No nos vamos a internar allí.

-No, no es necesario.

Risas una vez más. Obviamente nadie más las oyó.

-Así que estás agotado, ¿no? -murmuré. Bajé el vidrio y me asomé por la ventanilla desoyendo las advertencias de Martin. Veía que se acercaban las ramas frondosas, sentía el olor de la tierra. Hablé de cara al viento: -¿No puedes hacerte visible y no puedes conseguir que te oiga nadie más?

Reservo lo mejor para ti, querida, tú, que ingresaste con audacia en los claustros de mi mente incluso cuando yo estaba tocando música, entonando tus vísperas siguiendo una melodíaque ni siquiera oía en mi interior. Seré, para ti, hacedor de más milagros.

-Mentiroso, farsante -murmuré, el sonido ahogado por el traqueteo del funicular-. ¿Andas acompañado de fantasmas rotosos?

El vehículo volvió a detenerse.

-Esa edificación... Mira, hay una hermosa casa allá a la derecha. ¿Qué es? -pregunté.

-Ah, sí -repuso Antonio con una sonrisa-. Podremos verla cuando bajemos. Aunque mejor llamo ahora. -Sacó su pequeño teléfono celular.

-Avisaré que el ómnibus suba aquí a buscarnos, si lo desean. En una época era un hotel. Ahora está abandonado.

-Ah, sí, tengo que verlo -dije. Miré hacia atrás, pero ya habíamos doblado en una curva. Seguíamos ascendiendo cada vez más.

Por último llegamos hasta el final, donde una multitud de turistas aguardaba para regresar. Nos bajamos en una plataforma de cemento.

-Bien -dijo Antonio-, ahora tenemos que subir la escalera hasta el Cristo.

-¡Subir la escalera! -dejó escapar Martin.

Detrás, los guardaespaldas avanzaban juntos, moviendo sus chalecos color caqui para que nosotros, y todo el mundo, viéramos sus bandoleras y sus negros revólveres. Uno de ellos me obsequió una sonrisita respetuosa.

-No es tan terrible -dijo Antonio-. Son muchos escalones, pero están divididos; hay lugares donde detenerse en cada... ¿cómo se dice?... en cada etapa, y allí puede conseguir algo de beber. ¿Realmente desea portar usted el violín? ¿No quiere que se lo...?

-Siempre lo lleva ella -dijo Martin.

-Tengo que llegar hasta arriba -declaré-. Una vez, de chica, vi una película donde aparecía este Cristo con los brazos desplegados, como en un crucifijo.

Tomé la delantera.

Qué agradable, los grupos de personas que avanzaban lentamente, los puestos donde vendían baratijas y bebidas enlatadas, y gente sentada, sin apuro, ante mesitas de metal. Todo apacible bajo el hermoso calor, y la niebla soplaba por la montaña en blancas ráfagas.

-Éstas son nubes -sostuvo Antonio-. Estamos en las nubes.

-¡Magnífico! -exclamé-. La balaustrada es bellísima, estilo italiano, ¿verdad? Martin, mira, aquí todo es mezcla, lo viejo con lo nuevo, europeo y extranjero.

-Sí, es muy antigua, y los escalones no son empinados. Íbamos dejando atrás un descanso tras otro.

En un momento dado estábamos caminando en medio de una blancura total. Alcanzábamos a vernos unos a otros, y vernos los pies, pero poco más.

-Ah, esto no es Río -se lamentó Antonio-. No; tienen que volver cuando haya sol. Así no se puede ver.

-¿En qué dirección está el Cristo? Señáleme.

-Señora Becker, estamos parados ante la base misma de la estatua. Dé un paso atrás y mire hacia arriba.

-Pensar que estamos en el cielo...

Ni en sueños.

-Para mí es neblina -dijo Martin, pero me dirigió una sonrisa afable-. Tienes razón, qué país, qué ciudad. -Señaló a la derecha, donde se había despejado un hueco que permitía ver allá abajo, extendida a nuestros pies, la metrópolis, de mayores dimensiones que Manhattan o Roma. El agujero se cerró.

Antonio señaló hacia arriba.

De pronto ocurrió un milagro, pequeño y fascinante.

El gigantesco Cristo de piedra apareció en medio de la bruma blanca, a escasos metros de distancia, su rostro muy elevado con respecto a nosotros, y sus brazos extendidos, no para abrazar sino para ser crucificado. Luego se esfumó.

-Ah, sigan mirando -aconsejó Antonio, volviendo a señalar.

Un manto de blancura cubría el mundo, pero de repente reapareció la figura, obviamente cuando se despejaba el aire. Me dieron ganas de llorar, y lloré.

-Dios mío, ¿está Lily aquí? ¡Dime! -susurré.

-Triana -dijo Martin.

-Cualquiera puede rezar. Además, no quiero que ella esté aquí. -Retrocedí para ver mejor y de nuevo a mi Dios, puesto que una vez más las nubes se abrieron y cerraron.

-Ah, por ser un día nublado no está tan malo el panorama como suponía -dijo Antonio.

-No, no, está divino.

¿Crees que esto te ayudará? ¿Como cuando sacaste el rosario de abajo de la almohada la noche en que te dejé?

-¿Todavía te queda algún claustro en la mente? -Apenas si moví los labios; las palabras parecían un murmullo casi sin sentido. -¿Nada aprendiste de nuestro viaje siniestro? ¿O estás fuera de tu estado natural, como los espectros que andaban detrás de ti? Se suponía que yo no iba a ver tu ciudad de Río, ¿verdad? Sólo los recuerdos míos, que tú anhelabas. ¿Celo-so de que me guste tanto? ¿Qué te retiene? Tu fortaleza va disminuyendo, y no haces más que odiar...

Espero el momento final de tu humillación.

-Ah, cómo no me di cuenta.

-No reces en voz tan alta -me dijo Martin, sin enojo-. ¡Me hace acordar a mi tía Lucy, y cómo nos hacía escuchar el rosario por radio, todos los días a las seis de la tarde, quince minutos, arrodillados en el piso de madera!

Antonio se rió.

-Eso es muy católico. -Estiró un brazo y nos tocó a Martin y a mí en el hombro. -Amigos, está por llover. Si quieren ver el hotel antes de que se largue el agua, tenemos que volver ya mismo al funicular.

Esperamos que las nubes se despejaran una última vez, y apareció el Cristo enorme y severo.

-Si Lily está en paz, Señor, no te pido que me lo digas. -No creerás esas estupideces -dijo Martin.

Antonio estaba espantado. Obviamente no podía saber lo mucho que mis familiares cercanos me sermoneaban a diario.

-Creo que, dondequiera que ella esté ahora, no me necesita. Lo mismo creo con respecto a todos los difuntos. Martin no me escuchó.

Y una vez más apareció nuestro Cristo, con los brazos rígidos como si estuviera en la crucecita de la punta del rosario. Nos encaminamos de prisa al funicular.

Los guardaespaldas, recostados contra la baranda, aplastaron sus latitas de bebida, las arrojaron a un cesto y nos siguieron.

La niebla era húmeda cuando llegamos al vehículo.

-¿Es la primera parada? -quise saber.

-Sí, imposible equivocarse. Yo ya le avisé al auto. Es un trayecto muy empinado para subir, pero no tan severo en la bajada, y podemos tomarnos nuestro tiempo, si lo desean. Después ya no va a importar si llueve, por supuesto. Lamento que el cielo no esté claro...

-Me encanta.

¿Quién usaba esa primera parada del funicular, la que quedaba junto al hotel abandonado?

Había allí una playa de estacionamiento. Alguien subía en auto, sin duda, en modelos pequeños y potentes, estacionaba ahí y tomaba el funicular hasta la cima. Pero no había ningún otro lugar allí donde guarecerse.

El amplio hotel color ocre era sólido, pero se hallaba en un abandono total.

Me quedé hechizada observándolo. Las nubes no eran tan densas ahí abajo, y pude apreciar la vista de la ciudad y el mar que esas ventanas trancadas antes dominaban.

-Ah, qué lugar...

-Sí, bueno -dijo Antonio-, ha habido planes, muchos planes, y a lo mejor... vengan, miren por el cerco. -Vi un sendero, un patio. Miré, allá arriba, los postigos de un ocre desteñido que tapaban las ventanas, y el techo de tejas. Y pensar que yo podría... realmente podría... si lo quisiera...

Sentí un repentino impulso, algo que no había sentido en ningún otro momento de nuestros viajes: delimitar un sector de ese lugar, un hermoso retiro, para venir aquí desde Nueva Orleáns y respirar el aire de la selva. Me daba la impresión de que no había lugar más hermoso en la tierra que Río.

-Vengan -dijo Antonio.

Pasamos de largo el hotel. Una gruesa baranda de cemento impedía que cayéramos a una cañada. Pero ahora podíamos ver la gran profundidad del edificio y cómo se lo había ubicado en una saliente sobre el valle. Semejante belleza me llegaba al corazón. Más abajo, los bananeros bajaban y bajaban en línea recta por la ladera, como siguiendo la senda de una raíz o un manantial, y en derredor crecía la otra vegetación lujuriante, y los árboles oscilaban sobre nuestras cabezas. Del otro lado del camino, a nuestras espaldas, el bosque era empinado, oscuro, frondoso.

-Esto es el cielo.

Me quedé callada un momento. Lo di a entender; no tuve necesidad de pedirlo. Me bastó con el gesto. Los caballeros se alejaron fumando sus cigarrillos, conversando. Yo no los oía. Aquí no soplaba el viento como en la cumbre. Las nubes estaban bajando, pero lenta, tenuemente. Había una gran quietud y silencio, y allá abajo estaban los miles y miles de casas, edificios, torres, calles, y luego la belleza exquisita y plácida de la interminable agua azul.

Lily no estaba aquí. Lily se había marchado, tan cierta-mente como se había marchado el espíritu del Maestro, como se marchan casi todos los espíritus, el de Karl, el de mi madre, seguramente. Lily tenía cosas más importantes que hacer que acudir a mí, ya fuese para consolarme o atormentarme.

No estés tan segura.

-Cuidado con los trucos que haces -murmuré-. Yo aprendí a tocar por el dolor que me provocabas. Puedo volver a hacerlo. A mí no se me engaña con facilidad; ya debe-rías saberlo.

¡Lo que verás te hará *helar la sangre, y* soltarás el violín, lo *dejarás caer, y me implorarás que lo tome yo! ¡Te alejarás de todos aquéllos a los que tanto* admirabas! *No eres* apta *para ello.*

-No lo creo -lo contradije-. Debes recordar lo bien que conocía yo a todos, lo mucho que los quería, cuánto amé el lecho de enfermo *y* hasta el último detalle. Guardo sus rostros *y* sus formas nítidamente en mi memoria. No trates de copiar eso.

Suspiró. Hubo una sensación de despeñarse, de alejarse resbalándose que me dio escalofríos en brazos y cuello. Creo que oí un llanto.

-Stefan, trata de no aferrarte a mí ni a esto sino... Te maldigo. Maldita *seas.*

-Stefan, ¿por qué me elegiste a mí? ¿Las otras también eran tan amantes de la muerte, o sólo de la música?

Martin me tocó el brazo. Señaló. Desde cierta distancia, bajando por el camino, Antonio nos hacía señas.

Era una larga pendiente. Los guardaespaldas nos custodiaban.

La bruma ahora era muy húmeda, pero el cielo estaba despejado. A lo mejor eso es lo habitual: que la niebla se convierte en lluvia y se vuelve transparente.

En un pequeño claro vimos, algo retirada, una cosa que parecía una vieja fuente de cemento, rodeada por un círculo de bolsas de plástico azul intenso, sencillamente bolsas de mercado o de alguna farmacia. Jamás las había visto de ese color.

-Son las ofrendas que ellos hacen -dijo Antonio.

-¿Quiénes?

-Los del mogambo y el candomblé. ¿Ve? Cada bolsa contiene una ofrenda a un dios. En una hay arroz, otra tiene algo distinto, maíz quizá, ¿ve?, y forman un círculo. Ahí había velas. Yo estaba fascinada. No obstante, no me embargó un sentido de lo sobrenatural, sino sólo de maravillarme por el ser humano, la maravilla de la fe, la maravilla de que el mismo bosque creara esa capillita verde para la extraña religión brasileña, tan entremezclada con los santos católicos, que nadie podría nunca desentrañar los diversos rituales.

Martin hacía las preguntas. ¿Cuánto tiempo atrás se habían reunido allí? ¿Qué hicieron?

Antonio procuraba encontrar las palabras... un ritual de purificación.

-¿Te salvaría esto a ti? -murmuré. Desde luego, le hablaba a Stefan.

No obtuve respuesta.

Sólo yacía el bosque a nuestro alrededor, el bosque que la lluvia volvía rutilante. Apreté fuertemente mis brazos alrededor del bien cubierto violín, no fuera cosa que le entrara algo de humedad, y posé mis ojos en el viejo círculo de insólitas bolsas plásticas de un azul chillón, los restos de velas. ¿Y por qué no bolsas azules? ¿Por qué no? En la antigua Roma, ¿las lámparas del templo habían sido tan distintas de las de una vivienda común? Bolsas azules de arroz, de maíz... para los espíritus. El círculo ritual. Las velas.

-Uno se para en el medio... -explicaba Antonio buscando las palabras- para ser purificado.

Ningún sonido proveniente de Stefan. Ni un susurro. Miré arriba, por entre el tejido verde. La lluvia fue cubriendo mi cara en silencio.

-Ya es hora de marcharnos -dijo Martin-. Triana, tienes que dormir. Y nuestros anfitriones proyectaron venir a buscarte temprano. Parece ser que están tremendamente orgullosos de este Teatro Municipal.

-Realmente es un teatro de ópera -adujo Antonio en tono conciliatorio-, y grandioso. A mucha gente le gusta ir a visitarlo. Después del concierto habrá multitudes.

-Sí, sí, quiero ir temprano -acepté-. Está lleno de hermoso mármol, ¿no?

-Ah, ya le contaron -dijo-. Es espléndido. Regresamos con lluvia.

Antonio confesó que durante los años que llevaba haciendo esos paseos, jamás había visto el bosque durante una lluvia, cosa que le había resultado todo un espectáculo. Yo me sentía envuelta en belleza, y ya no temía. Me parecía saber lo que planeaba Stefan. Cierto pensamiento, que semejaba ser un plan, iba cobrando forma.

Todo empezó en mi mente, en Viena, cuando toqué ante la gente del Hotel Imperial.

No dormí nada.

Llovía a cántaros en el mar.

Todo se puso gris, y después sombrío. Unas luces intensas definían las anchas divisiones del bulevar Copacabana, o la avenida Atlántica.

En una habitación de color pastel, con aire acondicionado, dormité tal vez, observando que la noche gris eléctrica cerraba las ventanas.

Durante horas estuve escrutando lo que parecía el mundo real del reloj y su tic tac, en la alcoba presidencial de la suite, mirando por entre los ojos semicerrados.

Rodeé el violín con los brazos, me acurruqué contra él estrechándolo como me estrechaba mi madre, o como hacía yo con Lily, o bien como nos apretábamos Lev y yo, o Karl y yo.

En una ocasión, movida por el pánico, casi voy al teléfono y llamo a mi marido, mi esposo legítimo al que tan estúpida-mente había renunciado. No, esto lo hará sufrir, tanto a él como a Chelsea.

Piensa en los tres hijos. Aparte, ¿de dónde saqué que Lev volvería conmigo? No tenía que abandonar a su mujer e hijos. No debía hacer eso, y yo no debía pensarlo, ni desearlo siquiera.

Karl, ven conmigo. Karl, el libro está en buenas manos. Karl, ya se terminó el trabajo. "Acuéstate, Karl. Todos los papeles ya están en orden."

Se oyó un golpe estridente.

Me desperté.

Seguramente me había quedado dormida. Del otro lado de las ventanas, el cielo estaba claro y negro.

En algún lugar de la sala o el comedor de la suite, una ventana se había abierto con el viento y golpeteaba. Era la de la sala, la que se hallaba en el centro mismo del hotel.

En medias, con el violín en mis brazos, crucé el dormitorio a oscuras, entré en la sala y sentí el fuerte impulso del viento purificador. Miré afuera.

El cielo estaba límpido y tachonado de estrellas. La arena parecía dorada bajo los faroles eléctricos que recorrían todo el largo del bulevar.

El mar era bravío en la ancha playa.

El agua subía en incontables olas vidriosas y superpuestas, y bajo la luz, la ondulación de cada ola se volvía, por un instante, casi verde, y luego el agua se ponía negra. Después surgió ante mí la gran danza de figuras espumosas.

Miren, estaba sucediendo todo a lo largo de la playa, con cada ola.

Vi que sucedía una, dos veces, a la derecha y a la izquierda. Estudié un gran coro tras otro. Ola tras ola iba trayéndolos, y ellos subían con sus brazos estirados hacia la orilla, o hacia las estrellas, o hacia mí, imposible saberlo.

Por momentos, el tramo de la ola era tan largo y la espuma tan espesa, que se quebraba dando origen a ocho o nueve formas elásticas, con cabezas, brazos, cinturas que hacían reverencias antes de retroceder y que la nueva banda viniera rodando tras ellas.

-Ustedes no son las almas de los condenados ni de los salvados -dije-. Son, eso sí, muy bellas, bellas como lo eran cuando las vi en profético sueño. Como la selva de la montaña, como las nubes cruzándose delante del rostro de Dios.

"Lily, no estás aquí, mi querida, ya no estás atada a ningún lugar, ni siquiera a uno tan bello como éste. Si estuvieras aquí, yo lo sentiría, ¿no?

Me vino otra vez el pensamiento, el plan a medias, la plegaria para repelerlo.

Librodot

Acerqué un sillón y me senté junto a la ventana. El viento me echaba el pelo hacia atrás.

Las olas, una tras otra, traían a los bailarines hacia adelante, ninguno igual a otro, cada compañía de ninfas diferente, como lo eran mis conciertos, o si había algún patrón, sólo los genios de la teoría del caos lo conocían. De vez en cuando algún bailarín llegaba tan alto, que sus piernas parecían a punto de dar un salto y liberarse.

Me quedé mirando hasta la mañana.

Yo no necesito dormir antes de tocar. Estoy loca de todos modos. Ponerme más loca que de costumbre sólo podía servirme de ayuda.

Llegó el alba, y luego todo el tránsito rápido, la gente arremolinada en la calle, los negocios que abrían sus puertas, los ómnibus que pasaban. Había personas nadando en las olas. Me paré delante de la ventana, con la bolsa del violín colgada del hombro.

Un sonido me sobresaltó.

Me di vuelta. El corazón me dio un brinco, pero no era más que un botones que había entrado a traerme un ramo de rosas. -Señora, golpeé varias veces.

-No se preocupe; era el viento.

-Hay unos jóvenes abajo. Para ellos usted es muy importante; han venido desde muy lejos para verla... perdóneme, señora.

-No; yo quiero hacerlo. Permítame las rosas, y con ellas en el brazo les hago un gesto de saludo. Cuando me vean con las flores me van a conocer, y yo los conoceré a ellos.

Me encaminé a la ventana.

El sol refulgía sobre el agua. Al instante los divisé: tres chicas delgadas y dos muchachos que escudriñaban la fachada del hotel haciéndose pantalla sobre los ojos. Luego una me vio, es decir, vio a la mujer de pelo castaño peinado con flequillo que sostenía un ramo de rosas rojas en sus brazos.

Levanté la mano y saludé repetidas veces. Ellos, por su parte, se pusieron a saltar.

-Hay una canción en portugués, una canción clásica -dijo el botones. Estaba ocupado con la heladerita contigua a la ventana, controlando las bebidas y la temperatura.

Los jóvenes, allá abajo, brincaban y tiraban besos.

Sí, besos.

Yo también lo hice.

Retrocedí, siempre tirando besos hasta que me pareció que el momento no daba para más, y dejé que se cerrara la ventana. Me di vuelta hacia el costado, con el violín semejante a una joroba en mi espalda y las flores en los brazos. El corazón me latía con fuerza.

"La canción-dijo-, fue famosa en los Estados Unidos, creo. Se llama "Rosas, rosas, rosas."

18

Era el pasillo con pisos de mosaico griego, los gruesos pergaminos de oro, el mármol marrón.

-Dios mío, esto es hermoso -comentó Ros-. Nunca vi un lugar así. Y tanto mármol... Mira, Triana, mármol rojo, verde, blanco...

Sonreí. Yo sabía, veía.

-¿Esto se hallaba en los claustros de tu mente? -le susurré a mi fantasma secreto-. ¿Y tu intención era que yo no lo viera?

Para los demás parecía como si yo fuera tarareando algo. No tuve respuesta. Sentí un profundo dolor por él. ¡Ay, Stefan!

Estábamos al pie de la escalera. A izquierda y derecha se hallaban las figuras con rostro de bronce. Los pasamanos eran de un mármol tan verde y claro como el mar bajo el sol de la tarde; los balaústres eran gruesos, y la escalera se bifurcaba como es habitual en los teatros de ópera. Cuando subíamos, quedaban a nuestra espalda las tres puertas de cristal con tragaluces en forma de rayos en la parte superior.

-¿Vendrá público esta noche?

-Sí, sí -respondió Mariana, la esbelta-. Se acabaron las localidades, y hay gente que está esperando. Por eso es que los hice entrar por la puerta lateral. Además, tenemos para usted una sorpresa especial.

-¿Qué puede ser más grandioso que esto? -pregunté. Juntos subimos la escalera. Katrinka de pronto se sintió apesadumbrada, y vi que sus ojos buscaban los de Ros.

-¡Qué lástima que no esté Faye aquí! -se lamentó.

-No digas eso -la amonestó Ros-. Lo único que vas a conseguir es que piense en Lily.

-Quédense tranquilas, señoras, porque no hay hora del día en que no piense en Faye y en Lily.

Katrinka se conmovió, y Martin se acercó a rodearla con un brazo para que no siguiera insistiendo, para avergonzarla un tanto, quizás, aun cuando quisiera hacer creer que la estaba consolando. Martin, el estricto.

Cuando tomamos por la escalera izquierda, vi el gran entrepiso y los tres magníficos vitrales.

La suave voz de Mariana me fue diciendo el nombre de las figuras, tal como lo había hecho en el sueño. Lucrecia, la encantadora mujer que iba a su lado, sonreía y hacía comentarios también acerca de cómo cada figura tenía significación para la música, la poesía o el teatro.

-Y allá, en aquella sala lejana, hay murales -dije.

-Sí, sí, y en la que está en la otra punta no deje de ver...

Me quedé inmóvil, mientras el sol entraba atravesando las figuras pintadas en vidrio, dejaba atrás esas bellezas rollizas, medio desnudas, con sus símbolos resaltados, rodeadas de guirnaldas y drapeados.

Levanté mis ojos y vi las pinturas en lo alto. Pensé que mi alma moriría en silencio, y ya nada me importaba sino únicamente lo que me importaba en el sueño; es decir, no cuándo me iba a llegar ni por qué, sino sólo saber que ese lugar existía, que alguien lo había hecho de la nada, que estaba ahí, para nosotros, con toda su magnificencia.

-¿Le gusta? -quiso saber Antonio.

-Más de lo que se puede expresar con palabras -respondí, suspirando-. Mire allá arriba, los medallones redondos en la pared, las caras de bronce... aquél es Beethoven.

-Sí, sí -corroboró Lucrecia, amena-, ahí están todos, los más importantes compositores de ópera... Verdi... ¿y ve a Mozart? También está el... dramaturgo...

-Goethe.

Librodot

-Sí, en el bosque -musité-. En el hotel derruido, una estación más abajo del Cristo.

-Que llore -dijo Martin enojado, mirando a su mujer. Pero Katrinka estaba recuperando el ánimo.

-Esto es una maravilla -decía.

-Iba a ser el palacio de Darío.

-Miren, y en medio de todo esto, hay gente comiendo -comentó Glenn en voz baja-. Miren las mesas, hay gente tomando café con tortas.

-Tenemos que pedirnos café con tortas.

-Pero primero quiero mostrarles la sorpresa. Vengan por aquí -propuso Lucrecia.

-Yo sabía. Lo supe cuando dejamos atrás el viejo mostrador de madera tallada y recorrimos un pasaje. Oí las enormes máquinas.

-Éstas se usan para caldear y refrigerar el edificio. Son viejísimas.

-Qué feo olor que hay -protestó Katrinka.

Después, ya no pude oír nada. Vi los azulejos blancos; pasamos frente a unos armarios metálicos. Rodeamos las viejas máquinas con sus tornillos gigantescos y anticuados, semejantes a las máquinas de los barcos viejos. Seguimos avanzando, y en derredor la conversación era afable.

Vi el portón.

-Nuestro secreto -anunció Mariana-. ¡Un túnel subterráneo!

Reaccioné riéndome con júbilo.

-¿De veras? ¿Adónde conduce? -Me acerqué a la entrada. Me dolía el alma. Penumbra al fondo, del otro lado de los oxidados barrotes de hierro sobre los cuales apoyé mi mano. Luego la saqué muy sucia.

Había un brillo de agua sobre el piso de cemento.

-Al palacio. ¿Ve usted? El palacio queda cruzando la calle, y en las viejas épocas -los primeros tiempos luego de haberse construido el teatro de ópera-, podían ir y venir personas atravesando el túnel secreto.

-Pero sígame; no queremos que se canse. Mañana podemos mostrarle más. Ahora vamos, para que vean la sorpresa especial.

Risas en derredor. Katrinka se enjugó el rostro, y lanzó una mirada furibunda a Martin.

Glenn le pidió a Martin en susurros que no la molestara más. -Yo me quedo despierto la noche entera pensando dónde estará Faye -confesó Glenn-. Déjala que llore.

-No llames la atención -dijo Martin.

Le tomé la mano a Katrinka y sentí que ella me la apretaba con fuerza.

-¿Una sorpresa? -pregunté a Mariana y Lucrecia-. ¿Qué es, mis queridas?

Bajamos juntos la espléndida escalera, el cristal reluciente, el mármol lustroso, las vetas y más vetas de oro todo fusionado en un dosel de gloriosa armonía, un sitio hecho por el hombre que podía rivalizar con el mar mismo, con sus fantasmas saltarines, con el bosque mismo bajo la lluvia, donde los bananeros bajaban y bajaban por la ladera.

-Por aquí, vengan todos por aquí -nos orientó Lucrecia-. Tenemos una sorpresa insólita.

-Sí, yo creo que sé lo que es -dijo Antonio.

-Pero no es solamente eso.

-¿Qué es? -pregunté.

-El restaurante más hermoso del mundo, y queda aquí, bajo el teatro.

Hice un gesto de afirmación, sonriente.

El palacio persa.

Tuvimos que salir para poder entrar, y de pronto nos encontramos rodeados por las cerámicas azulejadas, por las columnas, y en ellas, los toros con las patas recogidas,

y Darío asesinando al león, y repisas llenas de refulgente cristal, muy parecidas a los muebles del palacio incendiado de Stefan.

-Ahora, si me permiten, quiero llorar yo -anunció Ros-. Me toca el turno a mí. Miren esa lámpara persa. Ay, quiero quedarme a vivir aquí.

Apoyé la frente contra los barrotes.

-Me fascina esto. No pienso volverme nunca -sostuvo Ros-. Nadie me va a obligar a que vuelva a casa. Triana, quiero dinero para quedarme aquí.

Glenn sonrió e hizo un gesto de negación.

-Aceptado -dije yo.

Miré hacia la oscuridad.

-¿Qué ven ahí? -pregunté.

-¡No sé! -confesó Katrinka.

-Bueno, está muy húmedo, y hay una filtración... -dijo Lucrecia.

¿Así que ninguno de ellos veía al hombre que estaba ahí tirado con los ojos abiertos, la sangre que manaba de sus muñecas, y el fantasma alto y de pelo negro que, de brazos cruzados, nos miraba ceñudo, recostado contra la pared?

¿Nadie veía eso, salvo Triana Becker?

Sigue adelante. Esta noche sube al escenario y toca con mi violín. Despliega tu sórdida brujería.

El moribundo se incorporó hasta quedar de rodillas, azorado, aturdido, embotado, y corría la sangre sobre el mosaico. Se puso de pie y quedó junto a su compañero, el fantasma que lo había vuelto loco, que le había sacado su música poco antes de venir a mí con esos vívidos recuerdos en su alma, este espectro, esta ánima fina como un papel, que rebosaba de todo esto, en forma renuente.

No. Un dejo de pánico en la palabra.

Los demás charlaban. Había tiempo de tomar café con tortas y descansar.

Sangre que fluía de las muñecas del difunto y chorreaba por sus pantalones cuando, trastabillando, comenzó a seguirme. Nadie más lo veía.

Miré más allá del cadáver tambaleante. Contemplé el sufrimiento atroz en el rostro de Stefan. Tan joven, tan perdido, tan desesperado. Tan temeroso de volver a fracasar.

Librodot

19

Siempre me quedaba en silencio los minutos previos al concierto. Nadie se fijaba, nadie decía una palabra. Había tanto afecto y opulencia en derredor: viejos camarines, baños de hermosos azulejos *Art Déco,* murales y nombres que debían ser explicados. A los demás, amablemente se los llevaba de allí.

Una sensación de sosiego descendió sobre mi persona. Estaba sentada, con el violín, en el fastuoso e increíble palacio de mármol, esperando. Oía que el inmenso teatro comenzaba a llenarse. Suave estruendo por las escaleras, murmullos que subían de volumen.

Se oyó entonces el golpeteo de mi corazón engreído y ansioso... por tocar.

¿Y qué harás aquí? Qué puedes hacer, me dije. Después me vino de nuevo aquel pensamiento, esa imagen que tal vez podría almacenar en mi mente, encerrarla como uno encierra un misterio del rosario, para repelerlo a él *-La coronación de espinas-,* y nada de lo que él hiciera podría afectarme, ¿pero qué era ese amor doliente por él, ese terrible pesar, ese sufrir que él me despertaba, profundo como el que antes sentí por Lev o Karl?

Recosté la cabeza contra el sillón de pana, hice girar mi cuello sobre el respaldo, sostuve el violín dentro de su bolsa, contesté con un gesto que No ante el ofrecimiento de agua y cosas para comer.

La sala está abarrotada, informó Lucrecia.

-Hemos recibido muchas donaciones.

-Y recibirán más -le contesté-. Es un lugar magnífico; no deben permitir que se deteriore nunca. No, esta creación, no.

Glenn y Ros charlaban sin cesar, con voces apenas audibles, acerca de la mezcla del color tropical y lo barroco, de las sofisticadas ninfas europeas combinadas con el capricho por la variedad de piedras, de diseños y pisos de parquet.

-Me encanta su ropa -me elogió la amable Lucrecia-. Es un terciopelo muy lindo el del poncho y la falda, señora.

Le agradecí con un gesto y un murmullo.

Había llegado la hora de cruzar el inmenso y oscuro fondo del escenario, la hora de oír mis pasos sobre las tablas del piso y mirar arriba, bien arriba, adonde estaban las sogas y roldanas, los telones, las rampas, y los hombres que miraban desde lo alto, y niños, sí, hasta niños subidos allí como si los hubieran hecho entrar secretamente, y a derecha e izquierda las imponentes bambalinas de los grandes decorados de ópera. Columnas pintadas. Todo lo que uno pudiera ver, hecho en piedra, verídico, vuelto a pintar.

Entonces el mar es verde cuando la ola se riza, y la balaustrada de mármol se asemeja al mar verde, y ahí está pintada la balaustrada verde.

Espié por el telón.

La planta baja estaba colmada, pues en cada sillón de pana roja se hallaba un ansioso ocupante. Vi programas -meras notas acerca de cómo nadie sabía lo que yo iba a tocar, ni cuándo me detendría y todo eso- que se agitaban en el aire, *y* alhajas que captaban la luz de la araña, *y* las tres grandes galerías ascendían una encima de la otra, cada una rebosante de siluetas que se afanaban por llegar a sus asientos.

Había atuendos negros de etiqueta y vestidos alegres, y en las butacas de más arriba, gente con ropa de obrero.

En los palcos, a ambos lados del escenario, se ubicaban los funcionarios que me habían sido presentados, y nunca recordaba ni un solo nombre, nunca esperaba hacer otra cosa que la que me correspondía, y que sólo yo podía hacer: Tocar música. Tocar durante una hora.

Les daría eso, y después llegarían al entrepiso hablando sobre "la erudita refinada", como me decían, o "la norteamericana ingenua", o la gordita con cara de niña envejecida

prematura-mente, que usaba vestidos sueltos de terciopelo y raspaba las cuerdas como peleándose con la música que ejecutaba.

Ni el menor indicio antes de un tema. Ni el menor signo de un rumbo a tomar. Sólo ese pensamiento en mi mente, un pensamiento iniciado en algún otro lugar de la música.

Y el reconocimiento en mi fuero interno de que ese pensamiento estaba diseminado en mi interior, las cuentas del rosario de mi vida, las astillas de muerte, culpa e ira; era el vidrio roto sobre el que me acostaba todas las noches, y me despertaba con las manos cortadas, y esos meses que llevaba interpretando música habían constituido un respiro que ningún ser humano podía suponer que duraría, que ningún ser humano tenía derecho a exigirle al cielo.

Fama, fortuna, destino.

Desde atrás del inmenso telón del escenario miré las caras de la primera fila.

-Y esos zapatos de pana tan puntiagudos, ¿no le hacen doler? -me preguntó Lucrecia.

-Es el peor momento para mencionar eso -dijo Martin.

-No; falta una hora -respondí.

El rugido del teatro ahogó nuestras voces.

-Dales cuarenta y cinco minutos y estarán encantados -propuso Martin-. Todo el dinero va para la fundación que dirige este lugar.

-Eh, Triana -dijo el plácido Glenn-, veo que no te faltan consejos.

-A mí me lo dices, hermano -respondí con una risita.

Martin no había oído. Mejor así. Katrinka en esos momentos siempre temblaba. Ros se había ubicado entre bambalinas, sentada como un cowboy a horcajadas sobre una silla, con el respaldo adelante, abriendo cómodamente las piernas enfundadas en pantalones negros, para poder mirar. La familia retrocedió y quedó entre las sombras.

Daba la impresión de que la calma había descendido sobre los técnicos.

Sentí la refrigeración impulsada por las máquinas del subsuelo.

Rostros muy hermosos, personas muy bellas, desde la tez más clara hasta la más oscura, con rasgos jamás vistos por mí en ninguna parte, y cuántos jóvenes, muy jóvenes, como los que habían ido a llevarme rosas.

De pronto, sin pedirle permiso a nadie, sin dar el menor aviso, sin tener una orquesta abajo a la que avisar, sin que nadie me tuviera que seguir salvo el hombre que manejaba las luces en el techo, me dirigí al centro del escenario.

Mis zapatos hacían ruido a hueco sobre las tablas polvorientas.

Lentamente caminé dándole tiempo al reflector para que me alumbrara.

Llegué hasta el borde mismo del escenario y miré las caras que se alineaban ante mí.

Noté que se hacía un gran silencio, como si todo ruido hubiese sido rápidamente llevado afuera.

Con algunas toses y murmullos finales, se apagó por fin todo rumor.

Me di vuelta y tomé el violín.

Asustada, vi que no me encontraba en el escenario sino en el túnel. Sentía el olor, lo veía, tenía la sensación. Y ahí estaban los barrotes.

Iba a ser una lucha tremenda. Incliné la cabeza contra el objeto que, según sabía, era el violín, con independencia del hechizo que me impidiera verlo, con independencia de los conjuros que me arrastraban a ese túnel inmundo.

Levanté el arco y supe lo que tenía en la mano.

¿Cosas de fantasmas? ¿Juguetes de un espíritu? ¿Cómo lo sabes?

Inicié el gran golpe hacia abajo, el estilo que para mí se había convertido en la modalidad rusa, por lejos la más melodiosa y la que dejaba más margen para la tristeza.

Esta noche tendría que ampliarse y abarcar la marea oscura, y las notas me llegaron claras, brillantes, como si fueran monedas cayendo en la oscuridad.

Pero vi el túnel.

Por el agua, en dirección a mí, venía caminando una niña con vestido campesino y la cabeza calva.

-Estás condenado, Stefan. -No moví los labios. -Esta música te la dedico a ti, mi preciosa hija. -Mami, ayúdame.

-Toco por nosotros, Lily.

Se detuvo en el portón, apretó su carita contra los oxida-dos barrotes de hierro y los aferró con sus manitas regordetas. Hizo pucheros.

-¡Mami! -me llamó, compungida-. ¡Mami, sino fuera por él, jamás te habría encontrado! ¡Mami, te necesito!

Espíritu maligno. La música descendió como protesta y disturbio. Que salga así, que se vaya el enojo.

Esto es mentira, y tú lo sabes, espíritu idiota. No es mi hija Lily.

-¡Mami, él me trajo hasta ti! Mami, él me encontró. ¡No me hagas esto, mamá!

" ¡Mamá, mamá!

La música salía a borbotones, si bien yo miraba con ojos muy abiertos el portón que, sabía, no estaba allí, miraba una figura que no estaba allí, tan angustiosamente perfecta que me hizo sentir como si se me cortara la respiración. Puse empeño en respirar. Hice que cada acto de inhalar ocurriese junto con el golpe del arco. Toco, sí, por ti, por que estés aquí, que regreses, sí, por poder volver las páginas atrás, deshacer lo hecho.

Apareció Karl y caminó sigilosamente hasta donde estaba Lily. Le apoyó las manos en los hombros. Mi Karl, ya enflaquecido por la enfermedad.

-Triana -dijo con un susurro áspero. Ya tenía la garganta resentida por los tubos de oxígeno que tanto odiaba, y que finalmente llegó a rechazar. -Triana, ¿cómo puedes ser tan cruel? Yo puedo deambular, soy hombre, ya me estaba muriendo cuando nos conocimos, pero ésta es tu hija.

¡No estás ahí! No estás, pero esta música es real. La oigo, y me parece que nunca ascendí tan alto, trepando una montaña que podría ser el Corcovado y mirando hacia arriba, en medio de las nubes.

Pero seguía viéndolos.

Ahora estaba mi padre al lado de Karl.

-Querida, desiste -me aconsejó-. No puedes hacerlo. Esto es macabro, pecaminoso. Triana, desiste. ¡Desiste!

-Mami. -Mi niña hacía muecas de dolor. El vestido campestre fue el último vestido que le planché, para el ataúd. Mi padre había dicho que...

No... ahora las nubes se cruzan frente al rostro del Cristo, y no importa si él es el Verbo encarnado o una estatua hecha en piedra con amor, no importa, lo que importa es la postura, los brazos extendidos, para los clavos, o para abrazar...

Asombrada, vi a mi madre. Avancé más lentamente. ¿Yo les estaba suplicando algo, les estaba hablando, creía en ellos, cedía a sus deseos?

Mi madre se acercó al portón de hierro. Su pelo oscuro estaba peinado hacia atrás como a mí me gustaba, y sus labios traían un leve toque de rouge como si ella fuese real. Pero había en sus ojos una espeluznante mirada de odio. Odio.

-¡Eres egoísta, y pérfida! -dijo-. ¿Creías que me habías engañado? ¿Piensas que no recuerdo? Aquella noche vine llorando, asustada, y tú, temerosa, te aferraste de mi marido en la oscuridad, y él me echó, y tú me oíste llorar. ¿Crees que una madre puede perdonar eso?

De pronto Lily dejó escapar un sollozo. Se dio vuelta y levantó los puños.

-¡No hagas sufrir a mi mamá!

Dios mío. Traté de cerrar los ojos, pero Stefan estaba para-do delante de mí, con sus manos en el violín.

No podía moverlo, ni tocarlo, ni hacerme equivocar una nota. Entonces seguí tocando, interpretando el caos, esta atrocidad...

Esta verdad, di más bien. Son los pecados comunes, nada más. Nadie dijo que los hubieras ultimado con un arma; no fuiste una criminal perseguida en las calles sórdidas, ni alguien que deambulara entre los muertos. Son los pecados comunes, y eso es lo que eres, una mujer común, sucia y mezquina, y careces de este talento que me robaste a mí, puta, basura... devuélvemelo.

Lily sollozaba. Corrió hacia él y le propinó golpes. -Basta, no molestes a mi mamá. Mamá. -Levantó sus brazos.

Por último la miré fijo a los ojos, muy fijo, y ejecuté con mi música esos ojos, con independencia de lo que ella decía, mientras oía sus voces y los veía moverse; luego levanté la mirada. No tenía sensación de tiempo sino sólo de música que cambiaba.

No vi el teatro que tan desesperadamente ansiaba ver. No veía a los grupos de fantasmas que él tan desesperadamente me presentaba. Miré en lontananza y visualicé el bosque tropical con su celestial lluvia; vi los árboles soñolientos, vi el viejo hotel, lo vi, y mi música habló de él, de las ramas que se alzaban hacia las nubes, y del Cristo con sus brazos desplegados, de las galerías del viejo hotel, de las ventanas con sus postigos amarillos manchados por la lluvia, y más lluvia y más lluvia.

Toqué acerca de todo eso, y después del mar, ah sí, el mar, no menos maravilloso, ese mar ascendente, impetuoso, resplandeciente, imposible, con sus fantasmas danzarines.

-¡Eso es lo que eres! Ay, qué pena que no seas real.

-¡Mamiii! -gritó ella. Gritaba como si alguien le estuviera produciendo un dolor inenarrable.

-¡Triana, por el amor de Dios! -exclamó mi padre.

-Triana. -Era Karl. -Que Dios te perdone.

Ella volvió a proferir un grito. Me costaba mantener esta melodía del mar, esta convocatoria a las olas triunfantes, y la música volvió a transformarse en ira, en pérdida y enojo; ay Faye, dónde estás, cómo pudiste irte; ay papá, nos dejabas solas con mamá, pero lo que no haré... no haré... mamá...

¡Lily gritó una vez más!

Sentí que me iba a quebrar.

La música seguía surgiendo.

La imagen. Había habido un pensamiento, un pensamiento formado a medias, un pensamiento pequeño, y me vino a la mente, me vino con una visión horrenda de sangre brillosa sobre la toallita blanca tirada al lado de la estufa encendida, sangre menstrual, sangre infestada de hormigas; después, el corte que se hizo Ros en la cabeza cuando azoté la puerta, luego de romperse el rosario, y la sangre que le sacaban a papá, a Karl y a Lily, Lily que lloraba, Katrinka que lloraba, la sangre de la cabeza de mamá cuando ella se cayó, la sangre de las toallitas sucias y en los colchones cuando no se ponía un apósito y sangraba sin cesar.

Y era eso.

Uno no puede negar las maldades. ¡No puede negar la sangre que ensucia sus manos ni su conciencia! No se puede negar que la vida está llena de sangre, que el dolor es sangre, que el mal es sangre.

Pero hay sangre y sangre.

Sólo una parte de la sangre proviene de las heridas que nos infligimos nosotros mismos y nos infligimos unos a otros. La sangre mana brillosa y acusadora, y amenaza llevarse consigo la vida misma del herido, esa sangre... y cómo brilla, tan celebrada, esa sangre consagrada, la sangre de Nuestro Señor, la de los mártires, la del rostro de Ros, la sangre de mis manos, la sangre de la maldad.

Pero hay otra sangre.

Está la que fluye de un vientre de mujer. Y no es un signo de muerte sino de un vientre fértil, un río de sangre que, cuando quiere, forma con su sustancia seres humanos, una sangre viva, inocente, y eso era lo único que había en la toallita bajo un enjambre de hormigas, en medio del polvo y la mugre, esa sangre no más, que manaba sin cesar, como si proviniera de

Librodot

una mujer que estuviera liberando el oscuro poder secreto de hacer hijos que anida en ella, liberando el potente fluido que le pertenece únicamente a ella.

Y ésa era la sangre que ahora fluía de mí, no la sangre de las heridas que él me había infligido, no la de sus golpes y puntapiés, no la sangre de sus dedos que me arañaban cuando intentaba recuperar el violín.

Era a esta sangre que yo le cantaba, dejando que mi música fuese esta sangre, que fluyese como ella. Era ésta la sangre que imaginaba en el cáliz elevado en la consagración, durante la misa, la sangre dulce y saludable de mujer, esta sangre inocente que, en el tiempo indicado, puede formar un receptáculo donde anidará un alma, la sangre que llevamos dentro, la sangre que hace, que crea, en flujo y reflujo, sin sacrificio ni mutilación, sin destrucción ni pérdida.

Oía ahora mi propia canción. La oía, y me daba la sensación de que, a mi alrededor, la luz había crecido y desbordado. Yo no quería luz tan intensa, y sin embargo era tan bella esa luz que ascendía hasta las vigas que, sabía, había en lo alto.

Y al abrir los ojos vi no sólo la inmensa sala con filas y más filas de caras, sino que vi a Stefan, y la luz estaba directamente detrás de él, y él estiraba los brazos hacia mí.

-¡Stefan, date vuelta! -dije--. ¡Stefan, mira!

Se volvió. Había una figura en la luz, una silueta de baja estatura y regordeta, que hacía señas impaciente a Stefan. Ven. Yo acometí la música con un último impulso.

¡Vete, Stefan! ¡Tú eres el niño perdido! ¡Stefan!

No pude tocar más.

Stefan me miraba furioso, me maldecía. Cerró los puños. Sin embargo, la cara le cambió, tuvo una transformación completa y al parecer inconsciente. De pronto me miraba con ojos grandes y asustados.

La luz de sus espaldas se esfumaba a medida que él se acercaba, una sombra oscura que seguía esfumándose cuando él llegó hasta mí, una penumbra no más sólida que las tinieblas entre bambalinas.

La música había concluido.

Vi que el público se levantaba en masa. Otra victoria. ¿Cómo, Dios mío? ¿Cómo? Festejan este ruido que es mi única lengua.

La sala se venía abajo de los aplausos.

Otra victoria.

No había indicios ni sonidos provenientes de las ánimas artificiales.

Alguien había venido a sacarme del escenario. Miré esas caras mientras subía y bajaba la cabeza. No desilusiones, pasea la vista por toda la concurrencia, de derecha a izquierda, mira las galerías superiores y los palcos, no levantes los brazos en gesto de vanidad, limítate a inclinar la cabeza, una y otra vez, y murmura agradecimientos que ellos conozcan, gracias desde mi alma sangrante.

En un último fogonazo lo vi cerca de mí, confundido, encorvado, casi invisible, desdibujándose. Un ser desgraciado y funesto. ¿Pero qué era esa expresión de asombro en sus ojos? Después, desapareció.

Me sentí abrazada por otros una vez más, ah, qué mujer afortunada por tener manos tan amables y serviciales. Ay, sino, fortuna, fama, destino.

Stefan, podrías haberte internado dentro de la luz. ¡Tendrías que haberlo hecho!

En las bambalinas, lloré y lloré.

A nadie le resultó ni siquiera mínimamente inusitado. Las cámaras disparaban sus flashes, los periodistas escribían. En mi corazón sereno no anidaban dudas respecto de los seres perdidos... salvo Faye... y Stefan.

20

Fui al Teatro Amazonas de Manaos porque es un sitio singular, y también porque lo había visto una vez en una película. El nombre del filme era *Fitzcarraldo,* del director alemán Werner Herzog, ya muerto, y Lev y yo, durante el atroz período posterior a la muerte de Lily, habíamos pasado una noche muy serena uno con el otro en la función, sintiéndonos verdaderamente juntos.

No recordaba la trama sino sólo el teatro de ópera, y los cuentos que había oído sobre el boom del caucho y el lujo del teatro, lo fabuloso que era, aunque nada en el mundo podía compararse con el palacio de Río de Janeiro.

Además, yo tenía que dar inmediatamente otro concierto. Tenía que hacerlo, tenía que ver si regresaban los fantasmas, comprobar si todo había acabado.

Antes de partir para el estado de Amazonas hubo una pequeña polémica.

Llamó Grady y dijo que debíamos volver a Nueva Orleáns.

No nos daba el porqué, pero decía que debíamos volver, hasta que por fin Martin tomó el teléfono y, en su estilo imperioso, exigió saber qué nos quería decir realmente.

-Si Faye está muerta, dínoslo. No tenemos que volver a Nueva Orleáns para enterarnos de la noticia. Dilo ya.

Katrinka se estremeció.

Al cabo de un largo instante, Martin tapó el auricular. -Es tu tía Anna Belle.

-La queremos mucho -dijo Ros- y mandaremos flores. -No, no se murió. Dice que Faye la llamó.

-¿La tía Anna Belle? -se sorprendió Ros-. La tía Anna Belle habla con San Miguel Arcángel cuando se baña. Le pide que la ayude para no caerse y volverse a quebrar la cadera en la bañadera.

-Dame el teléfono -dije.

Era como me suponía. La tía, que ya había pasado los ochenta años, creía haber recibido un llamado a medianoche. No le dijeron desde qué número hablaban, ni desde dónde.

-Dice que apenas si pudo escuchar a la niña, pero que está segura de que era Faye.

¿El mensaje? Ninguno.

-Quiero volverme a casa -anunció Katrinka.

Le hice infinidad de preguntas a Grady. Una voz borrosa, supuestamente de Faye, sin contenido, origen ni información. ¿Y la cuenta del teléfono? Tenía que llegar pronto. Pero de todos modos la factura iba a venir confusa porque la tía Anna Belle había perdido su tarjeta y alguien de Birmingham (Alabama) le había cargado una cantidad de llamadas.

-Bueno, pongan allí a alguien -propuso Martin-, al lado del teléfono de la tía y del de casa, por si acaso llama Faye.

-Yo me vuelvo -insistió Katrinka.

-¿Para qué? -le pregunté-. ¿Para sentarte y esperar día tras día por si vuelve a llamar?

Mis hermanas me miraron.

-Yo antes no lo sabía -proseguí-, pero ahora sí. Estoy muy enojada con ella.

Silencio.

-... de que haya hecho esto...

-No digas cosas que luego lamentarás -me aconsejó Martin.

-A lo mejor era Faye -terció Glenn-. Yo también estoy intrigado, y con ganas de volverme a casa. No me molesta regresar a St. Charles 2524 y ponerme a esperar un llamado.

Me voy. Ustedes sigan, no más. Pero no creo estar de ánimo como para instalarme a acompañar a la tía Anna Belle. Triana, ve tú a Manaos con Martin y Ros.

-Sí, será el último sitio -dije-. Ya que hemos llegado tan lejos y me gusta tanto esta tierra... Voy a Manaos. Tengo que hacerlo.

Katrinka y Glenn se marcharon.

Martin se quedó para ocuparse del concierto benéfico en Manaos, y Ros me acompañó, y nadie se olvidó de Faye. El vuelo a Manaos duró tres horas.

El Teatro Amazonas era una joya; más pequeño, sí, que la grandiosa creación de mármol de Río, pero espléndido, y muy extraño, con las hojas de cafeto que llegaban hasta su reja, y las mismísimas butacas de pana que había visto en Fitzcarraldo, y los murales de los indios. Una conjunción de arte y tradición nativa por un lado, y por el otro, el barroco, conjunción elegida por un ser loco y audaz, el barón del caucho que lo construyó.

En este país daba la impresión de que todo, o casi todo, había sido hecho -tal como en Nueva Orleáns- no por una conciencia grupal, una fuerza de grupo, sino por una única personalidad demente.

Fue un concierto apasionante. No se presentaron fantasmas. Ninguno. Y la música llevaba una dirección, y pude sentir el rumbo de su flujo más que ahogarme en él. Tenía una corriente. No me daban miedo sus colores más profundos.

En la plaza había una iglesia dedicada a San Sebastián. En su interior estuve sentada una hora mientras llovía, pensando en Karl, pensando muchas cosas, en la sensación que me había producido la música, en el hecho de que ahora podía recordar lo que había tocado, o al menos oír un eco tenue.

Al día siguiente, Ros y yo salimos a caminar por el puerto. La ciudad de Manaos era tan desenfrenada como el mismo teatro de ópera, y me hacía acordar al puerto de Nueva Orleáns en la década del cuarenta, cuando yo era muy chica y la ciudad un puerto de verdad, y se veían barcos como ésos en cada muelle.

Unos ferrys llevaban de vuelta a cientos de trabajadores a sus poblados. Vendedores ambulantes ofrecían objetos sacados de los bolsillos de los marineros: pilas para linternas, cintas para casetes, lapiceras. En nuestra época eran encendedores con ilustraciones de mujeres desnudas. Recordé que la peor baratija que se podía comprar en aquel entonces, junto al edificio de la aduana, era un encendedor con una calcomanía de una mujer desnuda.

No hubo ningún llamado de los Estados Unidos.

¿Era un signo ominoso? ¿O acaso bueno? ¿Significaba algo?

En Manaos, el río Negro corría ante nuestros ojos. Al volver a Río vimos cómo se unían las aguas negras y las blancas que conforman el Amazonas.

Cuando llegamos al Copacabana Palace encontramos una notita. La abrí, esperando leer alguna noticia trágica, y de pronto me sentí descompuesta del estómago.

Pero no tenía nada que ver con Faye.

Venía escrita con la vieja caligrafía del siglo XVIII, en trazos firmes.

Tengo que verte. Ven al viejo hotel. Te prometo que no intentaré hacerte daño. Cariños, Stefan

Me quedé mirando el texto, desconcertada.

-Sube tú a la suite -le indiqué a Ros.

-¿Qué te pasa?

No había tiempo de responder. Con el violín dentro de la bolsa que llevaba colgada al hombro, tenía que bajar corriendo a la rotonda para alcanzar a Antonio, que acababa de traernos del aeropuerto.

Fuimos solos en el funicular, sin guardaespaldas, pero Antonio era un hombre imponente que no le temía a los ladronzuelos, y tampoco vimos a ninguno. Antonio hizo un llamado por su celular. Uno de los custodios subiría la montaña y se encontraría con nosotros en el hotel. Llegaría en unos pocos minutos.

Yo iba en total silencio. A cada rato abría la notita y la leía. Era la letra de Stefan, su firma.

Dios santo.

Cuando llegamos a la parada del hotel -la penúltima-, nos bajamos y le pedí a Antonio que me esperara en el banco contiguo a la vía, donde se sentaban los pasajeros que aguardaban. Le dije que no tenía miedo de estar sola en ese bosque, y que si lo necesitaba iba a dar un grito.

Fui subiendo el cerro escalón por escalón, y de pronto recordé el segundo movimiento de la *Novena* de Beethoven. Creo que la oía mentalmente.

Stefan se hallaba junto a la baranda de cemento que daba a la profunda cañada. Llevaba puesta su ropa negra indefinida. El viento le agitaba el pelo. Parecía vivo, sólido, un hombre disfrutando la vista, la ciudad, la jungla, el mar.

Me paré a unos tres metros de él.

-Triana -dijo. Se dio vuelta, y sólo vi en él ternura.

-Triana, mi amor. -Su rostro era tan puro como lo vi siempre.

-¿Qué truco es éste, Stefan? ¿Con qué vienes ahora? ¿Alguna fuerza maligna te ha enseñado la forma de quitarme el violín?

Lo ofendí, le asesté un golpe entre los ojos, pero él le restó importancia, y una vez más vi, sí, que se agolpaban lágrimas en sus ojos. El viento agitaba mechones de su pelo, y sus cejas se fruncieron en el momento en que inclinaba la cabeza.

-Yo también estoy llorando de nuevo -dije-. Pensé que la risa se había convertido en nuestro idioma, pero ahora veo que son las lágrimas una vez más. ¿Qué puedo hacer para parar esto?

Me hizo señas de que me acercara.

No me podía negar, y de pronto sentí su brazo alrededor de mi cuello, sólo que esta vez no hizo ademán de tomar la bolsa de pana que, suavemente, bajé del hombro.

-Stefan, ¿por qué no te fuiste? ¿No viste quién estaba ahí, haciéndote señas, esperando para guiarte?

-Sí, vi. -Se echó hacia atrás.

-Entonces, ¿qué te retiene aquí? ¿A qué se debe esta nueva vitalidad? ¿Quién deberá pagar ahora por esto con recuerdos o con pesar? ¿Qué haces, elevas tu educada voz de tenor, sin duda cultivada en Viena, tan bella como tu estilo de interpretación del violín...?

-Calla, Triana. -Era una voz humilde, serena. Sus ojos parecían sosegados, pacientes. -Triana, veo continuamente la luz. La veo siempre. La estoy viendo ahora. Pero... -Le temblaban los labios.

-Dime.

-¿Qué pasaría, Triana, si yo ahora me introdujera dentro de esa luz?

-¡Ve! ¿Acaso puede ser peor que el purgatorio que me revelaste? No lo creo. Yo la vi, sentí su tibieza. La vi.

-¿Y si, cuando me voy, el violín se va conmigo?

Un segundo demoramos en establecer la conexión, en mirarnos fijo a los *ojos;* luego también yo vi la luz, pero no formaba parte de nada de lo que la rodeaba. La última hora de la tarde conservaba su fulgor; el bosque, su quietud. La luz se adhería sólo a él, y su rostro volvía a cambiar, trascendía toda ira o enojo, todo dolor, incluso toda confusión.

Yo ya había tomado la decisión, después de todo, y él lo sabía.

Levanté la bolsa con el violín y el arco, estiré el brazo y se la puse en las manos.

Él levantó ambas manos para decir no, no.

-¡Tal vez no! -susurró-. Triana, tengo miedo.

-Yo también, joven Maestro. Y también yo lo tendré cuando muera -dije.

Se dio vuelta y miró a lo lejos, como adentrándose en un mundo cuya dimensión yo no podría nunca calibrar. Vi sólo una luminosidad, un brillo que se expandía, que no agredía mis *ojos* ni mi alma sino que me hacía sentir amor, amor pro-fundo y confianza.

Librodot

-Adiós, Triana.

-Adiós, Stefan.

Desapareció la luz. Yo me quedé parada en el camino, en la selva tropical, en un sector más alto que el ruinoso hotel. Contemplé las paredes manchadas, y la ciudad de torres y chozas allá abajo, extendiéndose kilómetros de kilómetros, por sobre cerros y valles.

El violín ya no estaba más.

En mis manos quedaba la bolsa vacía.

Librodot

21

No tenía sentido hacerle notar a Antonio que el violín había desaparecido. El guardaespaldas había llegado con el microómnibus.

Yo sostenía la bolsa como si adentro estuviera el instrumento. Bajamos la montaña en silencio. El sol se filtraba por las ventanas abiertas entre las soberbias hojas verdes, arrojaba rayos santificadores sobre el camino, y el aire fresco rozaba mi cara.

Mi corazón rebosaba no sé de qué sentimiento. Amor, sí, amor y asombro, pero algo más, cierto miedo a lo que se avecinaba, a la bolsa vacía, miedo por mí, por mis seres queridos, por todos los que ahora dependían de mí.

Unos pensamientos levemente racionales me asaltaron mientras cruzábamos velozmente Río. Casi había oscurecido cuando llegamos al hotel. Me bajé del ómnibus, saludé con la mano a mis leales ayudantes y entré, sin detenerme siquiera en conserjería para ver si había un mensaje.

Sentía un nudo en la garganta que me impedía hablar. Una sola cosa tenía que hacer: pedirle a Martin el violín que llevábamos con nosotros, el Strad corto que habíamos comprado, o el Guarneri, y ver qué pasaba.

Oh, las cosas pequeñas y crueles de las cuales depende el destino de toda un alma, y el universo entero de dicha alma. No tenía ganas de ver a los demás. Pero tenía que ver a Martin, buscar el violín.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, los oí lanzar gritos, risas.

En el primer momento no supe interpretar esos sonidos. Luego crucé el pasillo y golpeé la puerta de la Suite Presidencial.

-¡Abran, soy Triana!

Fue Glenn quien atendió. Estaba delirante.

-Vino ella, vino ella -clamaba..

-Querida -dijo Grady Dubosson-, la pusimos en un avión y la trajimos apenas consiguió que le sellaran el pasaporte.

La vi parada contra la pared del fondo, su cabeza pequeña, su cuerpo pequeño, Faye, menuda como una niñita. Ay, sólo Faye era así de minúscula y delicada, de proporciones perfectas, como si a Dios le gustara hacer duendes y niñitos pequeños tanto como le gustaba hacer cosas grandes.

Vestía jeans desteñidos y su inevitable camisa blanca característica. El pelo color cobrizo lo tenía corto. No alcanzaba a verle las facciones a la luz del atardecer que entraba por la ventana.

Vino corriendo a mis brazos.

La estreché con fuerza. Qué diminuta era, la mitad de mi peso quizá, tan pequeña que yo podría haberla aplastado como al violín.

-¡Triana, Triana, Triana! Sabes tocar el violín. Sabes tocar. ¡Tienes el don!

La miré. No me salían las palabras. Quería expresar amor, alegría de verla, quería que de mí fluyera calidez como había fluido para Stefan en el camino del bosque. Pero por el momento, lo único que veía era su rostro pequeño y luminoso, sus ojos de un azul vivo, y pensé: Está viva, no murió, no está en una tumba, está aquí, sana y salva.

Y estamos todas juntas otra vez.

Se acercó Ros, me rodeó con sus brazos, y bajando la cabeza y el tono de voz, dijo:

-Ya sé, ya sé, tendríamos que estar enojadas, tendríamos que gritarle, pero volvió, no tiene problemas, participó de una aventura peligrosa, ¡pero volvió a su casa! Triana, Faye regresó, está aquí.

Asentí. Y esta vez, cuando abracé a Faye, le di un beso en la mejilla. Toqué su cabecita, pequeña como la de una criatura. Sentí su liviandad, su fragilidad, y también cierta fortaleza

terrible en ella, una fuerza nacida del agua negra del vientre, y la casa oscura, de la madre tambaleante, del ataúd que introducían en la tierra.

-Te quiero -murmuré-. Te quiero, Faye.

Se alejó haciendo pasos de baile. Cómo le gustaba bailar. En una oportunidad en que habíamos estado separadas y nos reunimos todas en California, se puso a bailar en círculos y daba saltos en el aire al vernos a las cuatro unidas, como estábamos ahora, y brincaba por toda la habitación. De un salto se subió a una mesita, truco que yo le había visto hacer alguna vez. Sonreía y le brillaban los ojitos, y su pelo parecía rojo a la luz de la ventana.

-Triana, toca el violín para mí. Toca, por favor. Para mí, para mí.

¿Nada de arrepentimiento? ¿Ninguna disculpa? No había violín.

-Martin, ¿por qué no buscas los otros instrumentos? Creo que el Guarneri está listo para tocar, y en el estuche hay un arco bueno.

-¿Qué pasó con el Strad largo?

-Lo devolví -confesé en un susurro-. Por favor, no me discutas ahora.

Protestando, se marchó.

Sólo entonces vi a Katrinka, deshecha, con los ojos colorados, sentada en el diván.

-Estoy muy contenta de que hayas vuelto -dijo, con voz torturada-. No sabes. -Cómo había sufrido Trink.

-Ella tuvo que irse. ¡Era necesario que se marchara! -explicó Glenn con su acento arrastrado, bondadoso. Miró a Ros. -Tenía que hacer lo que hizo. Lo importante es que ahora volvió.

-No hagamos nada esta noche -propuso Ros-. ¡Triana, toca para nosotros! No una de esa terribles danzas de brujas... no las soporto más.

-Qué criticona te has vuelto -dijo Martin, cerrando la puerta. Traía el Guarneri, que era lo más parecido al que yo antes tenía..

-Vamos, toca algo para nosotros, por favor -pidió Katrinka con voz débil y los ojos vidriosos pero llenos de alivio al contemplar a Faye.

Faye estaba parada sobre la mesa y me miró. Le noté cierta frialdad, cierta dureza, algo que le impedía decir que sentía el menor cariño por nosotras, algo que quizá nos estaba diciendo: "Mi dolor fue más grande de lo que imaginan", la misma cosa que temíamos cada vez que, temerosas, llamábamos a las morgues y dábamos su descripción por teléfono. A lo mejor era sólo: "Mi sufrimiento fue mayor que el de ustedes".

Pero ahí la teníamos, viva.

Tomé el nuevo violín y lo afiné enseguida. La cuerda del mi estaba muy floja. Hice girar la clavija suavemente. Este instrumento no era tan magnífico como mi Strad largo, no estaba tan bien conservado, pero le habían hecho un buen trabajo de restauración. Ajusté el arco.

¿Y si no me sale música?

Se me cerraba la garganta. Miré la ventana. En cierto sentido, sentí deseos de acercarme y ponerme a mirar el mar, alegrarme simplemente de que ella estuviera ahí, y no tener que aprender a decir que no importaba que ella se hubiera marchado, ni hablar sobre de quién había sido la culpa, ni quién había estado ciega ni a quién no le importó.

A mí me habría gustado especialmente no saber si yo sería, o no, capaz de tocar música.

Pero los acontecimientos de este tipo nunca se presentan según mi voluntad. Pensé en Stefan en el bosque.

Adiós, Triana.

Afiné el la, luego el re y por último el sol. Ahora podía hacerlo sin ayuda. De hecho, desde el principio había conseguido obtener un tono casi perfecto.

El instrumento estaba listo. Hasta ahora me respondía bien, y evocando el primer día en que me lo mostraron y ejecutaron música para mí, recordé que tenía un sonido más grave, más voluptuoso que el Strad, un sonido un tanto parecido al de la viola grande, y quizás era incluso de mayor tamaño. Yo no conocía esos detalles respecto de este tipo de violín. El Strad había sido el objeto de mi devoción.

Faye se aproximó y me miró.

Creo que quería decirme cosas pero no pudo, como tampoco pude yo. Y volví a pensar: Estás con vida, estás con nosotros, tenemos la oportunidad de protegerte.

-¿Quieres bailar? -le propuse.

-¡Sí! -me respondió-. ¡Toca Beethoven! ¡Toca Mozart! ¡Toca cualquier cosa!

-Algo alegre -pidió Katrinka-, tú sabes, una de esas canciones tan hermosas que conoces.

Sí, yo sabía.

Levanté el arco. Mis dedos bajaron de prisa sobre las cuerdas, el arco se deslizaba ágilmente, y se oyó la canción alegre, la melodía despreocupada *y* feliz, *y* salía del violín bella, abundante y jovial, tan hermosa, tan nueva a mi oído a causa del cambio de madera, que casi me pongo a bailar yo, y giraba, me inclinaba, impulsada por el instrumento, y sólo por el rabillo del ojo veía bailar a mis hermanas, Ros, Katrinka y Faye.

Seguí tocando sin cesar. Y brotaba la música.

Esa noche, cuando ellas dormían y reinaba el silencio en las habitaciones, cuando recorrían las calles las mujeres altas *y* esbeltas que se vendían, tomé el violín *y* el arco *y* me acerqué a la ventana del centro mismo del hotel.

Miré, allá abajo, el espectáculo de las fantásticas olas. Las vi danzar como habíamos danzado nosotros.

Toqué por ellas, con seguridad *y* soltura, sin temor *y* sin enojo, ejecuté una canción de tristeza, una canción gloriosa, de júbilo.

FIN